



MIBOCLAMIA

141

COLECCION
DE IMPRESOS

SEÑOR

SAN JOSÉ

BX880

M5

v. 141

004546



1080015561



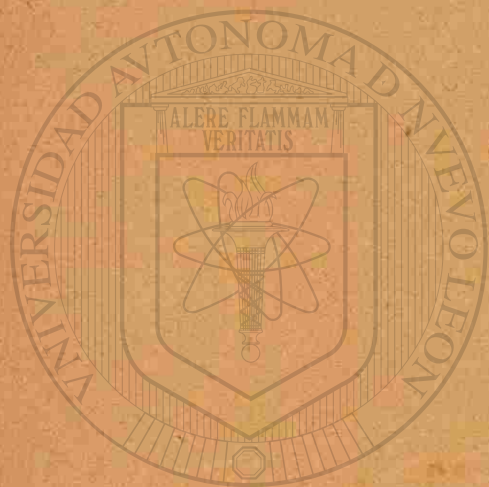
EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE B **SEÑOR SAN JOSÉ,**
SUS GLORIAS Y SUS PRIVILEGIOS.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fundada en 1863
SEÑOR SAN JOSE,

SUS GLORIAS Y SUS PRIVILEGIOS,

POR EL R. P.

FR. AMBROSIO POTTON,

De la orden de los padres predicadores:

TRADUCIDA DEL FRANCÉS BAJO LA INSPECCIÓN

DE GABINO CHAVEZ, Pbro.



Segunda edición, con licencia eclesíástica.

Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria

QUERETARO.

Imp. de la V. de Frias y Soto, ®

Flor baja núm. 12.

1899.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tallón

41718

82 P80
145



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

APROBACION DE LA OBRA.

Nos, Fr. Alejandro Vicente Jandel, Maestro general del Orden de Predicadores. Visto el informe que nos han dado dos religiosos de nuestra Orden, acerca de la obra titulada: *Señor San José, sus glorias y sus privilegios*, autorizamos su publicación en lo que nos concierne, salvo los derechos del Ordinario.

Dado en Roma, el 22 de Jnnio de 1860.

Lugar † del sello.

Fr. A. V. Jandel,
Mag. Ord.

Los infrascritos Religiosos, comisionados por el Reverendísimo Maestro General de Hermanos predicadores, para examinar un manuscrito que lleva por título: *Señor San José, sus glorias y sus privilegios*, obra del R. P. Fr. Ambrosio, del mismo Orden, declaran no haber hallado nada en ella que pueda estorbar su impresión.

Hecha en Lyon, en el Convento del Santo Nombre de Jesús el 10 de Junio de 1860.

Fr. Antonino, de los frailes predicadores.

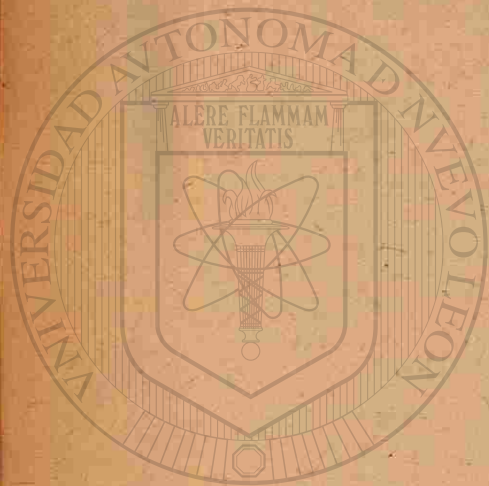
Fr. Francisco, de los frailes predicadores.

Imprimatur

Lugduni, die 4 Aug. 1860.

De Seres,
Vic. Gen.

004546



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

UNA PALABRA DEL TRADUCTOR.

Entre las varias obras que de veinte años á esta parte se han estado publicando en Francia, en honor del Señor San José, para promover el mayor conocimiento de sus excelencias y el aumento de su culto y devoción, no ocupa ciertamente el menor lugar, el precioso opúsculo del R. P. Fr. Ambrosio Potton, del Orden de los Dominicos. En breves páginas contiene lo mas bello, lo mas sustancial, lo mas interesante que puede decirse en alabanza del castísimo Esposo de María; quince capítulos le son bastantes para desarrollar en magníficos cuadros las grandes fases de su patronato; y para poder formarse alguna idea del plan de la obra, presentaremos un rápido bosquejo á los ojos del lector. Después de un prefacio sólido y muy notable, comienza en el primer capítulo haciendo la apología del culto y devoción hacia los santos, é ilustra esta delicada materia con una hermosísima comparación tomada del orden de la creación sensible. Es como una ancha y espaciosa base que sustenta el resto de la obra. En los tres capítulos siguientes desarrolla la utilidad de la devoción hacia el glorioso Patriar-

ca, de un modo tan nuevo como convincente. Habla de su *santidad* y de su *poder*, estudiando la significación del nombre de JOSÉ, y exponiendo largamente las virtudes del hijo de Jacob que lo llevó, figurativas de las del Esposo de María; habla de la paternidad del gran Santo y del papel que desempeñó en la obra augusta de la *Encarnación*, de un modo maravilloso. En el capítulo quinto, muéstralo como patrón de los esposos y de los padres; aquí habla hermosamente de la Sagrada Familia, cuyo reflejo viene á ser la familia cristiana: hace resaltar la autoridad de Señor San José, así como la sumisión de Jesús y de María; preséntalo como el mejor de los padres, proponiéndolo como modelo á los padres cristianos é inculcándoles que en él deben ir á buscar el espíritu de paternidad que les es indispensable para gobernar su familia. Aparece en el capítulo sexto como patrón de las vírgenes y de los sacerdotes; hácese resaltar admirablemente su castidad virginal aumentada y consagrada con la familiaridad de la Reina de los Angeles; toca de paso el punto de su purificación del pecado original en el materno seno; recuerda no pocos matrimonios virginales en que el matrimonio de María y de José parece haberse reflejado, y termina con preciosas consideraciones relativas á la pureza y castidad del sacerdocio cristiano; el capítulo séptimo en que se propone al glorioso carpintero como patrón de los artesanos, és, á nuestro humilde juicio, el más bello, ó de los más bellos de toda la obra; pero renunciarnos á bosquejarlo para dejar intacto al lector el placer de saborearlo por sí mismo. No es menos notable por la novedad y solidez de sus ideas, el siguiente, en el que

el Santo se presenta como patrón de las almas entregadas á la oración; profundo capítulo, terminado por bellas citas de la gloriosa reformadora del Carmelo. El capítulo nono exhala de un cabo á otro, el suave perfume de la humildad cristiana, y no puede dejar de excitar en quien lo lee, el amor de tan preciosa virtud, y el deseo de tomar como patrón de ella al humildísimo artesano de Nazaret. En cuanto al patrocinio de la última hora, tan generalmente conocido de los fieles, el capítulo décimo lo desarrolla, haciéndonos, por decirlo así, asistir á la muerte de Señor San José, acompañado, consolado, cariñosamente asistido por Jesús y María; un largo coloquio con el santo Patriarca, pidiéndole la gracia de una muerte feliz, corona, terminándolo, este delicioso capítulo. En los dos siguientes, el celoso dominico parece hacer los últimos esfuerzos para presentarnos al Santo como patrón de la devoción á Jesús y á María, continuando en el décimo tercero en considerarle como protector de todos los cristianos. El penúltimo se hace cargo de la oscuridad de San José en los primeros siglos de la Iglesia; punto que pudiera escandalizar á los espíritus puntillosos, y que es tratado con tanta novedad como maestría. La gloria que disfruta en el cielo el feliz esposo de María, descripta con rasgos tan delicados como bellos, viene á formar con el último capítulo, como la cúpula del edificio, haciendo crecer en los corazones el amor á Señor San José, así como en las inteligencias el conocimiento de sus grandezas. Tal es la preciosa obrita que hemos traducido y que hoy damos al público, dichosos de contribuir en algún modo, al movimiento que hoy se desarrolla en el mundo cató-

lico, empujando á las almas hacia el glorioso Padre de nuestro Divino Salvador.

Agotada enteramente la primera edición de esta obra y muy buscada por los devotos josefinos, emprendemos esta nueva edición, corrigiendo las muchas faltas tipográficas que en la primera se deslizaron.

G. Ch. Pbro. Junio de 1890.

PROLOGO.

«Siendo Jesucristo verdaderamente Dios y pudiendo sin injusticia mirarse como igual á Dios, se anadó tomando la forma de un esclavo. *Christus, cum in forma Dei esset, non rapinam, arbitratus est esse se aequalem Deo; sed semetipsum exinanivit, formam servi accipiens.*» (1) Estas pocas palabras del apóstol San Pablo, son como un compendio de toda la religión cristiana.

En efecto, en Jesucristo descubrimos dos caracteres.

El primero es un caracter de esplendor, porque según lo que nos enseña nuestra fé, Jesucristo es verdaderamente el Hijo único de Dios, un sólo y mismo Dios con su Padre, y por consiguiente, poseyendo sin excepción alguna, todos los bienes que solo pertenecen á Dios, como la plenitud del poder, la plenitud de la ciencia, la plenitud de la belleza, la inmutabilidad, la eternidad y la infinidad.

El segundo es un caracter de pobreza y debilidad; ó por mejor decir, de sufrimiento y de miseria; pues Jesucristo no se contenta con *tomar la forma de hom-*

(1) Philip., II.

bre, sino que tomó la forma de esclavo: y sufrió voluntariamente las calumnias, los desprecios, los golpes, las salivas y la muerte mas vergonzosa. *Lo he visto, dice Isaías, y no había en él hermosura sin gloria; era despreciado y el último de los hombres, un hombre de dolores que conoce la debilidad, y su rostro era escupido y despreciado.* (1)

Estos dos caracteres de gloria y de oprobio no se encuentran repartidos en dos personas diferentes, separadas y que no tengan la una con la otra mas que una comunicación lejana: nó. En solo Jesucristo se encuentran reunidas la gloria mas perfecta y la humillación mas profunda, el poder más invencible y la debilidad mas abandonada: en Jesucristo los dos extremos se tocan, ó mas bien, se *compenetran* incesantemente sin confundirse; y al ver su Persona adorable podemos decir á cada instante con San Pablo: «Si está crucificado en la debilidad, está vivo por la virtud de Dios: *Etsi crucifixus est ex infirmitate, sed vivit ex virtute Dei.*» (2)

Mas no es solamente en Jesucristo en donde debemos encontrar esta maravillosa reunión de dos términos en apariencia contradictorios; porque el Salvador no es en medio de la tierra *un punto aislado* que no corresponde á nada y al cual nada corresponde, sino que como verdadero Hijo de Dios ve organizarse á su alderredor todo un mundo que sumerge en Él sus raíces á fin de buscar allí la verdadera Vida, que se edifica sobre Él como sobre una base inexpugnable,

(1) Is., LIII.

(2) II Cor., XIII.

le rodea como un glorioso cortejo y le corona como una diadema real. Y puesto que las obras de Dios, principalmente las del orden sobrenatural están siempre sapientísimamente ordenadas sobre el modelo de la *unidad* divina, es necesario que todas las cosas que son de Jesucristo, que le anuncian, le siguen, ó se refieren á Él de cualquiera manera que sea, lleven también los dos caracteres que contemplamos en Jesucristo nuestro perfecto ejemplar; el caracter de la debilidad y el de la gloria; de la gloria mas brillante y de la mas completa debilidad.

Esto es, en efecto, lo que la observación nos descubre.

Ved la doctrina de Jesucristo, tal como los escritores sagrados la han reproducido en nuestro cuádruplo Evangelio. No hay ninguna otra palabra tan grandemente inspirada; y cuando el alma ilustrada por la fé se ocupa en meditar estas sentencias admirables, reconoce en el Maestro que le enseña, Aquel que solo *posee las palabras de la Vida eterna*, (1) al que habla como teniendo toda autoridad y todo poder. (2) Las palabras de Jesucristo son como el cielo estrellado que se extiende sobre nuestras cabezas; á medida que nuestra vista espiritual se hace mas atenta y penetrante, descubre en ellas misterios siempre nuevos y verdades siempre mas extensas y sublimes.

Y sin embargo, ¡qué humildad, qué *pequeñez* en estas doctrinas sagradas! Las Epístolas de los Apóstoles aunque llenas del Espíritu Santo, dejan quizá to-

(1) Joan., VI.

(2) Matth., VII.

avía percibir al *hombre* que sirve de instrumento al poder divino; tienen á veces grandes movimientos oratorios, razonamientos mas sabiamente encadenados, expresiones mas inflamadas, divisiones mas complicadas y argumentos mas difíciles: cosas todas en donde el elemento *humano* parece quizá manifestarse aún. El Evangelio, por el contrario, sólo presenta á nuestras miradas una simplicidad perfecta sin ningún arte aparente y sin ningún artificio de lenguaje. Nada hay menos hábil ni menos sabio que el Evangelio: sus comparaciones están sacadas de las ocupaciones mas ordinarias de la vida cuotidiana: y sus parábolas están enteramente desprovistas de esa gracia mundana cuyo falso brillo seduce tan fácilmente á los hijos del siglo. El hombre carnal está ciego por la simplicidad de la doctrina del Señor; y todos los días vemos cumplirse una vez más á nuestra vista las palabras pronunciadas por Jesucristo: *Os doy gracias, oh Padre mío, Señor del Cielo y de la tierra, porque habeis escondido estas cosas á los sabios y á los prudentes, y las habeis revelado á los pequeñuelos.* (1)

Considerad también á la Iglesia de Jesucristo. Todos los cristianos saben que la Iglesia posee en sí misma los mas bellos esplendores que pueden consolarnos en nuestras tristezas durante este destierro, y hacernos esperar con paciencia la revelación de los goces del cielo. La Iglesia, siendo el cuerpo místico del Hijo de Dios, participa de todas las prerrogativas de su cabeza: participa de su ciencia, porque su doctrina brilla siempre inalterable en medio de las oscuridades

(1) Matth., XI.

y de los errores que son propios de las ciencias nacidas del hombre; participa de su poder, porque en vano los reyes de la tierra se reunen contra ella para oprimirla y destruirla, pues pasa con toda seguridad sin temer sus ataques: participa de su inmensidad, porque mientras las sectas humanas, los reinos y los imperios encuentran necesariamente límites que los detengan aun en sus ambiciones mas favorecidas, la Iglesia católica cubre toda la tierra desde el oriente al occidente. Participa de su eternidad, porque mientras que todo se desploma y mueve á su alderredor, ella dura desde el principio del mundo; y toda su duración ulterior hasta el fin de los tiempos no es mas que un rápido preludio de la vida sin ocaso que su Esposo le prepara en el cielo.

Y no obstante, ¡cuántas sombras acompañan y velan á los ojos de los hombres una claridad tan resplandeciente! La Iglesia desde su nacimiento es perseguida en la Judea, y á medida que crece, la persecución parece crecer con ella. El imperio pagano de Roma se esfuerza en encerrarla debajo de la tierra y exterminarla por medio de la espada y los suplicios: es calumniada, combatida, abandonada, traicionada y desgarrada; parece pronta á sucumbir á los ataques, y á ceder á la lisonja, á la mentira y á la violencia. La vemos hoy día con nuestros ojos abandonada por las potencias humanas á su debilidad aparente, y á punto de ser por segunda vez arrojada de su capital en la persona de su Jefe. Su *presente* puede servirnos para juzgar de su *pasado* y para conjeturar su *porvenir*. La Iglesia es como la barca de Pedro; siempre las olas del siglo parecen á punto de invadirla y nos obli-

gan á clamar á Jesucristo: ¡Oh Señor! salvadnos, porque vamos á perecer. (1)

Finalmente, si se necesita aun otro ejemplo, ved á los Santos de Jesucristo, aquellos que estando mas cerca de su Persona adorable forman á su alrededor como un cortejo de servidores y de amigos privilegiados. ¿No es verdad que los santos por su influencia, sus virtudes y sus oraciones sostienen á la santa Iglesia, y así á todo el mundo, al cual las llamas de la venganza divina habrian devorado probablemente largo tiempo ha, si los santos no estuviesen allí para detener al Señor en las obras de su justicia? ¿No es verdad que los santos, revestidos de una gracia inmensa y de todas las perfecciones que nacen de la plena posesión de la gracia, son en medio de nosotros como otro Jesucristo en quien las tres Personas divinas se dignan habitar con inefabiles complacencias? Tenta razón San Pablo de decirlo: (2) nuestro mundo pervertido no es digno de poseer en medio de sus vicios, estos huéspedes celestiales llenos de una admirable pureza.

Y sin embargo, ¿cómo han sido recibidos los santos por los hombres, á los cuales vienen á libertar de sus miserias? Ellos son tratados como el mismo Jesucristo: son acogidos por la indiferencia, la persecución y el desprecio. *Experimentan oprobios y golpes y también cadenas y prisiones. Son apedreados, despedazados, tentados, y mueren al filo de la espada. Andan errantes acá y allá, en la desnudez, la indigencia, la*

(1) Matth., VII.

(2) Qulbus dignus non erat mundus (Hebr., XI.

angustia y la aflicción; y huyen á las soledades, á las montañas y á las cavernas de la tierra. (1)

Los hombres, ciegos por sus propios vicios, se los envían muchas veces uno al otro, como unos juguetes de los cuales se sirven para contentar sus pasiones. Jesucristo es paseado como en espectáculo: ya pertenece á Judas, á Anás, á Caifás, á Herodes y á Pilato, ya á los soldados, á los judíos y á sus verdugos. Así, los santos de Jesucristo, son abandonados sin defensa á todos los que quieren usar y abusar de sus personas. No solamente parece que Dios no los defiende, sino que ellos mismos no se defienden, y por el amor de Jesucristo dejan que toda criatura los persiga, los injurie y los despoje, sin que piensen en vengarse mas que con la paciencia y con el amor mas tierno y perseverante.

Todas estas cosas y otras muchas semejantes, son dispuestas de esta manera á fin de que la cruz de Jesucristo no sea dejada. *Ut non evacuetur Cruz Christi* (2) Sobre la cruz donde espira el Salvador, triunfa de todos sus enemigos; pone en fuga á los demonios, destruye enteramente el pecado, gana los corazones de los hombres, se merece una gloria incomparable, y rompiendo las barreras antiguas reconcilia al cielo con la tierra. La hora de su muerte, es pues el momento mas santo y mas ilustre de su vida, y sin embargo, es también el mas doloroso y el mas triste, puesto que los sufrimientos de su cuerpo y de su alma llegan á los excesos mas terribles. En la cruz vemos resplau-

(1) Hebr., XI.

(2) Cor., I.

décer á la vez en Jesucristo el colmo del oprobio y el colmo de la gloria: y por esto, á fin de que esta dichosa cruz, origen de nuestra salvación, no sea *eracuada* y llegue á hacerse inútil, sino que sea honrada por los homenajes de todo un mundo, todas las obras cristianas, y los mismos cristianos llevarán inamisiblemente el caracter de la cruz de su maestro, y siempre verán su poder y su esplendor vclarse bajo la pequeñez y el sufrimiento.

Ahora bien, en presencia de la debilidad que conviene á los cristianos y á su Jefe durante los siglos de la generación presente; no todos los hombres se portan igualmente.

Jesucristo, según las palabras del anciano Simeón, está colocado á la vista de los individuos y de los pueblos como un signo de contradicción: *In signum cui contradicetur.* (1) Si Jesucristo no presentase á los hombres mas que glorias y esplendores, todos, á lo que parece, deseosos de su propio bien, entrarían en gran multitud por los caminos anchos y fáciles que se les mostraban, mas el Salvador se les presenta desfigurado por las miserias que le oprimen, las cuales distribuye á los hombres y á las instituciones que le pertenecen. A esta vista las corrientes de la humanidad se dividen, como se dividen las aguas de un río contra una roca para correr separadamente en opuestas direcciones.

Hay muchos que al contemplar los oprobios de Jesucristo, no pueden creer que tantas humillaciones oculten la grandeza y el poder; déjanse cegar por la

(1) Luc., II.

luz que aparece en el exterior, y no comprenden el esplendor velado que Dios les manifestaría sin duda ninguna si su corazón no pusiese obstáculo á la ilustración de su espíritu. Esta ignorancia es culpable, y si no son ilustrados, en su voluntad es en donde deben buscar la causa de la ceguera que los abruma: son orgullosos y llenos de sí mismos y admiran todo lo que puede lisonjear á una alma vana y deseosa de los aplausos de los hombres. Según las palabras de Jesucristo, no pueden creer porque buscan la gloria humana. (1)

Trasportando por el pensamiento, en todos los que se rodean, los sentimientos viciosos de que están llenos, no comprenden cómo Jesucristo verdadero Hijo de Dios, se oculta y se humilla; no comprenden que humille á los suyos, y que estos abatimientos saludables son un gran favor con se complace en colmarlos. Rehusan pues creer, y á ellos deben aplicarse las palabras de San Pablo: *Está escrito: "Perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes. ¿En dónde está el prudente? ¿en dónde el sabio? ¿en dónde el filósofo de este siglo? ¿No ha declarado Dios que es loca la sabiduría de este mundo?"* (2)

Otros por el contrario, como hijos de una esperanza mejor, no se espantan por las humillaciones con que nuestro Maestro se rodea y acostumbra rodear á sus siervos; é instruidos por la divina gracia que les enseña á humillarse en todas las cosas, y dóciles á esa

(1) Quomodo vos potestis credere, qui gloriam ab invicem accipitis? (Joan V).

(2) I Cor., I.

unción secreta que excede á toda ciencia humana, (1) no tienen dificultad en reconocer en Jesucristo un misterio que tantas veces han ensayado realizar en su vida. Los oprobios del Señor vienen á ser para ellos como una ligera nube que oculta un poco de la claridad deslumbrante del sol, mas sin poder extinguir ó disimular el brillo de sus fuegos centellantes. Sin espantarse por esas oscuridades que se presentan primero, marchan adelante animosamente en esa noche que es preciso atravesar para llegar á la luz; y cuando con su intrepidez la han pasado, inundados por los rayos de la Verdad viva, triunfan exclamando con San Pablo: Es verdad: para los que perecen, la palabra de la cruz es locura; mas para los que se salvan, es decir, para nosotros, es la virtud de Dios. (2)

Entre estas dos opuestas direcciones, nuestra elección, puesto que somos cristianos, no puede ser dudosa. Es preciso arrojar lejos de nosotros la desconfianza y la duda, y caminar adelante hacia los sublimes destinos que Dios nos prepara, sin espantarnos por las humillaciones que los acompañan: y puesto que deseamos la exaltación verdadera, la que nos hace verdaderamente grandes á los ojos de Dios, debemos buscarla lejos de todo esplendor humano, en el abatimiento de una humildad necesaria y saludable.

Si nos dejásemos conducir por los fulgores engañosos de la sabiduría humana, para llevar á buen fin la grande obra de la vivificación de nuestras almas, iría-

(1) Unctis ejus docet vos de omnibus.—Vos uncti-
onem habetis a Sancto, et nostis omnia. (I. Joan II.)

(2) I Cor., I.

mos á llamar á la puerta de esa ciencia mentirosa que se condena á la esterilidad rechazando la comunión de la cruz de Jesucristo: y á fin de hacer crecer esos gérmenes de bien que hay en nosotros, nos dirigiríamos sin duda á esas doctrinas humanas que se dan de buena gana tan bellos nombres á fin de cubrir su impotencia, y que se llaman: Filosofía, Ontología, Cosmogonía, Teodicea, Metafísica, Cosmología, Economía política . . . Quizá podríamos como otros muchos, tener alguna entrada en esos magníficos teoremas, resolver algunas de esas cuestiones y ocupar un lugar entre los famosos agitadores de esos ilustres problemas. Quizá entonces, llenos aún de nuestra pobreza primera, indigentes y hambrientos, privados de la gracia de Jesucristo, y por consiguiente, de Dios su Padre, crearíamos como tantos otros haber encontrado alguna cosa é invitaríamos á nuestros prójimos á gozar con nosotros de la inanidad vacilante, con la que estaríamos condenados á alimentarnos. Quizá después de habernos excluido á nosotros mismos de la entrada á la verdadera vida, pondríamos nuestro celo en cerrar á nuestros hermanos los caminos capaces de conducirlos á los pastos espirituales que Jesucristo nos promete en el Evangelio. (1)

Mas puesto que somos dirigidos por una sabiduría mejor, por el Espíritu de Jesucristo que hace nacer dentro de nosotros todas las inclinaciones que vemos

(1) Ego sum ostium: per me si quis introierit, salvabitur; et ingredietur et egredietur, et pascua inveniet. (Joan., X).

en Él mismo: cuando se trata de vivificar nuestras almas y de aspirar eficazmente á una verdadera santidad, vamos á San José, al humilde artesano de la pobre casa de Nazaret.

¡Cuánta oscuridad hay en una devoción tan contraria á ese orgullo que desde el pecado de Adán forma como uno de los elementos de nuestro ser! Compréndese la devoción hácia Dios, que es eterno, infinito, omnipotente, creador y vivificador de los mundos: compréndese también la devoción hácia Jesús, Salvador de toda la raza humana, rodeado de una Iglesia innumerable, y después de todo, verdadero Hijo de Dios. Compréndese también en rigor, la devoción á María, cuyas alabanzas no cesan de celebrar hace siglos las mil bocas de los fieles, cuyos oficios llenan todo el calendario litúrgico, cuya Concepción Inmaculada ha sido objeto de una definición solemne aceptada con entusiasmo por los Pastores y los fieles. El dirigirse á Dios, á Jesucristo, ó aun si se quiere, á la Santísima Virgen María, parece que no tiene nada que choque demasiado á las inclinaciones de los hijos del siglo: mas ¡dirigirse á San José! ¡qué cosa más contraria á las luces de esa sabiduría mundana que busca en todas las cosas brillar y distinguirse!

¡Quién es, pues, este José á quien presentamos como uno de los mas poderosos auxiliares en la grande obra de la divinización de las almas? José es un pobre artesano que vivia desconocido en una ciudad pequeña del pobre país de Galilea. José no es un conquistador cuyo nombre y cuyos combates hayan sido conservados en las historias; no es un filósofo autor de alguna secta célebre; no es un legislador, un poeta, ó un ora-

dor como Licurgo ó Solón, Homero ó Demóstenes: que José no es más que un simple carpintero que pasa su vida ignorada en un taller donde se ocupa en ganar su vida, y la de su Esposa y de su Hijo. Ninguno habla de él, ni se inquieta por él: no es siquiera nombrado en Tácito ó Tito Livio; y si exceptuamos las pocas palabras que leemos como de tarde en tarde en el Evangelio y en los escritos de algunos Padres, lo vemos durante largos siglos sepultado en la mas humilde oscuridad.

Mas después que la *Sabiduría de Dios ha sido ocultada en el misterio*, (1) por una admirable inversión de todos los datos de la ciencia humana, la debilidad ha venido á ser el principio del poder, y en la oscuridad es en donde yace la causa de la mas resplandeciente luz. La humildad de José no es ya una prueba de que no sea escogido para darnos la verdadera vida. Y puesto que descubrimos en él tantos privilegios admirables que desarrollaremos con la gracia de Dios en este libro, los velos que durante tan largo tiempo han ocultado este tesoro incomparable, deben ser para nosotros unas pruebas ciertísimas de los esplendores que le están reservados en el porvenir, y del poder que tiene en conceder una soberana asistencia á sus fieles siervos.

¡Quién sabe si este gran Santo, si este glorioso Patriarca será para nosotros en este día la fuente de una vida enteramente nueva! ¡Quién sabe si obtendremos

(1) Loquimur Dei Sapientiam in mysterio quae abscondita est. (I Cor., II).

en fin, por la eficacia de su protección omnipotente lo que hasta ahora hemos deseado todos los días de nuestra vida sin poder todavía adquirirlo ú obtenerlo!

Para engrandecer nuestra alma y vivir en fin, como conviene á los cristianos participantes de la vocación mas sublime, hemos recurrido á mil diversas industrias; hemos contado quizá con nuestros esfuerzos ayudados por los auxilios de la gracia, y hemos trabajado sin descanso y con ardor: hemos contado con los dones naturales que se nos han distribuido por la liberalidad divina, y hemos pensado que una naturaleza tan rica ofrecía á la gracia un maravilloso receptáculo á donde muy pronto se vería obligada á descender con una fuerza poderosa. Hemos dicho que la oración del justo penetraba hasta el cielo, y hemos orado sin cansarnos, muchas horas y muchos días: hemos recurrido á los Sacramentos, esos canales de los favores divinos; nos hemos humillado en la confesión de nuestras faltas, y hemos recibido muchas veces el Pan de vida que debía librarnos de nuestras debilidades: hemos implorado á Jesucristo, Libertador de los fieles; hemos invocado á María, Auxilio de los cristianos y Refugio de los pecadores. Mas ¡ay! todos estos esfuerzos prolongados por tanto tiempo, no nos han conducido todavía hasta el término feliz que nos mostraba nuestra esperanza; todavía somos tibios y cobardes, no vivimos aún de la plena vida de la gracia y estamos encorvados bajo el fardo doloroso de nuestros pecados.

Y sin embargo, ¿sería un favor tan precioso despojarnos ya de nuestras imperfecciones primeras, para dilatar libremente nuestro corazón bajo los divinos

rayos del Sol de Justicia, para crecer en la fuerza, en la luz y en el amor, y para sentir desplegarse en nuestra alma esa indomable energía y esos arranques de fé que hacen á los santos! ¡Oh Dios mío! que habeis rescatado á los hombres para inundarlos de los torrentes impetuosos de vuestra gracia! ¿cómo querriamos volar con libertad hacia los espacios infinitos que nos abre vuestra misericordia! ¿cómo deseáramos romper las cadenas de estos vicios que nos cautivan y volar desde esta vida hasta cerca de Vos para tener nuestra conversación sólo en el cielo!

Como el prisionero que desde hace veinte años languidece en su calabozo, lejos de las bellezas de la luz, así deseáramos, ¡oh Dios mío! ver descubrirse á nuestros ojos las riquezas de las regiones sobrenaturales; deseáramos conocer en fin, por una dulce experiencia, la primavera de vuestra gracia, toda esclarecida con esplendores admirables, llena de conciertos melodiosos y embalsamada de santos deseos! Mas ¡ay! nuestros pecados hasta ahora nos han encerrado en las tinieblas, y á pesar de nuestros esfuerzos y de nuestras oraciones, apenas si hemos sido visitados en la noche de nuestro sepulcro por lejanos rayos venidos del cielo. . . .!

No obstante, alentémonos; porque nos queda todavía el glorioso San José. Demasiado llenos del orgullo que nos había embriagado, no habíamos descubierto esta devoción mas oscura y mas escondida, que debe ser para nosotros origen de los mayores bienes! ¿Cómo pues, habríamos podido gozar plenamente de la vida que conviene á los hijos de la gracia celestial si no nos hemos todavía humillado por la práctica de un

culto tan contrario á las luces de la humana sabiduría! Descendamos, descendamos aún, pues en la noche mas oscura es donde yace el camino de la luz; en el silencio mas completo es donde se encuentra el camino de la ciencia; y en la humildad mas profunda es donde al fin encontraremos el camino feliz que nos conducirá sin error á la verdadera exaltación.

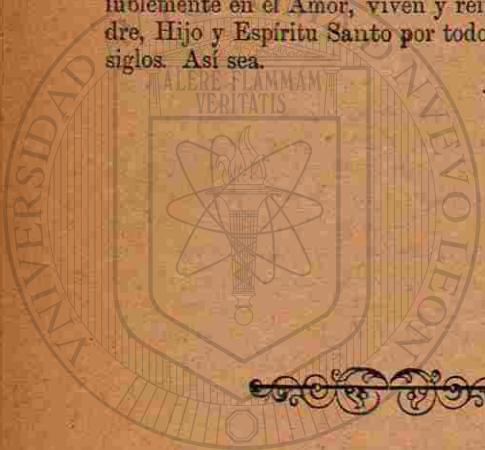
¡Oh glorioso Patriarca José! instruido de hoy en adelante por la gracia, pongo en vuestras manos lleno de confianza la dirección de mi vida y el cuidado de mi adelantamiento en la virtud. Haced resplandecer en mí ese poder que comenzais ahora por permisión de Dios á manifestar mas clara y magníficamente en la Iglesia. Tened cuidado de mis intereses; yo me abandono en vuestras manos. Dignaos perdonarme el olvido que he tenido hasta hoy de vuestra saludable intercesión; no mireis mi culpable indiferencia, y recibidme por vuestro hijo. El orgullo me cegaba y no podía comprender qué vida tan poderosa se encuentra oculta en la contemplación de vuestra persona augustísima, pero misteriosa y velada; y Dios, que se conduce en todas sus obras con una incomprendible paciencia, no quería arrancar de un solo golpe la soberbia que yo había dejado crecer culpablemente en mi alma. Mas en este día en que vengo á vuestros piés como el hijo pródigo, enseñado por la dolorosa experiencia de mis pobreza pasadas y de mi perseverante indigencia, dignaos perdonarme mi ignorancia é introducirme en fin en esa vida, en esa gran vida de que mi alma está sedienta, Dios lo sabe, tanto tiempo ha!

Obtenedme desde luego, oh Patriarca incomparable,

obtened para mí y para todos aquellos que deben leer este libro que escribo á vuestra gloria, una humildad verdadera sin ficeión y sin doblez. Haced que comience yo desde hoy con el auxilio de vuestra pretección, á considerarme como el último de mis hermanos en todas las cosas, como el mas infiel, el mas culpable y el mas indócil á la gracia. Haced, os ruego, que en medio de los vituperios y de la contradicción de los hombres me ponga incesantemente con toda la sinceridad de mi alma siempre mas abajo de los reproches, aún los mas duros é injustos. Haced que en lugar de excusarme me acuse, y que piense verdaderamente, y sin engaño, que los que me condenan son demasiado indulgentes para con mis vicios, y que deberían, si lo supiesen todo, vituperarme con mas dureza. Todas las cosas os son posibles, si tomáis en vuestra mano la dirección de mi alma; haced que sea yo repulsivo á mí mismo, y que me aborrezca en todo lo que viene de mí ó es mio, para no estimar ninguna cosa en mí si no son los dones de Dios que en su misericordia infinita hace descender algunas veces en los corazones mas rebeldes. No son estos deseos ni aspiraciones de la ciencia humana, bien lo sé; mas vos debeis despojarme en fin del hombre viejo para engendrar en mí al verdadero cristiano.

Espero también, que una vez establecido con vuestra ayuda, en esta firme detestación de mí mismo, os dignareis conducirme, aunque tan imperfecto como soy, ó mas bien, á causa y con razón de mi miseria, cerca de Jesús y de María, del médico de los enfermos, y de la consoladora de los pecadores; de Jesús, en quien se encuentran ocultos todos los tesoros de

ciencia y de la sabiduría divinas, (1) y de María, la Hija del Padre celestial, la Madre del Verbo encarnado, la Esposa del Espíritu de gracia; cerca de Jesús y de María, que estando unidos íntima é indisolublemente en el Amor, viven y reinan con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.



(1) In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi. (Col., II).

SEÑOR SAN JOSÉ,
SUS GLORIAS Y PRIVILEGIOS.

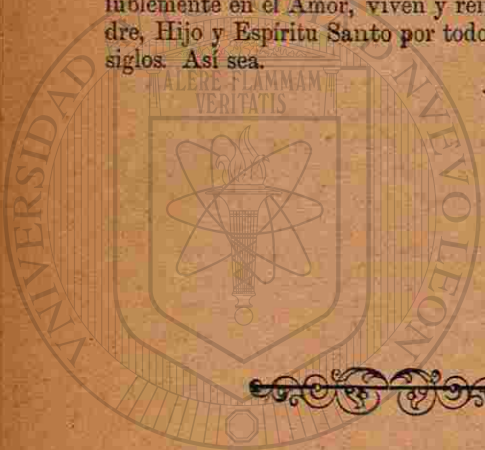
CAPITULO I.

Necesidad de la devoción para con los santos.

Si queremos comprender bien por una ojeada general cuán necesario es el culto de los santos para nuestro adelantamiento en la gracia, no será inútil dirigir las miradas sobre la naturaleza material que nos rodea.

Verdaderamente, no sin un profundo misterio las Santas Escrituras nos presentan incessantemente las cosas sobrenaturales bajo símbolos diversos sacados del orden corporal. Si nuestro Señor y sus Apóstoles, y antes de ellos los Profetas y los historiadores del Antiguo Testamento, se han servido de estas fi-

ciencia y de la sabiduría divinas, (1) y de María, la Hija del Padre celestial, la Madre del Verbo encarnado, la Esposa del Espíritu de gracia; cerca de Jesús y de María, que estando unidos íntima é indisolublemente en el Amor, viven y reinan con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.



(1) In quo sunt omnes thesauri sapientiae et scientiae absconditi. (Col., II).

SEÑOR SAN JOSÉ,
SUS GLORIAS Y PRIVILEGIOS.

CAPITULO I.

Necesidad de la devoción para con los santos.

Si queremos comprender bien por una ojeada general cuán necesario es el culto de los santos para nuestro adelantamiento en la gracia, no será inútil dirigir las miradas sobre la naturaleza material que nos rodea.

Verdaderamente, no sin un profundo misterio las Santas Escrituras nos presentan incessantemente las cosas sobrenaturales bajo símbolos diversos sacados del orden corporal. Si nuestro Señor y sus Apóstoles, y antes de ellos los Profetas y los historiadores del Antiguo Testamento, se han servido de estas fi-

curas que llevan todos los libros santos, si han designado por ejemplo, á la gracia divina bajo las multiplicadas comparaciones de un viento impetuoso, del aceite, del agua, del fuego, del trigo, del pan, de una semilla que germina, de un árbol que crece, de un perfume que se esparce, de un sello que se imprime en la cera, y bajo una multitud de semejanzas diversas, sacadas de la naturaleza: no hay duda que al obrar así querían enseñarnos que el orden corporal lleva en sí indeleblemente grabada la semejanza de los misterios mas sublimes. Querían enseñarnos que las cosas espirituales que no podemos ver con nuestros ojos ni tocar con nuestras manos, se reflejan, por decirlo así en los objetos materiales que los reproducen con fidelidad como un espejo.

Por lo demás, é independientemente de las graves lecciones de la Escritura, fácilmente habríamos podido descubrir por nosotros mismos esa mutua correspondencia de los dos órdenes, *inferior y superior*. ¿No es verdad que todo el mundo terrestre está ordenado al mundo sobrenatural de la gracia, para servirle de punto de apoyo? Por esto pues, debe delinear en sí mismo la semejanza de esas regiones *superiores* que está llamado á preparar y á llevar como el cuerpo lleva al alma. Es

necesario que sea como un retrato de las facciones espirituales de la gracia; es preciso que sirva para manifestarle por una aparición material y visible así como nuestro semblante sirve para revelar á las miradas de nuestro amigo los pensamientos que atraviesan nuestra inteligencia y los afectos que hacen palpar nuestro corazón.

Por esto, siendo así necesariamente la correspondencia del *espíritu* y de la *materia*, para comprender bien por qué medios alimenta Dios y hace crecer nuestras almas, contemplemos en primer lugar cuáles intermediarios emplea para alimentar y hacer crecer nuestro cuerpo.

¿Acaso no habria sido Dios capaz de producir directamente y por sí mismo las diversas acciones necesarias para la conservación de esta vida material que forma como la primera parte de nuestro ser? ¿Le sería imposible alumbrarnos sin el sol, sustentarnos sin el pan ni los diversos alimentos y protejernos contra el frío sin la lana y los vestidos que nos defienden? Ciertamente que Dios podía producir por sí mismo las diversas obras que sus criaturas producen y reemplazarlas á todas en los servicios que incesantemente nos prestan.

Mas si esta sustitución de la acción divina á la acción de las criaturas era *posible* en rigor, ¿sería acaso conveniente? Sin duda que nó; porque un cambio semejante destruiría toda la armonía del universo; puesto que Dios quería *crear* y conferir el beneficio de la *existencia*, era necesario que este *sér* que daba á las criaturas no fuese vano y estéril, sino que rodeasen en torno de sí por actos multiplicados que fuesen como el desarrollo de su existencia. Porque ¿para qué había de producir un sol si había de rehusarle el poder de iluminar los mundos? ¿Para qué hacía crecer en las campiñas un trigo que jamás debería servirnos de alimento? ¿Para qué hacía existir tantos séres innumerables si los privaba de toda influencia, de toda causalidad y de toda acción?

Es pues, necesario que cada sér, según su naturaleza y su especie, deje irradiar en torno suyo la actividad que ha recibido; y puesto que el hombre es el centro de la creación terrestre, es necesario que las criaturas que le rodean contribuyan de mil maneras diferentes á aliviarle en su indigencia y á servirle en sus necesidades. A medida que avanzan los tiempos y que la realización del plan divino llega á ser mas universal y mas perfecta, es preci-

so que las criaturas inanimadas se presten todos los días más, al servicio del hombre, su soberano y monarca; es preciso que el agua se haga mas dócil y corra por canales que le eran aun desconocidos; que el océano domine su furor y respete los buques que trasportan del uno al otro polo; que la tierra entregue con mas abundancia todos los tesoros que encierran sus entrañas; que los metales se ablanden más bajo el martillo del obrero como bajo el cincel del artista; que el vapor trabaje en lugar de la fuerza humana; y que el calor, la electricidad, la luz, la gravedad, la cohesión y las otras fuerzas vivas de la naturaleza, se sujeten bajo nuestras leyes y se apresuren á servirnos para excusar nuestra pena y disminuir nuestro trabajo.

Cambiemos ahora de punto de vista y trasportémonos al orden sobrenatural de la gracia.

Los protestantes preguntan: «¿Pues qué, Dios no es bastante poderoso para darnos por sí solo todas las gracias que nos son necesarias para el crecimiento de nuestra alma? Compréndese que un rey terreno divida con muchos ministros y con una multitud de subordinados el cuidado del gobierno de su reino, puesto que la debilidad humana hace imposible para un solo hombre el peso de una

solicitud tan vasta. Mas cuando se trata del Creador de todas las cosas, de Dios que lo ve todo con una sola mirada, y que todo lo hace con una palabra, ¿para qué pues, había de tomar para servirle de auxiliares á las criaturas tan inferiores en poder y sin las cuales puede pasarse sin esfuerzo y sin fatiga? ¿Para qué había de obligarnos á mendigar de los santos algunas migajas caídas de su mesa, cuando puede darnos directamente beneficios mas considerables y enriquecernos para siempre en un instante? Es pensar indignamente de la Majestad divina el querer sujetarla al empleo de estos cooperadores subalternos que sólo la debilidad humana hace necesarios entre nosotros.»

Sin duda ninguna, responderemos, Dios podría, si quisiese, suplir por su poder infinito los diversos socorros que recibimos de los bienaventurados y de los santos ángeles: podría derramar sobre nosotros directamente por sí mismo los bienes que debemos recibir y de los cuales tenemos tan grande necesidad. Mas ¿sería conveniente que Dios siguiese una conducta semejante en la distribución de sus gracias? Cuando lo vemos emplear para el sostén de nuestra vida material mil criaturas diversas que son para nosotros los ca-

nales de sus beneficios, ¿sería conveniente que en el orden espiritual y sobrenatural opere todo *por sí mismo* sin asociar ninguna criatura á su acción? He aquí lo que debemos determinar, porque nó basta saber lo que Dios *puede* hacer en rigor; es necesario sobre todo considerar lo que es *conveniente* que Dios haga á fin de llegar á la realización *mejor ordenada* de sus designios.

Si decimos que las criaturas materiales parecerían privadas de un derecho legítimo si Dios les rehusase la actividad que las hace obrar sobre nosotros de mil diversas maneras para nuestro bien, ¿cómo pensaríamos que el plan divino sería perfecto si los santos que son incomparablemente mas dignos que los seres corporales, permaneciesen sin ninguna influencia sobre nuestro adelantamiento en la gracia y sobre nuestros progresos en la virtud? El sol parecería vano é inútil, si Dios dándole la luz y el calor le rehusase el poder de transmitirlos en torno suyo y de lanzarlos en los espacios: y los santos, dotados de prerrogativas incomparablemente mas perfectas, llenos de la luz divina y del ardoroso fuego del Espíritu Santo, habían de permanecer concentrados y encerrados en sí mismos y privados de toda acción.

La Santísima Humanidad de Jesucristo, elevada hasta la unión de la Persona del Verbo, y por consiguiente enriquecida de inefables perfecciones, no participarían ni de lo que conviene al mas vulgar é infimo de todos los *agentes* de la naturaleza corporal! ¡Y la Santísima Virgen María estaría adornada de la mas encantadora pureza, de la castidad mas imaculada; y sin embargo, no tendria el poder de producir en la Iglesia otras purezas y castidades que llevasen la semejanza de la suya! *Nada* hay sin acción en el mundo grosero de los cuerpos; y lo habria *todo* sin acción en el mundo incomparablemente mas perfecto y por consiguiente mas activo del espíritu y de la gracia! Mientras más se acercan las criaturas al Criador, más llegan á ser semejantes á El. ¿Cómo, pues, podríamos comprender que cuando Dios obra incesantemente con una fuerza infinita, todos los santos que son sus vivas imágenes, debían permanecer no obstante sepultados en la inacción y en la ociosidad más extrañas?

Nó; no podemos admitir ni por un solo instante este sistema imposible. Debemos creer que la Humanidad de Jesucristo, la Santísima Virgen María, y todos los ángeles y santos del cielo, obran á cada instante sobre nos-

otros, cada uno según la naturaleza de su poder y de su gracia, para arrancarnos de los pecados y los vicios, para afirmarnos en la luz y hacernos adelantar en la virtud. Debemos creer que esta acción benéfica crece todos los dias á medida que el plan divino se realiza; que se organiza el mundo sobrenatural y que nuevos astros se levantan sobre el horizonte espiritual de la Iglesia celestial; y se unen mas estrechamente á los astros vecinos para dejar descender hasta nosotros la luz de sus beneficios mas abundantes y armoniosamente distribuida.

Mas ¿no basta *recibir* pura y simplemente las celestiales influencias de estos astros benéficos, sin tomarnos el trabajo de pedir las y obtenerlas por nuestro culto y nuestras oraciones? Acabamos de probar por consideraciones universales que los santos deben tener una poderosa influencia sobre el perfeccionamiento de nuestra alma: para resolver enteramente la cuestión de la necesidad de la *devoción para con los santos*, es necesario dar un paso más. Debemos probar ahora que no basta *aceptar* los dones de nuestros bienhechores sobrenaturales, y que debemos también dirigirnos incesantemente á ellos por las aspiraciones de nuestra alma, á fin de *llamar-*

los en nuestra ayuda é *implorar* sobre nosotros su asistencia. El sol dá, es verdad, su luz á los planetas que sin embargo no tienen necesidad de obtenerla por medio de súplicas: ¿quién sabe, se nos dirá quizá, si los celestiales iluminadores del mundo sobrenatural se conducirán del mismo modo y tendrán por destino enriquecernos sin nuestra cooperación y por decirlo así, sin saberlo nosotros?

Esta dificultad encontrará su solución en la consideración mas atenta de la naturaleza material cuyos socorros son necesarios á la mantención de nuestra vida

Es verdad que el sol y otros muchos agentes físicos nos ofrecen por decirlo así, *necesariamente* sus servicios. El sol nos alumbra y nos calienta sin que tengamos ningún trabajo para recibir sus rayos: la lluvia viene á regar nuestros campos y los fecunda, y el agricultor puede limitarse á dar gracias á Dios que se la envía: la tierra nos sostiene; el agua nos refrigera; el aire sirve á nuestra respiración sin ningún trabajo de nuestra parte. Del mismo modo creemos que los ángeles y santos del cielo, la Santísima Virgen María y la Humanidad de Jesucristo no privan enteramente de sus beneficios ni aun á aquellos que no se disponen á recibirlos por la piedad

y la oración: hay ciertas gracias menos numerosas que se ofrecen universalmente á todos aun á los que no las desean, y aun aquellos que no piensan en merecerlas pidiéndolas. Mas ¿sucede lo mismo con la *universalidad* de las gracias que los santos tienen poder de hacer descender sobre la Iglesia?

En el orden material, el hombre que se limitara á recibir sin ningún trabajo personal la acción favorable de las criaturas que le rodean, ¿tendría una vida muy feliz y perfecta? Suponed que cruzando los brazos dejè de solicitar los agentes de la naturaleza. No se tomará el trabajo de labrar la tierra, de sembrar ni de cosechar: no se tejerá ningún vestido; no construirá casas, ni puentes, ni embarcaciones, ni diques; no cavará la tierra para sacar de allí los metales que encierra: sino que esperará que todas las criaturas le sirvan, le vistan, lo alimenten y le consuelen. ¿Cuál será la suerte de este hombre? Y ¿cuántos días vivirá en medio de la indigencia universal en que le harán caer luego su pereza y su inacción?

En el mundo sobrenatural debemos encontrar fenómenos enteramente semejantes. Si alguno, satisfecho con los socorros que los santos nos conceden sin la piedad y la ora-

ción, rehusa ocuparse en merecer sus beneficios con sus oraciones y el culto incesante de su inteligencia y de toda su alma, éste, vemos claramente que muy pronto va á encontrarse abrumado por la miseria. Si quiere vivir y crecer en la gracia, si quiere satisfacer esas mil necesidades espirituales, de las cuales no son mas que una débil imágen las necesidades corporales, es preciso que recurra incesantemente á esos intermediarios multiplicados que forman en el cielo todo un mundo espiritual ampliamente organizado. Si quiere crecer y hacer crecer con él la santa Iglesia, si quiere adelantar los días de la civilización sobrenatural y divina, menester es que se conduzca como hacen los físicos, los naturalistas, los astrónomos y los químicos; que examine incesantemente los depositarios de la fuerza y la bondad divinas á fin de obligarlos á dar los tesoros de que disponen, Con el sudor de su frente gana el hombre el pan material que le conserva la vida: y cuando se trata del verdadero pan, el del alma, debe comprarse igualmente con la pena y el trabajo.

Según lo que acabamos de decir, fácil es comprender la táctica infernal de que se sirve el demonio cuando aleja á los católicos

tibios de la devoción para con los santos, á fin de hacerlos caer en seguida en el *protestantismo* que niega el culto de los santos y de la Santísima Virgen, conservando nada más el de la Humanidad de Cristo, y precipitarlos por el último en el *racionalismo* ó *deísmo* que pretende limitarse al culto y á la veneración de Dios *solo*.

En esta marcha páfida que comienza por una imperceptible tibieza en la piedad, para terminarse en los mas espantosos abismos, no le faltan al demonio razones seductoras para ocultar sus artificios y sus lasos. Nos sugiere que en Jesucristo, ó en Dios son mas grandes el poder y la misericordia, y que por consiguiente es mas ventajoso implorarlos directamente sin ningún intermediario. Dice-nos que cuantas alabanzas se terminan en los santos son otros tantos hurtos á lo que debemos pagar á la divina Majestad: que és, pues, necesario ante todo, cumplir bien nuestros deberes para con Dios, y que cuando hayamos satisfecho á esta obligación principal, entonces será tiempo de pensar en las menos importantes. Añade que sólo Dios es nuestro último fin, y que deteniéndonos en los santos que son criaturas no conseguiremos nunca llegar hasta Dios.

Mas instruidos ahora acerca de los lazos que se nos tienden, rechazaremos fácilmente esas tentaciones del enemigo de nuestras almas; y sabremos responderle que si Dios puede de todas las cosas, se complace en honrar á sus criaturas estableciéndolas cooperadoras de sus obras. Comprenderemos y sostendremos firmemente que en el mundo espiritual lo mismo que en el material, si queremos vivir y crecer para el cielo, preciso es ir á buscar nuestros socorros con las criaturas que los tienen en depósito; y que Dios no nos dará jamás de la abundancia de sus gracias si no vamos á buscarlas en los santos, los ángeles, la Bienaventurada Virgen y la Santísima Humanidad de Jesucristo que están establecidos como dispensadores y distribuidores de sus beneficios.

Y luego, para vencer mas completamente al tentador y destruir del todo las malditas invenciones de su malicia, no nos limitaremos á simples razonamientos, ni nos contentaremos con consideraciones especulativas; sino que juntaremos las acciones á la doctrina, volveremos las miradas de nuestra alma hácia los protectores celestiales que nos han dado la liberalidad divina, y arrodillándonos á los piés de sus benditas imágenes, les diri-

geremos del fondo de nuestro corazón esta ardiente súplica:

"¡Oh gloriosos ciudadanos de la patria celestial! Vosotros á quienes ningún dolor affige, ninguna ignorancia ciega, ni ninguna tentación viene á turbar; vosotros que revestidos de la virtud del Dios Altísimo, *podeis* mejor que San Pablo, *todas las cosas en Aquel que os fortifica*: (1) vosotros que nos amais generosa y tiernamente, y que ardeis en el santo deseo de comunicarnos algo de vuestras divinas riquezas; no permitais ¡oh protectores nuestros! que rechacemos vuestra favorable asistencia ni os abandonemos con una indiferencia culpable, excluyéndonos así desgraciadamente de vuestros dones y beneficios. Por el contrario, os suplicamos con todas las fuerzas de nuestra alma, os digneis considerar nuestra pobreza y miseria viniendo en nuestra ayuda y tomando en vuestra mano nuestra defensa. Romped los lazos que los espíritus malos ponen para perdernos; disipad todas las ilusiones con las cuales intentan seducir nuestra ignorancia: detened las violencias de que se sirven para triunfar de nuestra debilidad; hacednos participantes de vuestras celestiales luces; y haced más todavía: hacednos participantes de vuestro amor: dadnos esa gracia

divina que como un río impetuoso alegra con sus corrientes la ciudad santa. (1) Introducimos mas profundamente en el cuerpo místico del Señor, para que cumpliendo la verdad en el amor, crezcamos incesantemente en el Cristo que es nuestra Cabeza, y que distribuyendo a cada miembro una actividad medida, forma y liga todo el cuerpo con armonías y sujeciones diversas y lo hace crecer por su acción en la santa caridad. (1)

CAPITULO II.

De la gran utilidad de la devoción al glorioso Señor San José.

HEMOS procurado explicar en el capítulo precedente, cómo los santos sirven para hacer descender hasta nosotros los dones de la liberalidad divina: para completar lo que hemos dicho e instruirnos mas á fondo en estos

(1) Fluminis impetus laetificat civitatem Dei. (Ps. XLV).

(2) Veritatem facientes in charitate, crescimus in illo per omnia qui est caput Christus; ex quo totum corpus compactum et connexum, per omnem juncturam subministrationis, secundum operationem in mensuram uniuscujusque membri, augmentum corporis fecit in aedificationem sui in charitate. (Ephes., IV).

misterios que dan á nuestra alma un aliento tan fortificante y tan suave, restarianos penetrar mas adelante en la organización interior de este ejército de auxiliares de que Dios se rodea para enriquecernos de sus beneficios. Tendríamos que distinguir los diferentes órdenes de las constelaciones sobrenaturales, y determinar qué naturaleza y qué parte de influencia cada una de ellas está encargada de ejercer en este sagrado ministerio. Tendríamos que designar en seguida las principales estrellas de ese cielo misterioso, los principales santos que nuestra Iglesia honra, y decir la operación que conviene á cada uno cuando se trata de retirarnos de nuestros pecados y hacernos adelantar en la virtud.

Mas si esta ciencia *distinta* es sumamente deseable, confesamos que es con mucho superior á nuestras fuerzas. Perdidos como estamos en las tinieblas que cubren nuestra tierra maldita desde el pecado del primer hombre, ¿cómo podríamos alcanzar enteramente con el pensamiento esos ejércitos luminosos que se mueven en el seno de las claridades de Dios? Los astrónomos no llegan á contar todos los astros que Dios hace lucir en el firmamento que se extiende sobre nuestras cabezas; mucho menos aún, llegan á dis-

divina que como un río impetuoso alegra con sus corrientes la ciudad santa. (1) Introducimos mas profundamente en el cuerpo místico del Señor, para que cumpliendo la verdad en el amor, crezcamos incesantemente en el Cristo que es nuestra Cabeza, y que distribuyendo á cada miembro una actividad medida, forma y liga todo el cuerpo con armonías y sujeciones diversas y lo hace crecer por su acción en la santa caridad. (1)

CAPITULO II.

De la gran utilidad de la devoción al glorioso Señor San José.

HEMOS procurado explicar en el capítulo precedente, cómo los santos sirven para hacer descender hasta nosotros los dones de la liberalidad divina: para completar lo que hemos dicho e instruirnos mas á fondo en estos

(1) Fluminis impetus laetificat civitatem Dei. (Ps. XLV).

(2) Veritatem facientes in charitate, crescimus in illo per omnia qui est caput Christus; ex quo totum corpus compactum et connexum, per omnem juncturam subministrationis, secundum operationem in mensuram uniuscujusque membri, augmentum corporis fecit in aedificationem sui in charitate. (Ephes., IV).

misterios que dan á nuestra alma un aliento tan fortificante y tan suave, restarianos penetrar mas adelante en la organización interior de este ejército de auxiliares de que Dios se rodea para enriquecernos de sus beneficios. Tendríamos que distinguir los diferentes órdenes de las constelaciones sobrenaturales, y determinar qué naturaleza y qué parte de influencia cada una de ellas está encargada de ejercer en este sagrado ministerio. Tendríamos que designar en seguida las principales estrellas de ese cielo misterioso, los principales santos que nuestra Iglesia honra, y decir la operación que conviene á cada uno cuando se trata de retirarnos de nuestros pecados y hacernos adelantar en la virtud.

Mas si esta ciencia *distinta* es sumamente deseable, confesamos que es con mucho superior á nuestras fuerzas. Perdidos como estamos en las tinieblas que cubren nuestra tierra maldita desde el pecado del primer hombre, ¿cómo podríamos alcanzar enteramente con el pensamiento esos ejércitos luminosos que se mueven en el seno de las claridades de Dios? Los astrónomos no llegan á contar todos los astros que Dios hace lucir en el firmamento que se extiende sobre nuestras cabezas; mucho menos aún, llegan á dis-

cernir las acciones variadas que ejercen sobre nuestro pobre globo esas estrellas que brillan tan pura y pacíficamente en el fondo del cielo: ¿cómo pues, podríamos nosotros, sin error, clasificar los astros sobrenaturales que Dios hace levantar poco á poco sobre su Iglesia? ¿Cómo podríamos saber su número y designar las diversas funciones que la bondad divina ha confiado á cada uno de ellos?

Dejemos pues una cuestión que excede enteramente á nuestras luces, y sin querer asignar lo que *cada santo* nos dá, y por consiguiente lo que nosotros debemos devolverle en devoción y súplicas, lleguemos al glorioso patriarca Sr. San José. De él es de quien hemos hablado sin duda ninguna en todo el capítulo que precede: todo lo que hemos dicho sobre el culto de los santos, sobre la parte que toman en la vivificación de nuestras almas y la necesidad que tenemos de recurrir con fidelidad á su poderosa intercesión; todo esto conviene ciertamente en primer lugar á Señor San José. Mas es tiempo ya de abandonar las generalidades confusas para contemplar mas de cerca al virginal Esposo de Maria.

Acerquémonos pues á su augusta persona, y mostremos por argumentos invencibles que nos es *grandemente útil* el tenerle devoción si

queremos avanzar y consumarnos en la virtud.

Tomaré por punto de apoyo una palabra de la Escritura. San Pablo escribe en su Epístola á los Romanos: «Los dones y la vocación de Dios no están sujetos al arrepentimiento: *Sine poenitentia enim sunt dona et vocatio Dei.*» (1)

Mas véamos en primer lugar, si es bien cierto que los dones y la vocación de Dios sean siempre concedidos de una manera irrevocable; y si es verdad que Dios no nos los retira jamás por un cambio de voluntad que San Pablo asemeja al *arrepentimiento*. A primera vista parece que no es así, si consultamos los testimonios de la historia. ¿No vemos que Jacob obtuvo el derecho de primogenitura y la bendición paternal que estaba destinada á Esaú su hermano mayor? Y si se necesita un ejemplo mas universal, tenemos á todo el pueblo judío escogido para ser el tronco del Mesías, que debía ser como el primogénito de todos los pueblos, y que no obstante dejó perder su corona. Finalmente, aún en nuestros días, ¿no vemos muchas veces á los cristianos bautizados y confirmados, caer

(1) Rom., XI.

en el pecado mortal, y aún en la herejía, en el cisma, en la incredulidad filosófica, y perder por esto todos sus derechos á la herencia celestial que Dios se habia comprometido solemnemente á darles? ¿Cómo pues será verdad que los dones de Dios no estén sujetos al arrepentimiento?

Las leyes de los hombres nos enseñan que la *donación*, una vez hecha, puede no obstante, ser aún revocada en ciertos casos á causa de la indignidad del *donatario*. En el orden sobrenatural pasa algo semejante: Dios retira sus dones á los que se hacen indignos de ellos por los pecados y los vicios. Según la generosidad de la intención divina, cada uno de los beneficios de Dios es para durar eternamente y aun para aumentarse por una perfección admirable: una sola cosa pone obstáculo á ello, y es *el pecado* por el cual nos rebelamos contra Dios. El pecado no tiene á Dios por autor, sino que nace del libre albedrío del hombre: «y Dios no abandona jamás á aquellos que ha justificado por su gracia, á menos que primero sea abandonado por ellos.» (1) Dios no deja pues de ser

(1) Deus namque sua gratia semel justificatos non deserit, nisi ab eis prius deseratur. (Conc. Trident. Sess. VI, Cap. XI).

fiel á los que le son fieles: y así, puesto que hablamos de Sr. San José, de ese hombre privilegiado, á quien la Escritura parece dar por excelencia el nombre de *Justo*, (1) podemos aplicar sin temor en toda su extensión las palabras del Apóstol, y decir que los dones divinos una vez concedidos á Sr. San José, permanecen eternamente y no están sujetos al arrepentimiento.

Apresurémonos pues á buscar ahora cuáles son los dones que el glorioso Santo ha recibido de la liberalidad divina; y para esto trasportémonos en espíritu al santuario sacratísimo de Nazaret.

En esta casa bendita, (¡oh qué habitación tan maravillosa!) en esta casa privilegiada, encontramos á tres personas, y solamente tres: Jesús, María y José. Jesucristo, el Rey de la gloria, el Señor de los Señores; Jesucristo, verdadero Hijo de Dios: María, su digna Madre, la mas pura de las criaturas, immaculada y toda hermosa: y José, el mas grande Santo de la antigua y de la nueva Alianza, el mas casto y el mas humilde de los hombres, el Esposo de la Virgen María, y el Padre de Jesucristo nuestro Señor.

(1) Matth., I.

Suponed ahora que algún pobre cargado de años, algún enfermo debilitado por el sufrimiento, ó algún afligido, atormentado por los crueles dolores que traspasan el alma, viene á llamar á la puerta de esta dichosa habitación que guardando á Jesús parece contener al cielo entero. Suponed que no se contenta con una limosna ó una palabra de benevolencia, sino que seducido interiormente por la unción de una gracia que siente sin comprenderla, pide descansar un poco de tiempo cerca del hogar doméstico, calentarse á su fuego, y sobre todo quiere escuchar mas largamente esas palabras tan suaves que parecen derramar en su alma el bálsamo de un dulce consuelo. Pregunto: si el afligido quiere entrar en esta casa bendita, ¿á quién pues pertenecerá escuchar su petición ó introducirlo en el santuario doméstico en donde ningún extraño tiene derecho de penetrar? ¿Quién pues, en la familia divina escuchará esta atrevida petición, recibirá al extranjero, cerrará la puerta, y le dará, por decirlo así, derecho de ciudad en esta habitación de donde están desterrados los pecados y donde reinan la felicidad y las virtudes?

¿Será lá humildísima María, la que tomé sobre sí el autorizar la petición, atraer benignamente y hacer entrar al visitante? Nó ciertamente.

La piadosa Princesa dá á las esposas cristianas el ejemplo del mas profundo respeto por todas las leyes sagradas á las cuales está sometido el matrimonio: y en el matrimonio cristiano, no es la esposa la que manda, pues la preponderancia y la autoridad están reservadas á sólo el hombre. Esto es lo que San Pablo nos enseña: «Que las mujeres estén *sometidas* á sus esposos como al Señor. Como la Iglesia está *sometida* á Jesucristo, así las esposas deben estar *sometidas* á sus esposos *en todas las cosas*. . . . Que cada uno de vosotros *ame* á su esposa como á sí mismo; pero que la esposa *tema* á su esposo.» (1) San Pedro trae unos preceptos muy semejantes: «Que las mujeres, dice, estén *sometidas* á sus esposos. . . . que imiten á Sara, cuando obedecía á Abrahan dándole el nombre de *su Señor*.» (2) Y no puede ser de otra manera; porque si la gracia cristiana *endulzó* el castigo pronunciado por el mismo Dios en el paraíso terrenal, contra la persona de Eva culpable, no lo *abolió* enteramente; y toda esposa

(1) Ephes., V.

(2) I. Petr., III.

debe ver realizarse en sí misma estas palabras: «Tú estarás bajo la potestad del hombre, y el dominará sobre tí.» (1)

Es verdad que la inocente María es muy diferente de esa Eva pecadora que por su prevaricación personal y por su funesta influencia sobre Adán, causó la pérdida de toda la familia humana: María por el contrario, nos aparece como destinada á salvar de sus pecados á toda nuestra raza decaída y á devolvernos unos tesoros mas grandes todavía que las riquezas perdidas. Es verdad que María está muy lejos de hallar en su Esposo San José un hombre que le sea superior como Adán lo era respecto de Eva, por la inteligencia y por el corazón; pues la Santísima Virgen excede incomparablemente á su Esposo por la grandeza de todos los dones naturales y sobrenaturales que la adornan: mas la obedientísima María, semejante á su adorable Hijo, no aparece en medio de nosotros para exigir en rigor de justicia todas las excenciones á las cuales le dá derecho su perfección; antes por el contrario, viene á cumplir enteramente unas leyes que no podrían pertenecerle, y para enseñar *mas eficaz-*

(1) Gen., III.

mente la obediencia á aquellos que están obligados á humillarse y á obedecer.

¿Diremos pues ahora, que María se atreverá á tomar sobre sí este acto grave é importante de introducir á un extraño en el santuario doméstico, é imponer la presencia de este huésped á su Esposo y á su Hijo? La esposa que se condujera de esta manera entre los hombres, parecería haber infringido no solamente el *consejo* sino el *precepto*, y aparecería culpable en un acto de independencia, del cual tendría derecho el esposo á quejarse con justicia. ¿Cómo, pues, la Santísima Virgen María, la mas fiel imitadora de la humildad de Jesucristo, se habría permitido usurpar lo que no convenia al lugar que le daba el matrimonio? ¿Cómo se habría atrevido á introducir cerca de José y de Jesús á ese pobre, incómodo, fastidioso, ingnorante, indiscreto y vicioso?

Mas ¿quizá será á Jesús á quien pertenecerá cumplir este acto de caridad para con el mendigo de quien hablamos? ¿No es Jesús verdaderamente el mas misericordioso de todos los hombres? ¿No tomará en su mano la causa de este desgraciado que tan bien nos representa por su miseria, y admitirlo al fin según su deseo á su presencia?

¡Oh! ¡sin duda que nó! No se trata aquí de *compasión*, sino de *autoridad legítima*. Si bastara la *compasión* para decidir la admisión propuesta, ¿quién duda que la Consoladora de los afligidos, el Refugio de los Pecadores, la Madre de misericordia, María de quien hablábamos hace poco, no sienta en favor del extranjero la mas grande *compasión*? ¿Quién duda que no lo llame y lo atraiga cerca de sí y á sus piés, sobre su seno con un arranque lleno de ternura, y que no lo considere ya, no como un huésped incómodo, sino como un hijo muy amado, cuando lo escucha que solicita descansar un poco cerca de Jesús? Mas una santa *compasión* no debe hacer traspasar por precipitación los sagrados límites de la justicia; y los deseos de Jesús y de María no pueden suplir la falta de la autoridad y del poder.

Es verdad que Jesús es el Creador de los mundos, y que puede abrir á todo el ejército de los santos las puertas de los eternos tabernáculos: mas sabemos muy bien que durante los días de su infancia se ha despojado de esta gloria que le conviene en cuanto Dios. Sabemos, puesto que el Evangelio nos lo enseña, que en Nazaret no es un monarca omnipotente, sino un tierno niño que pone

todo su cuidado en obedecer á María y á José: ¿Cómo pues, cuando se presenta un extranjero, habría de hacer un acto inaudito en una familia bien ordenada, y arrogarse de por sí un poder del cual su misma Madre no se reconoce en derecho de disponer?

Puesto que María y Jesús, no pueden sin dejar su caracter, escuchar la petición del extranjero, ¿qué resta sino recurrir á aquel á quien podemos y debemos llamar jefe de toda la Santa Familia? José, en virtud de su autoridad conyugal y paternal, tiene en sus manos los cuerpos y las almas de su Hijo y de su esposa: tiene derecho de disponer de su tiempo, de sus acciones y de sus palabras; tiénelo de escojer las buenas obras que han de ejercitar en su habitación, y lo tiene para decidir quiénes son los que pueden ser admitidos en su presencia, con qué condiciones de una parte y de otra, y si por corto ó por largo tiempo. Vuélvese pues, hacia el pobre solicitante para hablarle con esa autoridad suave cuyo doble secreto encuentra en la sociedad de Jesús y de María. «Venid, hijo mío, le dice: entrad con nosotros y descansad bajo de nuestro techo: si teneis frío, vamos á avivar este fuego; si teneis hambre vamos á servirros la mesa; si estais afligido consola-

remos vuestras tristezas; si estais herido curaremos vuestras llagas. Permaneced con nosotros, amigo mío; yo lo quiero: solamente tened valor y poned vuestra esperanza en el Señor!»

Ahora bien; volvamos al gran principio que exponíamos poco ha. Hemos dicho que los dones divinos son para Señor San José, sin arrepentimiento: este Santo, como acabamos de verlo, ha recibido de Dios, con exclusión de todos los demás, y durante los largos años que pasó en Nazaret, el poder introducir en la santa intimidad de Jesús y de María. Por consiguiente, el glorioso San José posee todavía este admirable privilegio y debe poseerlo para siempre.

No hay duda que los tiempos han cambiado mucho; María no es ya esa Virgen ignorada que se ocultaba con tanta humildad en la habitación conyugal; ahora es una Reina gloriosa que ve á todo el cielo á sus piés. Jesús no es ya el humilde Niño que velaba bajo una modesta dependencia el esplendor de su augusta Majestad; ahora es un Rey victorioso sentado en la gloria sobre el trono de Dios su Padre. El Patriarca José ya no manda ahora á su Esposa y á su Hijo como lo hacía durante las voluntarias humillaciones de su

peregrinación terrena: pero estos cambios diversos obrados por la diestra del Altísimo no pueden alterar la grandeza de las prerrogativas conferidas á Señor San José. Es cierto que ha variado el modo, mas el poder permanece el mismo; y puesto que nuestro Santo no ha cometido ninguna falta capaz de arrebatarle sus privilegios, hoy día, lo mismo que en otro tiempo, debe servir de introductor á todos los que quieran obtener la grande gracia de acercarse piadosamente á María y á Jesús. (1)

¿No es una doctrina constante en la Iglesia que cada santo conserva en el cielo los poderes que corresponden á las virtudes y á las prerrogativas que poseía sobre la tierra? ¿No decimos á cada instante que María lo obtiene todo de Jesucristo cuando le trae á su memoria el seno sagrado que le concibió y la leche que lo alimentó? ¿No es una legítima práctica de los fieles el recurrir á los mártires para obtener la fuerza en los com-

(1) *Profecto dubitandum non est, quod Christus familiaritatem, reverentiam atque sublimissimam dignitatem quam sibi exhibuit, dum ageret in humanis, tamquam filius patri suo, in coelis utique non negavit, quin potius complevit et consumavit.* (S. Bernardin, Senens., Serm. I. de Joseph).

bates de esta vida, á los apóstoles para obtener el celo en la predicación del Evangelio, á los doctores para adquirir la ciencia, á las vírgenes para guardar inviolablemente la virtud de la pureza? Es verdad que todos estos santos descansan ahora en la gloria; pero en medio de la felicidad de que gozan se acuerdan de los trabajos que padecieron, y Dios, que quiere compensárselos dignamente, debe hacerlos ejercer sobre todo el pueblo fiel las benéficas influencias análogas á las condiciones y á las gracias que les distribuía en otro tiempo en esta vida la Divina Providencia. No hay duda que lo mismo pasa con Señor San José; Si María puede para con Jesucristo todas las cosas, José lo puede todo para con Jesús y María; y ahora como en otro tiempo, á él es á quién debemos recurrir si queremos ser admitidos felizmente en la sagrada intimidad de su Esposa y de su Hijo.

¡Oh bienaventurado José! ¡qué luz tan admirable derrama esta conclusión sobre toda mi vida!

¿Qué es lo que he hecho desde el día en que Dios en su infinita misericordia se dignó tocar mi corazón y llamarme mas cerca de sí? Dejando á un lado los numerosos pecados que he cometido por mi culpa, pareceme que

desde el primer instante no he tenido otra ambición que la de pasar todos los días de mi vida cerca de María y de Jesús: pareceme que la luz divina me ha mostrado de un solo golpe la vanidad, la pobreza y la miseria de todas las ocupaciones *humanas*, y me ha hecho ver al mismo tiempo la inefable dulzura y la majestad secreta que se ocultan en la sociedad felicísima del Señor y de su Madre. Paréceme que he procurado, aunque tibiamente, ¡ay de mí! salir de mis pecados y de mí mismo, dejar la malvada sociedad de los hijos del siglo para introducirme al fin en la dulce casa de Nazaret y vivir sin ninguna interrupción cerca de María y del Salvador.

Bien sabía yo que si tuviese la felicidad de ser admitido cerca de Jesucristo, sería como la mujer del Evangelio que no se acuerda ya de sus penas cuando se ve madre de un hombre. (1) Pues siendo Jesús el Verbo Creador cuya Palabra ha hecho en el principio todas las cosas, acercándome á su persona sagrada, mi impotencia habría sido trasformada en una fecundidad maravillosa, todas mis debilidades habrían sido cambiadas en alegrías,

(1) Joan, XVI.

y mi corazón y mi carne se habrían regocijado en el Señor. (1)

Bien sabía yo que viviendo en la sociedad de María recogería algo de esa pureza celestial que veía brillar en las miradas y sobre la frente de la Virgen Inmaculada. El amor de las criaturas pecadoras penetra como un veneno hasta en los pliegues mas íntimos de nuestro cuerpo y de nuestra alma; mas la inocencia de María habria destruido estas huellas dolorosas, y su dulce presencia me habria renovado en la posesión de una pureza sin mancha.

Por esto, hace largo tiempo que procuraba por todos los medios posibles introducirme cerca de Jesús y de María en la dulce casa de Nazaret. Yo lo deseaba, pero el éxito no venía á coronar mis esperanzas: yo le pedía, yo llamaba, mas la puerta no se abría; y siempre arrojado del cielo permanecía condenado á vivir conmigo mismo, á vivir entre los hombres terrenos lejos de María y de Jesús. Veíame siempre lleno de pobreza, privado de la gracia celestial y helado en la oración: y cuando buscaba las causas de mi mal, no sabía yo, ¡oh Santo Patriarca! descubrir ningu-

(1) Ps., LXXXIII.

na otra si no es mi miseria y mis pecados que me hacían indignísimo de presentarme y habitar cerca del Salvador y de su madre.

Mas ahora, ¡oh José Santísimo! pareceme que veo claramente la causa que hacia estériles mis súplicas y dura mi perseverancia. Quería yo tener acceso, en la habitación en donde mandais como padre, y no pensaba en reclamar de vos el beneficio de una admisión tan deseada. Es verdad que el dulce Jesús miraba con interés mis aspiraciones y mis súplicas; y que el maternal corazón de María sufría al verme desterrado tanto tiempo lejos de su Hijo. Mas yo confieso, ¡oh Santo mío! que no merecía ser escuchado, porque mi tibieza para con vos no tiene excusa, ¿No habria debido yo reconocer y meditar más el admirable poder que Dios Padre y Dios Espíritu Santo os han delegado sobre su Hijo y su Esposa? Vos os veiais obligado á excluirme, enseñándome por una saludable experiencia cuán culpable me hacia, y cuán necesario es dirigirse á vos para acercarse enteramente á María y á Jesús.

Por tanto, ahora os suplico, ¡oh glorioso Patriarca! que olvideis enteramente mis ignorancias pasadas, y os digneis concederme vuestro favor para el resto de mi vida. Acep-

tadme por vuestro siervo, y permitidme que os honre con un tierno respeto como un siervo fiel que se inclina en presencia de un bueno. Aceptadme, á pesar de mi indignidad, por vuestro hijo, por el comensal de vuestra mesa, por el compañero de vuestros trabajos, á fin de que ya no sea yo un *extraño* en la casa celestial en donde tanto deseo habitar todos los días de mi vida cerca de vos.

¡Oh glorioso San José! si me sois favorable, de hoy en adelante voy á ver realizarse todas las aspiraciones de mi alma, todos los sueños en que tanto me complacia cuando algunos momentos mas felices me permitian dejar un poco las tinieblas de esta tierra. Voy á acercarme al Niño celestial cuya presencia ha llenado de alegría mas de una vez á San Bernardo y á otros muchos santos y santas: quiero postrarme humildemente ante su Majestad infantil, besar sus piés que muy pronto deben ser traspasados por nuestros pecados con largos y gruesos clavos; contemplar sus ojos en donde resplandece una claridad tan serena; su boca que ilumina la mas amable sonrisa; su frente, en donde se ve ya impreso el sello del mando y del poder. Quiero escuchar sus doctrinas llenas de sabiduría y no apartarme de su presencia hasta que co-

mo un nuevo Jacob lo haya obligado á bendecirme.

Si me sois favorable, ¡oh glorioso San José! voy en fin á vivir cerca de María. ¡Oh dulce y pura felicidad! Ser admitido cerca de la Reina del mundo y contemplar esa belleza sin rival que arrebató á los santos del cielo! Los devotos siervos de esta amable Soberana refieren en sus piadosos escritos tantas cosas de sus encantos! Las escrituras manifiestan tantas veces bajo de místicos velos la grandeza de sus perfecciones todas celestiales! Yo mismo he sentido mas de una vez comenzar á conmoverse tan dulcemente mi corazón, aunque de lejos bajo el atractivo de su presencia! En fin, van á cesar todas las dilaciones, y voy á ver disiparse todos los obstáculos. ¡Oh José! Vos lo quereis, y vais á realizar y á colmar todos mis deseos. Siendo admitido en la presencia de María, quiero entregarme á Ella, como un siervo fiel, como un esclavo adicto, como un amigo celoso y como un hijo lleno de ternura: quiero unirme á mi amada Madre fuertemente y para siempre.

Favorecido de esta manera con vuestros dones, ¡oh glorioso Patriarca! me volveré hacia los hombres desgraciados que no conocen

todavía bastante la grandeza de vuestro poder. Tendré cuidado de dirigirme á todos aquellos que desean tener entrada en la intimidad de Jesucristo y de María; y les mostraré que vos habeis recibido el poder de conducirlos sin incertidumbre hasta la plena coronación de todos sus deseos. †

Mas ¿quién es el que no desea acercarse á Jesucristo y á María? ¿No es María la «Puerta feliz del cielo: *Felix Cæli Porta?*» (1) Y Jesucristo, «¿no es el Camino, la Verdad y la Vida: *Via, et Veritas, et Vita?*» (2) ¿Hay pues *bajo del Cielo, otro nombre dado á los hombres, por el cual podamos ser salvados?*» (3) ¿Quién no desea la salvación? ¿quién no desea la vida? Así pues, la devoción al glorioso Patriarca Señor San José no es útil solamente á algunos, en algunas veces y en algunas circunstancias; sino que es grandemente útil y como necesaria á todos los cristianos sin excepción, en todos los lugares y en todos los tiempos. (4)

(1) Hymnus *Ave Maris Stella*.

(2) Joan, XIV.

(3) Act. IV.

(4) Al escribir este capítulo sobre la necesidad de la devoción á Señor San José, tenemos en vista los tiempos *presentes* y los tiempos *futuros* de la Iglesia,

CAPITULO III.

De la gran santidad del glorioso San José.

CUANDO se trate de indicar y de establecer la gran santidad del Patriarca Señor San José, se presentan al instante tantas y tan poderosas razones, que es sumamente dificultoso clasificarlas y ponerlas en orden. Comencemos por el Antiguo Testamento, y citemos desde luego los testimonios que se encuentran en la historia del otro José, hijo de otro

mas no los *pasados*. Señor San José ha sido poco conocido y poco honrado durante los primeros siglos, como lo manifestaremos en el capítulo XIV. Durante esta larga oscuridad, muy conforme á los designios de Dios, no era necesario invocar y rogar explicitamente á nuestro Patriarca: podíase, sin profesarle ninguna devoción especial, tener una gran parte en sus beneficios: pues concedía su protección sin exigir nada en recompensa á aquellos que no estaban obligados todavía á reverenciarlo y amarlo de una manera particular. Hoy día han cambiado los tiempos; el culto católico ha tomado vastas proporciones, y Señor San José se ha levantado como un astro brillante sobre el horizonte de la Iglesia; y todo el que no tiene con el gran Patriarca una tierna veneración y una filial confianza, no podría llegar á una verdadera santidad.

todavía bastante la grandeza de vuestro poder. Tendré cuidado de dirigirme á todos aquellos que desean tener entrada en la intimidad de Jesucristo y de María; y les mostraré que vos habeis recibido el poder de conducirlos sin incertidumbre hasta la plena coronación de todos sus deseos. †

Mas ¿quién es el que no desea acercarse á Jesucristo y á María? ¿No es María la «Puerta feliz del cielo: *Felix Cæli Porta?*» (1) Y Jesucristo, «¿no es el Camino, la Verdad y la Vida: *Via, et Veritas, et Vita?*» (2) ¿Hay pues *bajo del Cielo, otro nombre dado á los hombres, por el cual podamos ser salvados?*» (3) ¿Quién no desea la salvación? ¿quién no desea la vida? Así pues, la devoción al glorioso Patriarca Señor San José no es útil solamente á algunos, en algunas veces y en algunas circunstancias; sino que es grandemente útil y como necesaria á todos los cristianos sin excepción, en todos los lugares y en todos los tiempos. (4)

(1) Hymnus *Ave Maris Stella*.

(2) Joan, XIV.

(3) Act. IV.

(4) Al escribir este capítulo sobre la necesidad de la devoción á Señor San José, tenemos en vista los tiempos *presentes* y los tiempos *futuros* de la Iglesia,

CAPITULO III.

De la gran santidad del glorioso San José.

CUANDO se trate de indicar y de establecer la gran santidad del Patriarca Señor San José, se presentan al instante tantas y tan poderosas razones, que es sumamente dificultoso clasificarlas y ponerlas en orden. Comencemos por el Antiguo Testamento, y citemos desde luego los testimonios que se encuentran en la historia del otro José, hijo de otro

mas no los *pasados*. Señor San José ha sido poco conocido y poco honrado durante los primeros siglos, como lo manifestaremos en el capítulo XIV. Durante esta larga oscuridad, muy conforme á los designios de Dios, no era necesario invocar y rogar explícitamente á nuestro Patriarca: podíase, sin profesarle ninguna devoción especial, tener una gran parte en sus beneficios: pues concedía su protección sin exigir nada en recompensa á aquellos que no estaban obligados todavía á reverenciarlo y amarlo de una manera particular. Hoy día han cambiado los tiempos; el culto católico ha tomado vastas proporciones, y Señor San José se ha levantado como un astro brillante sobre el horizonte de la Iglesia; y todo el que no tiene con el gran Patriarca una tierna veneración y una filial confianza, no podría llegar á una verdadera santidad.

Jacob, (1) en la historia de José vendido por sus hermanos y gloriosamente exaltado cerca del trono de Faraón.

Si en esta aplicación, en esta *traslación* que vamos á comenzar, estuviésemos apoyados solamente en la autoridad de algunos Padres, por ejemplo, de San Bernardo ó de San Agustín, San Gregorio ó San Ambrosio, estas autoridades bastarían indudablemente para excusarnos de toda nota de *temeridad* cuando interpretásemos del Esposo de María lo que la Escritura nos dice del hermano de Benjamín y de Judá. Pero tenemos para defendernos más que la autoridad de uno ó de muchos Padres de la Iglesia; pues tenemos á la misma Santa Iglesia, que en el oficio de Señor San José en el día 19 de Marzo, no cesa de mezclar el Génesis y el Evangelio, como para enseñarnos que estos dos ilustres Josées que presentan tan admirables semejanzas, tienen entre sí los lazos mas estrechos; como para decirnos que podemos leer mas claramente en la vida del José de los antiguos días muchas maravillosas prerrogativas que los Evangelistas han querido pasar en silen-

(1) *Jacob autem genuit Joseph, Virum Mariae, de qua natus est Jesus qui vocatur Christus. (Math., I).*

cio cuan lo han hablado brevemente del José de los tiempos nuevos.

¿No es principalmente en la autoridad de los oficios de la Iglesia, en lo que se fundan todos aquellos que se complacen en interpretar de la Santísima Virgen María las palabras de los libros sagrados tocante al nacimiento, los privilegios y las glorias de la *Sabiduría* divina? Sigamos, pues, una marcha semejante, y puesto que Señor San José ha recibido el insigne favor de ser representado en el Antiguo Testamento por uno de los mas grandes personajes de toda la historia judía, abramos el Génesis y veamos lo que Moisés nos ha conservado tocante al hijo de Isaac y de Jacob.

Notemos desde luego que el Patriarca Jacob sentía para con José una ternura particular: y aun se dice expresamente que le amaba mas que á todos sus otros hijos: *Israel autem diligebat Joseph super omnes filios suos.* (1) ¿Quién era pues, este Israel que manifestaba al hermano de Benjamín un afecto tan singular, hasta preferirle á todos los demás hijos de sus esposas? Jacob, es en el Antiguo Testamento una de las *figuras* mas

(1) Gen., XXXVII.

ilustres de Jesucristo, cuya lucha saludable contra Dios representa por su combate nocturno con el ángel; y así el amor del Patriarca para con su hijo significa el amor de Jesucristo para con el José de la nueva Alianza. Porque si José, por una parte, debe ser considerado como el padre del Salvador, en esta maravillosa familia en la cual los dones de la gracia están en razón inversa de la dignidad *natural* de las personas, José, que ciertamente recibió toda su santidad de Jesucristo, puede verdaderamente y con todo derecho ser mirado como *su hijo*. Así es que Jesucristo le ama sobre todos aquellos que han nacido de Él por el nacimiento nuevo; y como esta generación espiritual se extiende á todos los cristianos de todas las edades, resta pues, que el amor de Jesús para con José es mas grande que el que tiene á todos los santos.

Ahora bien; el amor de Jesucristo no es como el nuestro, un afecto muchas veces ineficaz que se contenta con contemplar el bien ya realizado, adherirse á él para gozar de su valor *presente* sin pensar en hacerle crecer hacia una perfección mas elevada. El amor de Jesucristo, lleno de fecundidad, hace nacer las gracias, las virtudes y las buenas obras, como las miradas del sol al descender

sobre la tierra hacen germinar en ella las hojas, abrirse las flores y madurar los frutos. ¡Qué mies tan abundante de disposiciones y operaciones perfectísimas no ha visto José crecer y fructificar en su alma bajo la mirada tan dulce y largamente prolongada del amor de Jesucristo!

Si pasamos ahora á esa ilustre profecía en la cual Israel, próximo á morir, bendijo á sus doce hijos y les predijo la suerte y el porvenir que les esperaba, ¡cuántas palabras gloriosas no encierra, y que podemos y debemos entender de nuestro José más verdaderamente que del José de los tiempos antiguos!

El Patriarca haciendo alusión al nombre de José, que significa *aumento ó crecimiento*; repite por dos veces su afirmación profética: *Filius accrescens Joseph, filius accrescens!* (1) Sería muy fácil hacer ver cómo se verifica esta palabra en el Antiguo Testamento, por la fortuna milagrosa de José que sale de una oscura prisión para mandar sobre un poderoso reino; como se verifica por la doble herencia que reciben en la tierra prometida las tribus de Ephraim y de Manasés; y también por el gran poder al cual se eleva la tribu de Ephraim.

(1) Gen., XLIX.

primer tronco del reino de Judá. Mas las palabras del anciano Israel designan mejor todavía la maravillosa fortuna del nuevo José, á quien Dios escogió en una pobreza muy oscura para hacer de él al mismo tiempo el Esposo virginal de María y el Padre nutricio de Jesús, su Hijo único. ¡Qué *aumentos* tan incomprensibles no debían recibir las virtudes de José, cada día, y á cada instante, en la sociedad tan íntima de Jesús y de María! ¡Y qué *aumentos* no ha tomado ya en la devoción y en el amor de los fieles este José tan poco conocido en los primeros siglos de la Iglesia! ¡Y cuánto no deberá en el porvenir justificar aun mas completamente la profecía de Jacob, *creciendo* siempre, hasta cubrir á toda la Iglesia con su devoción y con su culto!

Jacob celebra también la hermosura de José; esa hermosura que se atraía todas las miradas: *Filius acrescens: et decorus aspectu: filiae discurrerunt super murum.* (1)

Ciertamente podemos aplicar estas palabras á la belleza corporal de nuestro José, pues no hay duda que sus virtudes hayan brillado en su semblante y lo hayan adornado

(1) Gen., XLIX.

del esplendor mas amable: porque el semblante del hombre como un espejo fiel, parece reproducir todos los rasgos de la fisonomía oculta en el alma, y hacerla visible á los ojos del cuerpo. Las gracias interiores de José debían pues, manifestarse en el exterior de su persona; nada hay mas dulce que su mirada, nada mas tranquilo que su frente, nada mas afectuoso que su sonrisa; todo su aspecto debía anunciar una alma tranquila y pura en la cual habitaba Dios Padre en una paz inalterable.

Mas sin embargo, las palabras proféticas se aplican principalmente al alma de José; porque si el cuerpo tiene sus bellezas y sus gracias, son estas harto vanas y pequeñas cuando se las compara con el esplendor de las virtudes que adornan el alma. Los otros santos pueden tener, y tienen sin duda ninguna, sus méritos y sus gracias; mas José los supera á todos por la armonía, por el número y la grandeza de sus virtudes. Admiremos pues, esta obra maestra de la Sabiduría divina, y dejemos algunas veces las ocupaciones terrenas para contemplarla y para meditarla con un recuerdo lleno de respeto.

Examinemos en fin, qué diluvio de bendiciones invoca el anciano Jacob sobre la per-

sona de José, el hijo de su ternura. Parece reunir todas las expresiones mas ricas, para darnos á comprender mejor la grandeza del porvenir reservado por el Señor á este niño privilegiado entre sus hermanos: «El Dios de tu padre será tu ayuda: el Omnipotente te bendecirá de lo alto por las bendiciones del cielo, y de lo bajo por las bendiciones del abismo; por las bendiciones de la fecundidad mas feliz. Las bendiciones de tu padre están afirmadas por las bendiciones de tus padres: hasta que venga el *Deseado de las colinas eternas*, que todas estas bendiciones descien dan sobre la cabeza de José, sobre la cabeza del que es Nazareno entre sus hermanos.» (1) Ciertamente no serán estériles estas gloriosas profecías para el hermano de Benjamín, y sus brillantes promesas se verán plenamente cumplidas.

Mas ¿no designan mucho mejor todavía al José de los tiempos nuevos? ¿No parece que se ven todos los torrentes de las aguas celestiales inundarlo con un diluvio de gracias, y sumergirlo bajo la maravillosa abundancia de todas las misericordias y de todos los dones divinos?

(1) Gen., XLIX.

Mas basta ya de detenernos en la luz velada que nos presentan las historias conservadas en el *Génesis*. Lleguemos de una vez á los tiempos mas felices del Evangelio, y juzguemos de la santidad de José por lo que nos han dejado sobre su historia los escritores del Nuevo Testamento.

A pesar de la brevedad de estas relaciones que en tan cortas páginas encierran hechos de tan gran importancia, sabemos por ellos que el dichoso San José fué escogido por Dios para ser el Esposo de Maria, y para vivir en la casa de Nazaret, en Belen y en Egipto, con la Santísima Virgen y con Jesús, el fruto bendito de sus entrañas. Debió gozar durante muchos años de esta doble presencia; pues habia sido escogido para servir de protector á Jesucristo y á Maria, y por consiguiente, su ministerio debia durar hasta que el Señor hubiese llegado á la edad de hombre. Piénsase generalmente que José sobrevivió largo tiempo todavía al *duodécimo* año de Jesucristo, en que se nos muestra al glorioso Patriarca lleno de solicitud y de ternura cuando el hallazgo del Santo Niño en el Templo: y se fija ordinariamente su muerte en los últimos tiempos que precedieron para Jesús á los tres años del ministerio activo, por los cuales qui-

so cerrar toda su permanencia sobre nuestra tierra. (1) Así es que, como cosa de treinta años, el bienaventurado Patriarca vivió solo, con María y con Jesús, viendo con santa admiración, crecer á su vista, bajo su dirección, y por decirlo así, bajo su mano, estas dos plantas preciosas, estas dos flores admirables, cuyo suavísimo perfume embriagaba á toda la corte celestial y encantaba incesantemente al Eterno Padre.

Ahora pregunto: ¿qué frutos de santificación debió llevar al alma de San José la continua presencia de estos dos huéspedes celestiales, de los cuales no era digno nuestro mundo pecador? ¿Qué gracias debió merecerle la sociedad tan largamente prolongada de María y de Jesús?

Leemos en el Evangelio (2) que la Purísima María, levantándose apresuradamente, fué á las montañas á visitar á Isabel. Apenas había entrado en la casa de Zacarías, apenas había saludado á su parienta, cuando ésta fué *llena del Espíritu Santo*, quien le manifestó á la vez los grandes misterios de la

(1) Según San Jerónimo, la muerte de San José aconteció poco tiempo antes del bautismo de Jesucristo, hacia el año décimo cuarto del reinado de Tiberio.

(2) Luc., I.

Encarnación del Verbo y de la divina Maternidad de María. Al mismo tiempo el hijo de Zacarías, Juan Bautista, cautivo todavía en el seno de su madre, se estremeció y fué, según la doctrina y la interpretación de los Padres, purificado de la mancha original. Ahora bien; José ha poseído durante largo tiempo de una manera permanente, la gracia preciosa concedida como de paso á la casa de Zacarías. ¿Qué luces y qué pureza divinas no ha debido producir en su alma sencilla y tan bien preparada largo tiempo antes, la palabra de María, revelándole los misterios mas dulces y mas santos?

Leemos en el Evangelio (1) que una mujer atormentada hacia doce años, por una cruel enfermedad, deseaba acercarse á nuestro Señor, porque se decía así misma: *¡Si toco la orla de su vestido seré sana!* Y en efecto, apenas hubo tocado con la mano el extremo de su vestido, cuando Jesús volviéndose hacia ella, le dijo: *Hija mía, tened confianza; vuestra fé os ha salvado.* Y desde esa hora se encontró curada. Puesto que estas curaciones materiales y visibles, referidas tan frecuentemente por los santos Evangelistas, no son mas

(1) Math., IX.

que un símbolo imperfecto de la acción sobrenatural y divina, por la cual nuestro Señor curando de sus pecados á los que se acercan á él piadosamente, los enriquece con los inestimables tesoros de su gracia: ¿cuál no debió ser la santidad de José que mereció acercarse tan frecuente é íntimamente al Hijo de Dios durante los treinta años que vivió al lado suyo? ¿Qué salud tan fuerte y poderosa no debió recibir su alma, puesto que le fué dado prestar á Jesús, su divino Hijo, durante tan largo tiempo, los mas dulces y sagrados servicios que un padre puede cumplir para con el hijo de su ternura? En fin, lo que debemos considerar con muy grande atención, es que Jesús y María estaban obligados á dar *más*, á Señor San José; puesto que encontraban en él no un indiferente, un extraño, ó un enemigo; sino un Padre, un Esposo y un amigo que ponía todos sus cuidados en servir al Hijo y á la Madre, y que por consiguiente, tenía un riguroso derecho á verse pagado dignamente por su trabajo y sus beneficios.

José era verdaderamente y en realidad, el Esposo de la Santísima Virgen María, aunque sin perjuicio de su castidad virginal; y en calidad de Esposo le daba en todas las cosas

una constante protección. Él era quien sostenía su vida por el asiduo trabajo en que ocupaba sus días: consolábala en sus penas y aficciones, y participaba de sus goces y alegrías. Él quien la dirigía en las decisiones que debían tomarse, permitiéndole así practicar la santa virtud de la obediencia. Él quien por su presencia evitaba á María todas las calumnias y el escándalo que no habría dejado de producir la Maternidad divina si José no hubiese servido de velo para ocultar la milagrosa operación del Espíritu Santo. Podemos decir también, sin exageración, que María debió á Señor San José aun esta Maternidad que forma el mas bello florón de su corona; puesto que era imposible que el Verbo se hiciese carne en su seno antes de tener un digno depositario que pudiese velar sobre María, y tener cuidado de este Niño precioso cuya vida y muerte debían salvar á todo un mundo.

Ciertamente que la Santísima Virgen no ignoraba estas grandes deudas que había contraído para con su protector y su Esposo: por consiguiente, ¿con qué gracias tan escogidas no se dignaba recompensar incesantemente su solicitud y sus beneficios! María, que acostumbra dar aun á los indiferentes, aun á los

que persiguen á su divino Hijo, ¿qué no debía dar á Señor San José, cuya vida toda se gastaba cada día durante tantos años, en los servicios mas afectuosos y mas tiernos para con Ella y para con Jesús!

El mismo Jesús debía usar para con su Padre de la liberalidad mas grande. Y no hay que admirarse al vernos muchas veces nombrar á José, *Padre* de Jesucristo nuestro Señor; pues el Evangelista San Lucas es quien nos ha dado el ejemplo, (1) y no podemos engañarnos caminando sobre sus huellas. Por otra parte, José es Padre de Jesús, más y mucho mejor de lo que se cree comunmente.

María, según la opinión mas común, era no solamente *desposada* sino *casada* con Señor San José cuando recibió en Nazaret la visita del Arcángel, y fué hecha Madre del Verbo. (2) Ahora bien, lo propio del matrimonio es reu-

(1) Et erant *pater* ejus et *mater* mirantes super his quae dicebantur de illo.—Fili, quid fecisti nobis sic! Ecce *pater tuus* et ego, dolentes, quaerebamus te. (Luc., II).—La Iglesia habla como el Evangelio: *Te Sator rerum statuit pudicae Virginis Sponsum, voluitque Verbi te Patrem dici.* (Hymn. ad Matrem in festo S. Joseph.)

(2) Ita S. Hieronimus, S. Chrysostomus, Haymo, Theophylactus, S. Ambrosius, Suarez, et alii.

nir á los dos esposos en la unión, ó mas bien, en la *unidad* mas íntima; de tal suerte que los bienes del uno vengán á ser los bienes del otro, y que el cuerpo de cada uno de ellos pase al poder de su consorte. Y si estos efectos se producen aun en los matrimonios ordinarios, que no son el fruto de un afecto tan intenso y purísimo; si aun los esposos vulgares desde el momento en que están casados, *no son ya dos, sino una sola carne*, según la palabra de Adán, (1) repetida por el mismo Jesucristo: (2) ¿cuánto mas íntima no debía ser la *unión*, y cuánto mas perfecta aún la comunidad de los bienes entre María y José, que se unían bajo el impulso del amor mas casto y mas tierno? Ciertamente que José no tenía nada que no fuese enteramente de María; y del mismo modo, María no tenía ni podía tener nada que no fuese enteramente de su Esposo.

Si ahora, después del matrimonio, el cuerpo y la carne de María se hace fecunda; si el Espíritu Santo hace nacer en ese seno sacratísimo, una humanidad que asume la persona del Verbo; ¿á quién, pues, pertenece este germen precioso, que la Esposa

(1) Gen., II.

(2) Jam non sunt duo, sed una caro. (Math., XIX)

ha concebido por una operación milagrosa? ¿Será solamente á María? Sin duda que nó; sino que también pertenece á José porque todo lo que posee la esposa le es común con el Esposo. Este campo es el campo de José; y si brota allí por la gracia divina una planta admirable, si en él se encuentra un tesoro inestimable, esta planta es de José; este tesoro es de José. (1) José no es pues, solamente

(1) El Jurisconsulto dice: *Quod in agro meo nascitur meum est.* Mas nosotros, preferimos todavía á su autoridad, la del piadoso San Francisco de Sales. He aquí la encantadora comparación que emplea en su *Entretenimiento XIX*:

«Yo he acostumbrado decir que si una paloma (para hacer la comparación mas conforme á la pureza de los santos de quienes hablo), llevase en su pico un dátil, el cual dejase caer en un jardín, ¿diríase que el palmero que de él naciese pertenece al dueño del jardín? Ahora bien, si esto es así, ¿quién podrá dudar que habiendo el Espíritu Santo dejado caer este divino dátil como divina paloma en el jardín cerrado y sellado de la Santísima Virgen, (jardín sellado y rodeado de todas partes con las cercas del santo voto de virginidad) el cual pertenecía al glorioso San José, ¿quién dudará que este divino palmero que lleva los frutos que alimentan en la inmortalidad no pertenece *todo cuanto es* á este gran San José, el cual no obstante no se levanta más, sino que se hace todavía mas humilde?»

el *Padre nutricio* ó el *Padre adoptivo* de Jesucristo; es mucho más que esto sin duda ninguna. Jesucristo no es para José un Hijo *extraño*, que acepta de paso para recibir un salario; ó que lo acepta por afecto, para introducirlo en una familia de la cual no forma parte de ninguna manera en virtud de su primera concepción: Jesucristo desde el primer momento de su concepción milagrosa, sin ningún contrato voluntario, pura y simplemente por la fuerza de las cosas, pertenece á San José, como un hijo pertenece á su padre; y José de su parte, desde el primer momento, puede y *debe* tener con Jesús todos los sentimientos que tiene un padre para con su hijo. (1)

(1) Esta *Paternidad* de Señor San José para con Jesucristo, parece haber sido predicha desde los tiempos del Antiguo Testamento, en la persona de José, hermano de Benjamín, é hijo del Patriarca Jacob.

En la ilustre profecía por la cual Jacob, en su lecho de muerte, bendice á sus doce hijos y les anuncia el porvenir, es fácil ver cómo priva de su primogenitura á causa de sus pecados, á Rubén, Simeón y Levi; y cómo divide su privilegio en cierto modo *por mitad*, entre Judá y José cuyas profecías son mucho mas espléndidas que las de todos sus hermanos. Concerniendo esta primogenitura principalmente al nacimiento del Mesías, parece que esta *Esperanza de las nacio-*

¡Oh! ¡cuán tiernas son estas verdades! ¡Y cuán grande luz arrojan sobre la santidad de aquel á quien Jesucristo, el Rey de la gloria, no se avergüenza de tener por Padre! Ved lo que hace entre los hombres, un hijo que no es infiel á la voz de la naturaleza y de la gracia. Suponed que adquiere esas riquezas materiales cuya posesión encanta tan frecuentemente el corazón de los hombres: suponed que se merece alguna gloria por su ciencia ó sus trabajos; y que llegue á algún

nes, como se dice en la bendición de Judá, este *Descendido de las colinas eternas*, como se dice en la bendición de José, debe nacer á la vez, de Judá y de José.

Esto viene á ser aun mas evidente, cuando leemos estas palabras en la bendición de José, en el verso 24 del capítulo XLIX del Génesis: «De él es de quien ha salido el Pastor, la Piedra de Israel. *Inde egressus est pastor, lapis Israel.*» Estas palabras pueden entenderse sin duda del mismo José, ó de las tribus de quien es fundador; mas su sentido natural, (mas claro que el sentido del verso 11, en el cual sin embargo los intérpretes reconocen al Mesías), parece aplicarse á Aquel sobre quien se edifica toda la Iglesia cristiana, como sobre una Piedra inexpugnable.

¿Mas cómo pues, será el Mesías Hijo de José, puesto que ha nacido en la tribu de Judá?—Es necesario considerar que José tiene dos especies de hijos: los hijos según la carne y los hijos según el espíritu. Los

puesto eminente que la estimación de sus conciudadanos y el favor del soberano le confiere. ¡Cómo se apresurará á dar parte á su padre de todos los bienes que posee, y que son como un desarrollo de ese primer germen de la vida dado por el padre á su hijo! ¡Cómo le comunicará en cuanto le sea posible, su riqueza y su poder! ¡Y qué satisfacción tan dulce y tan pura hará nacer este reconocimiento en su corazón!

¿Qué hará pues Jesús, en favor del Santo Esposo de su Madre? Y ¿cómo Aquel que se

hijos según la carne, son todos los que nacen por las vías ordinarias de la legitimidad en las familias. Los hijos según el espíritu, son todos los que llevan el nombre de José, este gran Santo de los tiempos antiguos; todos los que de este modo son puestos bajo su protección para ser llenos de su espíritu. Mientras mas fieles son en imitar las virtudes de aquel que se les ha dado por padre, por protector y por guía, más son hijos de José; principalmente si algunas circunstancias particulares vienen á hacer aparecer en sus vidas grandes analogías con la historia de José.

De esta manera, el principal y el mas incontestable de todos los hijos del hermano de Benjamín, es el José de la nueva Alianza; y así es como se cumple la doble profecía del anciano Jacob; porque el Mesías, por su padre José, descende á la vez de Judá, según la carne, y de José, según el espíritu.

ha dado todo entero en los mas duros suplicios por la salvación de sus verdugos, se conducirá para con su Padre? ¿Con qué incomprendibles larguezas recompensará todos los cuidados que San José no ha cesado de prestarle, El que no deja sin recompensa ni un caso de agua fria? ¿Qué dará por las inquietudes dolorosas que ha causado á este casto Esposo cuando la gravidez milagrosa de María, por las angustias mas duras todavía de la huida á Egipto; y sobre todo, por ese amor del alma, por ese amor secreto que arde tan poderosamente en el corazón de San José, y cuyas grandes llamas no pueden manifestar por fuera todas sus obras exteriores por perfectas que sean? ¿Qué beneficios bastarán á pagar unas deudas tan sagradas, sobre todo, si tenemos en cuenta la riqueza y liberalidad del que debe pagar?

Jesucristo debe á José el cetro de David y el reinado legítimo sobre todo el pueblo de Israel. María no era la legítima heredera de este antiguo poder de David y de Salomón, tan célebre en toda el Asia; esta herencia no le pertenecía, puesto que todavía quedaba en la persona de José, un hombre descendiente de esta ilustre familia. El poder soberano recaía en José; y él lo trasmite naturalmente,

como sus otros bienes, á Jesús su heredero, nacido de María su casta Esposa, en un momento en que, por el lazo sagrado del matrimonio está bajo la plena dominación de su Esposo. Mas este ilustre cetro de David, no es mas que el simbolo de otro cetro, incomparablemente mas grandioso, por el cual Jesucristo reina universalmente sobre los verdaderos Israelitas, sobre los cristianos esparcidos por todo el mundo. Jesucristo, no temamos decirlo, recibe también en cierta manera de José ese otro imperio mas augusto que debe ejercer hasta el fin del mundo, y después del fin del mundo por toda la eternidad.

José es una *condición necesaria* para la Encarnación del Verbo en la santa Humanidad de Jesucristo. No hay duda que el Verbo Divino necesitaba una Madre que fuese digna (1) de recibirle en su seno y de formarle una carne toda inmaculada y toda pura; que fuese digna de alimentarle con su leche y de velar sobre su infancia; mas también era necesario al Verbo hecho carne, un Padre que

(1) No hay que admirarse de esta expresión, pues se encuentra muchas en la Bula de la Inmaculada Concepción: *Digna Dei Mater.—Idoneum plane Christo Habitaculum.*

podiese resguardar la reputación de María; consolarla, protegerla y conducirla; que pudiese prestar al Hijo bendito de sus entrañas esos mil servicios que una *viuda* no es capaz de cumplir. Era necesario al Verbo Encarnado un Padre que supiese llenar todos estos oficios tan augustos, de una manera digna y conveniente, con todas las virtudes y toda la santidad que reclamaban la Divinidad del Hijo y la incomparable perfección de la Madre. En tanto que José, el mas puro, el mas justo y el mas ilustrado de todos los hombres; en tanto que José no estuviese allí, la Encarnación permanecía imposible, y la naturaleza humana no podía convenientemente ser asumida por el Verbo Hijo de Dios.

Jesucristo, según su humildad, debe pues á Señor San José, no solamente el cetro del poder temporal sobre toda la raza judía; sino también en cierto modo, la unción misteriosa de la Divinidad que le hace Monarca soberano sobre todos los hijos de los hombres. ¿Qué dará el Salvador á José para compensar unos beneficios tan preciosos?

Los otros santos, en su mayor parte han recibido gracias que los *ordenan* á la Iglesia. El glorioso Apóstol de los gentiles, San Pablo, tiene por misión anunciar la palabra di-

vina á aquellos que no la conocen todavía. San Pedro, el príncipe de los apóstoles, es escogido por el Señor para ser el fundamento inexpugnable sobre el cual es edificada la Santa Iglesia, para confirmar á sus hermanos en la fé, y para apacentar los corderos y las ovejas de Jesucristo. Es verdad que estas funciones son muy sublimes; y no hay duda que Dios conduciéndose siempre con esa Providencia que proporciona los medios á los resultados que hay que obtener, ha concedido á San Pablo, á San Pedro, y generalmente á todos aquellos cuyo ministerio tiene por fin la salvación de las almas, gracias grandes y muy poderosas que les ayudan á desempeñar dignamente sus funciones.

Sin embargo, no creemos apartarnos de la verdad, si decimos que Señor San José ha recibido todavía más; porque este Santo es *ordenado* por Dios, no á defender ó á gobernar la Santa Iglesia; sino á proteger y á conducir á la Santísima Virgen y á su bendito Hijo Jesús.

Y ¿cuál es mas digna y mas perfecta, la Virgen María, por sí sola, Madre del Hijo de Dios, ó la Iglesia universal extendida sobre toda la faz de la tierra, desde el Paraíso terrenal hasta los días en que Jesucristo ven-

drá sobre las nubes para juzgarnos? Ya lo hemos dicho en otra parte: María, sola, es muy superior á todos los ejércitos celestiales; y si los santos y los ángeles considerados en sí mismos, son *oro precioso*; en su presencia, y comparados con la Santísima Virgen no son mas que *un poco de arena*. (1) ¿Cuál, á nuestro parecer glorifica mas á Dios, toda la Iglesia de los fieles, de los bienaventurados y de los ángeles, ó bien la sola Humanidad de Jesucristo? Ciertamente que la sola Humanidad de Jesús, tributa á Dios mas servicios, mas adoraciones y homenajes, que todos los santos juntos; y lo que toda la universidad de las celestiales falanges no podría cumplir ó merecer durante toda la sucesión de los siglos, Jesucristo solo puede obrarlo ú obtenerlo en un momento, por la menor de sus acciones á las cuales la unión del Verbo da un valor que los teólogos no temen llamar *infinito*.

Ahora bien: mientras que los otros santos están ordenados á la dirección de la Iglesia; y los más á una pequeñísima fracción de ella; Señor San José, y solo él, está ordenado á la

(1) Ricardo de San Lorenzo: *Lib. II. Part. III, de Laudibus Beatæ Virginis*.—Alusión á este texto de la Sabiduría: *Omne aurum in comparatione illius arena est exigua*. (Sap., VII).

dirección de Jesucristo entero y de María, toda entera; y esto durante treinta años. Pues si las gracias de los otros santos son tan grandes ¿qué debemos pensar de la gracia que conviene á San José? ¿Qué demos pensar de la prudencia, de la fé, del respeto y del amor de que debe estar lleno, para mandar dignamente á María, á Aquella á quien *todas las voces de los ángeles y de los hombres no bastan á celebrar*? (1) ¿y para mandar dignamente á Jesucristo, que no cree hacer una injusticia llamándose igual á Dios? (2)

Digamos, pues, por conclusión, que después de la augusta María, que no debe ser comparada á ningún santo, porque forma con Jesús un *orden aparte*; después de la augusta María, Señor San José, todo inundado de de la divina gracia, ocupa el primer lugar entre todos los otros santos. (3)

(1) Ex Bulla Immacul. Conceptionis.

(2) Philip., II.

(3) Parece que puede oponerse á esta *conclusión* una *gravísima* autoridad, puesto que es la autoridad del mismo Jesucristo. Cuando los discípulos de Juan Bautista fueron á Jesús, y cuando se hubieron alejado después de haber sido testigos de sus milagros, dijo nuestro Señor á la multitud que permaneció cerca de Él para escucharle: «En verdad os digo: entre los

CAPÍTULO IV.

Del gran poder del glorioso Señor San José

EL reino del cielo está dispuesto con mas justicia y armonía que los reinos de la tierra.

Sobre la tierra vemos muy á menudo que los malos mandan y dominan con imperio. Nuestro Señor dá al demonio el nombre terrible de *principe de este mundo*: porque en efecto, el pecado de nuestro primer padre y todos nuestros pecados personales, nos han sometido á su perversa dominación. Este

hijos de las mujeres, no ha aparecido otro mayor que Juan Bautista; mas el que es menor en el reino de los cielos es mayor que él. *Amen dico vobis: Non surrexit inter natos mulierum major Joanne Baptista, qui autem minor est in regno coelorum, major est illo.* (Math., XI). O con poca diferencia, según San Lucas: «En verdad os digo: Entre los hijos de las mujeres no hay ningún Profeta mayor . . . que Juan Bautista; mas el que es menor en el reino de Dios es mayor . . . que él. *Amen dico vobis: Major inter natos mulierum propheta Joanne Baptista nemo est; qui autem minor est in regno Dei, major est illo.*» (Luc., VII). Sin embargo, esta doble cita no parece contradecir ni destruir la afirmación que hemos sentado.

En efecto, débese notar que es imposible tomar estas palabras sagradas con toda la *generalidad* que pa-

principe del mundo comunica á aquellos que se le entregan, haciéndose malos como él, algo de su injusto y tiránico poder; y así no es de maravillar si vemos muchas veces á los hombres llenos de abominables pecados ejercer una grande y altísima autoridad, mientras que los hombres virtuosos, los grandes santos son desconocidos y perseguidos, muy lejos poseer ningún poder sobre la sociedad que les rodea.

recen presentar á primera vista. Nuestro Señor no exceptúa á *nadie*: mas parece probable que se deben exceptuar á los Apóstoles, cuyo ministerio parece mas perfecto quizá que el de Juan Bautista; y de hecho, muchos comentadores los exceptúan. A lo menos, sin hablar de Señor San José, debe exceptuarse á la Santísima Virgen, que sin duda ninguna, es muy superior á Juan Bautista en santidad y en gracia. ¿Cómo, pues, sustraerse á la *universidad* de la afirmación propuesta?

Algunos, siguiendo las huellas de San Jerónimo, dicen que no se trata aquí sino de los santos del Antiguo Testamento, de los Profetas, con los cuales compara nuestro Señor á Juan Bautista, y con los cuales compara nuestro Señor á Juan Bautista, y con los cuales la multitud de los judíos ignorante aun de los misterios del Nuevo Testamento, debían naturalmente compararle. Esta razón se encuentra confirmada por la cita de Malaquías que precede, y que prueba

Mas en el cielo sucede de otra manera. El cielo es el reino de Dios, y por consiguiente, el reino de todos los que son de Dios por su santidad y virtudes. En el cielo no son ya los malos los que dominan, sino los buenos: y si algún santo se acerca mas á Dios por la posesión de una gracia mas eminente, debe ver, y en efecto, ve su poder hacerse mas universal y mas semejante á la soberana autoridad con que Dios gobierna los mundos.

Esta sola consideración nos basta para juzgar del gran poder de Señor San José, en la

cómo nuestro Señor habla aquí de los profetas de la Antigua Alianza. Los que se adhieren á esta explicación, se sirven de ella para exceptuar á los Apóstoles y á la Santísima Virgen, como perteneciendo al Nuevo Testamento: nosotros nos serviremos también de ella para exceptuar á Señor San José, que habiendo vivido durante tantos años en la sociedad familiar de nuestro Señor y de la Santísima Virgen, puede, con mucho derecho, ser contado entre los santos del Nuevo Testamento, aun cuando haya muerto antes de la Pasión de nuestro Señor y de la promulgación de la Nueva Alianza.

Tal vez podría decirse que nuestro Señor habla aquí de los santos conocidos y brillantes por decirlo así, con los cuales podían compararse á Juan Bautista. ¿Por qué pues, había de querer revelar antes de tiempo á las multitudes ignorantes de los judíos, un Santo

Iglesia que comienza en medio del universo el reino celestial. José como acabamos de verlo, es el mas grande de todos los santos de la antigua y de la nueva Alianza; y su santidad se eleva sobre todo lo que nuestra débil inteligencia puede comprender: así, pues, debe estar revestido de un inmenso poder, superior al que conviene á los otros santos.

Busquemos en la historia de José, hijo de Jacob, las *figuras* de la admirable dominación espiritual que reserva á su Padre, Jesucristo nuestro Señor.

cuyas prerrogativas eminentes, y cuyo gran poder debían todavía permanecer en la sombra durante muchos siglos? Nuestro Señor se coloca en el punto de vista de los judíos, y habla de los santos ilustres cuyos nombres están grabados en su memoria. Lo que lo confirma es no solamente el contexto de las frases que preceden, sino también la palabra de que se sirve San Mateo: *Surrexit*; ninguno *se ha levantado* sobre el horizonte de la historia. San Lucas dice mas explícitamente todavía: *Major Propheta Joann Baptistista nemo est*. No se trata de saber si hay quizá algunos santos ocultos que superen en santidad á Juan Bautista; todo lo que nuestro Señor afirma es que no hay *mas grande Profeta*, lo cual no hemos negado nunca.

Por lo demás, parece que es preciso adoptar una ú otra de estas dos explicaciones que son muy semejan-

Desde su juventud vió el hijo de Jacob, en sueños, los prodigios de sus futuras grandezas. Dirigiéndose á sus hermanos, les dice: «Escuchad el sueño que he tenido: Creía yo estar con vosotros en un campo, en donde nos ocupábamos en atar las gavillas, y parecíame que la mía se levantaba y permanecía derecha, mientras que las vuestras adoraban á la mía, colocándose á su alderredor.» (1) Esta adoración significaba indudablemente el gran respeto de los otros santos para con San José, que los supera, como el antiguo José

tes, porque parece imposible creer que San Juan Bautista exceda en gracia á Señor San José. Puesto que todas las gracias de los santos les vienen á causa de su unión con el Verbo Encarnado, José debe ser mucho mas santo que el Precursor; porque en lugar de escuchar solamente por un poco de tiempo en su primera infancia la voz de la Santísima Virgen María, José la oyó muchas veces; y muchas también escuchó al mismo Jesús en las mas íntimas y dulces conversaciones. Del mismo modo, si Juan Bautista tuvo la gran felicidad de bautizar una vez al Mesías en las aguas del Jordán, este acto aislado de superioridad no es de ninguna manera comparable con la superioridad constante y natural que ejerció tanto tiempo Señor San José, como Custodio y Protector de Jesucristo.

(1) Gen., XXXVII.

superaba en méritos y en virtudes á sus otros hermanos. Y no debemos admirarnos por esta palabra: «adorar, *adorare*» porque según la costumbre de la Santa Escritura, se entiende sin dificultad del culto de amor y de respeto que es permitido y ordenado tributar á las criaturas cuando son dignas de él por su autoridad ó sus virtudes.

Mas véamos unas palabras mas explícitas, en las cuales reconozcamos todavía la supremacía de nuestro glorioso Patriarca. El hijo

Parece pues, en resúmen, que la palabra de nuestro Señor no es contraria á la conclusión que hemos sentado, y que nada nos impide considerar á José como el hombre mas favorecido de la gracia divina y el mas eminente en santidad.

Y no obstante, decimos todas estas cosas, *salvo semper meliori judicio*. Es nuestra opinión la que exponemos, y nada más: y así es como se deben entender los diversos pasajes en donde damos á Señor San José el primer lugar entre los santos.

(F. Suarez, 3ª part., q. 29, disp. 8, sect. I, mira como probable que San José supera en gracia y en gloria á los Apóstoles y á Juan Bautista; porque su oficio es superior al de ellos. En efecto, mas es ser Padre y Guía de Jesucristo, que el ser su heraldo y precursor. *Ita Cornelius a Lapide, in cap. I. S. Math.* — Suarez es considerado generalmente como uno de los mas grandes teólogos de la Iglesia).

de Raquel refiere á su padre y á sus hermanos otro sueño:

«He visto, dice, en sueños, como si el sol, la luna y once estrellas me adorasen.» (1) En este rasgo no tenemos ya necesidad de reflexiones ni de interpretaciones razonadas; pues la profecía es bastante clara para herir nuestras miradas al instante mismo. Las once estrellas son los santos, que muestran al Padre de Jesucristo un gran respeto: porque los santos, según San Pablo, son designados por las estrellas, (2) cuya claridad brillante y pura simboliza su gracia. En cuanto al sol y á la luna, representan á Jesucristo y á María, estos dos astros soberanos del firmamento de la Iglesia; Jesucristo, á quien la liturgia llama el Sol de justicia; y María, á quien la Escritura compara con la luna. Únense uno y otro á los bienaventurados y á los ángeles, para manifestar á Señor San José un gran respeto, y para realizar plenamente en su favor, lo que no había visto el antiguo José, privado de su madre, la dulce Raquel, mucho tiempo antes de ser exaltado á la corte de Faraón, y por consiguiente, antes de ver

(1) Gen., XXXVII.

(2) I. Cor., XV.

á su padre y sus hermanos inclinarse con respeto en su presencia.

Los sueños enviados por el Señor, son profecías cumplidas siempre inevitablemente. El porvenir justifica pues del todo estas revelaciones misteriosas que José había recibido tocante á su futura grandeza.

Los madianitas le venden á Putifar, príncipe del ejército de Faraón. Parece que en medio de los egipcios, *que detestaban á los pastores de ovejas*, (1) el pastor José no debía encontrar mas que repulsas y continuos sufrimientos: mas al contrario, apenas permaneció algún tiempo en la casa de Putifar, cuando éste, no contento con tratarle con dulzura, hace de él su intendente principal y le confía la administración de todos sus bienes. *Præpositus omnibus, gubernabat creditam sibi domum, et universa quæ ei tradita fuerant.* (2) Un poco mas tarde, José fué puesto en prisión por una acusación calumniosa: parece que esta circunstancia junta á su caracter de extranjero, debía hacerle enteramente sospechoso al gobernador de la prisión y obligarle á la mas severa vigilancia. Mas no fué así:

(1) Gen., XLVI.

(2) Gen., XXXIX.

este oficial fué amigo de José; y en lugar de dejarlo encerrado en algún oscuro reducto, hácele jefe de todos los prisioneros y pone en sus manos la administración de toda la casa: y Dios es quien por su poder invisible obra este cambio en el corazón del egipcio: *Fuit autem Dominus cum Joseph; et misertus illius, dedit ei gratiam in conspectu principis carceris: qui tradidit in manu illius universos vinctos, qui in custodia tenebantur; et quidquid fiebat sub ipso erat.* (1) Finalmente, esa confianza extraordinaria no es mas que el preludio de una exaltación mucho mas admirable todavía. Seducido Faraón por la sabiduría del joven hebreo, hácele su primer ministro y jefe de todo su pueblo, y confíale los mas altos poderes: *Ecce constitui te super universam terram Ægypti.* A estas palabras ya tan significativas, añade Faraón otras todavía mas solemnes y mas graves. Dice con énfasis: *Ego sum Pharao: absque tuo imperio, non movebit quisquam manum aut pedem in omni terra Ægypti.* (2) En toda la tierra de Egipto, no es ya permitido á nadie mover el pie ó la mano sin las órdenes de José.

(1) Gen., XXXIX.

(2) Gen., XLl.

Si el antiguo José mereció por sus virtudes tanto poder sobre la tierra, en un tiempo en que la flaqueza de los hombres no siendo sostenida aun por la gracia del Evangelo, exigia recompensas temporales: ¿qué poder no deberá tener ahora en el cielo el nuevo José, adornado de perfecciones incomparablemente mas sublimes, y habiendo venido en los tiempos mas felices, en que la oscuridad durante esta vida asegura á la virtud un gran poder después de la muerte? Pero entremos todavía más en los detalles de la tercera exaltación del hijo de Jacob, mas gloriosa que las dos que la preceden.

Faraón no se contenta con las palabras aunque tan enérgicas como acabamos de referir: sino que á fin de hacer mas impresión en el espíritu de sus súbditos, juntando á sus órdenes toda la pompa de un magnífico espectáculo, y también para figurar mejor la gloria del José de la Nueva Alianza, decreta al hijo de Jacob todos los honores del triunfo mas espléndido. Parece despojarse de las insignias de su poder á fin de revestir con él á este ministro que debe en adelante reemplazarle enteramente en la administración de su imperio. Saca de su propia mano el anillo, con el cual sin duda sellaba los edictos mas

graves, y lo pone en el dedo de José: en lugar de sus vestidos vulgares, manda que lo vistan con un espléndido traje de seda; y en lugar de las cadenas de la prisión le pone al cuello un collar de oro. Finalmente, hácele subir en el carro mas hermoso después de aquel de que se sirve él mismo, y un heraldo marcha por delante del triunfador, mandando á todos los egipcios que se arrodillaran en su presencia. *Tulitque annulum de manu sua, et dedit eum in manum ejus; vestivitque eum stola byssina, et collo torquem aureum circumposuit. Fecitque eum ascendere super currum suum secundum, clamante præcone, ut omnes coram eo genuflecterent, et præpositum esse scient universæ terræ Ægypti.* (1)

Según la versión Caldea y según algunos intérpretes, la profecía sería mas explícita aún; porque la palabra que la Vulgata ha traducido por «*genuflecterent*,» *clamante præcone ut genuflecterent*, no sería una palabra hebrea sino una palabra egipcia insertada textualmente en la narración del Génesis. Esta palabra: *Abrech*, según la versión Caldea y los intérpretes de que hablamos, significa, «Pa-

(1) Gen. XLI.

dre del Rey:» *Pater regis.* (1) Y José merecía bien este título puesto que iba á salvar del hambre y de la muerte á todo el Egipto sometido al gobierno de Faraón.

Como quiera que sea de este detalle que no nos es necesario, al leer este triunfo del hijo de Jacob, ¿no parece que contemplamos realizado cerca de veinte siglos antes, el triunfo del nuevo José, de aquel á quien Jesucristo, Rey Supremo, no se avergüenza de tener por padre; á quien encarga el firmar los rescriptos por los cuales nos confiere sus gracias, de aquel á quien adorna con las mas eminentes prerrogativas, y á quien quiere vernos honrar como á si mismo, reservándole debajo de su trono y del trono de María el primer lugar? Que se nos permita pues, aplicar á su augusta persona las místicas interpretaciones de San Ambrosio: «¿Qué significa el anillo puesto en el dedo, sino que su fidelidad ha recibido el pontificado, de suerte que puede en lo de adelante firmar las órdenes? ¿Qué quiere decir este traje, vestido de sabiduría, sino que el gran Rey le ha dado el principado de la celestial prudencia? El collar de oro parece designar una firme inteligencia: el carro

(1) Vide *Cornelium a Lapide, in Gen., XLI.*

significa la cumbre sublime de los méritos.» (1)

¿No es á este gran poder del hijo de Jacob al que hace alusión la Iglesia en sus Oficios, cuando para celebrar la fiesta del 19 de Marzo, emplea esta frase que parece tener en singular estima: *Constituít eum dominum domus suæ, et principem omnis possessionis suæ?* «Lo ha establecido señor de su casa, y príncipe de todas sus posesiones?» ¿No es su designio atraer especialmente nuestra atención sobre estas palabras que repite por tres veces: en las primeras Vísperas, en el primer nocturno de Maitines y en el breve responso de Tercia? ¿No es un pensamiento muy semejante el que dicta la antifona del *Magnificat* en las segundas Vísperas: «Hé aquí al siervo fiel y prudente á quien el Señor ha establecido sobre su familia:» *Ecce fidelis servus et prudens, quem constituít Dominus super familiam suam?* Y en efecto, ¿no es Señor San José un *siervo* á la vez *prudente y fiel*, dotado al mismo tiempo de inteligencia y de buena voluntad, á quien el Señor ha establecido sobre todas las naciones cristianas que constituyen su *familia*? ¿No es Señor San José el *Príncipe* que tiene derecho al respeto y á la

(1) Lib. de Joseph., cap. VII.

obediencia de todas las posesiones de Dios, es decir, de todas las almas que Dios posee por su gracia? Finalmente, ¿no es Señor San José un Amo á quien debe reverenciar con una continua obediencia esta Iglesia, en donde Jesucristo vive como en una *casa* que se ha construido? Todas estas expresiones convienen á Señor San José, aunque sin llegar á manifestar enteramente la grandeza de su poder.

Antes de dejar el Antiguo Testamento, fijémonos en una circunstancia muy notable de la historia que nos ha conservado el Génesis.

No hay duda que los poderes del hijo de Jacob son universales, y se extienden sin excepción sobre toda la tierra de Egipto; mas sin embargo, el objeto principal de su poder, es el *trigo*, que está encargado de distribuir á los pueblos de Faraón durante los siete años estériles que seguirán á los siete años fecundos. José no descuida ninguno de los numerosos deberes de su cargo; pero se dedica de preferencia al mas imperioso de todos, al deber de guardar aparte *el trigo* sobrante durante los años fecundos; y de mandar distribuir *el trigo* durante los años estériles. Bajo este caracter, aun cuando estuviera aislado de todos los demás, ¿quién no reconocería al instante á nuestro José?

¿No es Jesucristo el verdadero *trigo*, que debe ser alimento de nuestras almas, y que debe producir en ellas un vigor semejante al que el pan material mantiene en nuestro cuerpo? ¿No se oculta Jesucristo bajo las apariencias de este *trigo* que el sacerdote consagra en nuestros altares antes de distribuirlo á los fieles como un alimento celestial, prenda de la felicidad futura? Y si se necesitan los testimonios explícitos de la Santa Escritura para justificar una comparación tan manifiesta, ¿no tenemos las palabras de nuestro Señor mismo? ¿No dice, hablando de su Persona, sagrada: *A menos que el grano de trigo no sea muerto, cayendo en la tierra permanece solo; mas si llega á morir produce mucho fruto?* (1) En fin, ¿no dice mas claramente aun: *Yo soy el Pan de vida: Yo soy el Pan vivo bajado del cielo?* (2) Veamos pues, en el poder del hijo de Jacob sobre todo el *trigo* de Egipto, la *figura* de un poder análogo, pero infinitamente mas grandioso, de San José, sobre la Persona adorable de Jesucristo, alimento celestial de nuestras almas, y sostén de nuestra vida según el espíritu.

(1) Joan., XII.

(2) Joan., VI.

Nosotros también, privados ahora por la falta de Adán, de la divina gracia, hemos conocido la abundancia antes de conocer la miseria; y el recuerdo de nuestras riquezas pasadas, hace mas punzante el dolor de nuestra indigencia presente. No es solamente á una pequeña parte de la familia humana á quien atormenta esta *hambre* terrible causada por la pérdida de los dones divinos: hoy día, como en los tiempos de Jacob, el *hambre* se extiende sobre toda la tierra: *In universo orbe fames pravaluit.* (1) Y como en los tiempos de Jacob, esta *hambre* tan dolorosa en lugar de disminuir parece aumentarse á cada instante: *Crescebat autem quotidie fames in omni terra;* (2) porque nuestra *naturaleza*, herida por el golpe funesto del pecado, ve todos los días salir de esta llaga siempre abierta, nuevas miserias mas espantosas. ¿Qué haremos en medio de nuestra urgente necesidad? ¿Cómo saciaremos esta *hambre* que nos devora? ¿En dónde buscaremos, en dónde pediremos, en dónde encontraremos alimentos?

Seguiremos el ejemplo que nos han dado el

(1) Gen., XLI.

(2) Gen., XLI.

Egipto y todas las comarcas cercanas. Eraón decía á sus pueblos: Id á José: *Itē d Joseph;* «y haced, sin excepción, todo lo que os diga:» *Et quidquid ipse vobis dixerit, facite.*

(1) Nosotros tomaremos estas palabras como salidas de la boca del mismo Jesucristo; y nos conformaremos á esta orden, exponiendo á Señor San José la grande necesidad que nos estrecha, y la gran falta que tenemos de este alimento celestial cuya plena dispensación ha recibido.

«¡Oh José! le diremos, considerad nuestra miseria. Nosotros nos hemos dirigido á Jesucristo para pedirle el alimento; pero en lugar de escuchar directamente nuestra súplica, nos envía á vos, á fin de que seamos consolados y salvados por vos. Despachad nuestra petición, y no seais menos liberal que el José de los tiempos antiguos. Bien podríamos buscar en otra parte esos alimentos mentirosos que engañan el hambre del hombre sin darle un alimento verdadero. Mas tendremos cuidado de no caer en tan triste extravío. Lo que necesitamos no es un alimento que es inútil y aun enteramente perjudicial al vigor de nuestras almas: sino el alimento de la gracia,

(1) Gen., XLI,

el que vos teneis reservado, y que se distribuye por vuestras manos; en una palabra, es Jesucristo. Concedednos, pues, nuestra petición, puesto que vos sois el ministro universal y que solo vos podeis escucharnos. Que lleguemos á hacernos ricos por vuestra generosa liberalidad, y que podamos de hoy en adelante invitar á todas las naciones, á todos nuestros amigos y hermanos, á que vengan á enriquecerse cerca de vos.»

Mas ya es tiempo de buscar en la plena luz del Nuevo testamento, la confirmación de las verdades que nos revelan las *figuras* y las *sombras* de los antiguos días. Si traemos á la memoria un solo instante los hechos que nos atestigua la tradición católica, fácilmente comprenderemos cómo Señor San José debe poseer el poder de prestar á sus clientes un apoyo universal.

Para establecer esta verdad ¿no será bastante considerar que José ha recibido el derecho de *mandar* á María, y el derecho de *mandar* á Jesucristo?

El devoto San Bernardo llamaba á María la *Omnipotencia suplicante*: y en efecto, la Santísima Virgen obtiene todo lo que sus súplicas imploran de la misericordia divina. Para ser escuchada en sus peticiones basta

que recuerde á nuestro Señor Jesucristo que es su Madre; basta que parezca en su presencia, é inmediatamente el divino Asuero se apresura á decirle con ternura: «¡Oh Esther! ¿qué es, pues, lo que deseais? á fin de que yo os lo conceda. ¿Qué quereis que yo haga? Aun cuando me pidiérais la mitad de mi reino, lo obtendreis.» (1) María, Madre de Dios, puede todas las cosas; y sin embargo, José tiene el derecho de mandar á María.

En cuanto al poder soberano de Jesucristo, ¿quién osaría dudar de él un solo instante? ¿No ha manifestado este poder durante su vida mortal, por los mas espléndidos milagros, y principalmente por su propia Resurrección de entre los muertos? Y sin embargo, en la época de que hablamos, Jesucristo no había entrado aun en la plena posesión de su gloria: Hombre entre los hombres, templaba los rasgos de su luz para no deslumbrarnos. ¿Qué no podrá, pues ahora, sentado en el cielo á la diestra de Dios su Padre? Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, puede todas las cosas; y sin embargo, José tiene el derecho de mandar á Jesucristo.

Y no nos imaginemos que este derecho de

(1) Esth., VII.

José haya sido tan imperfecto y tan limitado: nó. José es Esposo y es Padre: y estos títulos augustos le daban un gran poder sobre su Esposa y sobre su Hijo.

La esposa en el matrimonio cristiano no está de ningún modo independiente de la autoridad de su esposo: y está muy lejos de caminar con él al mismo paso. La esposa debe estar *sometida á su esposo en todas las cosas*: (1) como la carne está sometida al espíritu, según las comparaciones del mayor Doctor, y del mas gran Padre de la Iglesia; (2) y como la Iglesia cristiana está *sometida á Jesucristo*, según la comparación del Apóstol de los gentiles. (3) Además de esto, á medida que la pareja conyugal sale mas de la atmósfera maldita del pecado, para entrar en las regiones de la gracia, la sujeción de la esposa, aunque muy dulce y muy amable, se perfecciona por medio de continuos acrecentamientos, que corresponden á la sumisión gradualmente mas perfecta de la *carne* para con el *espíritu*, en el cristiano que trabaja en la santificación de su alma. Ya Sara en los

(1) Pet., III, *et alívi*.

(2) S. Thom. Summa I. 2., q. LXXIV, a. 6, 7.—
August. de Trinitate, XII.

(3) Ephes., V.

tiempos del Antiguo Testamento, trataba á Abraham su esposo con tanto respeto que no temía darle el nombre de Señor: (1) ¿qué deberán, pues, hacer hoy día las esposas cristianas, y cómo deberán portarse para cumplir enteramente con las leyes de la sociedad conyugal? Y sobre todo, ¿cuáles deberán ser para con Señor San José la obediencia y la veneración de María, de esa Esposa incomparable, que semejante á Jesucristo, se lanzaba con ardor en todos los abatimientos de la mas perfecta humildad?

Del mismo modo, en la familia cristiana, el hijo no está independiente de su padre; y si la ley de Jesucristo hace desaparecer la servidumbre y la odiosa tiranía de las naciones idólatras, no es para establecer la licencia, sino para reemplazarlas por los lazos mas fuertes y mas íntimos que la gracia de Dios hace nacer. Esta dependencia del hijo para con su padre es una tierna imagen de la dependencia que todas las criaturas, como hijas del Padre celestial, tienen necesariamente del Creador que las ha hecho desde su principio y las conserva con unos cuidados mas que maternos y paternales. Mientras

(1) I. Petr., III.

mas crece la familia en la santidad cristiana, para llegar á ser semejante al Dios que la curó de sus pecados, mas debe crecer también la dependencia filial, á fin de presentar en sí misma de una manera mas brillante, la imagen de esa dependencia tan suave, pero absolutamente invencible que une á la criatura con el Creador. El Evangelio nos dice bien en una sola palabra, que Jesús estaba *sometido* á José; mas á nosotros nos toca examinar esta palabra y comprender en cuanto podemos, el misterio de la inefable obediencia de Jesús para con su padre; el misterio de esta obediencia perfecta que debía simbolizar tan dignamente la de todas las criaturas para con Dios.

Concluyamos pues, ahora, con entera seguridad, que José, durante su vida mortal, mandaba plenamente á Jesús y á María, y que los dos son omnipotentes. José no ha cometido ninguna falta capaz de arrebatarle estos admirables privilegios: por consiguiente, á pesar de todos los cambios acaecidos por la gloriosa exaltación de su Hijo y de su Esposa, José goza al presente de un poder universal.

Notemos también una circunstancia que no debemos dejar pasar desapercibida.

Hay dos especies de poder: el que ejercemos por nosotros mismos y el que ejercemos por medio de otro. El primero está sujeto á muchas penas y trabajos: pues el que debe ejecutar *por sí mismo* las cosas que quiere cumplir, encuentra frecuentemente muchos obstáculos que le obligan á hacer grandes esfuerzos y sostener luchas; no llegando á conseguir su fin sino á fuerza de su energía. Por el contrario, el que puede ejecutar *por medio de otro* las obras que quiere hacer, goza de una posición mucho mas cómoda: otros se entregan al trabajo para cumplir sus voluntades y sus deseos; en cuanto á él descansa en una continua y pacífica alegría, viendo su palabra, semejante á la palabra divina ejecutarse á su vista sin costarle ningún esfuerzo.

Este segundo poder es el que conviene á Señor San José. Ahora, como en otro tiempo, en el cielo, lo mismo que en Nazaret, no tiene, según nuestro modo de comprender, mas que manifestar sus deseos á Jesucristo su Hijo bendito y á María su tierna Esposa. Inmediatamente la Reina de los Angeles y de los Arcángeles envía á sus fieles servidores, que se apresuran á obedecer á su Augusta Soberana: y el Rey de los reyes pronuncia

una de esas palabras cuya autoridad no conoce resistencia; y todas las peticiones, todos los deseos del glorioso San José se ven cumplidos.

Por lo demás, la Santa Iglesia no tiene dificultad en reconocer este gran poder que atribuimos á Señor San José. Muchos se admirarán quizá al encontrar en la Liturgia sagrada unas palabras tan significativas y tan claras. ¡Ojalá y su admiración se cambie en una devoción muy sincera, capaz de llevarlos para siempre á los piés de aquel á quien el mismo Jesús obedecía! He aquí, pues, lo que canta la Iglesia en la fiesta del 19 de Marzo:

«¡Oh José! Vos que sois la gloria de los bienaventurados, la esperanza cierta de nuestra vida, y la columna del mundo, acoged con benevolencia las alabanzas que cantamos llenos de alegría.»

Cœlitum, Joseph, decus, atque nostræ
Certa spes vitæ, columenque mundi,
Quas tibi læti canimus benignus

Suscipe laudes. (1)

¡O qué palabras! ¡y qué elevación no muestran en Señor San José!

(1) Hymnus ad Matutinum.

José es llamado la *esperanza cierta de nuestra vida*. Mas esta es la misma expresión de que se sirve la Iglesia, hablando de la Santísima Virgen María! En esa dulce antifona de la *Salve, Regina*, invocamos á María como nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra *esperanza*. Y para alabar á Señor San José, no teme la Iglesia emplear esta última palabra, quizá la mas enérgica, puesto que traspasando los tiempos presentes nos indica cual es para nosotros el camino que conduce á los bienes futuros. José no solamente es la esperanza de nuestra vida, de esa gran vida de la gracia y de esa gran vida de la gloria, que son las únicas dignas de ser apreciadas por el cristiano: sino que es la *esperanza cierta* de nuestra vida; lo cual quiere decir que abandonándonos á su dirección, tomándole por Patrón y obedeciendo á sus órdenes, estamos ciertos de llegar al término feliz que debe colmar todos nuestros deseos.

José es llamado también la *Columna* ó el apoyo del mundo: magnífica expresión que nos muestra á todo el mundo, sostenido y como llevado por Señor San José. Además, ¿qué tiene de sorprendente que San José lleve al mundo? Muchas veces ha llevado mucho más; porque más de una vez ha llevado dul-

ce y respetuosamente entre sus brazos al Creador de los mundos, Jesucristo nuestro Señor. Es verdad que esta audaz expresión: *columna ó sostén* del mundo, parece dar á Señor San José lo que el Apóstol aplica á Jesucristo *por privilegio* cuando dice: *Ninguno puede poner otra base que la que ha sido puesta, y esta base es Jesucristo.* (1) Mas la Iglesia no retrocede ante esta *igualdad* como inaudita; y el himno que nos manda cantar, nos manifiesta claramente que si Jesucristo es el fundamento principal y primero, que sostenido inmediatamente por Dios, lleva con su poder todo lo demás, Señor San José apoyándose sobre Jesucristo, viene á ser también el fundamento de la Iglesia universal, y la columna que sostiene al mundo impidiéndole que caiga en el abismo del pecado.

Ved lo que canta también la Santa Iglesia en el primer *responsorio* de los Maitines: «El Señor estuvo con José, y le dió gracia en presencia del príncipe de la prisión, que puso entre sus manos todos los cautivos. Todo lo que se hacía se cumplía bajo sus órdenes; porque el Señor estaba con él y dirigía todas sus obras. R. *Fuit Dominus cum Joseph, ei*»

(1) 3 Cor., III.

dedit ei gratiam in conspectu principis carceris, qui tradidit in manus illius universos vincetos. V. Quidquid fiebat sub ipso erat: Dominus enim erat cum illo, et omnia opera ejus dirigebat.»

¿Cuáles son, pues, á vuestro parecer, esos prisioneros que están sometidos á la vigilancia de José, todos, y de una manera tan total? En cuanto á mí, no tengo dificultad en comprenderlo. Estos cautivos sois vosotros, soy yo; somos todos los que formamos la gran familia humana. ¿No somos *cautivos*, y de mil maneras diferentes? cautivos del demonio, que nos ha vencido por medio de sus astucias y sus violencias; de nuestros pecados, que nos aprisionan en los lazos mas tristes; de nuestras imperfecciones que no tenemos valor de vencer; de nuestras concupiscencias que se levantan con imperio dentro de nosotros mismos; cautivos de nuestros sufrimientos, de nuestras miserias y de nuestros errores; cautivos de mil cautividades que vemos, y de mil, ó mas bien, de otras diez mil que se ocultan á las miradas tan poco vigilantes de nuestra alma. Mas que sea nuestro consuelo, nuestra alegría y nuestra esperanza, el saber que nosotros, con todos nuestros hermanos estamos colocados universalmente entre las manos de José, y que lo que él ordene de

nosotros está sabiamente ordenado, porque *el Señor está con él y dirige todas sus obras.*

¿No os parece escucharlo que nos dice con una voz paternal estas tiernas palabras, que la Iglesia, un poco mas adelante pone en su boca: «El Señor me ha hecho como Padre del Rey, y dueño universal de su casa: no temais, pues para vuestra salvación me ha enviado el Señor antes de vosotros á esta tierra de abundancia. Venid á mí; y yo os daré todos los bienes del Egipto, y os alimentareis con los frutos mas sabrosos de estos paises? *R. Fecit me Dominus quasi patrem regis, et dominum universæ domus ejus; nolite pavere. Pro salute enim vestra misit me Deus ante vos in Ægyptum. V. Venite ad me: et ego dabo vobis omnia bona Ægypti, et comedetis medullam terræ.»* (1)

¡Oh José! cumplid vuestra promesa, y dadnos los tesoros preciosos de la gracia; dadnos esa *médula* de la tierra, esos frutos sabrosos, ese Pan nutritivo, perfectísimo y todo divino; á fin de que siendo sostenidos por vuestros cuidados en los trabajos de esta vida, podamos reinar gloriosamente con vos, en la vida que no tiene fin.

(1) R. III.

«Haced, ¡oh Dios! que seamos ayudados por los méritos del Esposo de vuestra Madre Santísima; á fin de que *lo que somos incapaces de obtener*, nos sea concedido por su intercesión. Vos, que siendo Dios vivís y reináis con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.»

Sanctissimæ Genitricis tuæ Sponsi, quæsumus, Domine, meritis adjuvemur; ut quod POSSIBILITAS NOSTRA NON OBTINET, ejus nobis intercessione donetur: qui vivis et regnas cum Deo Patre, in unitate Spiritus Sancti, Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen. (1)

(1) Oratio principalis in festo S. Joseph.—No podemos dejar de citar las hermosas palabras de Santa Teresa, sobre la devoción á Señor San José. Aunque se encuentran en todas partes, sin embargo, quizá muchos no las conocen todavía, y los que las conocen pueden sin inconveniente volver á leerlas.

«No me acuerdo hasta ahora, dice la Santa, haber le suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo, como de alma: que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo experiencia, que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre

CAPITULO V.

Cómo el glorioso Señor San José es patrón de los esposos y de los padres.

PROPOSUIT (*Deus*) in eo, in dispensatione plenitudinis temporum, instaurare omnia in Christo, quæ in cælis et quæ in terra sunt, in ipso.

(1) Cuando la plenitud de los tiempos hubo llegado, Dios se propuso *restablecer* en Jesucristo todas las cosas, las que están en el cielo y las que están sobre la tierra.

Lo que será en la patria este *restablecimiento* y esta *instauración* celestial, es lo que no podemos comprender todavía al presente en las tinieblas de nuestro destierro; y ape-

siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto algunas otras personas, á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia; ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan.

(1) Ephes., I.

«Haced, ¡oh Dios! que seamos ayudados por los méritos del Esposo de vuestra Madre Santísima; á fin de que *lo que somos incapaces de obtener*, nos sea concedido por su intercesión. Vos, que siendo Dios vivís y reináis con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.»

Sanctissimæ Genitricis tuæ Sponsi, quæsumus, Domine, meritis adjuvemur; ut quod POSSIBILITAS NOSTRA NON OBTINET, ejus nobis intercessione donetur: qui vivis et regnas cum Deo Patre, in unitate Spiritus Sancti, Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen. (1)

(1) Oratio principalis in festo S. Joseph.—No podemos dejar de citar las hermosas palabras de Santa Teresa, sobre la devoción á Señor San José. Aunque se encuentran en todas partes, sin embargo, quizá muchos no las conocen todavía, y los que las conocen pueden sin inconveniente volver á leerlas.

«No me acuerdo hasta ahora, dice la Santa, haber le suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo, como de alma: que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo experiencia, que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fue sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre

CAPITULO V.

Cómo el glorioso Señor San José es patrón de los esposos y de los padres.

PROPOSUIT (*Deus*) in eo, in dispensatione plenitudinis temporum, instaurare omnia in Christo, quæ in cælis et quæ in terra sunt, in ipso.

(1) Cuando la plenitud de los tiempos hubo llegado, Dios se propuso *restablecer* en Jesucristo todas las cosas, las que están en el cielo y las que están sobre la tierra.

Lo que será en la patria este *restablecimiento* y esta *instauración* celestial, es lo que no podemos comprender todavía al presente en las tinieblas de nuestro destierro; y ape-

siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto algunas otras personas, á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia; ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Querria yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan.

(1) Ephes., I.

nas si podemos de lejos presentir alguna cosa de ello. Mas el *restablecimiento* ó la *instauración* terrena no se oculta tan completamente á nuestras miradas: y aunque sus grandezas estén aun encubiertas y ocultas por muchos velos, podemos ya, comparando los tiempos y las épocas, comprender un poco lo que Dios por Jesucristo ha hecho en favor nuestro.

Desde el pecado de Adán no hay nada sobre la tierra que no marche hacia la decadencia y la ruina. En el hombre, fuente primera de todo el mal causado por el pecado, estas degradaciones progresivas son mas grandes y mas sensibles; pues *baja* mas rápidamente en su inteligencia y en su voluntad,

Paréceme ha algunos años, que cada año en su día le pido una cosa, y siempre la veo cumplida: si va algo torcida la petición, él la endereza, para mas bien mío... Solo pido por amor de Dios que lo pruebe quien no me creyere, y verá por experiencia, el gran bien, que es encomendarse á este glorioso Patriarca, y tenerle devoción, en especial personas de oración, siempre le habian de ser aficionadas. Que no sé cómo se puede pensar en la Reina de los Angeles, en el tiempo que tanto pasó con el Niño Jesús, que no den gracias á San José por lo bien que los ayudó en ellos." (Cap. VI).

asi como en su longevidad y en sus fuerzas corporales. Y puesto que las relaciones sociales que forman la familia están arraigadas en la nobleza individual é interior de cada alma, la santidad de la familia debe declinar más y más, y las diversas relaciones que tienen entre sí sus diferentes miembros deben alejarse más y más de las suaves armonías del plan divino para perderse en la tiranía, en la indiferencia y en el odio..

Mas al mismo tiempo que el espíritu del mal prosigue y aumenta su funesta victoria, Jesucristo, *renovador* del mundo nuevo de la gracia, cicatriza nuestras heridas, y restablece en los individuos, en las familias y en los pueblos, las líneas primitivas que deben realizar de nuevo y reproducir en nosotros el plan divino. Jesucristo, *disolviendo todas las obras del diablo*, (1) devuelve á cada uno de nosotros la gracia divina, y repara así, por una consecuencia necesaria todas esas irradiaciones de la vida individual que constituyen *la familia*. A medida que los tiempos avanzan y que la Iglesia va madurando para el cielo, la obra de Jesucristo se perfecciona y se acaba; y apesar de las infidelidades de

(1) Joan., III

los hombres, su mano poderosa gobierna con imperio las inteligencias y los corazones, y los obliga á conformarse á sus designios.

Esta reparación de la familia criastiana en ninguna parte se manifiesta con tanto esplendor como en la humilde casa de Nazaret, en donde Jesús, María y José, el Hijo de Dios, la Madre de Dios y el Esposo de la Madre de Dios, constituyen una sociedad encantadora por su pureza, una sociedad toda celestial que los ángeles contemplaban incesantemente con admiración respetuosa. (1) Jesucristo es la fuente de toda renovación verdadera: era pues necesario sin duda ninguna que su acción benéfica se concentrase mas poderosamente sobre aquellos que se encontraban unidos con él por los lazos mas íntimos y mas estrechos. Era necesario que Señor San José su Padre, y María su tierna Madre, formasen con él una Familia perfecta que debiese servir de ejemplar á las generaciones futuras hasta la consumación de los tiempos.

(1) *Oh quam dilecta Trinitati, Patri, Filio et Spiritui Sancto domus illius Trinitas: Christus, Maria, Joseph! Nil charius, nil melius, nil in terris erat excellentius. Invidebat terris tales habitatores coelum, utique coel o digniores quam terris. (Joan Gerson, serm. Nativ):*

Tratemos pues, si nos es posible, de introducirnos en este divino Santuario, en donde la humanidad regenerada, reconquistada su pureza primitiva, recibe gracias tan inefables que el mismo Adán no conocia en los días de su primera inocencia. Acerquémonos con gran respeto, porque es la Familia que deseamos contemplar, es la Familia de María, la Madre de Dios y de Jesús, el Hijo de Dios. Acerquémonos con amor, porque bajo este techo bendito la dignidad mas alta está templada por la mas tierna caridad. Acerquémonos con un celo llenó de ardor, porque José y María, lo mismo que Jesús, trabajan en darnos modelos para dirigir las acciones de nuestra vida; y los tres pueden decirnos con tierna dulzura: «Os he dado el ejemplo, á fin de que como yo lo he hecho, lo hagais vosotros del mismo modo.» (1) Mas, puesto que no tenemos que considerar ahora de una manera especial al Santísimo Niño Jesús, ni á su bienaventurada Madre, fijémonos fielmente en el glorioso San José, y contemplemos en él, el ejemplar y el patrón de los esposos y los padres.

Muchos hay que desde su mas tierna ju-

(1) Joan XIII.

ventud, desde la flor de su adolescencia, se apresuran á prodigar locamente los tesoros de vida y de amor que Dios encierra en el corazón del joven, así como encierra en el grano el árbol con sus flores y sus frutos. Muchos son los que se apresuran á gastar sin reserva esa primera pureza del alma que Dios renueva á cada generación que viene al mundo, á fin de mostrar que es siempre el mismo Dios cuya mano bienhechora ha creado al universo, puro de toda mancha y de toda falta. Así es que, cuando estos disipadores insensatos llegan á los días serios del matrimonio, ¿qué les resta ya que dar á la que escogen para madre de sus hijos y para compañera de su vida? Todo está marchitado en ellos por el invierno de una vejez prematuramente avanzada: una alma manchada en un cuerpo manchado, es todo lo que traen á esa augusta sociedad conyugal, que debe hacer nacer en la Iglesia una nueva generación de fieles, pura, inocente, y si pudiese ser, inmaculada.

Mas no es por estos funestos senderos por donde ha caminado el glorioso Señor San José, ese lirio de virginidad, destinado por la Providencia divina á unirse con la Virgen de las vírgenes, José como una flor que teme abrirse demasiado pronto, y librar al venda-

bal los ricos perfumes de su cáliz, vivía casto y modesto, dulcemente recogido en su alma, sin derramar en ninguna humana criatura los torrentes preciosos de ese amor que debe reservarse todo entero para la esposa que Dios dá; José, sin la solicitud de una desgraciada concupiscencia, esperaba en silencio la manifestación de los designios de Dios sobre su persona, pronto á dar su amor á la que le fuese designada por la divina Providencia, y pronto á reservar para su Dios todos los tesoros y á consumirse castamente en su presencia como la lámpara que arde en la noche en el santuario, visible solamente á los ojos de Dios. Así pues, ¡qué don tan rico y precioso concede el Señor á esta virginidad tan caramamente conservada! ¡Una esposa! Mas ¡qué Esposa! ¡María, el conjunto inefable de todas las bellezas y de todos los dones divinos!

Y vosotros también, hijos de los hombres, esperad á ejemplo de José, que la voluntad de Dios se os manifieste por alguna señal que podais seguir con prudencia. Esperad; mas en la fuerza de cuerpo y de alma, en esa continencia perfecta que no es empañada ni aun por la ligera nube de un pensamiento menos reservado y menos modesto. Acordaos que

las almas impuras encuentran, por un castigo de la justicia divina, unas esposas, que llevan los mismos estigmas de la concupiscencia y del vicio; y que las esposas santas están reservadas á los cuerpos castos y á los corazones puros. Esperad con valor y con paciencia: Dios os reserva grandes bienes; y cuando sea tiempo de recompensar dignamente la virtud que hayais guardado, veréis aparecer á vuestro lado á la que Dios os destina, á la que Dios os trae, adornada de los ricos dones de una pureza virginal; como otro tiempo presentaba á Eva, nuestra primera madre á las miradas encantadas de su esposo; (1) y como mas tarde presentaba la Flor de los vírgenes al mas casto de los hombres, al Príncipe de los vírgenes, al Señor San José.

Mas ¿quién podrá decir los sentimientos de respeto, y la inefable modestia que dirigían todas las relaciones de los dos esposos de Nazaret? Que los hijos de los hombres contemplen esta sociedad tan pura de María y de su Esposo; y que la vista de sus acciones

(1) *Ædificavit Dominus Deus costam, quam tulerat de Adam, in mulierem: et adduxit eam ad Adam. Dixitque Adam: Hoc nunc os ex ossibus meis, et* (Gen. II).

nes tan púdicas, y tan santas, los haga avergonzarse de las groseras pasiones y de los vergonzosos transportes por los cuales destruyen el plan de Dios, y marcan con un estigma de vergüenza la concepción de sus hijos.

Decía el ángel á Tobías: «Hay esposos que arrojan á Dios de sus pensamientos, para ocuparse en sus desórdenes como los animales.» (1)

A estos los tiene el demonio bajo su poder: *Habet potestatem dæmonium super eos.* (2) Y mueren sin dejar tras de sí una posteridad que les sobreviva mas allá del sepulcro. O si acaso Dios les concede el don de una fecundidad de la cual se hacían indignos, muchas veces esta gracia se cambia en un terrible castigo; porque trasmitiendo á sus hijos el beneficio de la existencia, les dan al mismo tiempo el gérmen de los pecados que dictaron y mancharon su concepción. Mas tarde estas primeras plantaciones de malicia se desarro-

(1) *Qui conjugium ita suscipiunt, ut Deum a se et a sua mente excludunt, et suae libidini ita vacent, sicut equus et mulus, quibus non est intellectus.* (Job, IV).

(2) Job, VI.

llan por los incrementos que traen los malos ejemplos de sus padres; y Dios, aun desde esta vida sabe castigar por las faltas y las infamias de los hijos, los pecados de aquellos que los engendraron en medio de las pasiones y de los vicios.

Por el contrario, si se encuentran dos esposos santos y modestos, que marchen según la medida de su vocación, por las huellas de María y de José, y que sepan llevar hasta en el matrimonio, algo de ese afecto respetuoso que el hermano y la hermana deben sentir el uno por el otro, Dios bendice una sociedad tan conforme al ejemplar que nos ofrece bajo el techo de Nazaret. María, Virgen, y José, Esposo sin mancha, reciben de lo alto como premio de sus virtudes, ese Niño divino, á quien los fieles adoran: del mismo modo los esposos que santifican sus días por un amor lleno de reserva, obtienen, aun desde esta vida, la recompensa de sus obras; y los hijos que nacen de ellos, adornados con las mas felices disposiciones, parecen imitar de lejos, la gracia, la obediencia, y también, mas tarde, el valor y la generosidad del Divino Niño Jesús.

José no deja inutil entre sus manos el centro de la autoridad conyugal. Como Jefe de toda la santa Familia, él es quien dirigía á la

Santísima Virgen, y quien le manifestaba por sus palabras las voluntades de Dios respecto de su persona. También María, cuando habla de su Esposo, tiene gran cuidado de ponerlo en el lugar de honor, y de nombrarlo el primero, como conviene al Jefe de la familia. «Vuestro Padre y yo, dice á Jesucristo cuando fué hallado en el templo, *vuestro Padre* y yo, os buscábamos con dolor.» (1) El Evangelista San Lucas instruido por el ejemplo de Aquella á quien profesaba una veneración llena de ternura sigue una marcha semejante. Si habla de la admiración que se apodera de José y de María al oír la profecía de Simeón, coloca al Patriarca José en el primer lugar: «*Su Padre y su Madre*, nos dice estamiravillados por las cosas que se decían de su Hijo.» (2) Los ángeles no ignoran tampoco la superioridad de José sobre Jesús y María: cuando se trata de dejar la Judea para huir á la tierra del destierro; y cuando se trata de dejar la tierra del destierro para volver á la Judea, á Señor San José es á quien se dirigen para manifestarle cuál es la

(1) Luc. II.

(2) Erant pater ejus et mater mirantes super his quae dicebantur de illo. (Luc., II.)

voluntad de Dios sobre la Familia que gobierna.» Levantaos, le dicen, tomad al Niño y á su Madre y huid para Egipto.» (1) Y después: «Tomad al Niño y á su Madre y volved á la tierra de Israel.» (2) A José es á quien pertenece despertar en medio de la noche á los que están confiados á su custodia, y prepararlos á nombre de Dios á una partida inmediata.

Mas ¿quién podrá comprender con qué santas industrias, con qué respetos, tan suaves sabía Señor San José dulcificar para María y para Jesús el peso de una obediencia necesaria, puesto que es conforme al plan de Dios? El Evangelio no ha querido revelarnos todos los misterios de esta unión tan perfecta de las dos criaturas mas santas que haya poseído nuestra tierra. Si los esposos cristianos quieren conocer cómo deben mandar á sus esposas, y cómo en todos sus actos, deben confundirse, sin perjudicarse, el amor y la autoridad, que vayan á Señor San José, y que procuren pedirle incesantemente sus virtudes y su espíritu. El sabrá desde lo alto del cielo, hacer descender á los corazones de sus

(1) Math., II.

(2) Ibid.

clientes algo de las disposiciones admirables que hacían de su matrimonio con María, una de las obras maestras mas bellas del Todopoderoso.

Muy pocos santos se han santificado de una manera notable, en los lazos de la sociedad conyugal. El que se une á una mujer, se expone á dividir su corazón, según lo nota San Pablo, (1) y á tomar sobre los cuidados que debe á Dios, los cuidados que concede á su esposa. Así es que la mayor parte de los santos que la Iglesia presenta á nuestra veneración por una declaración solemne, son sacerdotes, religiosos, obispos, y Sumos Pontífices, que no han conocido en su vida ese peligro de la separación de los afectos, y de la disminución en el amor que debemos á nuestro Dios. Si algunas veces la Santa Iglesia canoniza á los esposos, y nos los presenta como objetos de una imitación respetuosa, comúnmente no es *como esposos* como estos santos han brillado con un esplendor mas notable: son canonizados en calidad de confesores, de reyes, de mártires y de fieles defensores de la Iglesia; y el esposo cristiano que busca en el cielo las constelaciones sobrenaturales, el

(1) I. Cor. VII.

astro luminoso cuyos fuegos deben alumbrarle y conducirlo, no sabe casi donde encontrar esta dirección tan necesaria para guiarle en el camino de la virtud.

Mas ¡con qué gran abundancia va á encontrarse llena inmediatamente esta laguna espiritual, si los esposos abrazan con fervor, la devoción al Patriarca Señor San José! Este gran santo no ha anunciado el Evangelio á las naciones infieles como San Pablo: ni como San Pedro, ha sido escogido para gobernar á toda la Iglesia: ni como San Estéban ó San Lorenzo ha sufrido por Jesucristo los tormentos del martirio: ni ha gobernado diócesis ó monasterios, ni convertido á los pecadores por su predicación, ni escrito obras ilustres como otros muchos cuyos nombres están inscritos en los Martirologios de la Iglesia. Señor San José es *Esposo de Maria*: este es su mas hermoso titulo de gloria, después de la Paternidad que ejerce para con Jesucristo Nuestro Señor: y por consiguiente á él es á quien deben dirigirse los esposos cristianos para aprender el gran secreto de poseer á sus esposas *en santificación y en honor*.

Los que son *padres*, encontrarán también

(1) I. Tes., IV.

en Señor San José, el guía que debe conducirlos en el cumplimiento de los deberes que la paternidad les impone.

Muchos hay entre los padres, que piensan tener para con sus hijos un amor santo y verdadero porque sienten los dolores de la ausencia cuando una separación viene á privarlos de sus hijos, ó porque se afligen con extremo cuando la muerte los arrebatara á su ternura. No hay duda que estas señales de su amor son muy laudables: mas sin embargo, antes de mirar su afecto como sin defecto y sin mancha, deberian ver si siempre le acompaña el desinterés; porque hay muchos, desgraciadamente, entre los padres, que se dejan extraviar en parte por unos sentimientos demasiado *humanos*, sin apercibirse bien de esa falta. Estos de quien queremos hablar, parecen algunas veces considerar á sus hijos como un bien, del cual tienen el derecho de gozar, y que pueden en cierto modo, hacer servir para su provecho. Quieren sacar alguna *utilidad* para sí mismos, de todas las ventajas que les ofrece la sociedad de estos seres tan queridos á su ternura; y si la voz de Dios viene á llamarlos lejos de sus padres por la vocación religiosa, la mas segura y la mas gloriosa de todas, las lágrimas que esta

separación hace correr, y las resistencias que más de una vez provoca, parecen decir que el padre no estaba exento de miras personales en ese amor que creía tener por sus hijos.

No son estos los ejemplos que la vida de Señor San José ha legado á la admiración y á la imitación de todos los padres. José no pretende sacar de Jesucristo, el Hijo de su Esposa, ninguna ventaja personal que lo realce á los hombres y le conquiste su estimación y sus homenajes. ¿Acaso no sabe que este Niño que estrecha en sus brazos es verdaderamente el Hijo de Dios? ¿Y no podría, si razonase á la manera de los hombres, pensar en adquirirse entre sus conciudadanos una gloria singular, *explotando* á Jesucristo en su provecho, diciendo y publicando que su Esposa ha concebido por la sola operación del Espíritu Santo, al *Deseado de las colinas eternas*, Al que debe cumplir la Ley de Moisés y devolverle á Israel su libertad? Mas José ama á Jesucristo sin ninguna señal de *egoísmo*; y puesto que Jesucristo ha resuelto inmolarse á Dios por el sacrificio de una humildad perseverante, José se guarda bien de turbarle en el cumplimiento de este designio, y de buscar para sí alguna ventaja terrena en la posesión de un Hijo semejante.

Y si se trata de padecer por este amado Hijo la fatiga y el trabajo, ¿creeis que José ahorrará los sufrimientos para prestarle los servicios que su debilidad reclama? ¡Oh, sin duda que nó! El divino Niño lleva por todas partes consigo las primicias de esa Cruz que debe salvar al mundo; y por todas partes hace sentir su duro peso á las espaldas de Señor San José, que se encuentra en una sociedad mas íntima con Jesús. Desde antes de su nacimiento, sumerge el alma de su Padre en las mas crueles incertidumbres. Al venir al mundo en Belén, es en medio de una pobreza total que obliga al buen José á desplegar sin mucho éxito toda la actividad que puede darle su afecto. A poco de nacido, se presenta en el templo; y la voz de Simeón no habla mas que de dolores y de tristezas: muy pronto es menester huir precipitadamente á Egipto; y José debe hacer vivir en esta tierra extranjera á su Esposa y á su Hijo. Luego, de repente, es preciso volver á Judea y establecerse en Nazaret, en medio de los temores que hace nacer la crueldad del sucesor de Horodes; mas el amor de José basta á todo. Este amor le aligera todas sus penas: y no se acuerda ya de su fatiga cuando piensa que trabaja para su Hijo. ¡Qué admirable

lección para los padres que rehusan ocuparse en el provecho de los hijos que el Señor les ha dado!

Muchos hay que por una culpable negligencia, no se ocupan de ninguna manera en poner en actividad ese germen precioso que Dios les ha confiado en el mundo en que quiso hacerlos padres. Saben que el grano de trigo no puede madurar, á menos que no sea fecundado por la acción de todos los agentes materiales que le dan el crecimiento: saben que están encargados por Dios para ejercer en su nombre estas saludables influencias que deben hacer crecer el alma de sus hijos hasta la plenitud perfecta de la vida de Jesucristo. Y sin embargo, por indolencia, por infidelidad, ó por algún otro vicio, dejan enterrados y estériles todos estos tesoros, sin ocuparse en cumplir para con los hijos que Dios les ha dado el sacerdocio de este gobierno tan necesario.

José, por el contrario, no se cansaba de hacer crecer á Jesucristo *en sabiduría y en gracia á los ojos de Dios y de los hombres*. (1) El Evangelio no nos ha dejado sobre toda la

(1) Et Jesus proficiebat sapientia et aetate et gratia, apud Deum et homines. (Luc. II).

vida oculta de Jesucristo mas que una palabra: «Estaba sometido á María y á José: *Erat subditus illis.*» (1) Mas al darnos á conocer la obediencia de Jesucristo para con su Padre, esta palabra basta también para manifestarnos la constante dirección que José ejercía sobre su Hijo, puesto que la obediencia y el mando son dos términos que se llaman por una mutua correspondencia.

Esta es sin duda ninguna, la mas grande felicidad de José y el mas bello florón de su rica corona, el haber sido escogido por el Eterno Padre para ocupar su lugar al lado de Jesús su Hijo único. En José es quien el Divino Niño buscaba, aunque sin ninguna ignorancia, la manifestación de la voluntad de Dios Padre, para conformarse á ella con esa exactitud perfecta que forma al verdadero obediente. José era para Jesús, la expresión corporal y sensible de esa Persona adorable, que sirve como de fundamento á toda la Trinidad. Presenciaba en él la inefable Majestad de Dios, de quien toda paternidad procede, tanto en el cielo como en la tierra; (2) y contemplando la Divinidad misma que se ma-

(1) Ibid.

(2) Ephes. III.

nifestaba por los actos, y por todo el caracter grave y sereno de José, tenía cuidado de rendirle incesantemente el homenaje de una tierna obediencia acompañada de un gran respeto:

¡Qué gracia no necesitaría nuestro glorioso Patriarca para cumplir dignamente unas funciones tan sublimes; para conducir dignamente en los senderos previstos por Dios al mismo Hijo del Eterno; y para saber aceptar sin orgullo, el homenaje de una sumisión tan maravillosa! Preciso era que el Eterno Padre viviese en San José, con una plenitud inexplicable, y se comunicase á su alma, más que á la de cada uno de los otros santos por una participación de su espíritu. Así pues, en este agosto santuario todo lleno de la presencia del Padre celestial, es en donde los padres cristianos deben ir á buscar el *espíritu de paternidad* que les es indispensable para gobernar á su familia.

Muy pocos santos pueden guiarlos en estas funciones que sin embargo, son tan principales, de la *paternidad cristiana*. La mayor parte de los santos se han santificado en la castidad plena y total, mas bien que en los lazos del matrimonio; y no conocemos ninguno á quien la Iglesia haya canonizado principal-

mente á causa de los cuidados inteligentes y piadosos que consagrarse á sus hijos. En José, por el contrario, deben los padres ir á sacar abundantemente, la autoridad, la prudencia, la ternura y todas las demás virtudes de que tanto necesitan, para acabar la formación de aquellos que les deben la existencia. Si los padres permanecen esclavos de sus inclinaciones particulares, no podrán hacer ningún bien en favor de esas tiernas plantas que están llamados á fecundar regándolas con las aguas celestiales. El hombre decaído no posee en sí la fuente de la santidad y de la gracia; y para ser verdaderamente útiles á la familia que gobiernan, deben los padres recurrir sin cesar á la persona de José, á fin de encontrar en él el Espíritu del Padre celestial, el *espíritu de paternidad* de que está lleno.

Debe reflexionarse constantemente en esto: la vocación del padre cristiano, y la vocación de Señor San José respecto al Niño Jesús, son muy semejantes. José es escogido por Dios para dirigir el crecimiento del Santo Niño hasta su plena y perfecta madurez. Los padres no tienen otro destino: pues lo que deben regir y desarrollar principalmente en los hijos que Dios les dá, no es el cuerpo perecedero y carnal; no es ni aún la volun-

tad, la inteligencia y todos los otros dones que constituyen la *humanidad* y nos elevan sobre los seres desprovistos de la razón. Los padres deben formar en sus hijos, y principalmente y ante todo, al hombre sobrenatural de la gracia, ese *Jesucristo*, que cada uno de nosotros ha recibido en lo mas profundo de su corazón, como un germen precioso, destinado á invadir y á divinizar todas las vidas inferiores, de la inteligencia y de los sentidos, de la voluntad y de las pasiones. Que se dirijan pues, á Señor San José para obtener de él alguna participación de su gracia, para conocer mejor con su auxilio, el fin hacia el cual deben tender y para aprender los medios mas á propósito para llevar á buen fin una empresa tan santa.

Señor San José, por las grandes luces que derrama sobre aquellos que le veneran y le ruegan, ilustrará muy felizmente su ignorancia. Así como enseña á los esposos las virtudes que deben practicar en la santa sociedad del matrimonio, del mismo modo sabe instruir á los padres y mostrarles claramente la carrera que deben seguir. Acostumbra presentarles al Niño Jesús creciendo en edad y en sabiduría, como el tipo divino que están llamados á realizar en esos hijos que Dios les

dá: dirige las miradas de los padres, ya sobre el celestial Ejemplar, ya sobre las copias terrenas, á fin de que la incesante comparación del modelo y de sus imágenes, les manifieste las imperfecciones y las faltas que hay que corregir. Finalmente, se sabe también fortificar sus corazones para que no se adormezcan en la indolencia y en los cuidados de esta vida; sino que se ocupen con un santo ardor, en *formar á Jesucristo* en sus hijos. (1)

Repetiremos pues, á los esposos y á los padres lo que Faraón decía á sus pueblos angustiados. Les diremos: «En medio de la penuria universal, en la completa indigencia en que os encontrais respecto al Espíritu de gracia, *Ite ad Joseph*: id á Señor San José para recibir de él lo que os falta, y para cumplir, con su amable asistencia, todos los deberes sagrados que teneis que llenar para con vuestra esposa y vuestros hijos.»

(1) *Filioli mei, quos iterum parturio donec formetur Chistus in vobis. (Gal., IV).*

CAPITULO VI.

De Cómo el glorioso Señor San José es patrón de las Vírgenes y de los Sacerdotes.

Es una piadosa costumbre el representar á Señor San José teniendo en sus manos un magnífico ramo de azucenas, cuyas flores encantan nuestros ojos por el brillo de su corola immaculada. Este gracioso símbolo nos manifiesta la admirable pureza de cuerpo y de alma que conviene á nuestro Patriarca, sobre todos los santos de la antigua y de la nueva Alianza.

Si nos remontamos en el pasado, hasta los tiempos antiguos cuya historia nos ha conservado el *Génesis*, encontramos esta prerrogativa del Esposo de María representada en la persona de José, hijo de Isaac y de Jacob. El hijo de Jacob y de Raquel, posee las mas altas virtudes con eminente perfección: sin embargo, ninguna de ellas brilla con mas esplendor que la pureza, de la cual dá pruebas en la casa de su amo Putifar. En la flor de su juventud, y en la edad en que las pasiones mas ardientes son mas difíles de contener bajo una legítima obediencia, José tie-

ne el valor de imponer una exacta reserva á todos sus sentidos, para no abusar de la confianza de su señor, el cual ha puesto entre sus manos todo lo que posee. No solamente él no procura de por sí satisfacer esas vergonzosas inclinaciones que llevamos en nosotros mismos como fruto maldito de los pecados de nuestros padres y de nuestras faltas personales; sino que, cuando la ocasión se presenta, sabe resistir al pecado con valor; y las mas fuertes sollicitaciones le encuentran siempre inexpugnablemente firme en la virtud.

Es verdad que los hermanos de José están muy lejos de seguir, todos, los mismos pasos en ese camino de una pureza conservada cuidadosamente. Rubén, por su audaz empresa atrae sobre sí la maldición de su padre, y se priva del derecho de primogenitura. Judá, por un pecado vergonzoso mancha la santidad de la tribu, que no obstante debe ser, según la profecía de Jacob, el tronco de donde saldrá el Mesías. Entre los otros hermanos de José muchos no parecen exentos de reproche en cuanto á los pecados de la carne; porque según la mayor parte de los intérpretes, debe ponerse en esta categoría aquel *crimen muy vergonzoso*, del cual se vió obligado José

á acusarlos en presencia de sus padres. (1) Brilla pues, en medio de ellos como una excepción muy singular; y el esplendor ya tan puro de su virtud, se encuentra aun grandemente realzado por el contraste de las faltas de sus hermanos. Todas estas circunstancias *figurativas* son otros tantos presagios que sirven para darnos á conocer anticipadamente cual será la santidad virginal del Esposo de María, de ese José que debe realizar en su Persona todas las *figuras* presentadas ya en el José de los tiempos antiguos.

Según la tradición de los Doctores y de los Padres, Señor San José ha perseverado toda su vida en una virginidad perfecta. San Pedro Damiano llega á decir, (2) que la *Fé de la Iglesia* reconoce como vírgenes no solamente á la Madre de Dios sino también á su Santo Esposo. Sólo que, cuando se trata de explicar, ó aun cuando se trata de comprender con qué plenitud posea el Padre de Jesucristo esta virtud tan arrebatadora, nos faltan á la vez los pensamientos y las expresiones.

(1) Joseph cum sexdecim esset annorum, pasebat gregem cum patribus suis adhuc puer: et erat cum filis Bale et Zelphe uxorum patris sui; accusavitque apud patrem crimine pessimo. (Gen. XXXVII).

(2) Epist., 11.

Dios le destinaba á vivir tan de cerca en la sociedad de los dos seres mas puros que haya conocido nuestra pobre tierra. ¿No debía estar su inocencia á la altura de un destino tan sublime? ¿Y no era necesario que su virtud así como la virtud de María no fuese indigna de Aquel que se complace en *apacentar entre los lirios?* (1)

Muchos hay que convertidos después de largos años pasados en los pecados y en los vicios, no traen al servicio de Jesucristo y de María mas que una alma manchada por las huellas de sus pasadas iniquidades: es verdad que se esfuerzan en reparar sus desórdenes; mas durante muchos años, su memoria, su imaginación, y aun su mismo cuerpo parecen acordarse de las horribles manchas que produce la impureza en todos los que la cometen. En José no hay nada de esto: José es como un río cuyas limpidas ondas no han sido jamás turbadas y que arrastra sus aguas apacibles, trasparentes y siempre puras.

Muchos graves Doctores piensan que Señor San José, desde el seno de su madre fué purificado de la mancha original. (2) Es difícil

(1) Cant., II.

(2) *Itae Gerson., hom. de Nativ. B. Mariæ Virgi.*

no ser de su opinión cuando se consideran las relaciones tan íntimas que debían unir á nuestro Santo con la Fuente de toda pureza, con Jesucristo nuestro Señor. Para ser la Madre del Hijo de Dios, era necesario que María fuese concebida sin la mancha original, toda pura y toda Inmaculada. José, para servir de Padre al Hijo de Dios, debía tener alguna gracia análoga, aunque sin embargo, menos eminente; y por consiguiente, la santificación debió para él seguir de cerca á la concepción. No leemos que Jeremías fué purificado desde antes de su nacimiento? (1) Y José, ¿no es superior á este profeta, que debía conocer solamente de muy lejos por visiones figurativas, al consolador de sus males, y de los males de toda la humanidad decaída? ¿No se piensa generalmente que Juan Bautista fué santificado desde el sexto mes que siguió á su concepción, cuando su Madre fué saludada por María? Y siendo Señor San José más que Juan Bautista, puesto que ha re-

nis, et alibi ait hoc asseri in off. Hierosolymitano. Ita etiam Jacobus de Valentia, super Magnificat. (Citantur a Corn. a Lap. Math., I).

(1) Antequam exires de vulva sanctificavit te. (Jer., I).

cibido la gracia de ser *el Padre* de Aquel á quien Juan Bautista se limitaba á bautizar en el Jordán, ¿cómo pues, osaríamos negar á José una gracia que Jeremías y Juan Bautista han obtenido? ¿Cómo creeríamos que Jesucristo haya reusado conceder á *su Padre* un favor que concedía algunas veces á los servidores y á los súbditos?

Mas ¿quién podrá decir con qué solicitud tan continua vigiló José sobre este precioso tesoro de santidad que había recibido prematuramente de la liberalidad divina? Aquellos á quienes Dios elige para algún alto destino se preparan, sin saberlo, por algunos instintos secretos que el Espíritu Santo les comunica, á las eminentes funciones que deben ejercer en la Iglesia. Sin duda que José no pudo dejar de sentir dentro de sí, esos toques misteriosos del Espíritu que sopla sobre las almas, sin que podamos comprender *ni de dónde viene ni á dónde va*. Durante todos los años de su infancia, de su adolescencia y de su juventud, hasta el día en que le fué manifestado su destino, hasta el día en que el sacerdote puso su mano en la mano de María, uniéndolos el uno al otro en el nombre del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; José, dirigido secretamente por una voz interior,

no cesó de velar sobre su inteligencia, sobre su voluntad y sobre todos sus sentidos, para guardarlos enteramente puros en la mas rigurosa castidad.

Una vez admitido en la continua sociedad de la Virgen de las vírgenes, de la Santísima Virgen María, la pureza fué aumentándose en él continuamente. Algunos piensan que fué una gran prueba de la virtud de José el permanecer enteramente inaccesible á las llamas de la concupiscencia, viviendo en un comercio familiar con la mas bella y la mas amable de todas las criaturas que hay en el cielo y en la tierra. En cuanto á nosotros, sin querer atacar su opinión, no podemos conformarnos á ella: pues por el contrario, parecenos que la modestísima María, muy lejos de excitar en el corazón de aquellos que se le acercaban, esas tentaciones difíciles de combatir, debía por su pureza, toda celestial, extinguir los deseos peligrosos que las pasiones humanas acostumbran excitar (1) ¿No vemos que aun ahora, los fieles siervos y los hijos

(1) Ita inter alios S. Thomas. 2. dist. 2. q. I., art. 2. ad 4. Gratia sanctificationis non solum repressit in Virgine motus illicitos, sed etiam in aliis efficaciam habet; ita ut quamvis esset pulchra corpore, a nullo concupisci potuerit.

devotos de María, muy lejos de encontrar en su belleza arrebatadora, la ocasión de alguna caída, aprenden, por el contrario, en su devoción, una cierta delicadeza de castidad que no conocen las otras almas mas extrañas á la devoción hacia esta amable Soberana? José debía pues, experimentar en la sociedad de su Esposa unos beneficios del todo semejantes, aunque mucho mas intensos; puesto que su alma estaba incomparablemente mejor dispuesta, y que la divina María estaba allí siempre presente á su lado, para llenarle de la mas admirable pureza.

¡Felices los cristianos privilegiados, que siendo hijos de una familia piadosa han visto transcurrir sus días cerca del hogar doméstico, en la sociedad de una madre llena de las castas virtudes que la gracia de Jesucristo sabe hacer nacer en el fondo de los corazones! ¡Felices los cristianos privilegiados, á quienes Dios en su misericordia ha hecho el presente de una hermana virgen, modesta y piadosa, cuya presencia destierra muy lejos todo pensamiento malo, y cuya sonrisa parece derramar á su alrededor como los rayos luminosos de la pureza! Pero mucho mas dichoso Señor San José, sin duda ninguna; porque las hermanas, las madres y las esposas

cristianas, ven palidecer y borrarse su inocencia, en comparación de la inocencia inmaculada de María. Y sin embargo, Señor San José tuvo la dicha inefable de respirar muy de cerca, y durante muchos años, los suaves perfumes de esta Flor celestial que los cielos nos habían prestado.

Jesucristo, con sus conversaciones y sus caricias, acababa de colmar al dichoso José de la pureza mas perfecta. Jesucristo es el *lirio de los valles*: (1) y todavía aún el *lirio* que crece *en los valles*, al abrigo de los fuertes vientos que pudieran manchar por algunos pequeños granos de polvo la blancura de su corola; aun el lirio mas suave, no es mas que un pálido símbolo del alma purísima y del cuerpo virginal de Jesucristo. Su mirada, su sonrisa, su palabra, su presencia, todo en Él, hace huir las tentaciones del enemigo; todo hace nacer en las almas de aquellos que se acercan á su Persona adorable, esa paz inefable *que supera á todo sentido*. (2)

Y entretanto el glorioso Señor San José, fué admitido durante muchos años en la sociedad de este divino santificador de nuestros

(1) Cant., II.

(2) Phil., IV.

cuerpos y de nuestras almas! José desde los primeros momentos del nacimiento del Señor, fijó sus ojos ávidos en el semblante del Niño celestial: José no le dejó ni un solo día en Belén, en Egipto y en Nazaret; José, muchas veces, mejor que el anciano Simeón, le recibió en sus brazos, cantando cánticos de alegría; José le vió crecer á su vista, desde la infancia hasta la adolescencia, y desde la adolescencia hasta la fuerza viril que conviene al hombre perfecto. Parece que, si por imposible, hubiese sido José, el alma mas mundana y mas dura, tantos años de una sociedad tan maravillosa, habrían bastado para hacerle igual á los ángeles en pureza. ¿Qué debemos, pues, pensar de sus castas virtudes, si tenemos en cuenta la larga preparación que traía para la recepción de tantas gracias, y de la exacta correspondencia con la cual aprovechaba todos estos beneficios?

Así vemos que Señor San José parece vivir familiarmente con los ángeles, esos espíritus de luz, que son arrojados por los pecados impuros, pero que la castidad hace descender cerca de nosotros. No hay duda que la amable casa de Nazaret estaba toda llena de esos

mensajeros del Rey de gloria. (1) Podemos suponer piadosamente que muchas veces, los interiores de José se abrían por permisión de Dios, como ha sucedido con otros muchos santos y santas; y el Padre de Jesucristo, el Esposo de María, se unía á estos bienaventurados huéspedes para tributar sus deberes de respeto y de amor, ya al Verbo encarnado, ya á su augusta Madre.

Así es que no nos sorprendemos al ver que los ángeles aparecen al Señor San José en ciertas circunstancias mas solemnes que encontramos descritas en las relaciones del Evangelio. Cuando el santo Esposo entra en una cruel angustia con motivo de la gravidez de María; cuando se pregunta con inquietud cómo debe conducirse para con Aquella que parece haber concebido por alguna inefable operación del Dios Altísimo, á ese Mesías cuya Madre virginal estaba anunciada hacia tanto tiempo por Isaias: en medio de estas dudas tan penosas, *un ángel* es el que se muestra á Señor San José, para dictarle en el nombre de Dios la conducta que debe seguir.

(1) Non dubium illam (domum) plenam fuisse Angelis ministrantibus Virgini quasi Reginae Coelorum, ac Christo quasi Domino Deoque suo. (Corn., a Lap., cap. I, Math,

Quando el malvado Herodes quiere envolver al Niño Jesús en la matanza de los primogénitos de Belén, es por *un ángel* por quien Dios manifiesta á Señor San José sus voluntades acerca de Jesús y de María. Cuando el tirano cruel fué á recibir á los infernos el castigo de sus crímenes, *un ángel* es el que muestra á Señor San José para mandarle que vuelva á la Judea. En medio de estas apariciones sucesivas, no vemos que Señor San José manifieste alguna turbación ó temor: sin duda la presencia de los santos ángeles era para él como una dichosa costumbre. Siendo *ángel* mas bien que hombre, (1) y semejante por su pureza virginal á esos espíritus de luz, merecía la gracia de vivir con ellos en la mas constante intimidad.

Todas estas consideraciones diversas, nos conducen naturalmente á mirar á nuestro bienaventurado Patriarca como el modelo de las vírgenes, y como el protector de los cristianos que procuran conservar intacto, en una carne frágil, el tesoro de una perfecta pureza.

En primer lugar, Señor San José es el Patrón de aquellos que mas se le asemejan; de aquellos que, unidos por los lazos sagrados

(1) Ita, Corn., a Lapide, in cap. I. Math.

del matrimonio, viven sin embargo en una perfecta continencia, como hermano y hermana, á ejemplo de los Esposos de Nazaret. Ciertamente que no considerando sino la debilidad humana, parece que una virtud tan difícil supera á todas las fuerzas del hombre. No somos mas que una paja lijera: ¿cómo pues, podriamos acercarnos al fuego sin quemarnos? Mas es preciso tener en cuenta la grandeza de la divina gracia; y la poderosa protección que Señor San José concede á estos heroicos imitadores de sus virtudes. Su benéfica influencia es en verdad mas grande de lo que llegamos á comprender; y podemos creer piadosamente, que no es extraño á las heroicas virtudes de muchos santos cuyo recuerdo nos ha conservado la historia.

El emperador Marciano y su esposa Santa Pulcheria, viven en la mas perfecta continencia, como ella lo había exigido antes de llamar al valiente capitán al honor de sentarse á su lado en el trono. Otro emperador, Enrique I, dice en su lecho de muerte á los padres de su esposa: *Virgen la he recibido de vosotros y virgen os la devuelvo hoy*. Eduardo, rey de Inglaterra, guardó una castidad semejante con Edith su esposa; y así, el Apóstol virgen, San Juan Evangelista, vino, á la hora

de su muerte, á buscarle para conducirlo al cielo. Santa Cecilia y su esposo Valeriano, por precio de una continencia igual, reciben de mano de los ángeles unas coronas celestiales, formadas de lirios y de rosas. San Julian y Santa Basilisa hacen voto de castidad la primera noche de sus bodas. Entonces los ángeles se les aparecen cantando, para felicitarles de su valerosa resolución, que debe ser recompensada desde esta vida por una gran fecundidad en el orden espiritual de la gracia; porque Julian y Basilisa engendran á Dios legiones enteras de fieles, santificados por la virginidad y el martirio. (1)

¿Y creemos acaso que la diestra del Señor se haya acortado y que Aquel que preservó de todo mal á Daniel en la fosa de los leones, y á los tres niños en el horno, no sepa ya hoy, como en otro tiempo, conservar á los que le invocan, una castidad perfecta, en medio de las ocasiones peligrosas? ¿Creemos que el matrimonio tan púdico y tan santo de José y de María, no encuentre ya entre los fieles, almas generosas que se consagren á la imitación de una virtud tan sublime? Si pudiésemos leer en el fondo de los corazones, ve-

(1) Ex Corn., a Lap. in cap. I. Math.

riamos al descubierto los grandes prodigios que obran todavía ahora, aun en medio de la corrupción de los hijos del siglo, la respetuosa devoción á Señor San José, y el tierno amor de la Santísima Virgen María. Mas es preciso dejar á los ojos de Dios esas virtudes secretas y ocultas que contempla con delicia: llegará un día en que todas las buenas obras de los fieles serán manifestadas á los ojos del mundo entero, para mayor gloria de los santos, y mayor vergüenza de los culpables: esperemos esta hora de luz para apreciar dignamente los méritos y el poder de Señor San José.

Por ahora, preciso es reconocer que la virginidad conservada en medio de los lazos del matrimonio, no es sino una rara excepción, propia solamente de las almas mas generosas y de los corazones mas piadosos. Y así es que, no solamente sobre esta clase privilegiada extiende Señor San José el cetro de su benéfica protección; sino que tiene por clientes á todos los vírgenes; de ambos sexos, á todos aquellos que se entregan á Dios para conservar su cuerpo y su alma, sea temporalmente, sea para siempre, en los esplendores de una entera castidad: este gran santo se interesa por todos, cualquiera que sea su sexo, su

condición ó su edad; y todos reciben de él grandes auxilios si son fieles en invocarlo. Vamos pues á Señor San José; y cuando nos veamos atacados por esas tentaciones impetuosas, de que Dios se sirve algunas veces para aumentar los méritos de aquellos que perseveran con valor hasta el fin, pidamos á nuestro glorioso Patriarca esa continencia inquebrantable, esa serenidad siempre igual que supo conservar tan intactas á pesar de todas las astucias y todos los esfuerzos del tentador.

Sobre todo, debemos considerar á Señor San José como el protector especial de *esos vírgenes* que se le asemejan mas de cerca, porque entran en una sociedad mas íntima con Jesucristo y María; como el protector *de los sacerdotes*, que están obligados á tener una devoción mas tierna para con María, y que llevan tan frecuentemente á Jesucristo en sus manos.

Para la multitud de los fieles, María es una poderosa Soberana, á quien deben servir con un celo lleno de ardor, así como lo piden sus admirables perfecciones: es una Señora muy liberal que recompensa con usura la devoción de sus fieles siervos; es también una Madre á quien los cristianos deben amar con

ternura, y que mira con amor, apesar de sus grandes y numerosas miserias, á aquellos que se dicen sus hijos. Pero qué, ¿María no es nada más para *el Sacerdote*? Y aquellos que están elevados tan altos por la gloria del caracter sacerdotal, ¿no reciben, en esas regiones mas sublimes, como unas relaciones nuevas, que los unen de mas cerca con la Reina del universo?

Preguntad á Santo Domingo, si acaso consiente en entregaros uno de los mas queridos secretos de su grande alma. Para el sacerdote, que todos los días dá á luz al Dios de las almas, por sus trabajos apostólicos, María no es solamente una Reina, una Señora y una Madre á quien debe *servir* con celo; para el sacerdote es también una *Esposa según el espíritu*, que trabaja con él para el alumbramiento de los hijos de Dios. ¿No decía el Creador en el Paraíso terrenal, «que no era bueno que el hombre estuviese solo?» Pues tampoco es bueno que el sacerdote *esté solo*; y María es para él, si es permitido decirlo, esa *Compañera* necesaria, cuyos encantos divinos deben consolarle suavemente en medio de sus fatigas, y cuya oración, siempre victoriosa, debe cumplir lo que sin ella faltaría á sus trabajos.

Que los sacerdotes vayan pues, á Señor San José, para aprender con él el gran secreto de tratar dignamente con una Esposa tan perfecta, y para instruirse acerca de todos los diversos afectos con que están obligados á honrarla. Es necesario el respeto, porque María para el sacerdote lo mismo que para José, es una gran Princesa, deslumbrante con el divino adorno de sus gracias. Es necesario el amor, porque lo que pide María al sacerdote, lo mismo que á José, no es el homenaje de una lejana servidumbre, sino la dulzura de un afecto lleno de encantos. La reserva, la modestia, la humildad, la perseverancia y otras mil virtudes, son también necesarias: que vaya pues el sacerdote á Señor San José y le pida algo de la maravillosa prudencia con la cual templaba todos sus homenajes, para ofrecer á su Esposa unos servicios que no fuesen indignos de Ella, y que la honrasen justa y plenamente.

Que el sacerdote pida también á nuestro Santo las disposiciones necesarias para llevar sin irreverencia en sus manos el Cuerpo preciosísimo de Jesucristo nuestro Señor. Todos los días, ó casi todos los días, el sacerdote al pie del santo altar, eleva, deposita, vuelve á tomar, y distribuye á los fieles la

santa Hostia en donde creemos firmemente que están contenidos el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo. Pues ¿qué pureza no necesita para tocar á Aquel á quien los ángeles contemplan temblando de santo respeto? ¿Qué recogimiento no debe llevar el sacerdote en la celebración de un Misterio tan tremendo y tan tierno? ¿Qué amor no debe acompañar este maravilloso sacrificio, en donde el Hijo de Dios se pone entre las manos de un hombre, para dejarse distribuir en alimento? ¿A quién pues recurrirá el sacerdote para obtener todas estas disposiciones y otras muchas que le faltan, y sin las cuales no puede desempeñar como conviene el ministerio de los altares?

Mas allí está Señor San José para escuchar su súplica, para instruir su ignorancia y revelarle todos los secretos cuya ciencia tanto necesita. ¿Cuántas veces este piadoso Patriarca no ha tenido la felicidad de llevar entre sus manos al Niño Jesús? ¿Cuántas veces, semejante al que celebra los santos Misterios, no le ha depositado para volverle á tomar y depositarle otra vez? ¿Cuántas veces no se ha inclinado sobre Él muy cerca contemplándole con indecible embriaguez y ardiendo en deseos de derretirse *en uno* con Él en

las delicias de una misteriosa comunión? Que el sacerdote indigente vaya pues á mendigar con Señor San José algunas de las disposiciones de amor y de respeto que llenaban toda su alma en esos felices instantes en que la Madre Inmaculada volvía á poner en sus brazos al Hijo de Dios.

Por lo demás, la santa Iglesia misma nos invita á marchar por este camino: tiene admirables oraciones que pone en los labios del sacerdote antes de la celebración de los santos misterios; y para obligarlo á repetir las con mas frecuencia, tiene cuidado de enriquecerlas cada vez con una indulgencia. Respiremos un instante el perfume de celestial poesía encerrado en estas tiernas oraciones:

«!Oh Señor San José! ¡Padre y custodio de las vírgenes! Vos, á quien Dios confió á Jesucristo la inocencia misma, y á la Virgen de las vírgenes, María; os suplico por esta doble prenda que os fué tan querida, y os conjuro por Jesús y por María, que me preserveis de toda impureza, que conserveis mi espíritu sin mancha, mi corazón en la inocencia y mi cuerpo en la castidad, para que pue-

da en todo tiempo servir castísimamente á Jesús y María. Así sea.» (1)

«¡Oh bienaventurado varón Señor San José! á quien fué dado no solamente *ver* y *escuchar* á Aquel á quien muchos reyes quisieron *ver* y *escuchar*, sin ser cumplidos sus deseos; sino también llevarle, besarle, vestirle y guardarle.»

V. Rogad por nosotros, bienaventurado José.

R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

ORACION.

«Dios, que nos habeis dado un sacerdocio real, os pedimos, que así como habeis concedido al bienaventurado José el tocar y llevar en sus manos respetuosas á vuestro Hijo

(1) *Virginum custos et pater, Sancte Joseph, cuius fidei custodia ipsa innocentia Christus Jesus et Virgo virginum Maria commisa fuit, te per utrumque charissimum pignus Jesum et Mariam obsecro et obtestor, ut me ab omni immunditia praeservatum, mente incontaminata, puro corde et casto corpore, Jesu et Mariae semper facias castissime formulari. Amen.*

Para los sacerdotes que recen esta oración, un año de indulgencia cada vez.

Único, nacido de la Virgen María; nos concedais del mismo modo el servir en nuestros altares con la pureza del corazón y la inocencia de las obras; á fin de que tomemos hoy dignamente el Cuerpo y la Sangre Santísima de vuestro Hijo, y merezcamos las recompensas eternas en el siglo venidero: por Jesucristo nuestro Señor. Así sea.» (1)

Paréceme que descubro todavía otra relación bien manifiesta entre el sacerdote y Se-

(1) *O felicem virum Beatum Joseph, cui datum est Deum, quem multi reges voluerunt videre et non viderunt, audire et non audierunt, non solum videre et audire, sed portare, deosculari, vestire et custodire!*

V. Ora pro nobis, Beate Joseph.

R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS.

Deus, qui dedisti nobis regale Sacerdotium, presta quæsemus, ut sicut Beatus Joseph unigenitum Filium tuum, natum ex Maria Virgine, suis manibus reverenter tractare meruit et portare; ita nos facias, cum cordis munditia et operis innocentia, tuis sanctis Altaribus deservire, ut sacrosanctum Filii tui Corpus et Sanguinem hodie digne sumamus, et in futuro sæculo præmium habere mereamur æternum: per Christum Dominum nostrum. Amen.

Para todos los sacerdotes que recen esta oración, un año de indulgencia cada vez.

ñor San José. Así como José, el sacerdote á causa de su virginidad que le hace digno de servir á la operación de los Misterios celestiales, llega á ser *Padre de Jesucristo*, á quien engendra en las almas por la eficacia del ministerio apostólico. Debe pues, como su vocación se lo manda, hacer crecer á Jesucristo en los corazones, hasta que los fieles á quienes dirige se hayan hecho la imágen viva del Hijo único en quien el Eterno Padre ha puesto todo su amor. El padre *según la carne* tiene que dividir su solicitud y su ternura, pues estando obligado á proveer á la vida del cuerpo lo mismo que á la del alma, no puede dar á esta toda su vigilancia y todos sus cuidados. Pero el sacerdote, más feliz, revestido de funciones mas gloriosas, y armado de auxilios mas eficaces, concentra únicamente sus esfuerzos sobre el desarrollo de la vida de la gracia. Y en esta gran familia de la cual es padre, olvidando la diferencia de sexos, de edades y condiciones, no ve más que una sola cosa: *Jesucristo*; y exclama con San Pablo: «Ya no hay gentil, ni judío, ni bárbaro, ni escita, ni esclavo, ni hombre libre: Jesucristo es todo en todos.» (1)

(1) Col. III.

¡Qué solicitud tan vigilante no se necesita para velar sobre el crecimiento de esas tiernas plantas á quienes rodean tantos enemigos! Los demonios, de los cuales el cruel Herodes era á la vez *figura* y ministro, se levantan con rabia implacable contra este recién nacido de la gracia, que acaba de aparecer en el fondo del corazón de los fieles; y juntan la astucia y el fraude á la violencia de los ataques manifiestos. ¡Qué prudencia no se necesita para desbaratar todos sus complots! El sacerdote debe tener también un desinterés á toda prueba; porque Jesucristo acostumbra asociar á sus penas durante esta vida á los que quiere admitir en el cielo á la participación de su gloria. Preciso es también que posea un valor invencible, una larga perseverancia, y otras muchas virtudes sin las cuales no podrá tener éxito en un ministerio tan santo. ¿A quién debe pues, recurrir cuando se sienta tibio y pobre, cuando se encuentre privado de todas esas virtudes de que tanto necesita?

El piadoso fundador de San Sulpicio, M. Olier, le mostrará como nosotros, y mejor que nosotros, la fuente de ese espíritu sacerdotal, sin el cual todas sus armas sobrenaturales no pueden producir grandes efectos para la san-

tificación de las almas. «Los sacerdotes sobre todo, dice el piadoso autor, deben conducirse por el modelo del gran San José, respecto de los hijos que engendran á Dios. Este gran Santo conducía y dirigía al Niño Jesús en el Espíritu de su padre, en su dulzura, su sabiduría y su prudencia: así debemos nosotros hacer respecto de todos los miembros de Jesucristo que nos son confiados, y que son como otros Jesucristo, tratándolos con la misma reverencia con que Señor San José trataba al Niño Jesús.» (1)

Consideremos ahora, en el capítulo siguiente, á Señor San José como Patrón de los artesanos.

CAPITULO VII.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de los artesanos.

DESPUÉS que Adán hubo consumado ese funesto pecado que debía dañar á toda la familia humana; y después que confesó su crimen, pronunció Dios contra él la sentencia de su condenación, y le dijo: «Porque escu-

(1) Vida de M. Olier.

chaste la voz de tu esposa, y porque comiste el fruto del árbol que se te había prohibido, la tierra será maldita para tu trabajo, y en medio de las penas te proveerá de los alimentos todos los días de tu vida. Germinará para tí abrojos y espinas, con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de donde has sido sacado. Porque eres polvo, y en polvo te convertirás» (1)

Tales son las palabras amenazadoras que pronuncia la Justicia divina contra Adán. Y no debemos creer que este severo castigo haya sido reservado para él solo: pues así como Adán contenía en cierto modo en su pecado á todas las generaciones futuras que debían salir de él, de la misma manera su castigo encierra en sí todos los castigos de todos los hombres hasta la consumación de los tiempos. Es de todos de quienes se dijo: «La tierra será maldita para tu obra; y con el sudor de tu rostro te alimentarás de tu pan.» Todos, cualquiera que sea el género de industria que ejerzan, respecto de la tierra, y todas las diversas producciones cuyo primer principio es la tierra, deberán llevar sobre sí el peso abrumador de esta fatiga que Dios

(1) Gen., III.

tificación de las almas. «Los sacerdotes sobre todo, dice el piadoso autor, deben conducirse por el modelo del gran San José, respecto de los hijos que engendran á Dios. Este gran Santo conducía y dirigía al Niño Jesús en el Espíritu de su padre, en su dulzura, su sabiduría y su prudencia: así debemos nosotros hacer respecto de todos los miembros de Jesucristo que nos son confiados, y que son como otros Jesucristo, tratándolos con la misma reverencia con que Señor San José trataba al Niño Jesús.» (1)

Consideremos ahora, en el capítulo siguiente, á Señor San José como Patrón de los artesanos.

CAPITULO VII.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de los artesanos.

DESPUÉS que Adán hubo consumado ese funesto pecado que debía dañar á toda la familia humana; y después que confesó su crimen, pronunció Dios contra él la sentencia de su condenación, y le dijo: «Porque escu-

(1) Vida de M. Olier.

chaste la voz de tu esposa, y porque comiste el fruto del árbol que se te había prohibido, la tierra será maldita para tu trabajo, y en medio de las penas te proveerá de los alimentos todos los días de tu vida. Germinará para tí abrojos y espinas, con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas á la tierra de donde has sido sacado. Porque eres polvo, y en polvo te convertirás» (1)

Tales son las palabras amenazadoras que pronuncia la Justicia divina contra Adán. Y no debemos creer que este severo castigo haya sido reservado para él solo: pues así como Adán contenía en cierto modo en su pecado á todas las generaciones futuras que debían salir de él, de la misma manera su castigo encierra en sí todos los castigos de todos los hombres hasta la consumación de los tiempos. Es de todos de quienes se dijo: «La tierra será maldita para tu obra; y con el sudor de tu rostro te alimentarás de tu pan.» Todos, cualquiera que sea el género de industria que ejerzan, respecto de la tierra, y todas las diversas producciones cuyo primer principio es la tierra, deberán llevar sobre sí el peso abrumador de esta fatiga que Dios

(1) Gen., III.

designa por el *sudor del semblante*. No hay que esperar ver desaparecer los trabajos á medida que avanzamos en la vida; porque Dios ha dicho: «Estarás en medio de las penas *todos los días de tu vida*, hasta que vuelvas á la tierra de donde has salido; porque eres polvo, y en polvo te convertirás.»

Y en efecto, si nos fijamos un poco, á nuestro alrededor para ver cual es aún hoy día el estado de la sociedad que nos rodea, encontramos que á pesar de la gracia de nuestro Señor que nos libra en parte de los castigos en que hemos incurrido, la inmensa mayoría de los cristianos vive encorvada, desde la infancia hasta el sepulcro, bajo la dura servidumbre del trabajo material. La cultura de los campos, y las mil industrias que la civilización ha creado, emplean á casi todos los individuos de la nación, salvo un corto número de privilegiados, á quienes los trabajos de sus padres aseguran una independencia y una franquicia comparativas. Muchas veces, el trabajo no espera que el niño haya acabado de formarse y de adquirir los primeros principios de la instrucción y de la educación espirituales, para imponérsele con unos rigores prematuros que comprometen dolorosamente toda la esperanza del porve-

nir. Muchas veces también, la vejez mas avanzada no trae consigo el alivio y la libertad del trabajo: y las gotas de sudor que arranca la pena, mojan todavía en el anciano, una frente sobre la cual no se han secado jamás.

Y todavía, si solo los miembros del hombre llevasen el pesado fardo del trabajo material! Pero el alma sufre con el cuerpo, y muchas veces, aun en los países cristianos, el trabajo en lugar de ennoblecer al trabajador, lo degrada y lo embrutece.

Sucede que el inferior, viendo mas arriba que él á su amo, que pasa su vida en una felicidad comparativa, comienza á sentir germinar en su corazón una implacable envidia contra este privilegiado de la fortuna. Y no teniendo en su alma la estimación de la vocación que Dios le ha dado, se pregunta por qué pues este hombre estaría exento de los rudos trabajos que le tocan al eriado y al pobre. Declara que es una injusticia insupportable; y juntándose entonces el odio á la envidia para poseer los corazones de aquellos que sirven, y que forman en todas partes la gran mayoría de la nación, la sociedad no viene á ser ya sino una opresión organizada, en la cual los ricos y los poderosos se

ven obligados mas de una vez á tiranizar á los débiles á fin de continuar explotándolos en su provecho.

Sucede también, que el trabajador, ignorando el verdadero fin de la vida del hombre sobre la tierra, y creyendo que poseer y gozar son los dos bienes supremos, se lanza con rabia insensata en la persecución de estos dos fantasmas engañosos, que se escapan de sus manos en el momento mismo en que creía alcanzarlos y cogerlos. Así es que el dolor de sus sufrimientos presentes se aumenta con todo el dolor de las esperanzas engañadas; y el contraste del bien que busca y espera, hace mil veces mas penosa la pobreza, las penas y las repulsas que se adhieren inseparablemente á él á pesar de su resistencia y sus esfuerzos. Las fábulas de los antiguos colocaban en los infiernos un gran culpable muriendo de sed á la vista de una agua límpida que huía incesantemente de sus labios: el trabajador experimenta las angustias de un suplicio muy semejante, cuando se encuentra pobre y pequeño en el momento mismo en que se creía libre de todos sus males.

Finalmente, sucede muchas veces, que el trabajador se *embrutece* en el ejercicio mate-

rial al cual está obligado á entregarse. La pena corporal que comienza desde la edad mas tierna para durar hasta los años de la vejez, agotando ella sola todas sus fuerzas, no le permite ya conservar la vida mas perfecta del espíritu. El hombre cesa casi de ser *un hombre*, y se acerca al *animal*, puesto que en él la inteligencia no arroja ya sino una claridad incierta y opaca; y la voluntad parece desaparecer para dar lugar á los *instintos* y á las *pasiones*. El hombre se asemeja á la *máquina*, puesto que cada día vuelve á comenzar mil y mil veces la misma série de movimientos automáticos, sin animar sus acciones por la presencia del pensamiento y del amor. Tomad un esclavo de las sociedades antiguas; los antiguos no le miraban ya como hombre: el esclavo era clasificado entre *las cosas*; y este monstruoso error se fundaba, á lo menos en parte, sobre la degradación moral en que el abuso del trabajo había hecho caer á la víctima.

Contra los estos males, y otros muchos que no tenemos necesidad de exponer con detalle, encontrarán los artesanos un poderoso alivio en la devoción á Señor San José. Solamente sean fieles en aprovecharse de este apoyo que el Señor les presenta, y muy pron-

to verán ilustrarse su ignorancia por las enseñanzas del Santo; y sus penas serán dulcificadas bajo el rocío benéfico de sus puros y sagrados consuelos.

Ya hemos dicho que los obreros no estiman como deben, la condición en que los ha puesto la Providencia; y esta falta de luz produce en ellos dos grandes vicios: la *envidia* y la *ambición*, que hacen de su existencia un infierno anticipado. Mas que vayan á Señor San José, para leer en su augusta persona la dignidad de la pobreza y del trabajo noblemente aceptados y llevados con valor!

¿Es acaso Señor San José un hombre á quien Dios abandona, y que en su cólera condena á la ignominia? De ninguna manera. Señor San José es un *justo*, según el testimonio del Evangelio. (1) Y esta palabra no designa solamente en él esa virtud, menos difícil, que nos enseña á no cometer ningún robo ni fraude: la *justicia* de que aquí se trata, es esa *justicia* universal de la cual decía San Pablo: *Justus autem ex fide vivit*; (2) y también: *Justitia autem Dei per fidem Jesu*

(1) Joseph autem vir ejus, cum esset *justus*, et nollet eam traducere, etc., (Math., II).

(2) Rom., I.

Christi, in omnes et super omnes qui credunt in eum; (1) es esa *justicia* que pone en armonía todas las facultades del hombre bajo la dirección suprema de la gracia, y que según Santo Tomás. (2) se compone de la *reunión* de las virtudes. Y sin embargo, este *justo*, este grande amigo del Señor, José, es pobre; y con una pobreza tanto mas penosa, á lo que parece, cuanto que es el heredero legítimo de ese magnífico trono de David y de Salomón, cuyas maravillas nos refiere la Escritura. ¿No vemos ya desde luego que si los hombres desdeñan la pobreza, Dios la *estima*; puesto que no teme el dejar pobre al mas grande de todos los santos, al glorioso Patriarca Señor San José?

Pero hay mas todavía. El Eterno Padre, al enviar á su Hijo único á la tierra, para que naciese Niño pequeño, entre los hombres, debe necesariamente escoger en medio de ellos un *Padre* que pueda velar sobre la debilidad de sus primeros años. Dios, destinando á María para servir de Madre al Verbo descendido á la tierra, debe necesariamente escoger para la Bienaventurada Virgen un *Esposo* (R)

(1) Rom., III.

(2) Secunda-Secundae, q. LVIII, a. 5.

cuya presencia la defiende contra las calumnias de los judíos, y cuya protección la acompaña asiduamente. La dignidad de Padre del Verbo Encarnado, la dignidad de Esposo de la Purísima María, son ciertamente dos favores incomparables, que dejan muy lejos todo lo que las grandezas humanas pueden presentar de mas brillante. ¿A quién, pues, ha resuelto el Eterno Padre conceder estos dos beneficios inestimables? ¿Será á un rico, ó será á un pobre á quien tomará para concederle estas dos coronas que deben elevar su condición á la grandeza mas sublime? ¡Oh pobres! ¡oh artesanos! ¡regocijaos al ver la misteriosa elección de vuestra bajeza, tan despreciable á los ojos de los hombres! ¡Es un pobre, un artesano, á quien Dios escogió para hacer de él el Esposo de María y el Padre de Jesucristo!

Aprovechaos, pues, vosotros todos los que vivís bajo la dura ley del trabajo material, aprovechaos de la lección que contempláis en Señor San José, el Patrón de vuestros trabajos. ¿Por qué habíais de envidiar todavía los bienes del rico que no os iguala en dignidades y en gracias? Al rico toca desear vuestra gloria, pedir y buscar esa pobreza gloriosa, honrada por la elección de Dios, de Jesu-

cristo y de María. Dejad á los grandes del siglo sus honores y sus tesoros que en muy pocos días verán marchitarse y desvanecerse; y conservad para vosotros esa pobreza, mas feliz, que veis coronada tan magníficamente en la persona de José.

¡Ah! ¡de cuántos males van á libraros al instante estas nuevas convicciones! Ahora estais ya al abrigo de esa ambición cuyos ardores incesantes os consumían en sus continuas llamas, y redoblaban vuestras penas por la comparación de una riqueza que no podíais llegar á poseer. De hoy en adelante os es fácil poner en práctica la palabra del Señor, y *poseer vuestras almas por la paciencia*, (1) en medio de las fatigas, de los dolores y de los otros males que os abruma, Señor San José, vuestro Patrón, hace brillar á vuestros ojos la noble imagen de un trabajo concienzudo, puro de toda sórdida ganancia y de toda vergonzosa avaricia, y no teneis ningún trabajo en andar por el camino que os abre; porque la grandeza de los bienes celestiales que están confiados á su custodia, os descubre al mismo instante, cuanto valor tienen á

(1) *In patientia vestra possidebitis animas vestras* (Luc., XXI).

los ojos de Dios todas las virtudes humildes y ocultas.

Ilustrados por el glorioso Patriarca acerca de la nobleza de vuestra condición, despreciada por la ignorancia de los hombres, id también á él para aprender por sus ejemplos, los verdaderos medios de santificar vuestros trabajos, y de evitar ese rebajamiento en el nivel del alma, que las ocupaciones materiales están sujetas á producir concentrando en las regiones inferiores las fuerzas y la vida del artesano. No hay duda que José era un laborioso trabajador que ganaba con el sudor de su frente su pan cotidiano y el pan del Niño Jesús y de su Madre; mas sin embargo, ¡qué pensamientos tan piadosos, y qué distracciones tan santas venían á ennoblecer su trabajo!

En verdad, cuando la aurora traía de nuevo para Señor San José un día de fatiga, y cuando se levantaba muy temprano para fabricar *esos yugos y carros* cuyo recuerdo nos ha conservado San Justino, (1) sus primeros pensamientos eran para los celestiales huéspedes que se dignaban vivir á su lado en su estrecha habitación. Una mirada que dirigía

(1) Autor del siglo II.

hacia ellos antes de ponerse á la obra, algunas saluciones llenas de amor, algunas palabras cambiadas piadosamente, le consolaban y le fortificaban para todo el día. Iba á trabajar al lado de Jesús y de María, que se interesaban por sus penas: ¿no era esto bastante para pagarle anticipadamente, y para compensarle de las pesadas fatigas? Ofrecía desde antes á su Esposa y á su Hijo todos los trabajos del día: y esta oblación ardentísima le llenaba de valor para combatir un buen combate.

De la misma manera el artesano cuando se despierte debe ante todo, dirigir los ojos de su alma á Jesús y á María. Después otras ocupaciones le apartarán y le absorverán en el trascurso de su trabajo: muchas tentaciones y ocasiones peligrosas le solicitarán á la injusticia, á la impaciencia y á la cólera. Mas por lo menos, en este primer momento que la bondad de Dios le conserva libre de todo impedimento exterior, que sea fiel en encomendarse á María; que sea fiel en pedir la bendición de Jesucristo, sin el cual *no podemos hacer nada* que nos sirva para la santificación y la salud. Sobre todo, que tome la firme resolución de trabajar, no principalmente para sí, ni aun para su esposa y sus hijos; sino que

à ejemplo de José, se proponga trabajar primeramente y ante todo, para Jesús y María, cumpliendo de todo corazón su voluntad, y buscando por todos los medios posibles el procurar su gloria según las diversas ocasiones que le conceda el espíritu de Dios.

En seguida, es de creer que el piadoso Señor San José no se contentaba con estas primeras aspiraciones de su corazón para con su Hijo y Esposa. ¡Oh, sin duda que nó! Porque allí donde se encuentra el corazón del hombre, allí se dirigen todas las preocupaciones de su pensamiento. Por esto, muchas veces al trabajar con la sierra y el martillo, interrumpiase José algunos instantes para dirigir sus miradas hacia los dos seres queridos que formaban toda su vida. Y no perdía nada de su trabajo en esto, porque ¡una mirada es tan rápida! Por otra parte, poníase en seguida à la obra con nuevo vigor, porque sentía toda su alma llena de un ardor dulce y profundo. Muchas veces también no se contentaba con una mirada; sino que añadía alguna palabra para protestar dulcemente à María de su afecto sincero y para asegurar al Divino Niño de su amorosa dilección.

Decimos también, que la Virgen Purísima y el celestial Niño no dejaban ciertamente

sin recompensa todos esos piadosos suspiros del venerable Patriarca. Ellos acostumbran conceder algunas veces el favor de sus visitas divinas aun à los indiferentes que les olvidan y también à los pecadores que les ofenden. ¿Qué no deberían pues, hacer con el bienaventurado José, su Esposo y su Padre? ¡Cuántas veces una palabra de Jesucristo haría nacer en su inteligencia los pensamientos mas fecundos! Y ¡cuántas, una palabra de María, pronunciada con esa inefable dulzura cuyo secreto tiene Ella sola, vendría à llenar su corazón de una embriaguez toda divina! ¡Feliz nuestro José, en medio de sus penas y trabajos, puesto que sus fatigas soportadas concienzudamente le merecían tan ricas consolaciones!

Mas ¿por qué el artesano no había de procurar seguir los ejemplos que le presenta Señor San José? Es verdad que la obra urge, y el maestro no permitiría el tiempo perdido. Mas ¡la mirada de nuestro corazón es tan rápida! Es menester que el artesano, para aligerar el fardo que pesa todo el día sobre sus espaldas, lance hacia María y hacia Jesús esos dardos inflamados que los santos llaman *oraciones jaculatorias*, porque pasan hasta Dios como un dardo, como una flecha, antes

que el tentador tenga tiempo de apercibirse de su presencia. Esta piadosa escapada será como un alivio para la pena del trabajador: santificará sus días por esos arranques fuertes y suaves que le arrebatarán hacia el mundo sobrenatural de la gracia; y la presencia de Jesús y de María bastará para iluminar con las mas suaves claridades, el pobre techo donde habitó encerrado como un prisionero en su prisión.

No hay duda que si el artesano dirige así la mirada interior de su alma hacia la Madre de las misericordias y hacia su Hijo, María y Jesucristo no se quedarán atrás en ese comercio que los santos se han hecho tan familiar. Jesucristo vendrá mas de una vez, por su gracia á fortificar al trabajador, mostrándole que Él mismo ha caminado en el sufrimiento, y que sus humillaciones le han merecido la gloria inmensa que posee á la diestra de Dios. María, dulcificará por el encanto de su ternura, lo que las lecciones de Jesucristo tienen aún de terrible para la debilidad humana; le mostrará la dulzura que se encuentra aun desde esta vida en la indigencia soportada con amor; y el pobre, al escuchar estas voces celestiales que hablan de resignación, de abnegación y de recompensa, ol-

vidará las amarguras de su alma para experimentar como un gusto anticipado de los bienes del cielo.

Y además, el trabajo no dura *siempre*; por largo que sea el día, tiene su término, que reúne al derredor de una mesa común, para un común alimento á los miembros de una misma familia. Entonces era cuando Señor San José se *dilataba*, por decirlo así sin obstáculo, bajo los rayos vivificadores que se escapaban del Sol de Justicia, y bajo la claridad pura y santa de que le inundaba el semblante dulce de María. ¡Oh! y ¡cuán poca cosa le parecían entonces todos sus cuidados, en presencia de la gran recompensa que la mano de Dios le preparaba! Desembarazado de todas las inquietudes y de todos los cuidados del día, contemplaba la radiante hermosura de Aquella que regocija con sus encantos á los serafines y á todos los ángeles; de Aquella que siendo siempre Inmaculada no conoció jamás la sombra de la mas lijera imperfección. Fijaba largamente sus miradas en Jesús, á quien San Pablo no teme llamar: la imágen del Dios invisible, (1) el esplendor de la gloria del Padre y la Figura de su Sus-

(1) Col., I.

tancia; (1) en Jesús, el cual decía á sus Apóstoles: «El que me ve, ve á mi Padre.» (2) Nunca podía José saciar sus ojos de esta doble contemplación, que nadie ha prolongado tanto como él sobre la tierra: y la maravillosa hermosura de su Hijo y de su Esposa, le arrebatava en un éxtasis ardiente.

Mas ¿qué diremos de los días de fiesta? ¿No era José el observador exactísimo de esa Ley sagrada, que recomendaba expresamente la santificación del séptimo día? Cada semana, sin hablar de los días de fiesta, el trabajador José encontraba un día de descanso que podía ocupar todo entero en el pensamiento y con el amor de María y de Jesús. En verdad, creemos fácilmente, que José no estaba de ninguna manera deseoso de desobedecer á los preceptos de Moisés, y de continuar en el día del sábado el trabajo de la semana. Durante todo un largo día que no obstante parecía transcurrir rápidamente, embriagábase copiosamente con los discursos y con la amada presencia de Jesucristo y de María. Repitamos pues, en su alabanza, lo que canta la Santa Iglesia: «¡Oh José! seais

(1) Hebr., I.

(2) Joan, XIV.

celebrado por todos los ejércitos celestiales; seais cantado por todos los coros de los cristianos. Vos, que lleno de ilustres méritos, estais unido por una casta alianza con la Virgen gloriosa. Los otros santos son consumados después de su vida por una muerte piadosa, y la bienaventuranza los recibe después que han ganado sus celestiales coronas; pero vos, semejante á los santos del cielo, teneis la inefable felicidad de poseer á vuestro Dios desde esta vida.»

Te Joseph celebrent agmina Cœlitum,
Te cuncti resonent Christiadum chori,
Qui clarus meritis, junctus es inclytæ
Casto fœdere Virgini.

Post mortem reliquos mors pia consecrat,
Palmamque emeritos mors pia suscipit,
Tu, vivens, Superis par, frueris Deo,
Mira sorte beatior. (1)

Mas ¿qué solamente para José son hechos el descanso y la alegría que el séptimo día debe proporcionar? ¿Qué, la ley cristiana ha hecho desaparecer la obligación de consagrar un día entero cada semana al servicio del Señor? Sin duda que nó. Y si la severidad del precepto se ha mitigado, si muchas

(1) Hymn, in primis Vesperis.

cosas son permitidas ahora para el cristiano, que no podía hacer el judío, no es para disminuir en nuestros corazones el deseo de la oración y el amor de los bienes celestiales; sino al contrario, para inflamarnos más por la dulzura de los preceptos evangélicos y por la manifestación de esa inefable misericordia que sucede á la ley de temor y llena la ley de amor. Que el artesano se aproveche pues como José, de ese descanso que Dios le dá; y que por la fiel observancia del precepto se disponga á recibir las gracias de que piensan colmarles Jesús y María.

Que vaya á las iglesias, porque allí es donde el Hijo y la Madre se dignan hacer su principal residencia. En toda Iglesia descubrirá el artesano fácilmente la habitación de María, la capilla privilegiada, consagrada bajo sus auspicios y adornada con su radiante imagen. Allí es donde están reunidas en torno de nuestra augusta Soberana, todos los recursos de las artes de que nuestra pobreza puede disponer en su favor. ¡Qué amables rayos de luz colorada dejan escapar los bellos cristales á su alderredor! ¡Qué suaves pinturas decoran los muros de su augusto santuario! ¡Cuántas flores, cuántos perfumes y tapicerías! ¡qué ricos ornamentos, cuántas

obras de platería, cuántos cirios encendidos en su honor! Que el trabajador se arrodille en presencia de la Reina del universo, que con todo y eso, es su Madre, para que sienta descender sobre su cabeza el suave rocío de su mirada.

Que vaya en seguida á Jesucristo para adorarle en el Tabernáculo donde reposa. Debe, como José, santificar sus días de descanso por el doble comercio de nuestro Señor y de su Madre, del Salvador de todos los hombres y de la Virgen Purísima; por la doble presencia de María y de Jesucristo. ¿Por qué no derrama toda su alma en presencia de este Amigo celestial que no vive en medio de nosotros sino para consolarnos é instruirnos? ¿Podremos creer que Jesucristo no dice nada desde el fondo del Tabernáculo donde reside? ¡Oh! ¡no, sin duda! No todas sus palabras han sido reservadas á Señor San José; sino que todavía conserva para nosotros parecidos consuelos, y semejantes enseñanzas. Que el artesano sepa escuchar durante el santo día, esa voz maravillosa que no pide á sus discípulos la ciencia, sino solamente la pureza del alma y ese desasimiento universal que cada uno de nosotros puede adquirir si lo quiere.

¿Quién duda que Señor San José no repitiese muchas veces al oído de María las palabras del Arcángel; esas palabras benditas que fueron escuchadas una vez por una sola Virgen en todo el curso de los siglos; y que ninguna otra virgen oirá jamás repetir hasta la consumación de los tiempos? ¿Quién duda que el piadoso Esposo no fuese lleno de la mas dulce embriaguez cuando decía á su Esposa con su corazón todo abrazado: «Dios te salve, María, llena de gracia, bendita eres entre las mugeres, y bendito el fruto de tu vientre, Jesús?» Mas el artesano puede gozar de una felicidad muy semejante. Que tome ese rosario bendito que la Bienaventurada Virgen deposita entre sus manos, por medio de su siervo Santo Domingo: que haga pasar suavemente entre sus dedos esas pequeñas cuentas que llevan consigo el valor y el regocijo; y su corazón, como el de José, se llenará de santa alegría todas las veces que, perdido entre la multitud de los cofrades del santo rosario, repita modestamente: «Dios te salve, María, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita eres entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre, Jesús.»

Y aún, de él depende el sobrepujar si le quiere, la felicidad y la gloria concedidas por

el Salvador á Señor San José. Sabemos que este gran Patriarca tuvo el admirable privilegio de llevar en sus brazos al Niño que gobierna al mundo; sabemos que le fué permitido escuchar sus doctrinas celestiales; podemos creer también, sin incertidumbre, que el alma de Señor San José estaba toda poseída del deseo de unirse con ese amigo tan tierno, con ese Señor tan poderoso y tan sabio; toda llena del deseo de vivir de su vida, de perderse totalmente en El por una inefable comunión. Mas la Santísima Eucaristía no estaba aún establecida, y los deseos de José no podían adelantar la hora fijada por Dios para la institución de este augustísimo Sacramento.

Así es que el artesano puede, si lo quiere, exceder en la felicidad á Señor San José, y recibir unos beneficios que no fueron concedidos al mas santo de todos los hombres. Que purifique su alma en el santo tribunal en donde los pecadores ven desaparecer sus pecados por la aplicación de la Sangre divina de Jesucristo; y una vez revestido con la túnica de la inocencia, que vaya á la Mesa Eucarística, que pida el Pan celestial resueltamente y sin temor, porque ni el mismo sacerdote se reconoce con el poder de rehusár-

selo. Que abra sus labios respetuosos; que comulgue y que reciba, no á su lado, sino en el, en sí mismo, al consolador de todas sus penas, al Salvador de todos sus males, á su amigo, á su hermano, á su padre, á su Dios, á Jesucristo nuestro Señor! De esta manera, la sociedad tan íntima y tan amable de Jesús y de María, endulzará para el artesano, lo mismo que para José, los trabajos de esta vida, y mezclará los consuelos en las penas, y las alegrías con los trabajos y dolores. Solamente, y esto es lo que no debemos nunca olvidar, que las penas y dolores se pasan y huyen con prontitud maravillosa; se alejan y desaparecen á cada semana, á cada hora y á cada instante. Por el contrario, la felicidad es permanente y eterna; porque después de haber gozado algunos instantes en esta vida, de Jesús y de María, esperamos ser trasladados al cielo, en donde gozaremos de María y de Jesús por toda la eternidad!

CAPITULO VIII.

De cómo el glorioso Señor San José, es patrón de las almas entregadas á la oración.

QUICUMQUE enim Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. (1) Es propio de los cristianos, ó mas bien de los hijos de Dios, el ser conducidos por su Espíritu.

Los cristianos regenerados por el nuevo nacimiento que han recibido en las aguas del santo Bautismo, se dirigen desde luego hacia un fin de sublimidad sin igual. Están en camino hacia la eterna bienaventuranza que consiste en la visión intuitiva, sin intermediario y cara á cara de la Divina Magestad: y para producir acciones proporcionadas á la grandeza del destino que se les prepara, para disponerse desde ahora de una manera eficaz á la adquisición de esa recompensa inaudita, no podría bastarles el ejercitar las facultades humanas y naturales que han recibido de sus padres según la carne. A Dios es á quien pertenece ponerlos eficazmente en movimiento hacia el reino celestial, y esto es lo que cumple sin cesar en ellos por el don y la comunicación de su Espíritu, sin el cual

(1) Rom., VIII.

selo. Que abra sus labios respetuosos; que comulgue y que reciba, no á su lado, sino en el, en sí mismo, al consolador de todas sus penas, al Salvador de todos sus males, á su amigo, á su hermano, á su padre, á su Dios, á Jesucristo nuestro Señor! De esta manera, la sociedad tan íntima y tan amable de Jesús y de María, endulzará para el artesano, lo mismo que para José, los trabajos de esta vida, y mezclará los consuelos en las penas, y las alegrías con los trabajos y dolores. Solamente, y esto es lo que no debemos nunca olvidar, que las penas y dolores se pasan y huyen con prontitud maravillosa; se alejan y desaparecen á cada semana, á cada hora y á cada instante. Por el contrario, la felicidad es permanente y eterna; porque después de haber gozado algunos instantes en esta vida, de Jesús y de María, esperamos ser trasladados al cielo, en donde gozaremos de María y de Jesús por toda la eternidad!

CAPITULO VIII.

De cómo el glorioso Señor San José, es patrón de las almas entregadas á la oración.

QUICUMQUE enim Spiritu Dei aguntur, ii sunt filii Dei. (1) Es propio de los cristianos, ó mas bien de los hijos de Dios, el ser conducidos por su Espíritu.

Los cristianos regenerados por el nuevo nacimiento que han recibido en las aguas del santo Bautismo, se dirigen desde luego hacia un fin de sublimidad sin igual. Están en camino hacia la eterna bienaventuranza que consiste en la visión intuitiva, sin intermediario y cara á cara de la Divina Magestad: y para producir acciones proporcionadas á la grandeza del destino que se les prepara, para disponerse desde ahora de una manera eficaz á la adquisición de esa recompensa inaudita, no podría bastarles el ejercitar las facultades humanas y naturales que han recibido de sus padres según la carne. A Dios es á quien pertenece ponerlos eficazmente en movimiento hacia el reino celestial, y esto es lo que cumple sin cesar en ellos por el don y la comunicación de su Espíritu, sin el cual

(1) Rom., VIII.

no podemos hacer nada que sea meritorio para el cielo. Este Espíritu lo sentimos venir á nosotros frecuentemente en medio de las diversas circunstancias de que se compone nuestra vida. No hay ninguna hora tan secreta, ningún retiro tan escondido que puedan ocultarnos á sus amistosas sollicitaciones. Jesús lo prometió á sus discípulos antes de dejarlos para subir á Dios su Padre. No os dejaré huérfanos, les decía. (1) Y cuando haya venido el Paráclito que os enviaré, el Espíritu de verdad que procede de mi Padre, Él dará testimonio de Mí. (2) Él os instruirá en todas las cosas y os hará acordaros de todas mis enseñanzas. (3) En verdad que esta promesa de nuestro Señor no ha sido vana, y muchas veces sentimos en nosotros su Espíritu que nos solicita á caminar generosamente sobre sus huellas. Muchas veces en medio de las ocupaciones que llenan nuestros días, nos apercebimos de que Jesús está en pie á la puerta de nuestro corazón, y que llama. (4) Es su Espíritu el que nos manifiesta su presencia, y nos advierte que sería tiempo de

- (1) Joan., XV.
 (2) Idem., XIV.
 (3) Apoc., III.
 (4) Apoc., III.

abrir y dejar entrar al Señor bajo este techo que es suyo.

Mas las almas que son ó que quieren ser verdaderamente piadosas, no se contentan con estas visitas multiplicadas con que el Espíritu de Jesucristo las favorece en medio de los diversos cuidados que las ocupan. Es verdad que sienten su acción, unas veces en las lecturas piadosas que la devoción les sugiere; otras, en las oraciones vocales que se hacen un deber de recitar; otras, asistiendo á la celebración de los santos Misterios; algunas veces también, hasta en las ocupaciones vulgares y puramente materiales, á las cuales es necesario entregarse frecuentemente. Mas á fin de escuchar mejor y oír mas distintamente esa voz delicada, que turban ó disminuyen los ruidos y las agitaciones de la tierra, las almas de quienes hablamos, toman cada día cierto tiempo para entregarse todas enteras á las sollicitaciones y á los movimientos del Espíritu Santo. Durante estos instantes de recogimiento mas completo y mas intenso, dejan toda ocupación exterior, se retiran dentro de sí mismas, y abren la puerta de su corazón para recibir el Espíritu Divino, si viene á pasar cerca de ellas y llama. Este tiempo sagrado, siempre reservado

cuidadosamente, es el tiempo de la oración.

¡La oración! ¡qué auxilio tan grande para desbaratar las astucias del enemigo de nuestras almas! ¡qué alimento para confortar nuestra debilidad! ¡qué consuelo para descansar de nuestras fatigas! Los santos Doctores no cesan de exaltarla con grandes alabanzas. Según San Juan Crisóstomo, el alma que deja la oración, no solamente está enferma, sino muerta: (1) según Rufino, todo el provecho que puede sacar una alma, le viene de la oración mental: (2) según Gersón, el que no medita, no puede, sin un milagro, vivir como conviene à un cristiano. (3) San Buenaventura enseña que la oración es un espejo que nos muestra todas las faltas de nuestra alma. San Luis Gonzaga decía que sin la oración es imposible llegar à un alto grado de virtud. (4) No debemos admirarnos de todos estos testimonios y de otros mil que sería fácil recoger, puesto que la oración de-

(1) Libr. 1 de orando Deo.

(2) In Psalm. XXXVI.

(3) De med. conciel. 7.

(4) Estos Santos lo mismo que los tres autores precedentes; son citados por San Ligorio en la Verdadera Esposa de Jesucristo, cap. V.

be ser considerada como una de las vías principales por las cuales descende en nosotros el Espíritu de Dios.

Mas si la oración reúne tantas preciosas ventajas para la salvación de nuestras almas y para nuestro adelantamiento en la virtud, son muchas las dificultades y los peligros que la rodean.

A causa de su misma sublimidad y de su espiritualidad, es mas difícilmente accesible para aquellos que se han hecho carnales por la multiplicidad de sus pecados. El tratar con el Espíritu del Señor, no es una empresa siempre fácil; algunas veces son de temer las ilusiones. La presunción y el desaliento son dos abismos siempre abiertos para espantar nuestra debilidad: por otra parte, el tentador acostumbra atormentar más à las almas à quienes ve disponerse à marchar por este camino. Esfuézase en perjudicarlas, ó à lo menos, en retardarlas en sus progresos; porque sabe bien, que una sola alma de oración, hará mayor mal à su imperio que veinte almas vulgares, que aunque sean cristianas, pero están privadas de una arma tan poderosa. Bien sabe que las personas de oración acostumbran arrastrar consigo hacia el cielo otras muchas almas que participan de las lu-

ces y de las gracias que les dá el Espíritu Santo; así es que envíaes á los demonios mas hábiles para intimidarlas ó seducirlas.

¿Cómo pues, triunfaremos de esas diversas dificultades, aumentadas y multiplicadas por los esfuerzos del enemigo de toda salvación? ¿Quién nos abrirá las puertas de ese paraíso de la oración en el que Dios se comunica á nuestras almas, para regarlas con las aguas celestiales, para alumbrarlas con su luz y abrasarlas con su amor? ¿Quién nos librará de la esclavitud del Egipto en que nos detienen nuestros pecados y nuestras imperfecciones? ¿Quién nos guiará en el desierto y conocerá los caminos de esas amargas soledades que es preciso habitar á veces durante largo tiempo, antes de llegar al término deseado del viaje? ¿Quién sabrá desbaratar ó eludir todos los obstáculos, é introducirnos en fin en la tierra prometida de la oración en donde la leche y la miel divinas manan con tan dulce abundancia? Recurrámos á la saludable proteccion de Señor San José, el Patrón de todas las almas que se ejercitan en la oración; y puesto que este glorioso Patriarca debe saber ciertamente todo lo que concierne á la oración, elijámosle por nuestro director y nuestro guía; y para exitar mas en

nosotros los sentimientos de plena confianza, consideremos desde luego entre otras muchas, una razón que prueba la grande experiencia de José en las celestiales ocupaciones de que se compone la oración.

José habia recibido de Dios la misión de conducir sobre la tierra á Jesucristo su Hijo único. Mas ¿cuál no debía ser la inexplicable perfección de esta maravillosa dirección!

Era absolutamente necesario que nuestro Señor no diese ningún *paso en falso* aun en las acciones menos importantes de su vida. Sólo el pecado es la causa de esa multitud innumerable de errores mas ó menos involuntarios que llenan la mayor parte de nuestra vida. Si Adán hubiese perseverado en el estado de justicia original, no se habría extraviado por falta de luz en el camino de la virtud. Mas ¿cuánto mas necesario sin comparación era que Jesucristo, la Sabiduría eterna, Jesucristo, el Reparador de la falta de Adán, fuese durante toda su vida, enteramente exento de error? Necesitaba pues, José, todas las luces necesarias para conocer las voluntades de Dios sobre Jesucristo, y para *dirigir* á cada instante á nuestro Señor según los designios de la Divina Magestad.

Es verdad que si José se hubiese engaña-

do, Jesucristo, lleno de la ciencia divina, podía rectificar el mandato de su Padre terreno, ó también, no obedecer al hombre cuando su voz fuese contraria á los preceptos del Padre celestial, cuyo lugar ocupaba Señor San José. Mas ¡qué espantoso desorden se habría producido entonces en la Santa Familia, la obra mas armoniosamente dispuesta que haya salido jamás de las sabias manos del Creador!

Pues qué, ¿José habría mandado, y Jesús habría rehusado obedecer, autorizando así por su ejemplo todas las rebeliones futuras de los hijos contra sus padres, de los súbditos contra sus príncipes, de los incrédulos contra la Iglesia, y de los hombres contra Dios? O bien, ¿José habría hablado, dando á su voz el tono que conviene á la autoridad paternal, y Jesucristo, por un odioso trastorno en toda la legislación doméstica, habría tomado entre sus manos este precepto tremendo para hacer ver la ignorancia y la mala dirección de él? Sin duda que Dios no quiso nunca establecer en Nazaret, en esa casa de paz, unos desórdenes tan semejantes á los que el pecado produce todos los días entre los hombres; y puesto que Jesucristo obedecía siempre sin resistencia, y no obstante sin error, preciso

era que las órdenes de José fuesen siempre conformes á la santa voluntad de Dios sobre Jesucristo su Hijo único.

Mas ¿dónde iba á buscar el glorioso Patriarca esa luz que le manifestaba tan poderosamente el secreto de las deliberaciones divinas, y que le conducía tan rectamente, que jamás cayese en el mas ligero error? ¿Bastábale para cumplir á cada instante esa grande obra, el consultar las claridades inciertas de los sentidos ó de la imaginación? ¿Bastábale considerar *humanamente* los motivos de su conducta, pesar uno y otro partido, y decidirse como un hombre, por las reflexiones y los argumentos de su razón? Mas ¿cómo habría podido la razón, aun la mas luminosa, comprender los designios insondables de Dios, respecto á la conducta y á la educación del Redentor de todos los hombres? ¿Cómo habría podido saber, ni aun de lejos, lo que convenía para la dirección del Hijo de Dios?

Vemos que cuando ya se trata de la dirección espiritual de las almas santas, la prudencia puramente *humana* es del todo insuficiente. No basta ser lo que se llama *un sabio* en la ciencia de los hombres; para la dirección de las almas elevadas en santidad, debe tener el *director* las virtudes que hacen á los

santos: debe estar en continua comunicación con Dios por la oración; debe ejercitarse valientemente en ella, para sacar de allí las luces que le son indispensables, y que la teología, la reflexión y los otros medios análogos no son suficientes á darle. Mas si se trata de la dirección incesante del mismo Jesucristo, de Jesucristo, el principio de toda santidad y el consumidor de todos los santos, ¡cuán incomparablemente mas necesaria sería esta asistencia de la luz divina para evitar las ignorancias, los falsos pasos y los errores! No hay duda que José debía ser un hombre de oración eminentísima, y debía comunicar con Dios sin interrupción de la manera mas santa y mas íntima, á fin de recibir primeramente de su boca todas las órdenes y todos los consejos que tenía por función que transmitir á Jesucristo.

En el Antiguo Testamento vemos los hechos ilustres que parecen confirmar estas verdades, por otra parte tan ciertas. Consideremos un instante el personaje augusto de Moisés, el mas grande Profeta y el mas grande legislador que la tierra haya contemplado durante los cuarenta siglos que precedieron á la venida del Hijo de Dios.

Moisés desempeñó un doble papel cerca de

los hebreos. Ante todo, los libra de la dura esclavitud del Egipto bajo la cual gemía toda la posteridad de Jacob hacia cuatrocientos años: triunfa de todas las resistencias de Faraón; lleva consigo á sus hermanos al desierto, y los liberta para siempre haciendo que vuelvan á caer sobre el ejército de los egipcios las olas levantadas del mar rojo. En segundo lugar, Moisés organiza toda la legislación religiosa, civil, militar y criminal, que debe regir al pueblo israelita, hasta los días mas dichosos que ilustrará el Mesias: arregla todo lo que conviene al hombre, la familia y la nación, en sus relaciones con los hebreos, con los extranjeros, con los esclavos, con los superiores, con los sacerdotes y con Dios. Esta doble empresa circunda de una gloria admirable la gran figura de Moisés; y la libertad del Egipto, así como la legislación de los judíos, no debe ser superada ni aun igualada hasta que venga Aquel que nos rescata por su sangre de una esclavitud mas terrible, y que termina el reinado de la ley mosaica para reemplazarla por la ley mas perfecta del amor.

Entre tanto, para cumplir las grandes obras que Dios quiere ejecutar por sus manos, ¿cuáles son las armas de Moisés? ¿á qué fuente va

á sacar esa luz, sin la cual sus esfuerzos permanecerían sin resultado? ¿Será en la ciencia humana, ó en el prestigio de una imaginación brillante, ó de una elocuencia impetuosa á donde irá á buscar Moisés el secreto de mover todo ese gran pueblo, y de organizarlo en todas sus partes, siguiendo un plan magnífico, digna figura de la protección que conviene á los tiempos cristianos? Sin duda que nó. En la *comunicación constante* con Dios, es donde el gran libertador y legislador de los hebreos encuentra su dirección y su luz.

Desde el primer día de su maravillosa vocación, se digna el Señor instruirle y hablarle en medio de las llamas de esa zarza que ardía sin consumirse. Cada una de las medidas necesarias para vencer el orgullo y la dureza de Faraón es dictada por el 'mismo Dios; Moisés no hace nada por su voluntad propia; sino que sigue en todo la orden de Dios. En el desierto, lo mismo que al pie del Sinaí, y en la cima de la santa montaña, Dios habla sin cesar á Moisés para darle á conocer sus deseos y sus preceptos; y los tres libros del *Éxodo*, del *Levitico* y de los *Números*, están llenos todos de esta frase que se repite á cada instante: «*Locutusque est Dominus ad Moysen, dicens*: El Señor dirigió la

palabra á Moisés y le dijo. . . » Sólo Moisés es admitido sobre la cumbre del Sinaí; en donde separado del resto de los hombres y de toda criatura, pasa cuarenta días y cuarenta noches cerca de Dios; Moisés á cada instante penetra en el sagrado Tabernáculo; y las comunicaciones que allí recibe son tan divinas, que el pueblo de Israel no puede soportar el brillante esplendor que se escapa de su semblante. Moisés se atreve á presentar á Dios las súplicas mas tiernas, á interceder por todo el pueblo culpable, á discutir con su Señor las condiciones de la indulgencia, y á pedir para sí el favor inefable de una visión maravillosa que le mostrará la faz y la gloria de su Señor. (1) Su petición es escuchada, (2) á lo menos, en cuanto lo permite la fragilidad del hombre durante esta vida corruptible; y la Escritura parece reasumir toda la carrera de este gran Profeta, cuando dice «que el Señor hablaba á Moisés cara á cara, como acostumbra hacerlo el hombre que conversa con el que ha escogido por su amigo. (3)

(1) Exod., XXXIII.

(2) Exod., XXXIV.

(3) Loquebatur autem Dominus ad Moysen facie ad faciem, sicut solet loqui homo ad amicum suum.

Ahora bien, ¿qué era todo el pueblo de Israel si le comparamos á ese Cristo, que según San Pablo, es *el fin de la ley judía*? (1) Comparada al pueblo cristiano, la nación judía es una *esclava* que debe ser arrojada de la casa conyugal, para dar lugar como es justo á la *esposa* legítima. (2) ¿Qué vienen á ser, pues, todos los israelitas juntos, en presencia de este Jesucristo, cuya admirable Majestad excede inmensamente ella sola á todo el conjunto de las gracias y glorias de que están enriquecidos todos los cristianos? Y si Moisés, para dirigir al pueblo hebreo, debía recibir incesantemente la luz de las comunicaciones divinas, ¿qué debemos pensar de Señor San José, encargado muy especialmente por el Señor, de gobernar y conducir á Jesucristo, sin incertidumbre y sin error?

No hay duda que Dios Padre debía hablar con José *cara á cara*, y como *el amigo cuando habla á su amigo*; y puesto que en la oración mental es en donde Dios se comunica á nuestras almas, por el don de su espíritu, el glorioso San José debía ser universalmente instruido en los secretos de la oración. En este

(1) Rom., X.

(2) Gal., IV.

santo ejercicio es en donde iba á buscar la solución de todas sus dudas; allí es donde iba á sacar la ciencia de las voluntades del Señor sobre la Persona de Jesucristo su Hijo único; allí es donde Dios le manifestaba sus deseos ó sus órdenes, diciéndole como á Moisés, y mejor que á Moisés: *Inspice, et fac secundum exemplar quod tibi in monte monstratum est*: (1) Mira, y obra según el ejemplar que te he mostrado en esta alta montaña de la oración, sobre la cual te elevo por mi gracia. No se nos ha manifestado la historia detallada de la dirección de Jesucristo por Señor San José. Mas en verdad, si los escritores sagrados nos hubiesen dejado en sus libros mas poderosamente inspirados que los de la antigua alianza, la relación de las *órdenes* de Señor San José, podríamos leer á cada página de esta divina historia, palabras semejantes á las que leemos en el *Éxodo*, en el *Levítico* y en los *Números*. El Señor dirigió la palabra á José y le dijo: *Locutusque est Dominus ad Joseph, dicens*...

Por lo demás, toda la vida del Santo Patriarca favorecía singularmente esas incesantes comunicaciones de la gracia, y todas

(1) Exod., XXV.

esas palabras interiores de la Divina Majestad. Señor San José, desde su nacimiento hasta su muerte, vivió en la humildad de una oscura condición, en medio del olvido de los hombres, en el silencio y la oración; en una palabra, en esa completa humillación de todas las concupiscencias humanas, que da los auxilios mas eficaces para perfeccionarse y adelantar en la oración. ¡Cuánto no debía ayudar á nuestro bienaventurado Patriarca esa continua tranquilidad de la casa de Nazaret, para prestar fielmente el oído á todas las enseñanzas por las cuales se dignaba el Señor instruirle! ¡cuánta facilidad no debía encontrar para hablar á Dios sin cesar el que tan rara vez hablaba con los hombres! y el que todos desdeñaban y despreciaban, ¡cómo debía tener constantemente acceso cerca del Dios que resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes! (1)

Y puesto que José vivía, por un privilegio inaudito, en la sociedad cotidiana de Jesucristo y de María; su Esposa, la Bienaventurada Virgen, toda llena de ese Espíritu divino que había reposado sobre Ella con una plenitud inexplicable, *cubriéndola con su som-*

(1) Jac., IV.

bra, ¿no debía á cada instante hacer descender sobre José algunos de los rayos divinos de que su alma estaba llena? Aquella que penetraba mas profundamente que ninguna otra criatura los secretos de las tres Personas divinas y de su habitación en el santuario de nuestras almas, ¿no debía dar parte de sus luces al hombre á quien se complacía en llamar su Señor y su Esposo? Jesucristo completaba al lado de Señor San José las suaves operaciones de su Madre: pues Él que viene á este mundo para manifestarnos á Dios su Padre, ¿cómo pues habría omitido el dar á Señor San José la abundancia de las comunicaciones divinas? ¿Cómo habría podido rehusar á su padre lo que tenia intención de conceder á tantos santos?

Notemos finalmente que Señor San José aprovechaba todas estas gracias con una fidelidad constante que no dejaba perder ninguna ocasión ni ningún instante. Prevenido desde el principio por beneficios singulares, rodeado constantemente por los auxilios mas poderosos, é inundado por la abundancia de las aguas divinas de la gracia, empleaba con santa avaricia, cada luz, cada movimiento y cada palabra que recibía del Espíritu Santo. Su perfecta fidelidad aumentaba la liberali-

dad divina, y multiplicaba los dones en las manos de ese Dios que se complace en dar sin medida cuando encuentra en nosotros alguna puerta abierta á sus larguezas. Calculemos después de esto, si es posible, y ensayemos el determinar aun por conjetura, cuál debía ser la eminencia de José en el santo ejercicio de la oración mental. Sin duda ninguna, debía sentir incesantemente á Dios en su alma; debía estar perfectamente penetrado por las tres Personas divinas; y el que lo hubiera contemplado después de las conversaciones tan íntimas que el Señor tenía con él como con el legislador de los hebreos, habría visto su faz toda encendida, y no habría podido sostener el resplandor divino que se escapaba de sus miradas.

Esta oración elevadísima y tan continua del glorioso Señor San José, le constituye naturalmente el guía y el patrón de todos aquellos que se ejercitan en la santa ocupación de la oración. Señor San José es el Esposo de esa Virgen benévola, que místicamente oculta bajo el velo de *la Sabiduría*, dice en el libro del Eclesiástico: «*Videte quoniam non solum mihi laboravi, sed omnibus exquirentibus veritatem*: (1) Ved, que no he trabajado para

(1) Eccli., XXIV.

mí sola, sino para todos los que buscan la verdad. Verdaderamente, Señor Jan José marcha sobre las huellas de su Bienaventurada Esposa, y tiene como Ella á gran dicha el enriquecer nuestra miseria, asociándonos á los felices frutos de sus trabajos. Él abre en nuestro favor los tesoros que posee; nos da ese alimento divino, ese trigo vivificador que ha recogido por su laboriosa industria; y su liberal asistencia nos hace avanzar fácilmente á grandes pasos en el camino de la oración.

Muchas veces, cuando miramos á nuestro al derredor para descubrir un guía que supla nuestras ignorancias y sepa introducirnos en esas bienaventuradas regiones de la oración; cuando buscamos un *Moisés* para servirnos de legislador y de padre, un *Josué* para que tome en su mano nuestra defensa, no encontramos ningún hombre que esté instruido en estos misterios, y que nos haga caminar adelante con esa certeza poderosa que sólo la experiencia personal es capaz de dar.

Pues vamos á Señor San José y pidámosle que nos conduzca. Que él sea por sobre todos los hombres, y por sobre todos los otros santos, nuestro padre espiritual, nuestro Moisés, nuestro Josué, el guía y el sostén de

nuestra alma; y caminaremos con seguridad bajo su prudente dirección. ¿Acaso no conoce él perfectísimamente el término feliz hacia el cual Dios nos arrastra? ¿No discierne todas las astucias del enemigo, todas sus mentiras y todos sus lazos? ¿No sabe cuáles son las armas que rompen y destruyen todos sus esfuerzos? José *sabrá* ayudarnos, porque es sabio; *podrá* ayudarnos, porque es muy poderoso; y *querrá* ayudarnos, porque es bueno. Bajo su custodia, caminaremos con seguridad, hasta *el fin de la vocación sublime que Dios nos hace en Jesucristo.* (1)

Escuchemos acerca de este punto el testimonio notable de una alma santa, el de Teresa de Jesús, esa admirable contemplativa que atravesó tan gloriosamente todos los grados inferiores de la oración, para iluminarse plenamente en las celestiales claridades que Dios derrama en las almas cuando se manifiesta á ellas por sí mismo. «Las personas de oración, dice la reformadora del Carmelo, deben ser muy aficionadas á Señor San José; y á las que falta dirección, para instruirse en esta santa práctica, no tienen mas que tomar á este admirable Santo por su guía, á fin de

(1) Phil., IV.

no extraviarse.» Estas palabras valen mas que todos los razonamientos posibles, si se considera la grande autoridad que posee en estas materias, la que la pronuncia con tan perfecta seguridad.

Santa Teresa, como todas las almas profundamente convencidas, no teme hacer pasar á sus actos exteriores las verdades que anuncia y enseña. Apresúrase á poner bajo la poderosa protección de Señor San José todas las numerosas casas reformadas que llegó á fundar en su patria. (1) Bajo el patrocinio de este gran Maestro de los caminos espirituales quiere ver á sus primeras hijas ejercitarse en todas las santas prácticas que acaba de restablecer, y principalmente en la oración, que forma como el alma de toda la observancia de las Carmelitas. Y ¿cuáles son los efectos de esta conducta universalmente adoptada por la santa? Podríamos juzgar de ello por la historia de las primeras hermanas ó madres del Carmelo reformado: mas si es menester una ojeada de conjunto que nos dis-

(1) La primera iglesia francesa dedicada bajo la advocación de Señor San José, es la del convento fundado en Paris en el siglo XVII, por los Carmelitas reformados. Actualmente está ocupada por la Orden de los Frailes Predicadores.

pense de toda pesquisa y de toda *apreciación* en estas materias necesariamente delicadas y sujetas á la ilusión, tenemos el testimonio de la misma fundadora; tenemos su propio juicio tan competente en materias semejantes. Hé aquí las palabras que leemos en el libro de las *Fundaciones*.

«Pues tornando á lo que decía, son tantas las mercedes que el Señor hace, en estas casas, que llevándolas Dios á todas por meditación, algunas llegan á contemplación perfecta, y otras van tan adelante, que llegan á arrobamientos, y á otras hace el Señor merced por otra suerte, junto con esto, de darles revelaciones, y visiones, que claramente se entiende ser de Dios. No hay ahora casa, que no haya una, ó dos ó tres de éstas.»

¿Acaso sería hoy Señor San José menos poderoso de lo que era hace trescientos años cuando la reforma del Monte Carmelo? No, ciertamente. Su crédito para con Dios no ha sufrido ninguna disminución; antes bien, debe hoy manifestar más su poder y su bondad, puesto que su glorioso nombre significa: *aumento ó crecimiento*: debe conceder hoy beneficios mas señalados. Tengamos, pues, singular confianza en su protección paternal; y para recompensarnos de nuestro amor á su

augusta Persona, nos hará atravesar felizmente las primeras moradas de ese místico Castillo cuyas diversas moradas ha descrito Teresa; y se dignará introducirnos cuando llegue el tiempo, en las moradas interiores á donde no llega ya el ruido del mundo, en donde son impotentes las tentaciones del enemigo, y donde la presencia inmediata y grandiosa del Señor Dios, llena toda el alma de las luces mas puras y del ardor del santo amor.

CAPITULO IX.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de las almas humildes.

SEÑOR SAN JOSÉ reunía á los dones resplandecientes de la oración mas sublime, los dones aun mas preciosos de una profunda humildad.

Cómo Señor San José excedía en esta virtud tan necesaria á todos los verdaderos discípulos de Jesucristo nuestro Señor, es lo que resalta, por decirlo así, *evidentemente*, de su historia, como podemos conocerlo por la relación compendiada de los Evangelios. Hay ciertas virtudes y ciertos estados del alma que no pueden permanecer ocultos en el asi-

pense de toda pesquisa y de toda *apreciación* en estas materias necesariamente delicadas y sujetas á la ilusión, tenemos el testimonio de la misma fundadora; tenemos su propio juicio tan competente en materias semejantes. Hé aquí las palabras que leemos en el libro de las *Fundaciones*.

«Pues tornando á lo que decía, son tantas las mercedes que el Señor hace, en estas casas, que llevándolas Dios á todas por meditación, algunas llegan á contemplación perfecta, y otras van tan adelante, que llegan á arrobamientos, y á otras hace el Señor merced por otra suerte, junto con esto, de darles revelaciones, y visiones, que claramente se entiende ser de Dios. No hay ahora casa, que no haya una, ó dos ó tres de éstas.»

¿Acaso sería hoy Señor San José menos poderoso de lo que era hace trescientos años cuando la reforma del Monte Carmelo? No, ciertamente. Su crédito para con Dios no ha sufrido ninguna disminución; antes bien, debe hoy manifestar más su poder y su bondad, puesto que su glorioso nombre significa: *aumento ó crecimiento*: debe conceder hoy beneficios mas señalados. Tengamos, pues, singular confianza en su protección paternal; y para recompensarnos de nuestro amor á su

augusta Persona, nos hará atravesar felizmente las primeras moradas de ese místico Castillo cuyas diversas moradas ha descrito Teresa; y se dignará introducirnos cuando llegue el tiempo, en las moradas interiores á donde no llega ya el ruido del mundo, en donde son impotentes las tentaciones del enemigo, y donde la presencia inmediata y grandiosa del Señor Dios, llena toda el alma de las luces mas puras y del ardor del santo amor.

CAPITULO IX.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de las almas humildes.

SEÑOR SAN JOSÉ reunía á los dones resplandecientes de la oración mas sublime, los dones aun mas preciosos de una profunda humildad.

Cómo Señor San José excedía en esta virtud tan necesaria á todos los verdaderos discípulos de Jesucristo nuestro Señor, es lo que resalta, por decirlo así, *evidentemente*, de su historia, como podemos conocerlo por la relación compendiada de los Evangelios. Hay ciertas virtudes y ciertos estados del alma que no pueden permanecer ocultos en el asi-

lo secreto de nuestro corazón, y que se manifiestan claramente en el exterior, por el gesto, la voz, las acciones, y por todos esos mil fenómenos visibles que constituyen nuestra vida exterior. La humildad de Señor San José parece que debe ser colocada entre estas disposiciones interiores demasiado poderosas y universales para no manifestarse á cada instante por los actos del que las posee. Bástanos fijar un momento la mirada de nuestra alma en su amable semblante lleno de la paz mas profunda, para comprender luego que Señor San José es verdaderamente un hombre *manso y humilde de corazón*, (1) según el modelo que Jesucristo nos presenta en su Persona. Vemos desde luego sin descender á los altos detalles de su historia, que José es como una casta violeta, amiga del retiro y del silencio, y que solo se descubre por la suavidad de su perfume.

Si apesar de esto debemos presentar algunas consideraciones detalladas sobre un asunto tan dulce y piadoso; si debemos extendernos un poco, para hacer ver por algunas explicaciones la profunda humildad de Señor

(1) Discite a me quia mitis sum et humilis corde. (Math., XI).

San José, encontraremos en las páginas poco numerosas que encierran los Evangelios todo lo que necesitamos para poner en grande evidencia esta virtud de nuestro glorioso Patriarca. Los Evangelios son muy cortos en sus relaciones admirables; y muy pocas horas bastan al que quiera leerlos sin detenerse ni meditar. Mas están llenos de la inagotable fecundidad que caracteriza todas las obras de la gracia: y el que es guiado por la luz divina descubre á cada instante en su narración tan compendiada, verdades siempre nuevas; y en esta incesante multiplicación de la doctrina reconoce ese grano del reino de Dios, *quod minimum quidem est omnibus seminibus*; (1) mas pequeña, es verdad, que todas las otras semillas; pero que después llega á ser un grande árbol bajo del cual los teólogos, los doctores, los místicos, y todos los otros maestros de la celestial ciencia, pueden y deben descansar antes de volver á partir para ilustrar y conducir á los fieles.

Sabemos, pues, por los Santos Evangelios, que José tenía por Esposa á la bienaventurada Virgen María, la mas humilde de las criaturas; Aquella que se decía humildemente la

(1) Manth., XIII

sierva del Señor, cuando el real mensajero del Altísimo la colmaba de los mas grandes elogios; Aquella que debía dejar á la Iglesia ese admirable cántico del *Magnificat*, y hacer cantar á los fieles en toda la série de los siglos, que el Señor se había dignado *mirar la bajeza de su sierva*. Humilde y sumisa para con toda criatura, María debía serlo mucho más aun en sus relaciones con José, su Señor y su Esposo.

¡Oh! ¡qué preciosa consideración, si no estuviésemos tan llenos por la hinchazón de la soberbia, el ver á la Dominadora del mundo inclinarse con respeto en presencia del dichoso Patriarca, penetrado de admiración ante esta singular humildad de su esposa! María hablaba siempre, aun á los indiferentes, y aun á los malos endurecidos en el vicio, con una dulzura tan penetrante: ¡cuál debía ser su tierna modestia cuando con las manos juntas sobre su casto pecho, y velando bajo su humillación voluntaria, el luminoso ardor de su mirada, se dirigia á su Esposo para pedir sus órdenes, su permiso ó su aprobación!

Y José, estando penetrado hasta el fondo del alma por esos grandes ejemplos de María, ¿habría dejado de humillarse todos los días de su vida en los mas perfectos abatimientos

interiores y exteriores? Aun cuando el Esposo de María hubiera tenido como la mayor parte de sus conciudadanos, *la cabeza rebelde y el corazón incircunciso*, (1) toda su dureza se habría derretido como la cera cerca del fuego, en presencia de esta admirable dependencia que le manifestaba su Esposa á cada instante. Mas José era una alma muy piadosa, muy dócil y sin aspereza, en la que los santos ejemplos de María *se imprimian*, por decirlo así, con una continua exactitud. Jamás la Maestra de las virtudes encontró aun entre los Apóstoles, ni aun en San Juan Evangelista, un discípulo tan ferviente y tan fiel: y nunca trabajó tan largamente en hacerle avanzar en las vías cuya inteligencia le daba soberanamente Jesucristo su Hijo. Reflexionemos ahora, y véamos si podemos comprender hasta dónde debía extenderse la profunda humildad de Señor San José.

Además, debemos añadir, que el piadoso Patriarca encontraba al lado de María, otros ejemplos mas eficaces aun; porque á la gloria de ser el Esposo de la Virgen Purísima, juntaba la de servir de Padre á Jesucristo nuestro Señor.

(1) *Duræ cervicis et incircumcisis cordibus*. (Act., VII).

Ahora bien, sabemos, puesto que lo hemos leído en el Evangelio, que Jesucristo estaba *sometido* á José; y no podemos dudar que esta *sumisión* no fuese grande, como todas las demás virtudes que Jesucristo venía á traer al mundo para resucitarle, sacándole de sus pecados. Jesús, hijo de José, estaba *sometido* á su Padre, no solamente en esos primeros años de su infancia, durante los cuales consentía en velar sus esplendores infinitos bajo la inocente delicadeza que adorna á los niños cristianos recién salidos de la cuna; sino también en esos años ya mas bellos que hacen nacer en nosotros los primeros desarrollos de la razón y de la libre voluntad; y también en esa edad en que la adolescencia trasfigurada dá lugar á la ardiente juventud, y aun en esos días en que la juventud llegada á la madurez, ve sus flores cambiarse en frutos, y deja aparecer ya la gravedad dulce y varonil que conviene al hombre perfecto. Durante este largo periodo que comprende los treinta años de la vida oculta de Jesucristo, pudo José contemplar muy de cerca á cada instante, los prodigios de esa obediencia inaudita que ponía la voluntad de Jesucristo entre las manos de un artesano.

¡Oh milagro verdaderamente capaz de lle-

nar de pasmo á todos los hombres y á todos los ángeles! Jesucristo, el Hijo de Dios, escogía por su verdadero superior al que no era mas que un hombre! Por una humildad que sobrepuja nuestros pensamientos, obedecía á la menor palabra, á la menor señal del Esposo de María, sin reserva, sin dificultad y sin resistencia; todos los días de su vida, constantemente y sin cansarse! Y ¿José habría podido ser por treinta años testigo continuo de un prodigio semejante, sin quedar penetrado hasta el fondo de su alma de la humildad mas sincera que jamás haya sentido ningún santo? ¿Quién podrá creerlo, y no afirmar como nosotros, con plena seguridad, que José necesariamente ha sobresalido en los abatimientos de la mas perfecta humildad?

Los auxilios que José recibía de esta obediencia voluntaria de Jesucristo y de María, eran manifestamente tan grandes, que debían librarle aun de una tentación mas sutil que muchas veces nos ataca y nos sorprende. «*Superbia bonis operibus insidiatur ut pereant*: La soberbia tiende sus emboscadas á las buenas obras, á fin de destruir sus méritos,» nos dice el gran San Agustín; (1) y en efecto, mu-

(1) In Regula.

chas veces somos solicitados por el espíritu de malicia, á sacar vanidad de nuestra misma humildad, y de todos los actos interiores ó exteriores que nos inspira. Mas ¿cómo habría podido sucumbir José á esas astucias disfrazadas de que se sirve el enemigo á fin de engañar nuestra debilidad? Para triunfar del tentador, ¿no le bastaba una sola mirada dirigida á Jesucristo y á María? ¿Podía *estimar* aún su humildad y tenerla por *alguna cosa*, cuando veía á su lado á su Señor y á la Madre de su Señor, á Jesucristo y á María, obedientes á su menor palabra y á la menor manifestación de sus deseos?

Dirijámonos, pues, á Señor San José, para obtener de él el inestimable favor de una humildad cordial y sincera; *muy recta*, por decirlo así, y sin ninguna afición á nosotros mismos; de una humildad que nos haga someternos, *sin ninguna excepción*, á todos nuestros hermanos, á nuestros superiores, á nuestros inferiores y á nuestros iguales. Muchos creerán quizá, que esta virtud llevada hasta este punto, no conviene sino á algunas almas privilegiadas, tan raras en la historia de la Iglesia; pero San Pablo, si consultamos sus Epístolas, no parece conformarse absolutamente á este parecer.

La Epístola á los Efesios no estaba ciertamente escrita para alguna piadosa congregación exclusivamente formada de cristianos obligados por votos á buscar la perfección. Éfeso era una gran ciudad, ocupada por una población orgullosa, voluptuosa, y llena de todos los defectos que caracterizaban á las grandes ciudades en la época en que el imperio comenzaba á declinar y á caer en los vicios mas horribles. Además, podemos decir, que San Pablo, instruyó en la persona de los Efesios, á toda el Asia Menor, cuya espléndida capital era Éfeso. Y no obstante, ¿qué dice el Apóstol en esa gloriosa Epístola que escribió desde el fondo de la prisión en donde padecía por Jesucristo? *Subiecti invicem in timori Christi: (1) Estad sometidos recíprocamente, ó en otros términos: Estad sometidos los unos á los otros, en el temor de Jesucristo.* Estad sometidos los unos á los otros, sin ninguna distinción, sin ninguna excepción, de una manera universal.

Explica mas claramente aún esta misma doctrina, cuando escribió á los Filipenses, sus discipulos muy amados: *In humilitate, supe-*

(1) Ephes., V.

riores sibi invicem arbitrantes: (1) Caminad en espíritu de humildad, mirándoos mutuamente como superiores los unos de los otros. Es decir, que cada fiel debe obedecer con continua dependencia, con santo respeto, á todos sus hermanos; y cada uno de sus hermanos á su vez, lleno de los mismos sentimientos, debe esforzarse en manifestarle una obediencia igual. Entre los verdaderos cristianos que toman el contrapeso de todas las máximas del mundo, debe ser este un combate continuo, para saber á quién tocará la gloria y la felicidad de una sumisión mas perfecta: así como en el mundo es una lucha incesante para obtener el poder de mandar. Es de creer que estas santas luchas que hace nacer la humildad cristiana, se renovaban muchas veces en la pacífica habitación en donde José mandaba á Jesús y á María. Muchas veces el augusto Patriarca, olvidando sus derechos de Padre, quería recibir las órdenes de su Hijo y de su esposa; y aun mas frecuentemente Jesucristo y María le obligaban dulcemente á recordar que era *Padre*, y que debía por la voluntad de Dios ejercer la autoridad de *Esposo*.

Mas ¿cómo será posible tener en sí este es-

(1) Philip., II.

piritu de obediencia humildísima, no solamente para con sus superiores, sino también para con sus inferiores, para con sus criados y con toda criatura? El Apóstol nos la enseña en dos palabras cuando nos dice: *In timore Christi.* «En el temor de Jesucristo.» Considerad á Jesucristo en la persona de todos los que os rodean; y no es esto una vana imaginación llena de exageración y de mentira; pues nuestro Señor habita verdaderamente en el interior de todas las almas fieles que posee íntimamente por su presencia. Considerad pues á Jesucristo en vuestros hermanos, y por esta santa industria, si no perdeis de vista vuestras propias iniquidades, vuestra bajeza y miseria, no hay duda que os será facil humillaros hasta la tierra en presencia del mas pequeño de todos aquellos á quienes teneis que mandar.

Del mismo modo, considerad la persona de María en aquellas á quienes debeis tener por vuestras hermanas y por vuestras madres, si teneis en vosotros los instintos sobrenaturales de la gracia. (1) El bienaventurado Enrique Susón, decia, que tenía un gran respeto por todas las mujeres, porque veía en ellas la

(1) Anus (obseca) ut matres; juvenulas ut sorores in omni castitate. (Jim., V).

semejanza de la Madre del Señor. Si os esforzáis en seguir sus ejemplos, en lugar de encontraros en su presencia perseguido por los sentimientos humanos que os alejan de la santidad cristiana y os arrastran á cometer muchas faltas, sentireis llenarse vuestro corazón de una tranquila veneración, de una profunda humildad y de un santo respeto.

Ved, pues, no solamente en vuestros superiores, sino también en todos aquellos y aquellas á quienes mandáis, las augustas Personas de Jesucristo y de María: y entonces, aun en medio de vuestras órdenes estareis para con ellos en una disposición de humildísima obediencia, ó por mejor decir, de continua esclavitud; (1) cumpliendo en vosotros las palabras de San Pablo: *Subjecti invicem in timore Christi*. Y si os sentís desfallecer en medio de esta práctica tan santa; si sentís aumentarse en vosotros la tibieza de la inteligencia humana para opacar y extinguir las claridades mas santas y mas altas de la fé, recurrid á Señor San José que poseyó real y verdaderamente

(1) Muchos personajes piadosos han hecho voto de vivir en las disposiciones de *esclavitud* para con el prójimo. Puede citarse entre ellos á un hombre de santidad eminente. M. de Condren, segundo general del Oratorio.

bajo su obediencia, á Jesucristo y á María, y que supo mandarlos según la santa voluntad de Dios, sin traspasar no obstante los límites de la mas perfecta humildad.

Esta virtud de nuestro glorioso Patriarca nos es manifestada también por otra circunstancia que podemos concluir de la narración de los Evangelios.

Señor San José, estaba maravillosamente instruido, á lo que parece, en la práctica del *silencio*. El Evangelio nos refiere palabras de Jesucristo, de María, de los Apóstoles, de Juan Bautista, de los judíos, de Pilato y de otros muchos; mas no contiene ninguna palabra, ni una sola, pronunciada por Señor San José. Durante esas penosas angustias que hace nacer en el alma del Santo Patriarca la gravedad de su casta Esposa, ¿no podía, con una sola palabra, aclarar todas sus dudas y saber la verdad? Cuando el Angel se le aparece para revelarle unos misterios tan sublimes, ¿no tenía Señor San José mil explicaciones que pedir sobre el asunto mas querido á su corazón, acerca de la venida del Mesías, y de todos los esplendores que debían rodearle? Cuando Simeón hace escuchar á María en el templo de Jerusalem tan dolorosas predicciones, ¿no tenía José naturalmente ocasión de ma-

nifestar al santo anciano, que no estaba ignorante de los destinos de este Niño nuevamente presentado en el templo? Y cuando por dos veces se presenta el Angel del Señor á nuestro Santo para decirle que deje la Judea y parta para la tierra de Egipto, y en seguida que deje la tierra de Egipto para volver á la Judea, ¿no tenía José mil preguntas que hacer acerca de los motivos, las circunstancias y los resultados de los largos viajes que se le ordenaban emprender y cumplir? Finalmente, cuando el Niño Jesús á los doce años se oculta á sus Padres para ser hallado en el templo, ¿no tenía José que informarse acerca de los motivos de una conducta tan nueva? ¿no tenía que manifestarle por medio de sus palabras todo el gozo que le causaba su dichoso hallazgo? Mas en todas estas circunstancias, nuestro Santo guarda el mas religioso silencio; tanto por lo menos como nos es permitido juzgar de ello por la relación evangélica, en la cual todos los diversos personajes acostumbra tomar la palabra muchas veces, para formar, no una fría historia, sino una narración muy animada y como un cuadro viviente.

Hay también en el silencio habitual de José algo de *maravilloso*, si consideramos los grandes misterios que el santo Patriarca tuvo

guardados por tanto tiempo en un secreto impenetrable.

José sabía por las palabras del Angel enviado por el Señor para instruirle, que el Hijo de María era verdaderamente el Mesías esperado hacía cuarenta siglos por toda la tierra, y que *debía salvar al pueblo judío de sus pecados*. (1) Sabía que María su casta Esposa había concebido milagrosamente, por operación del Espíritu Santo, el fruto preciosísimo que llevaba en sus entrañas. Para un cristiano vulgar, privado de esa profunda humildad que hace á los santos, ¡qué inmensa tentación de romper el silencio, y publicar por todas partes unos privilegios tan sublimes! ¡Qué tentación de declararse á si mismo como el depositario de los mas inefables misterios, como el Esposo de una Virgen milagrosamente fecunda, y como el Padre nutricio del Hijo de Dios! ¡Qué tentación la de atribuirse á los ojos de los judíos tan llenos de la esperanza del Mesías, las prerrogativas y honores que debían convenir al Jefe de una Familia semejante, al Padre del Emmanuel, cuya venida tenía suspenso á todo Israel!

(1) Ipse enim salvum faciet populum suum á peccatis eorum. (Math., I).

No obstante, Señor San José no dice ni una sola palabra que pueda hacer sospechar aun de lejos, esos grandes prodigios, que Dios quiere ver aun rodeados de misterio. Guarda ese precioso depósito con discreción sin ejemplo; y se conforma á esa difícil disciplina del silencio, no solamente durante un mes ó un año, sino durante *treinta años*. en medio de la pobreza, del trabajo y de la persecución, sin procurar sustraerse á los sufrimientos por una revelación prematura del secreto del Eterno. Se conforma con una exactitud tan maravillosa, que ni el momento de la muerte es capaz de abrir sus labios sellados por el sello divino; lleva consigo su secreto al sepulcro, muere como ha vivido, en la humildad de una total oscuridad; y aun después de su muerte, los judíos, ignorantes todavía de la dignidad de Jesucristo, se preguntan unos á otros: ¿No es este ese artesano, hijo de artesano? ¿No es este el Hijo de María, el hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón? Y sus hermanas, ¿no están entre nosotros? (1)

El silencio, aun cuando no esté acompañado de las circunstancias heroicas que distin-

(1) Marc., VI, y Matth. XIII.

güen el de nuestro Santo Patriarca, el silencio habitual, por sí solo, puede ser considerado como una buena prueba de verdadera humildad. El que se estima á sí mismo, que se cree alguna cosa, y admira su capacidad, su ciencia ó sus virtudes, éste, difícilmente se encerrará en la oscuridad del silencio. Pensará de una manera mas ó menos explícita, que aquellos que le rodean tienen mucho que aprovechar en sus conversaciones tan útiles y tan amables. Tendrálos por ignorantes; y por consiguiente, se hará como un deber de instruirlos de mil verdades que no conocen todavía. Estará convencido que es mucho mas hábil y mas prudente para resolver las diversas dificultades que el hombre encuentra en el camino de esta vida; y así, no podrá dejar de dirigir y conducir por sus consejos, sus preceptos y sus reprensiones á todos los que quieran oírlos y soportarlos. Continuamente mezclado de esta suerte á los negocios de todos los que le rodean, el hombre vano, el hombre orgulloso, se hará enteramente imposible un silencio que solo conviene á las almas humildes, siempre prontas, no á dar, sino á recibir con gusto, la luz y la dirección de que creen tener necesidad.

Con mucha razón podemos pues decir, que

el larguísimo silencio de Señor San José es gran prueba de la humildad de que su alma estaba llena. Mas ¡cuánto más eficaz y más fuerte viene á ser este argumento, si consideramos que el Santo Patriarca, milagrosamente escogido para ser el Esposo de María, debía poseer toda la luz que conviene al Director de la *Virgen prudentísima!* si consideramos que el Padre de Jesucristo no podía dejar de tener en sí tesoros de ciencia capaces de ilustrar al mundo entero! y en fin, si consideramos que todos estos dones parecían conferir á Señor San José el derecho de hablar como un oráculo, y de dar sus consejos y preceptos á los mas sabios en Israel!

¡Oh! ¡cuán lejos están los hijos de los hombres de imitar esta discreta humildad que encantaba el corazón de Dios! ¿No los vemos, por la mayor parte, tan solícitos en publicar los beneficios que han recibido, ó aun que creen haber recibido de la liberalidad divina? Más de una vez, sin apercibirse siempre claramente de ello, piensen ser para alguna cosa, aun quizá para mucho, en estas cualidades de que son los depositarios; y muchas veces, mientras se dejan engañar por el bello pretexto de ser útiles al adelantamiento de su prójimo, no hacen mas que buscar á sí mis-

mos en esa manifestación, diré, casi en esa *ostentación* de los dones divinos. Lo que les falta es la humildad; y el mundo que los engaña y los cedece por sus falsas luces, les hace seguir un camino directamente opuesto al que el Espíritu de Dios indicaba á Señor San José.

Y así, ¿cuáles son los frutos de esas orgullosas expansiones del alma, de esa secreta ambición de la gloria y del aplauso de las criaturas? ¡Ay! á cada instante lo vemos. Los que se complacen como Ezequías, en mostrar á todo el que viene sus riquezas; (1) y los que como David, se complacen en hacer el empadronamiento de sus dominios, (2) son castigados por la justicia divina, y vuelven á quedarse pobres como antes. Jesucristo confió á Señor San José el gran secreto de su presencia en medio del pueblo judío; y Señor San José guarda con religioso respeto el secreto que Jesucristo le confía. Así es que Jesucristo no deja, durante treinta años, el techo feliz que enriqueció con todos sus dones. Mas aquellos que se alaban tan fácilmente de haber concebido á Jesucristo en sus almas,

(1) Is., XXXIX.

(2) Reg., XXIV.

aquellos que se creen autorizados por su presencia, á conducir á todos sus hermanos, á brillar en lo exterior, y á honrarse entre los hombres, esos pronto se aperciben que la presunción les ha hecho perder su gloria, y que Jesucristo los ha dejado y ha despreciado. Porque hoy día, lo mismo que en otro tiempo, nuestro Señor se complace en rodêarse con los espesos velos de la mas profunda oscuridad.

No imitemos esa conducta insensata; vamos mas bien á Señor San José, y roguémosle que nos enseñe el gran secreto de la virtud que tan larga y cuidadosamente ha practicado con gran provecho de su alma y de toda la tierra. Pidámosle de todo nuestro corazón, que se digne exterminar en nosotros ese vicio criminal de la soberbia, para hacernos pequeños en nuestra propia estimación, para disminuirnos y abatirnos á nuestros ojos, y en una palabra, para llenarnos de una verdadera y saludable humildad.

¡Es un gran misterio el de la humildad cristiana! un misterio eternamente incomprensible á todos aquellos que no han recibido plenamente las disposiciones que poseía Señor San José por la comunicación abundantísima del Espíritu de Jesucristo. Pues ¡qué! tener todas las virtudes cristianas, la fé, la espe-

ranza y la caridad, y todos los dones que las acompañan en las almas; poseer la ciencia sagrada, las luces de una oración vasta y poderosa, y el ardor de un celo infatigable; ver á sus piés las multitudes de oyentes ávidos; sentir zumbiar á sus oídos los mil conciertos del aplauso de los hombres; disponer de un gran poder y poner en movimiento, por un gesto, por una palabra, millares de voluntades, como los santos lo han hecho tantas veces; y no obstante, en medio del brillo de todos estos esplendores humanos y divinos, considerarse como un gusano, como un pecador abominable, como el desecho de las criaturas, como el último de los hombres, y como el siervo y el esclavo indignísimo del mas pobre de los cristianos! ¿Quién podría jamás, sin tener plenamente el Espíritu de Dios, comprender algo de los abatimientos de una humildad tan sorprendente y tan contraria á todos los instintos de la naturaleza decaída?

No hay duda que los santos nos han legado sobre este punto grandes ejemplos que nos admiran cuando los encontramos en sus historias. Santo Domingo, este ilustre predicador, que desde su mas tierna infancia no tenía mas que dos pasiones: el amor de Dios y el amor del prójimo, mantenidas en la mas

austera penitencia; Santo Domingo, antes de entrar en una ciudad, se ponía de rodillas rogando á la Divina Majestad no hiciera descender el fuego del cielo sobre la ciudad que él creía manchar con su presencia. Santa Magdalena de Pazzis, esta virgen incomparable, llena de castidad, de penitencia y de oración, decia seriamente á sus hermanas, que temía el ver abrirse la tierra á sus piés para tragarla al instante en los infiernos, en castigo de sus pecados. Santa Catalina de Sena, esta joven admirable que juntaba á la penitencia de los anacoretas el celo ardiente de los Apóstoles, atribuía á sus pecados no solamente las imperfecciones que á veces descubría en sus compañeras, sino también las rebeliones de Florencia contra la autoridad de la Santa Sede, y las desgracias de toda la cristiandad. ¡Qué diferencia entre nuestros pensamientos y los pensamientos de los santos, entre nuestra conducta y la de los santos á quienes el Señor ilustraba tan poderosamente con su gracia! ¡Qué abismo entre la humildad que los penetraba y el orgullo que nos devora! ¿y cómo llegaremos á metamorfosear nuestras almas, para hacerlas semejantes, al menos en algo, á esos ilustres ejemplares que la Iglesia propone á nuestra

imitación cuando autoriza su culto y los coloca sobre los altares?

Recurramos, pues, á Señor San José, á este gran bienechor de toda la familia cristiana, á este humilde perfecto de espíritu y de corazón, que bebió la humildad en su fuente, al lado de Jesucristo y de María, y que no se dejó elevar por los favores mas sublimes. Él sabrá enseñarnos á poseer en silencio todas las gracias naturales y sobrenaturales que la bondad de Dios quiera hacernos; á permanecer ocultos en la oscuridad mas completa, toda nuestra vida sin interrupción, si tales son las disposiciones de la Divina Providencia con respecto á nosotros; á mandar sin orgullo y sin altivez, sino en espíritu de dependencia; viendo en todos aquellos y aquellas que nos rodean, las augustas Personas del Salvador y de su Madre; y en fin, á despreciar como nada todos esos actos de humillaciones voluntarias en comparación de las acciones infinitamente mas perfectas y mas bellas de María y de Jesucristo.

CAPITULO X.

De cómo el glorioso Señor San José es Patrón de los moribundos.

FELIZ en el momento de la muerte el cristiano que se ha esforzado en caminar animosamente toda su vida por el camino de la virtud; pues cuando llega su última hora, recoge los frutos de su larga perseverancia.

Muerto al mundo y á sus pompas largo tiempo ha, no siente ya nada en él que le una aún y le retenga en este valle de tinieblas y de lágrimas. Si mira hacia atrás, encuentra por todas partes el recuerdo de las buenas obras cumplidas, y que ha mandado al cielo antes que él. Si ve hacia adelante, en ese porvenir cuya aproximación aterroriza al pecador, no ve sino las imágenes gloriosas de la felicidad que Dios prepara en la Patria á los que se han esforzado en servirle sobre la tierra. Los ángeles buenos vienen en multitud á asistirle en ese último combate que debe afirmarle para siempre en la gracia; y las santas inspiraciones, descendiendo sobre el alma del moribundo como un suave rocío, hacen germinar en él esos pensamientos generosos y esos piadosos afectos, que derra-

man en las últimas horas de los santos una paz y una claridad imposibles de describir.

Mas si somos incapaces de manifestar la suavidad que Dios derrama en los últimos momentos del justo, como un gusto anticipado de las felicidades eternas; ¿cómo podríamos referir dignamente, la bienaventurada muerte de Señor San José, esa muerte sin igual que Jesucristo y María santificaron por su amable presencia, y enriquecieron con los favores mas escogidos?

La Venerable Sor María de Ágrega, en su *Vida de la Santísima Virgen María*, refiere, cómo los últimos años que precedieron á la muerte del glorioso Patriarca, estuvieron llenos de penosas enfermedades que le obligaron á interrumpir su trabajo, teniéndole clavado en una cama de dolores. (1) Su relación no tiene nada ciertamente que deba sorprendernos: ¿no sabemos que el dulcísimo Jesús no tiene favor mas precioso que el don de sus sufrimientos? ¿No sabemos que marca con la señal de su cruz á todos los que ama; y que

(1) Mística ciudad, 2ª part., lib. V, cap. XIV y XV. Estos dos capítulos refieren con admirable piedad y con unción inimitable, las enfermedades y la muerte de Señor San José, que la Venerable hermana pone en el vigésimo sétimo año de Jesucristo. ®

se complace en hacerlos avanzar á grandes pasos en los caminos que Él mismo ha recorrido para la salvación de todos los hombres? No podía sin duda, dejar de asociar al mérito de sus dolores, á aquel que amaba tan tiernamente. Debía, pues, recompensar por este don precioso del dolor soportado animosamente, todos los servicios que había recibido durante tan largo tiempo, de Señor San José.

Por lo demás, en medio de estas grandes penas que pusieron el último sello á sus méritos, y que perfeccionaron aun la pureza de su cuerpo y de su alma, no faltaron al santo anciano alivios y consuelos, puesto que tenía á su lado á Jesucristo con María. Los dos se sucedían á la cabecera del lecho donde sufría su Esposo y su padre. Los dos se hacían una verdadera felicidad en aliviarle en sus enfermedades con el producto de su trabajo. Los dos adormecían sus grandes sufrimientos por los cuidados que le prodigaban; y mas de una vez quizá, desaparecía el dolor milagrosamente al contacto de sus manos benditas, cuando era conveniente que el enfermo viese interrumpirse por un poco de tiempo sus penas. Los dos juntaban á los cuidados del cuerpo esos consuelos mas suaves, que derraman hasta el fondo del alma una dulzura

maravillosa, y que dan la fuerza necesaria para conservar siempre la paciencia y la santa resignación.

Así las almas que toman á Señor San José por Protector y Patrón, no siempre se ven libertadas de esos tormentos que preceden ordinariamente en nosotros á nuestra última disolución. En efecto, ¿por qué este gran Santo habia de privar á sus clientes de la gloria preciosa que se merecen en esas penosas angustias, entre las cuales sus pecados acaban de borrarse por una expiación saludable, libremente aceptada por obediencia y por amor? ¿Por qué el fiel imitador de Jesucristo querría conducir al cielo á sus devotos siervos por un camino que el Salvador no nos ha mostrado, por el camino del goce y de todas las felicidades terrenas?

Mas si José affige á los que ama, á fin de purificarlos como el oro en el crisol, tiene cuidado de cambiar para ellos en verdaderas bendiciones todas estas duras pruebas. Él está siempre presente vigilando nuestro valor á fin de no imponernos unos dolores que excederian la generosidad de nuestras almas, á fin de templar el sufrimiento según el grado de vigor y de ánimo que descubre en nuestros corazones. Él obra también secretamente

dentro de nosotros mismos para aumentar los auxilios espirituales que nos excitan á combatir bien en esas luchas difíciles en que la gracia triunfa en medio del aniquilamiento de las fuerzas corporales; y muchas veces hace descender con él, para endulzar y encantar nuestras penas, á la *Consoladora de los afligidos* á la *Salud de los enfermos*, á la piadosa María; y al Salvador de todos nuestros males, Jesucristo nuestro Señor.

Finalmente, tan luego como fué llegada la hora marcada por la Divina Providencia; cuando estuvo llena la medida de los méritos y de las virtudes; llegó para José el tiempo de dejar la dulce casa de Nazaret, en donde la presencia de María y de Jesús lo había llenado de gracias maravillosas durante largo tiempo. Vió Dios que las virtudes del ilustre Patriarca estaban como una mies madura, pronta para ser cortada por la hoz; y resolvió encerrar sin dilación en sus graneros este grano precioso que su gracia había hecho madurar.

José había sido todos los días de su vida, como un siervo fiel, siempre pronto á olvidarse á sí mismo por el servicio de su Señor. Es verdad que los privilegios que había recibido formaban un rico principio de recompensa;

mas las liberalidades del Altísimo son infinitas; ya en fin, era tiempo que el salario fuese liquidado, que la deuda fuese pagada con usura, y que el dichoso José *entrara en el gozo de su Señor*.

¡Oh! qué paz tan fuerte y tan suave! qué alegría tan celestial se derramaron entonces en el corazón de Señor San José, para inundar desde allí todas las potencias de su alma; derramando sobre sus labios y su frente el último rayo de su claridad inefable! Nada hay tan bello como la tarde de un día sereno, cuando ya apaciguado el calor deja en la campiña y en el cielo una tranquilidad profunda; cuando las flores se abren y entregan á la brisa los perfumes de su corola; y el hombre, libre ya de sus ocupaciones de cada día, descansa pacíficamente en la oración. Nada hay tan bello como el otoño cuando ha desaparecido ya el fuego ardoroso del estío, cuando los campos comienzan á revestirse de su melancólico follaje y cuando la ruina de una vida superabundante y demasiado activa deja aparecer en fin, esa paz admirable, que parece un principio de los bienes del cielo. Mas la tarde con toda su misteriosa poesía, y el otoño con sus frutos y su descanso, no son sino frías imágenes para pintarnos la calma.

sobrenatural que la hora de la muerte, ya cercana, derramaba en el corazón y sobre la frente de Señor San José.

San Juan Evangelista escuchó en medio de las revelaciones que componen el Apocalipsis, *una gran voz que venía del cielo, y que decía: Bienaventurados los que mueren en el Señor. . . ., porque sus obras les seguirán.* (1) Si nosotros repetimos con San Juan las palabras de la voz celestial: Bienaventurados todos los cristianos que *mueren en el Señor*, es decir, que están unidos á Él por la gracia, en ese momento terrible en el cual se deciden para siempre nuestros destinos: bienaventurados todos los fieles que aparecen en presencia de su juez con las manos llenas de méritos: bienaventurado el glorioso Patriarca Señor San José; puesto que los lazos mas estrechos de una gracia mas abundante, continuada sin interrupción desde la infancia hasta la vejez, le unían con Dios por una comunicación mas íntima; puesto que los méritos mas numerosos acumulados durante una larga y santa vida, le acompañaban en la patria celestial en donde los Angeles se apresuraban á in-

(1) Apoc., XIV.

troducirle según los sagrados mandatos del Eterno.

Y entretanto, ¿no vendría alguna amargura á mezclarse en el alma de José á la alegría suavísima que le causaba el verse libre de todos los males de esta vida? Cuando dejamos este destierro para entrar en las mansiones celestiales; sabemos que en esta nueva habitación vamos en fin á encontrar los objetos de nuestras largas esperanzas, á Jesucristo, el *Deseado de las colinas eternas*, (1) y á María, la *Alegría del cielo*. (2) Sabemos que vamos á contemplar á Aquel á quien la Escritura llama *hermoso entre los hijos de los hombres*; (3) á Aquella á quien los sagrados Cánticos proclaman *bella y toda hermosa*: (4) y esta feliz esperanza nos hace olvidar las hermosuras imperfectas que dejamos tras de nosotros en este mundo. José por el contrario, abandonaba al morir la presencia muy amada del Redentor y de su Madre: dejaba estos dos amables Huéspedes, cuya sonrisa y cuya mirada habían iluminado toda su vida:

(1) Gen., XLIX.

(2) Hymn. in Breviario Prædicatorum, die IX. Non., in festo Omnium Sanctorum Ordinis.

(3) Ps., XLIV.

(4) Cant., IV.

¿no debía sentir alguna pena en esta separación que le alejaba por un tiempo de este Hijo y de esta Esposa que por tan largo tiempo había amado tanto?

Mas José era una alma sumamente perfecta; y por consiguiente despojada de todo afecto egoísta y personal: José poseía por excelencia ese *ojo sencillo* de que Jesucristo nos habla en el Evangelio (1) ese *corazón sencillo*, que no se replega en sí mismo, y que camina siempre *hacia adelante*, siguiendo el impulso del Espíritu Santo, como los animales misteriosos del Profeta. (2) Dios le llamaba á poseer en en el seno de Abraham esa felicidad comenzada, que formaba para los antiguos Patriarcas la suave aurora de una recompensa mas perfecta: Dios manifestaba su deseo, y esto era bastante para José; lleno del Espíritu de Jesucristo que sin cesar *hacia lo que le agradaba á su Padre*, (3) el discípulo dócil obedecía sin resistencia, y aun sin dirigir hacia atras una sola mirada sobre esta casa bendita que Dios le mandaba abandonar.

Por otra parte, si eran necesarios para el

(1) Matth., VI; Luc., XI.

(2) Ezech., I y X.

(3) Joan., VIII.

santo anciano unos consuelos capaces de endulzar su tránsito, ¿no tenía á su lado á Jesucristo y á María, cuyas palabras penetrantes habrían encantado toda pena y calmado todo dolor? ¡Oh, quién podría decir la inexplicable suavidad con que su misericordia rodeó las últimas horas de José, este Padre tan fiel, y este Esposo tan tierno y tan virtuoso!

Sabemos que la Virgen Purísima, Aquella á quien llamamos tantas veces *nuestra Dulzura, nuestra Esperanza y nuestra Vida*, (1) derrama en los corazones cuando le place, el bálsamo de una paz toda celestial, que cicatriza toda la aspereza de nuestras heridas, y nos adormece en el dulce sueño de la gracia, en ese feliz *sueño* en que no obstante, el *corazón vela*. (2) Sabemos también que á *la hora de la muerte*, esta Madre muy amada desplega con mas gusto su poder; porque no en vano la Iglesia pone en nuestros labios á cada instante esta piadosa oración: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea.* Mas ¿qué son todas las gracias concedidas á los fieles, aun á los mas justos y santos, en compara-

(1) Ant. Salve Regina.

(2) Cant., V.

ción de los favores inefables que María, como fiel Esposa debió derramar en el corazón de su Esposo en el momento de la muerte?

¿No tenía que recompensarle de todos los servicios que había recibido de él, durante esos treinta años tan santamente trascurridos? ¿No tenía que darle las gracias de ese afecto tan puro como el de los ángeles, con que el admirable José no había cesado de rodearla á toda hora? ¿No debía tener cuidado de indemnizarle todas las solicitudes que había causado en su alma la conducta de una Esposa semejante, tan preciosa á los ojos de Dios? A José es á quien María debía la vida de su cuerpo, porque durante muchos años, el pan que había comido á su lado, era uno de los frutos del trabajo de su Esposo. A José es á quien María *debía*, en cierto modo, lo que Ella estimaba mil veces mas que la vida; la gloria de ser Madre del Hijo de Dios; porque la presencia de José era como necesaria para velar el misterio de una *Virgen Madre*, y para ocultar á los ojos de los malos y de los impíos el secreto del Eterno. ¿Con qué gracias no debió pagar la Virgen liberalísima tantos y tan dulces servicios, en esos últimos momentos en que su Esposo iba á sustraerse á su gratitud y á ocultarse á sus beneficios?

No hay duda que esta fiel Esposa obtuvo á Señor San José de una manera mas abundante, la gracia que concede algunas veces á sus siervos privilegiados en el momento que abandonan este mundo. María, según la creencia piadosa de los fieles, murió toda consumida por las llamas de ese amor divino que la Santa Escritura llama *fuerte como la muerte*. (1) Devorada interiormente por esos ardores deseables, tuvo que sucumbir enteramente á sus violencias, tan luego como Dios retiró el auxilio milagroso que sostenía su cuerpo contra un incendio demasiado intenso para no destruir los resortes de la vida. Debemos creer que la ardiente Esposa del Espíritu Santo, que la *Madre de la hermosa dilección*, (2) obtuvo al Patriarca José esas llamas devoradoras, que consumieron en él toda la vida terrena, y le obligaron á morir lleno de Dios, en un último arranque, mas impetuoso, excitado por el deseo y por el amor. (3)

Y Jesucristo, el dulce Señor, ¿diremos que en ese momento supremo quiso dejar sin su

(1) Cant., VIII.

(2) Eccli., XXIV.

(3) María de Ágreda enseña que Señor San José murió consumido por los ardores de su amor.

justa recompensa todos los trabajos que su Padre muy amado se había tomado durante tanto tiempo en su compañía, desde su matrimonio con María? Aquel que venía para darnos el ejemplo de todas las virtudes, y por consiguiente, el ejemplo del amor filial mas generoso y mas tierno; Jesucristo, Hijo piadosísimo, ¿no habría querido colmar á su Padre de gracias muy singulares, en el momento mismo en que la muerte del Santo anciano iba á poner fin á todas las señales exteriores de ternura, por las cuales nuestro Señor aliviaba para con él el peso de su agradecimiento? ¡Ah! ciertamente que nuestro Salvador tan misericordioso aun cuando se trata de los malos, quiso conceder en este día á Señor San José algunos favores señalados. Y si Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, quiso así enriquecer los últimos momentos de su Padre, ¿quién pudo impedirle ejecutar sus buenos deseos, con ese poder que conviene al Señor de todas las cosas, y con esa bondad sin igual que se encuentra escrita en toda su vida en caracteres tan perfectos?

Sin duda ninguna, quiso recibir dulcemente en sus brazos, sobre su divino pecho, la cabeza del Santo Patriarca; porque ¿cómo habría podido rehusar á José un favor que de-

bía un poco mas tarde conceder á Juan el discípulo amado, cuando la última cena? Si José había sentido tantas veces cerca de su corazón la cabeza del Divino Niño que le confiara amorosamente la Purísima Virgen, ¿no era de *justicia* en cierto modo, que el Hijo, en la edad en que la juventud y la virilidad se confunden la una con la otra, apoyase sobre su seno la cabeza emblanquecida de su Padre próximo á espirar? Quizá en esta dichosa actitud, las miradas de Jesús y de José se encontraron penetrándose como dos rayos de luz: Jesucristo atemperó para José los fuegos insostenibles de esos ojos en los que brillaba como un reflejo del Verbo; y José antes de morir fué admitido á leer libremente en esa mirada del Hijo de Dios, mil secretos que no pueden referirse y que solo él ha conocido sobre la tierra. Entonces el Creador del universo levantó sobre el Patriarca espirante, esa mano victoriosa que ata y que desata aquí en el mundo y en el cielo; trazó en los aires la señal maravillosa de esa Cruz que muy pronto iba á salvar al mundo; y bajo la inefable bendición que recibió en ese momento supremo, José, absolutamente purificado de toda mancha, exhaló el último suspiro.

Digamos pues, con la Iglesia:

O nimis felix, nimis o beatus,
Cujus extremam vigiles ad horam
Christus et Virgo simul astiterunt,
Ore sereno!

Hinc stygis, victor, laqueo solutus
Carnis, ad sedes placido sopore
Migrat æternas, rutilisque cingit
Tempora sertis. (1)

«¡Oh qué dichoso y privilegiado el santo anciano, que vió velar á su lado á Jesucristo y á la Virgen en su hora postrera con la frente serena! Vencedor de la muerte, y libre de los lazos de la carne, se duerme en apacible sueño, llega á las mansiones eternas y adorna su frente con una brillante corona.»

Es indudable que en los últimos momentos de la santa vida de José, no tuvieron los demonios el poder de turbar la alegría de tan maravillosa fiesta. Dios no quiso que la impura presencia de estos espíritus tenebrosos manchase esta escena, ni que su impotente desesperación viniera á agitarse en torno de una muerte tan apacible. María la Reina de los Arcángeles, la grande enemiga de todas las operaciones infernales, arrojó muy lejos

(1) Hymn., *ad Laudes.*

esos espíritus de malicia. Jesucristo los retuvo con una palabra, y los aprisionó en las mansiones tenebrosas de los infiernos. Así es, que en la humilde casa de Nazaret, cuando José entregó el alma entre las manos de su Señor, todo fué piadoso, todo tranquilo; y la feliz habitación fué como un principio de la ciudad celestial en donde ya no habrá ni gemidos ni tristeza; y donde no penetrará nada impuro ni manchado.

Mas si los demonios fueron arrojados muy lejos de la casa de José, por el contrario, los santos ángeles descendieron allí en innumerables legiones. Con los ojos fijos en en esta escena que contemplaban con alegría, se unieron á Jesucristo y á María para inundar el alma del Patriarca espirante, de los mas suaves consuelos. Formaron en torno de él como unos círculos luminosos que subían siempre ensanchándose, en los espacios; y tomando sus arpas de oro hicieron escuchar al amado moribundo los acordes de una melodía que la tierra no puede comprender. Unieron sus voces celestiales á estas divinas armonías, murmurando en voz baja esas palabras misteriosas que forman parte de los himnos y de los conciertos de la Patria, y que conoceremos un día si perseveramos hasta el fin.

Luego que el alma de José dejó su cuerpo con la bendición del Señor, estos celestes espíritus recibieron en sus brazos con santo respeto, esta grande alma: disponiéndose á su alrededor con orden admirable, multiplicando los cantos de triunfo y las glorificaciones del Dios Altísimo. En seguida, como ejecutores fieles de las voluntades divinas, la condujeron con grande júbilo al seno de Abrahan, en donde José debía permanecer un poco de tiempo con los Patriarcas de la Antigua Alianza para manifestarles los grandes misterios que no conocían aun enteramente, y enseñarles á juntar en sus sagrados cánticos, los nombres tan dulces de Jesús y de María á los nombres sagrados de Elohim, de Adonai y de Jehová.

¡Oh José! á vos es á quien dirigimos ahora nuestra plegaria! Por los méritos de vuestra dichosa muerte, os suplicamos que os digneis asistirnos y protejernos con vuestro poder en el momento en que tengamos que salir de esta vida. Dignaos obtenernos una muerte semejante á la vuestra; que esté, como la vuestra, exenta de toda desgracia, y llena de esas bendiciones divinas que nos son necesarias para fortificar nuestra debilidad y asegurarnos la entrada del cielo!

Concedednos, en ese instante supremo que decidirá para siempre de nuestra suerte, concedednos ese perfecto desprendimiento de corazón, que os permitió dejar sin resistencia á la voluntad divina, á los seres que amábais tan tiernamente, vuestra Esposa y vuestro Hijo. Ahora estamos llenos aun de aficiones peligrosas, que nos atan de mil diversas maneras con nuestras posesiones terrenas, con nuestros amigos, con nuestros parientes y con nosotros mismos. Preparadnos pues, desde ahora por las disposiciones mas generosas y mas santas, á fin de que á la hora de la muerte, cuando oigamos el llamamiento divino, podamos obedecer al mandato del Señor sin amargura y sin tristeza; y podamos sin obstáculo, volar hacia adelante bajo el soplo del Espíritu Santo, como un bajel cuyas áncoras están levantadas y que boga en libertad hacia la alta mar!

Dadnos también algo de esas llamas celestiales que María hizo descender á vuestro corazón. Que nuestra alma no muera con la muerte *de los esclavos*, que limitan toda su virtud á someterse á la necesidad que les oprime, sino mas bien muramos con la muerte de los *justos* perfectos y sin faltas, en quienes la Ley de *amor* ha arrojado de la Ley de

temor. Que muramos abrasados del deseo de los bienes celestiales, y sedientos de esas aguas divinas cuya santa abundancia inunda las almas de los bienaventurados en la Patria. Que muramos llenos del deseo de encontrarnos en fin reunidos con Dios, con Jesucristo y con María; y si es posible, que exhalemos nuestro espíritu como Vos ¡oh José! en el éxtasis de un santo amor.

Arrojad también lejos de nosotros á los demonios, esos enemigos encarnizados, que no tuvieron permiso de acercarse á vuestro lecho. Sabemos que en esa última hora son mas terribles sus tentaciones, y que la debilidad de las últimas enfermedades sucumbe mas de una vez, ya á sus ataques manifiestos ó ya á sus malditas astucias. Puesto que Vos habeis recibido de lo alto un gran poder sobre estos espíritus de malicia; y que vuestro nombre, pronunciado con amor, basta solo muchas veces para desconcertar su furia, (1) venid á nuestro socorro, ¡oh glorioso Patriarca! y haced que nos durmamos en el Señor sin ver envenenada nuestra última hora por la horrible

(1) El P. Surin confiesa haber reconocido muchas veces, en los exorcismos, el gran poder que ejerce Señor San José sobre los demonios. (*Historia de la posesión de los Ursulinas de Loudren*).

presencia y por las impuras tentaciones de esos enemigos de la salvación.

En lugar de esos monstruos malditos que arrojará lejos de vos vuestra gloriosa intercesión, haced descender los espíritus de luz, cuyos cantos piadosos, resonaron en vuestros oídos encantados cuando fué llegada por vos la hora de abandonar esta tierra. Como Padre del Rey de los reyes, y como Esposo de la augusta Reina de los Angeles, teneis gran poder sobre todas las celestiales legiones que sirven para conducir y salvar á los fieles. Haced uso en nuestro favor, os lo suplicamos, de esas prerrogativas que María y Jesucristo os confieren; y que los mensajeros divinos se dignen reunirse á nuestro lado en la última hora, para asegurarnos en nuestros terrores, ilustrarnos en nuestras incertidumbres, alentarnos en nuestras tibiezas, y allanarnos el camino que conduce á las mansiones eternas.

Sobre todo, dignaos obtener para nosotros que la *Madre de las misericordias*, la divina María, esté presente cerca de nuestro lecho de muerte, para cumplir los santos oficios de que vos mismo le fuisteis deudor en ese instante supremo. Es cierto que los ángeles pueden ayudarnos por el socorro de su presencia, pero á la Soberana de los ángeles es á quien

pertenece asegurarnos la victoria, é introducirnos en el cielo del cual es la *puerta feliz*. (1) Que vele pues, cerca de nosotros, como en otro tiempo velaba cerca de vos, llena de esa caridad misericordiosa que conviene á la *Virgen clementísima*; y que cuando pronuncie nuestra boca por la última vez su nombre bendito, esté allí para acoger nuestra súplica y para apoyar la petición que dirigiremos entonces á la Divina Majestad.

Finalmente, que el mismo Jesucristo se digne venir á nuestro lado en ese momento supremo, no con la austera severidad de un juez, pronto á condenar á los culpables, sino con la dulce bondad que manifestaba para con vos en la casa de Nazaret. Que se digne usar en nuestro favor de ese inmenso poder que ha recibido de Dios su Padre; *porque el Padre no juzga á nadie, sino que ha dejado todo su juicio entre sus manos*. (2) Que se digne, por los méritos de su vida, de su pasión y de su muerte, perdonarnos nuestras infidelidades, nuestras tibiezas, y nuestros pecados, é introducirnos cerca de vos, ¡oh José! en la ciu-

(1) Ave maris Stella, *Felix Caeli Porta* (Hymn. in Off. B. V. M.)

(2) Joan., V.

dad celestial, en donde nos uniremos á vos, á María, á los santos ángeles, y á toda criatura, para bendecirle, cantarle y glorificarle para siempre.

Os pedimos todas estas gracias, ¡oh José! porque entre todas las muertes de los hijos de los hombres, la vuestra fué la mas feliz y la mas hermosa después de la de María vuestra Esposa Inmaculada. Y tenemos confianza en que escuchareis enteramente nuestras súplicas y hareis resplandecer vuestro poder para con nosotros que desde ahora os escogemos por defensor, protector y patrón de nuestra muerte.

Así sea.

CAPITULO XI.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de la devoción á María.

JESUCRISTO, la Sabiduría Eterna, al descender á nuestra tierra cubierta de pecados, se ha edificado, en la Persona Inmaculada de María, una casa, capaz de recibir dignamente á su purísima y augustísima Majestad. (1)

Si consideramos la incomparable perfec-

(1) Sapientia ædificavit sibi domum. (Prov., XI.)

pertenece asegurarnos la victoria, é introducirnos en el cielo del cual es la *puerta feliz*. (1) Que vele pues, cerca de nosotros, como en otro tiempo velaba cerca de vos, llena de esa caridad misericordiosa que conviene á la *Virgen clementísima*; y que cuando pronuncie nuestra boca por la última vez su nombre bendito, esté allí para acoger nuestra súplica y para apoyar la petición que dirigiremos entonces á la Divina Majestad.

Finalmente, que el mismo Jesucristo se digne venir á nuestro lado en ese momento supremo, no con la austera severidad de un juez, pronto á condenar á los culpables, sino con la dulce bondad que manifestaba para con vos en la casa de Nazaret. Que se digne usar en nuestro favor de ese inmenso poder que ha recibido de Dios su Padre; *porque el Padre no juzga á nadie, sino que ha dejado todo su juicio entre sus manos*. (2) Que se digne, por los méritos de su vida, de su pasión y de su muerte, perdonarnos nuestras infidelidades, nuestras tibiezas, y nuestros pecados, é introducirnos cerca de vos, ¡oh José! en la ciu-

(1) Ave maris Stella, *Felix Caeli Porta* (Hymn. in Off. B. V. M.)

(2) Joan., V.

dad celestial, en donde nos uniremos á vos, á María, á los santos ángeles, y á toda criatura, para bendecirle, cantarle y glorificarle para siempre.

Os pedimos todas estas gracias, ¡oh José! porque entre todas las muertes de los hijos de los hombres, la vuestra fué la mas feliz y la mas hermosa después de la de María vuestra Esposa Inmaculada. Y tenemos confianza en que escuchareis enteramente nuestras súplicas y hareis resplandecer vuestro poder para con nosotros que desde ahora os escogemos por defensor, protector y patrón de nuestra muerte.

Así sea.

CAPITULO XI.

De cómo el glorioso Señor San José es patrón de la devoción á María.

JESUCRISTO, la Sabiduría Eterna, al descender á nuestra tierra cubierta de pecados, se ha edificado, en la Persona Inmaculada de María, una casa, capaz de recibir dignamente á su purísima y augustísima Majestad. (1)

Si consideramos la incomparable perfec-

(1) Sapientia ædificavit sibi domum. (Prov., XI.)

ción del huésped celestial que la casta María debía abrigar en el tabernáculo de su carne virginal; si consideramos la mansión tan íntima que el Verbo eterno debía hacer en este retrete, en el que su amor para con los hombres le hacía condescender en encerrarse, podremos sospechar y conjeturar desde lejos la grandeza de las prerrogativas y de las gracias que debieron ser concedidas á María. Puesto que la dignidad del Hijo excede enteramente todo lo que podemos comprender, preciso es *igualmente* que la dignidad de la Madre sea del todo superior á los cánticos y á las alabanzas que pueden cantar en su honor todos los hombres esparcidos sobre la tierra, y todos los ángeles y bienaventurados en el cielo. (1)

¿Cómo pues, podremos esperar el llegar á elevarnos hasta María, en medio de las espesas tinieblas en las cuales nos sepultan nuestros pecados, lejos de la verdadera Luz? María es como un cielo purísimo, que brilla por encima de nosotros, revestido de un esplendor imperecedero: ¿cómo pues, nosotros que somos tierra y polvo, podríamos alcanzar á esas regiones sublimes, cuyo esplendor nos

(1) Ex Bulla Immacul. Concep.

deslumbra? María será para nosotros como el *Libro sellado con siete sellos*, que contemplaba San Juan en sus visiones proféticas; (1) el cual permanecerá cerrado, si alguno mas poderoso que nosotros no toma en su mano nuestra causa para introducirnos en unos secretos tan superiores á nosotros.

Así es que tenemos necesidad de un guía para conducirnos en la consideración respetuosa de las glorias que convienen á la Virgen toda pura. Cuando se trata de estudiar en las ciencias humanas, si no queremos arrastrarnos siempre en los oscuros vestíbulos á donde no llega la luz, necesitamos un introductor que nos dirija en esos nuevos caminos, que nos dé sus reflexiones y su estudio, y nos haga participantes de los felices frutos de su trabajo. ¿Qué será pues, cuando se trata de María, de ese abismo de perfecciones y de gracia? ¿no tendremos entonces mayor necesidad de un conductor para adquirir la sublime ciencia de esa alma privilegiada, en la que el Señor hace su habitación con una intimidad tan maravillosa?

Mas no solamente nuestra inteligencia es la que debe recibir de lo alto las iluminaciones

(1) Apoc., V.

sobrenaturales para llegar hasta María: pues también nuestra voluntad no es menos impotente y menos enferma cuando se trata de tributar nuestros deberes á esta gran Princesa á quien Dios ama sobre todos los bienaventurados y los ángeles. Necesitamos absolutamente de un maestro que nos dé una dirección en esas regiones superiores, en las que no bastan para guiarnos las virtudes humanas. Es preciso enteramente que se nos inflame, que se nos anime, y aun que se nos empuje, que se nos dé á conocer los homenajes respetuosos con que podemos y debemos honrar esta suprema perfección de María. Necesitamos que se nos manifieste, no de una manera *universal*, que no sería suficiente para aclarar nuestras incertidumbres, nuestras dudas, sino de una manera *particular y práctica*, la proporción misteriosa con que debemos, al hablar á María, templar el respeto por el afecto mas tierno; y cómo la familiaridad que algunas veces desea, no debe sin embargo, estar separada nunca de esa reserva sagrada que nos imponen siempre el número y la grandeza de sus privilegios admirables.

En esta doble necesidad que nos apremia, elijamos por nuestro introductor para con la

Virgen sin mancha, al glorioso Patriarca Señor San José, su siervo fiel, su Señor y su Esposo.

Estoy cierto que Señor San José se dignará revelarnos algunas de las excelencias que contempló tan de cerca en la casta habitación en donde vivió casi á solas con María. Ya que los discipulos, aun los menos bien dispuestos, hacen á veces grandes progresos, y parecen en cierto modo cambiarse en otros hombres, cuando un maestro benévolo, olvidando la superioridad de su ciencia, se digna inclinarse amorosamente hacia esas pobres inteligencias casi desnudas de los dones de lo alto, y vemos que los que parecían incapaces de saber nada, parecen á veces iluminarse derrepente bajo las influencias benéficas que dejan descender sobre ellos la ciencia y la bondad reunidas. Tal vez por la gracia de Dios experimentaremos en nosotros mismos algunas metamorfosis semejantes, poniéndonos bajo la dirección de José. Todavía estamos ignorantes de todas las glorias de María; hasta el presente no sabemos casi nada sobre su amable Persona, sino lo que la ciencia humana nos enseña con todas sus ruidosas conclusiones; Señor San José nos abrirá los secretos de un mundo mejor, y nos dará esas

luces sagradas que producen en medio de nuestras tinieblas las iluminaciones mas dichosas.

Tengo la dulce confianza que tampoco dejará de arreglar nuestra voluntad y todos sus actos, en los homenajes que estamos obligados á tributar en todo tiempo á su Esposa. Nosotros somos, respecto á Maria, como niños pequeños que no saben todavía conversar con los que les rodean. Así es que lo que necesitamos es toda una *educación*; y esta no se hace sin maestro que vigile sobre aquel á quien quiere dirigir, para sugerirle á cada instante los actos multiplicados que forman el tejido de nuestra vida. La educación no se hace sin un padre, cuya continua benevolencia dirige á su hijo en todas las cosas, soportando las faltas y las resistencias, y empleando ya la severidad del castigo, ya el atractivo de las recompensas para llevar su obra á buen fin, hasta que el *hombre* esté formado. Señor San José será nuestro maestro y nuestro padre en esta *formación* tan necesaria, que hará de nosotros unos fervientes servidores y unos tiernos hijos de la Madre del Señor.

En verdad, es un gran santo el glorioso Patriarca José. Y mientras más nos acercamos á su persona por un estudio prolongado, mas

descubrimos manifestamente que los privilegios que ha recibido exceden á todo lo que podemos decir! ¡Qué favor tan inefable el ser admitidos á contemplar tan de cerca la admirable pureza de Maria, toda perfecta en su *cuerpo* en su *inteligencia* y en su *corazón*!

¿Quién podrá decir la hermosura resplandeciente con que el Señor había adornado á esta Reina Inmaculada? ¿Quién podrá expresar con palabras humanas la dulzura de su mirada casi siempre inclinada humildemente hacia la tierra, y no obstante llena de un fuego celestial que resplandecía como el relámpago cuando levantaba sus pupilas? ¿Quién podría pintar la modestia derramada en su persona, y ese conjunto de perfecciones que la hacían la criatura mas cumplida que haya producido el Altísimo, y el *digno* Tabernáculo en donde el Verbo Eterno debía hacer por nueve meses su habitación? Y no obstante, Señor San José, durante muchos años, recibió la gracia de fijar sus miradas en esta belleza sin rival, que los ángeles no cesaban de celebrar con celestiales cánticos, y que envidiaban á nuestra tierra pecadora!

Hay mas aún: el dichoso José fué admitido á gozar de la conversación de Maria. Ella se dignó manifestar en su presencia algo de esa

vasta luz que derramaba en su alma la presencia de la Sabiduría eterna; y no rehusó hablar con José su santo Esposo, en esas conversaciones mas íntimas que ningún ruido exterior venia á interrumpir ni á impedir. Manifestando al glorioso Patriarca tantos misterios ocultos en las profundidades de las Escrituras, tantos secretos divinos que solo Ella descubria en las obras del Creador, y que permanecían veladas para todos los demás, María se manifestaba *á sí misma*, y permitía á su Esposo contemplar esa grande inteligencia que penetraba fácilmente hasta en las oscuridades mas profundas, que sabia reunir en la unidad de una sola concepción las ideas mas lejanas, y conocer cada cosa por el lado que lleva á Dios.

Finalmente, el dichoso José podía también á cada instante, contemplar las disposiciones del corazón y las virtudes que convenían á su Esposa. Su vida exterior se manifestaba por fuera por un lenguaje mudo, pero no obstante lleno de elocuencia: y muchas veces también, la Virgen pura, apartando para José los velos que debían respetar todas las demás criaturas, le decia algunas cosas de los atractivos interiores que la gracia divina hacia nacer en su alma, y de los cuidados

que tenía para seguir la dirección y las solitudes del Espiritu Santo. Es ya sin duda una gran felicidad el contemplar las virtudes de una alma santa, dócil á las inspiraciones divinas y renunciándose á sí misma en todas las cosas para caminar de progreso en progreso hasta la plena y perfecta santidad. Mas ¿qué son las almas mas vigilantes y las mas favorecidas en comparación de la celestial María, cuyos primeros principios excedieron en perfección toda la madurez que la edad y la fidelidad producen en los mas grandes santos? (1)

Verdaderamente es admirable la Iglesia en toda la pompa sagrada que despliega en los altares, bajo las bóvedas de esos augustos edificios, en donde su Esposo Jesucristo se digna tener su residencia en medio de nosotros. ¿Quién podría contemplar sin conmoverse, las espléndidas proporciones de esas naves atrevidas, y la multitud de los misterios sagrados que se agrupan al derredor de la mística Mesa en donde se inmola el Cordero divino? ¿Quién podría escuchar sin sen-

(1) Fundamenta ejus in montibus sanctis: diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob. (Ps., LXXXVI).

tirse lleno de alegría, esos cánticos misteriosos que la Iglesia toma del Rey Profeta, y que reviste de una belleza nueva; añadiendo á sus melodías sagradas la mas suave poesia cuyo secreto posee? Todo el culto material que la Santa Iglesia desarrolla en grandes proporciones sobre las horas, los días, los años y los siglos; todos esos diversos homenajes que se multiplican uniéndose los unos á los otros; todos esos honores y todas esas glorificaciones forman un conjunto maravilloso cuyos misterios sólo el Señor puede penetrar enteramente.

La Iglesia es bella también en su doctrina, que se extiende con esplendores infinitos sobre toda la sucesión de los siglos, y que crece cada año como una gigantesca planta, desde las revelaciones primeras concedidas á los Patriarcas, hasta las últimas iluminaciones que recibirán los santos futuros. ¡Qué diferencia como infinita entre las pobres concepciones de los hijos de los hombres, y ese conjunto de ideas magnificas y fecundas, que camina siempre hacia adelante, como un río cuyas ondas engrosadas ruedan libremente hasta la mar! ¡Qué admirable unidad en esos dogmas que se definen poco á poco, por intervalos, y que todos una vez preparados por

la mano del divino Arquitecto, vienen á unirse á los que los rodean, á fin de formar ese grandioso edificio de la fé católica, ese monumento imperecedero que nos arrebató por su belleza!

Finalmente, la Iglesia es bella también por todas las virtudes multiplicadas que no cesa de ir sembrando á su paso. Aquel que la contempla desde lo alto, no puede dejar de sentir dentro de sí esos grandes arranques de júbilo que trasportaban ya á los profetas cuando consideraban de lejos nuestras glorias en medio de la oscuridad de los tiempos futuros. Balaam, el Profeta mercenario, exclamaba ya en un entusiasmo involuntario: «¡Qué hermosos son tus tabernáculos, oh Jacob! ¡oh Israel! ¡qué bellas son tus tiendas!» (1) Pues ¿qué diremos nosotros en presencia de las virtudes de la Ley nueva, nosotros que somos los hijos de los santos: nosotros que nos interesamos ardientemente en los sucesos de la Iglesia nuestra Madre, y que vemos al descubierto en la historia del pasado lo que el Profeta no apercibía sino vagamente en las sombras veladas del porvenir?

Feliz el que pudiera en cierto modo, *con-*

(1) Num., XXIV,

densar y reunir todas juntas esas diversas magnificencias de la Iglesia, esparcidas en la extensión del mundo entero, y escalonadas en toda la sucesión de los siglos! Suponed que Dios escogiese entre sus amigos, algún santo privilegiado á quien se digne como embriagar de celestiales delicias, permitiéndole ver todas las cosas de una sola ojeada, sin verse detenido por la multiplicidad de los detalles, ó retardado por el alejamiento de la distancia. Suponed que este favorecido del Señor, contempla de una mirada todos los diversos homenajes que la Iglesia desde hace seis mil años, no ha cesado de tributar á la Divina Majestad; todas las inspiraciones particulares y públicas propias de cada país y de cada época; todas las virtudes individuales y sociales que la gracia divina ha hecho nacer en las sociedades y en las almas; ¡cuál no sería entonces el engrandecimiento de este hombre privilegiado, que pudiera, á ejemplo de Dios, abrazar tantos esplendores materiales, intelectuales y morales, en la unidad de una sola mirada y en la unidad de un solo amor!

Y no obstante, los favores concedidos á Señor San José, parecen sobrepasar á los que acabamos de suponer; porque la Virgen María, contiene en su persona amabilísima, más

glorias y más beneficios divinos que la Iglesia universal en toda la sucesión de los siglos.

Si: la hermosura de María es mas amable ella sola, que todas las magnificencias variadas de esa gran liturgia que derrama tan dulcemente su poesia en medio de la ligereza y de la corrupción de los hijos del siglo: los movimientos, las actitudes y los cánticos de la divina Princesa son mas armoniosos y mas encantadores. Si: la inteligencia de la *Virgen prudentisima* y *sapientisima*; excede en luces y en claridad á todo lo que los santos Doctores han consignado en sus obras, á todo lo que han enseñado en sus discursos y á todo lo que han definido en los concilios; y mucho más: á todo lo que han aprendido en las secretas inspiraciones de la oración; todos esos misterios que ellos han conocido, sin querer y sin poder repetirlos, porque hay verdades que *no es permitido al hombre referir*. (1) Si, las virtudes de la Madre del Señor, exceden en mucho á todo el conjunto de las virtudes innumerables, practicadas en toda la tierra, por la multitud de los cristianos de todas las edades: María posee en su alma, más que los deseos de los Patriarcas, y de los Profetas, más

(1) II Cor., XII.

que el celo de los apóstoles, más que el valor de los mártires, más que la pureza de las Vírgenes y más que los méritos y la fidelidad de todos los santos.

Llamemos pues, bienaventurado el Patriarca José, que recibió de la mano de Dios á María, este tesoro inestimable; que contempló tan de cerca á esta criatura sin rival; que vivió con ella en la intimidad mas dulce, lejos de todos los ruidos del mundo, de las impuras voluptuosidades de los malos y de los perversos! ¡Bienaventurado el Patriarca José, que no cometió ninguna temeridad ni ninguna falta, permaneciendo durante tantos años en la sociedad constante de la Soberana del mundo; y que no hizo en esto mas que hacer uso de los derechos que le confería la cualidad de Esposo de la Virgen sin mancilla. ¡Bienaventurado el Patriarca José, que se embriagó tan dulcemente con los encantos indecibles de María, perdiendo en su presencia el recuerdo de todas las bellezas mentirosas que seducen á los hijos de los hombres! ¡Bienaventurado, y mil veces bienaventurado el Patriarca José que recibió la fé de María, su virginal Esposa, que fué el objeto de su confianza y de su amor mas tierno, y que estuvo unido tan íntimamente con Ella por los lazos sagrados, desti-

nados á durar sin ninguna interrupción hasta la muerte!

Lo que los hombres desean sobre todo, no es la estimación, el respeto ó la obediencia de los otros hombres sus hermanos; sino lo que quieren ante todo, cuando esperan obtenerlo, es el don del *amor* que contiene en sí todos los demas. *Ser amado*: hé aqui el sueño de todo hombre en toda edad y en todas las diversas condiciones en que lo pone la Providencia. El padre quiere ser *amado* de sus hijos; el rey de sus súbditos; el general de sus soldados; el hermano de sus hermanas. Pero sobre todo, el esposo quiere ser *amado* de su esposa; y para obtener este don sagrado del amor, ningún sacrificio parece demasiado difícil ni penoso. Un poco de amor, á lo que parece, vale mas que todos los mayores tesoros de la tierra; y por pobre que sea el sér que nos ama, por pasajero que sea el afecto que nos concede, triunfamos en nuestro corazón, si solamente podemos decir con seguridad: «¡Es un hecho: soy amado!»

Mas si algún mortal privilegiado pudiese conquistar en su favor el amor purísimo y santísimo de María, de esa Virgen sin igual, que brilla mas resplandeciente que la estrella de la mañana, bajo las inspiraciones divi-

nas: de esta poderosa emperatriz que manda á toda la tierra y ve á los querubines y serafines á sus piés; si pudiera poseer esta riqueza del amor de María, no solamente de paso, por una hora ó por un día, sino por una serie de años, por toda su vida y por toda la eternidad: poseerle con admirable abundancia y con arranques tan impetuosos y tan poderosos ¡oh! ¡cuál sería verdaderamente la felicidad de este hombre, que pudiera llamarse amado, tierna y fuertemente amado, por la Madre del Señor!

Pues bien: Señor San José ha poseído este privilegio inestimable! Señor San José ha gozado de estas riquezas, cuyo solo aspecto deslumbra la mirada que las contempla. Señor San José es el Esposo de María, y María no ha cesado nunca de tener para con él toda la ternura piadosa que la esposa fiel debe tener para con su esposo. La Virgen celestial llevaba á José en el momento sagrado del matrimonio, una alma ignorante todavía de todo afecto conyugal, de toda mirada dirigida ni aun de paso, sobre ningún otro hombre: María reservaba modestamente á José las primicias de su ternura y los principios de su amor. Desde esa hora bendita, que hizo una sola vida de sus dos vidas, María amó á José

con el esplendor de un afecto que no conoció ninguna interrupción ni ninguna mancha. ¡Feliz José! hombre sin par que atesoró para sí solo la ternura de la Madre de su Dios! María ciertamente puede ser comparada con la azucena, cuya virginal blancura representa tan bien su alma tan casta y pura. La Escritura autoriza este lenguaje, porque el Esposo celestial exclama con admiración en los sagrados cánticos: *Sicut lilium inter spinas, sic amica mea inter filias.* (1) Ahora bien: la azucena no solamente brilla por la blancura de su corola; sino que derrama á su derredor la dulzura de su olor suavísimo. Este perfume lleno de encantos, se escapa de la flor privilegiada: déjase arrebatado por la brisa que pasa y se derrama suavemente en la campiña. Mas si encerramos la preciosa flor cerca de nosotros, bajo el techo donde tenemos nuestra habitación, su olor llega á ser mas fuerte y llena todo el aire que nos rodea; nos penetra, nos arrebatada, nos embriaga, y parece por su poder oculto apoderarse de todo el hombre.

Así el Lirio de los valles, la humilde María, no se contenta con arrebatado las miradas por

(1) Cant., II.

su maravillosa belleza; sino que encanta en secreto los corazones por el suave olor de sus virtudes. Los que no se aproximan tan de cerca á su persona, los que la contemplan solamente de lejos, perdidos en medio de la multitud de los servidores fieles, sienten pasar sobre sus frentes y volar á su derredor algo de los perfumes celestiales que deja escapar bajo el soplo del Espíritu Santo, este Tabernáculo en donde reposa el Dios de gloria. Mas nuestra felicidad no es capaz de hacernos comprender enteramente la felicidad de Señor San José, que recogido en la intimidad de María, encerrado á solas con Ella en la estrecha habitación que la Virgen santificaba con su presencia, se embriagó durante tantos años con esos aromas celestiales, y estuvo como penetrado por la impresión fuerte y suave que producía á la vez sobre su inteligencia y sobre su corazón.

Así pues, ¿cómo Aquel cuya *justicia* tiene cuidado de celebrar la Santa Escritura, cómo el *justo* José no se habría esforzado en devolver á su Esposa todos los días de su vida, una conveniente retribución por tantos beneficios tan preciosos? ¿Cómo habría podido no emplearse incesantemente en cumplir con sus deberes para con esta Virgen maravillosa que

el Señor confiaba entre sus manos? Vemos al dador de los príncipes y de los reyes un séquito de cortesanos que están allí para hacer honor á su señor, y para formar á su alrededor como un ejército de satélites destinados á realzar su grandeza. Sin duda ninguna, podemos considerar á Señor San José como el *séquito* de María, como la *corte* de María; y si á primera vista nos causa admiración la aparente pobreza de esta escolta, tan conforme por su exterior humilde á la indigencia en la cual quería vivir Jesucristo, encontraremos con un poco de reflexión, muchos esplendores ocultos bajo estas modestas apariencias, porque el piadoso José valía más él solo para honrar dignamente á su amada Esposa, que un grande ejército de ordinarios cortesanos.

¡Qué respeto en todas las palabras, y en todos los actos de José, aun cuando su título de Jefe de la Santa Familia le obligaba á mandar! Ciertamente el humildísimo Patriarca no podía olvidar la inmensa distancia que le separaba de Aquella que se humillaba hasta vivir fielmente bajo su dependencia. No podía olvidar que los mas grandes entre los santos, que los Profetas, los Patriarcas y el mismo Moisés, no eran sino pálidas estrellas en

presencia de este astro deslumbrante, cuyas claridades vagamente entrevistas hacian palpitár sus corazones en una santa esperanza. Pues ¿con qué admirable respeto, con qué culto lleno de tierna veneración, no debía José reconocer en su Esposa esas glorias que los mismos ángeles no bastan á celebrar?

Mas también ¡qué amor templaría en él todo lo que hubieran presentado de demasiado pálido y frío, unos homenajes puramente *respetuosos!* ¡Cómo sabia mezclar á este culto de *veneración*, todo lo que el afecto puede dictar de mas suave! ¡Cómo debía animarse considerando la benignidad de la *Virgen clementísima!* ¡Cómo debía á cada instante presentarle los ardientes afectos de su corazón lleno del santo amor! Los santos han amado tan tiernamente á la Virgen pura, cuyas excelencias no podian sin embargo conocer sino muy débilmente, y de tan lejos. ¿Qué debía hacer Señor San José, que vela mas distintamente esta hermosura sin igual, y que poseía para amarla una alma virgen, pronta á dejarse traspasar por el amor. sin resistencia, como el cristal por el rayo que le toca y le atraviesa?

Dirijámonos pues, al Patriarca José para implorar de rodillas el gran secreto de una

devoción firme y sincera hacia la Reina que se dignó escogerle por su Esposo. Llamemos á su puerta con seguridad, y pidamos las gracias que nos son necesarias á cada uno, según las disposiciones diversas que la bondad divina hace germinar en el fondo de nuestro corazón. Si estamos todavía en la multitud de los servidores menos privilegiados, que no se atreven á aproximarse tan de cerca á su Soberana, pediremos á José el don de esta veneración profunda, que él sentía plenamente al contemplar la excelencia de María: su gran respeto nos librárá de toda familiaridad presuntuosa y de toda palabra demasiado atrevida. Si tenemos la dicha de ser admitidos mas de cerca en la sociedad de María; si ya esta gloriosa Princesa quiere considerarnos á pesar de nuestra indignidad manifiesta, como sus hijos queridos, y aun quizá como los castos esposos de su virginal Majestad, Señor San José nos enseñará la ciencia de hablar amorosamente con María, sin merecer el castigo de Oza que estando desprovisto de las disposiciones necesarias, llevó su mano temeraria y sacrilega al Arca del Señor. (1)

Sobre todo, en todos los homenajes que

(1) II Reg., VI.

nuestra veneración y nuestro amor hagan subir incesantemente hacia María, uniremos á cada instante nuestros actos y nuestros votos á aquellos con que Señor San José rodeaba continuamente á la Virgen Madre, y la suplicaremos muy humildemente, que tenga por agradables estos pobres testimonios de amor que sentimos por Ella, en consideración de los grandes méritos de José su casto Esposo. El piadoso Patriarca tomará él mismo entre sus manos todas las glorificaciones diversas que presentamos á la augusta María. Él corregirá nuestras imperfecciones y nuestras faltas; y hará mejor y mas perfecto lo que tal vez podamos ofrecer de menos indigno: luego, juntando á nuestras pobreza los grandes tesoros que él sacará de su alma tan amante, presentará todos estos homenajes á María Madre de Jesús, á fin de que, por Jesucristo y por María, lleguemos á glorificar dignamente para siempre á Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

CAPITULO XII.

De cómo el glorioso Señor San José es Patrón de la devoción á Jesucristo.

¿SERÁ posible que nuestro grande amor para con Señor San José nos arrastre fuera de la verdad, para arrojarnos en conclusiones exageradas?

Dios nos preserve siempre de una devoción tan desgraciada. Lo confesamos voluntariamente, no es á Señor San José á quien pertenece *principalmente* el introducirnos en la intimidad de Jesucristo; no es él *principalmente* quien debe enseñarnos á amar y á servir á este buen Señor. Todas estas augustas funciones están reservadas *principalmente* á María, la gran *Introdutora*, encargada por Dios Padre de hacernos llegar felizmente á Jesucristo Señor nuestro.

Desde el día de la visita del Arcangel, María no se separa de Jesús, fruto bendito de sus entrañas. Fué la primera que tuvo la dicha de adorar en silencio al Dios Altísimo que tomó carne en su seno, y que vivió durante nueve meses en este purísimo tabernáculo. Como una sierva devotísima, como una ma-

nuestra veneración y nuestro amor hagan subir incesantemente hacia María, uniremos á cada instante nuestros actos y nuestros votos á aquellos con que Señor San José rodeaba continuamente á la Virgen Madre, y la suplicaremos muy humildemente, que tenga por agradables estos pobres testimonios de amor que sentimos por Ella, en consideración de los grandes méritos de José su casto Esposo. El piadoso Patriarca tomará él mismo entre sus manos todas las glorificaciones diversas que presentamos á la augusta María. Él corregirá nuestras imperfecciones y nuestras faltas; y hará mejor y mas perfecto lo que tal vez podamos ofrecer de menos indigno: luego, juntando á nuestras pobreza los grandes tesoros que él sacará de su alma tan amante, presentará todos estos homenajes á María Madre de Jesús, á fin de que, por Jesucristo y por María, lleguemos á glorificar dignamente para siempre á Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

CAPITULO XII.

De cómo el glorioso Señor San José es Patrón de la devoción á Jesucristo.

¿SERÁ posible que nuestro grande amor para con Señor San José nos arrastre fuera de la verdad, para arrojarnos en conclusiones exageradas?

Dios nos preserve siempre de una devoción tan desgraciada. Lo confesamos voluntariamente, no es á Señor San José á quien pertenece *principalmente* el introducirnos en la intimidad de Jesucristo; no es él *principalmente* quien debe enseñarnos á amar y á servir á este buen Señor. Todas estas augustas funciones están reservadas *principalmente* á María, la gran *Introdutora*, encargada por Dios Padre de hacernos llegar felizmente á Jesucristo Señor nuestro.

Desde el día de la visita del Arcangel, María no se separa de Jesús, fruto bendito de sus entrañas. Fué la primera que tuvo la dicha de adorar en silencio al Dios Altísimo que tomó carne en su seno, y que vivió durante nueve meses en este purísimo tabernáculo. Como una sierva devotísima, como una ma-

dre vigilante y como una esposa fiel, María tiene cuidado siempre de unirse estrechamente á Jesucristo tanto en Belén y en Egipto como en Nazaret y en el Calvario. La resurrección del Señor no puede romper esta alianza; y la dichosa Madre, mas favorecida que los discipulos, recibe sola, como conviene, las frecuentes visitas de su Hijo, que sólo se da á las adoraciones de sus fieles. (1) Desde la visita del Arcángel, la bienaventurada María repite sin cesar consigo misma, estas palabras de los Cánticos: *Tenui eum; nec dimittam*, (2) hasta el día en que Jesucristo deja la tierra para subir al cielo y sentarse á la diestra de Dios.

Ningún Santo, ni aun nuestro José, puede regocijarse de una intimidad tan constante.

Véamos por ejemplo á Simeón, el Santo anciano cuya vida nos traza la Escritura en pocas palabras. (3) Simeón, este tipo cumplido del israelita fiel, era un hombre *justo y lleno*

(1) Esto es lo que refiere María Agreda, en la *Mística Ciudad*.

(2) Cant., III.

(3) Et ecce homo erat in Jerusalem cui nomen Simeon, et homo iste justus et timoratus, spectans consolationem Israel, et Spiritus Sanctus erat in eo. (Luc., II).

de temor de Dios. *El Espíritu Santo habitaba en su alma*; así es que enteramente despegado de todos los bienes terrenos, Simeón no tenía mas que un deseo: el de ver aparecer al Mesías, la esperanza y el *consuelo del pueblo judío*. ¿Cuál será la recompensa de tantas virtudes tan singulares? Simeón recibirá en sus brazos por un instante, al Niño bendito que destruye los pecados del mundo: y satisfecho con este favor admirable, cantará el célebre Cántico, cuyas palabras se complace la Iglesia en repetir, cuando al fin del día nos invita á pensar en nuestra muerte. Es verdad que el santo anciano fué grandemente amado del Señor, puesto que obtuvo una gracia que tantos santos han deseado y que casi ninguno ha recibido. Mas sin embargo ¿qué viene á ser el favor concedido á Simeón, si lo comparamos con los favores concedidos durante tantos años á la Madre de Jesús?

Véamos también á San Juan Bautista, este ilustre Precursor, á quien el mismo Jesucristo ha llamado *mas que Profeta*; (1) este *amigo del Esposo*, que se regocija con tanta humildad asistiendo á la manifestación de su Maestro. Este gran santo no es admitido en la

(1) Matth., XI.

intimidad de Jesús, á pesar de sus méritos y de sus virtudes. Santificado desde antes de su nacimiento por la visitación de María, vivió en seguida lejos de Jesucristo en los desiertos, hasta el día de su aparición en Israel.

(1) Cuando fué llegada esta hora, apenas se acerca algunos momentos á Jesús, para conferirle el bautismo: apenas contemplaba con sus ojos á Aquel á quien estaba encargado *de anunciar sin conocerlo*; (2) y ya el Salvador se alejaba para no volver á ver á su Precursor. ¿Qué son, pues las gracias de Juan Bautista en comparación de las gracias concedidas á María que sin cesar vió al Señor á su lado y se alimentó de su presencia?

¿Hablaemos de Magdalena, de esa amante apasionada? Vémosla sentada á los piés del Señor para escuchar sus doctrinas celestiales. (3) Vémosla en la casa del fariseo, derramando preciosos perfumes sobre los piés de Jesús que no cesa de cubrir con sus besos. (4) La vemos en pié cerca de la cruz en la que

(1) *Erat in desertis, usque in diem ostensionis suae ad Israel.* (Luc., I).

(2) *Et ego nesciebam eum; sed ut manifestetur in Israel propterea veni ego in aqua baptizans.* (Joan., I)

(3) Luc., X.

(4) Luc., VII.

el Señor va á morir por la salvación de todos los hombres (1) Mas estos favores, aunque muy grandes, no pueden compararse á los favores concedidos á María. Después de una corta sociedad de dos ó tres años, Jesucristo se prepara á subir al cielo *hacia á su Padre y nuestro Padre*; (2) y cuando Magdalena apasionada se le acerca como para manifestarle su ternura, responde Jesús: *Noli me tangere!* (3) «¡No me toqueis!» ¡Ah! sin duda que para su Madre tenía otras palabras; y cuando la visitaba, la primera, (4) después de su Resurrección, no se ocultaba á los testimonios sagrados que su amor no podía dejar de dictarle.

En fin, ¿diremos una palabra de San Juan Evangelista, este Apóstol privilegiado, que se llama á sí mismo: *el discípulo á quien Jesús amaba?* (5) ¿Recordaremos la gracia que recibió en la última cena, cuando el Divino

(1) Joan., XIX.

(2) Joan., XX.

(3) Joan., XX.

(4) Es una opinión generalmente establecida, que nuestro Señor apareció á su Santísima Madre en primer lugar, como era muy conveniente á lo que parece La Iglesia parece apoyar esta opinión, poniendo en Santa María la Mayor la *Estación* del día de Pascua.

(5) Joan., XIII y XXI.

Maestro próximo á dejar á los que amó hasta el fin, se dignó admitir á Juan, el muy amado, á que descansara un poco de tiempo sobre su pecho? Mas San Juan, así como Santiago y los demás Apóstoles, y aun el mismo San Pedro, el Jefe de todo el sacro colegio, San Juan Evangelista no vivió al lado de Jesucristo antes de los tiempos de su predicación pública; y muy pocos días trascurridos rápidamente, le condujeron del lago de Genezaret á la Ascensión triunfante que ocultó al Señor á los homenajes de los Apóstoles. ¿Cómo pues, podríamos comparar al discípulo á quien Jesús amaba, con María siempre mezclada íntimamente á toda la vida de Jesucristo nuestro Señor?

Podemos pues, afirmar que si queremos ser introducidos cerca de Jesús, si tenemos necesidad, como es seguro, de un protector y de un guía para aproximarnos mas favorablemente á su Persona, este papel debe pertenecer *principalmente* y antes de todos los santos á la Virgen María, á esta compañera asidua de la concepción, del nacimiento, de la vida, de la muerte y de la resurrección de Jesucristo. María no ha cesado nunca de prodigar á Jesús todos los homenajes que convenian á su Majestad suprema: Ella será pues,

siempre por una consecuencia necesaria, la gran Patrona de la devoción á Jesús, y la gran Maestra cuyas benévolas lecciones nos enseñarán á respetar, á amar y á servir á Jesucristo como conviene.

Mas ¿diremos acaso entonces, que Señor San José nos es *como inútil* para el cumplimiento de estos deberes á los cuales debemos consagrarnos todos los días de nuestra vida? ¡Dios nos libre! porque no tenemos intención de borrar el *título* que hemos escrito al comenzar este capítulo. Después de haber satisfecho á lo que exigía de nosotros la suprema dignidad de María, tenemos la intención de mostrar que el glorioso Señor San José es verdaderamente *el Patrón de la devoción á Jesucristo*.

Para comprender mejor esta verdad tan necesaria, consideremos que María no *absorve* Ella sola todos los homenajes de que á Jesucristo le place rodearse. Es verdad que María es el *principal* personaje de ese séquito que se agrupa con amor desde Belén hasta el Calvario, rodeando al Hijo de Dios de glorificaciones y alabanzas. Mas sin embargo, á su lado y bajo su dirección, ¡cuántos cortesanos hay que vienen á honrar al Rey de gloria! Gabriel y todos los Angeles, José, Ana,

Simeón, Isabel, Juan Bautista, Pedro, los Apóstoles, los Discípulos, Nicodemus, José de Arimatea, Magdalena y las santas mujeres, Simón Cireneo, el buen Ladrón, el Centurión y otros muchos. ¡Qué multitud de servidores y de amigos, sin hablar de todos aquellos cuyos nombres, escritos en el libro de la vida, no han sido manifestados para nosotros en los sagrados Evangelios!

Mas ¿diremos que este gran número de adoradores y de fieles parece disminuir los méritos y la gloria de María, asociando á sus homenajes otros homenajes, como si Jesucristo no tuviese los suyos por bastante numerosos ó bastante grandes? ¡Léjos de nosotros esta doctrina! De la Virgen sin mancha es de quien todos estos adoradores subalternos reciben su fervor, su amor, y todas las demás disposiciones piadosas que sienten en su corazón. María, como su Hijo, el Verbo Encarnado, está *llena de gracia y de verdad*: (1) *De su plenitud es de donde recibimos todas las cosas*. (2) En el orden sobrenatural de la gracia, *todas las cosas han sido hechas por Ella, y nada de lo que*

(1) *Vidimus gloriam ejus* (Christi. . . . plenum gratiæ et veritatis. (Joan., I).

(2) *Et de plenitudine ejus* (Christi) omnes nos accepimus. (Joan., I).

ha sido hecho, ha sido hecho sin Ella, (1) y no podemos nada sin su socorro. Todas las virtudes de los santos son como una derivación, ó como una irradiación de su gracia; mientras más se multiplican á su alderredor, más dan testimonio de su poder y de su eminente perfección.

La marcha de nuestra devoción á Jesús, debe arreglarse sobre estas verdades fundamentales. Es verdad que á fin de llegar hasta la Persona adorable del Señor, á fin de honrarle con los homenajes que le agraden, debemos dirigirnos á María que es la que puede darnos las disposiciones que nos faltan. Mas no obstante, á pesar de esta confianza universal que le manifestaremos sin cesar, no debemos desdeñarnos de tomar por introductores para con Jesús á todos los santos que mas se han aproximado á su Persona para amarle y honrarle. Dios Padre ha querido juntar á los homenajes de María para con Jesús, los homenajes de los Santos, que Ella ha hecho nacer en sus almas por su acción dulce y poderosa; tratemos á su ejemplo de escoger por apoyos

(1) *Sine ipso* (Verbo) factum est nihil quod factum est. (Joan., I). En otra parte hemos establecido esta doctrina, que recordamos aquí solo de paso.

y por guías esos amigos privilegiados de nuestro Maestro: en esto no haremos ninguna injuria á María; pues siempre Ella es quien guiará nuestra ignorancia y quien inflamará nuestra tibieza. Los santos serán como el *canal*, que derramará sobre nosotros sus preciosísimos favores; y cuando nos inclináremos ante ellos, su mano es la que nos conducirá.

Ahora bien: entre todos los santos cuya protección debe ayudarnos á hacer grandes progresos en el amor de Jesucristo, ¿hay uno solo que podamos, ni aun de léjos, poner en comparación con José? ¿Hay uno solo entre los otros que se haya acercado tan largo tiempo y tan familiarmente al Salvador, y que por consiguiente posea tantos derechos para hacernos llegar fácilmente y con seguridad á su presencia? Ved a San Simeón, San Juan Bautista, Santa María Magdalena, San Juan Evangelista, y todos los demás cuyas historias nos refieren los Evangelios: aparecen al lado de Jesucristo, por algunos instantes ó algunos días, ó á lo mas por un corto número de años; y bien pronto el dolor de la separación viene á romper esta intimidad tan deseable. ¡Cuán to mas durables son los favores de José! Y ¿cuál otro de los amigos de Dios puede gloriarse de haber pasado como él treinta años,

treinta largos años, en la intimidad de Jesucristo?

La mayor parte de los santos no están solos ordinariamente en esos momentos, ó en esos días felices que los aproximan á Aquel á quien adoran. Siempre, ó por lo menos casi siempre, la presencia de muchos testigos parece disminuir su felicidad, impidiendo esas comunicaciones mas tiernas, que reclaman una soledad favorable á las expansiones del corazón. En presencia de Ana, del gran Sacerdote y de todos los asistentes, recibe Simeón en sus brazos al Niño bendito. En medio de la multitud de los judíos, atraídos por su predicación, bautiza Juan en las aguas del Jordán á Jesucristo nuestro Señor. Magdalena tiene por testigos de sus amorosas caricias, á todos los convidados que la examinan y la juzgan. Y el mismo San Juan Evangelista ve también á su alrededor cuando descansa sobre el pecho del Maestro, á los Apóstoles y á Judas el traidor. ¡Oh! ¡cuánto desearía cada uno de los santos que acabamos de nombrar, apartar lejos de sí á esta multitud algunas veces incómoda y ruidosa para atraer á sí *toda* la atención, *todas* las miradas, y *todos* los beneficios, encontrándose en el silencio y léjos del mundo á solas con Jesús.

Esta gracia admirable la ha recibido nuestro Patriarca: y no por un instante rápido, sino durante todos los años que pasó al lado de Jesús en Nazaret. Indudablemente, la piadosa Familia, enemiga de los ruidos del mundo, y profundamente extraña á todas las agitaciones de los hijos del siglo, no salía por su gusto de este santo retiro, en el que la humildad la ocultaba á los complots de los malos, como á las miradas de los envidiosos. Sin duda que José, tenía cuidado de no abandonar el cargo que le confiaba el Eterno Padre; y si algunas veces se veía obligado á dejar por un corto tiempo su humilde techo, volvía á entrar bien pronto, á fin de velar sobre su Hijo y su Esposa. Asi es que por un privilegio singular, el dichoso Padre tenía el *derecho* y el *deber* de pasar largas horas y largos días á solas con Jesús.

Decimos *á solas*, porque la Virgen Maria no era un obstáculo para esas comunicaciones inefables, en que el Hijo se complacia en derramar en el alma de su Padre, los tesoros de luz y de amor, de que la simplicidad de José le hacía tan digno. Lo que molesta penosamente á dos amigos que conversan juntos, es la presencia de un *indiferente*, que se interpone como una masa inerte para sepa-

rar dos corazones que se aman; ó la presencia ininteligente de una *alma fría*, incapaz de comprender las emociones piadosas y los sagrados entusiasmos. Mas ¿cómo habría impedido la presencia de la Virgen amantísima, las suaves expansiones de Jesús y de José? Por el contrario, esta Madre del hermoso Amor, empleaba su poder en disponer el alma de José á las comunicaciones divinas, y por consiguiente, á estrechar á su Esposo y á su Hijo en la mas penetrante intimidad.

¡Feliz el hombre privilegiado, feliz el santo, que pudiera por un favor singular conocer alguna cosa de esas conferencias sagradas, en las que al alma del Verbo Encarnado dejaba descender la abundancia de sus gracias sobre el alma de José, santamente sedienta! ¡Feliz el hombre privilegiado que recibiera la gracia de escuchar estas dos voces amigas, en sus conversaciones sagradas, en sus puras expansiones! Y ¡feliz también el que pudiera transmitir á sus hermanos alguna cosa de esos grandes secretos, y que supiera, en medio de la esterilidad y del orgulloso endurecimiento del siglo, repetir algunas de esas palabras celestiales, todas llenas de humildad, de dulzura y de sacrificio. En cuanto á nosotros, que no tenemos, ¡ay! el alma bastante pura, no

podemos hacer mas que pasar, y continuar, apresurándonos, nuestro camino!

Si ahora se nos pregunta cuáles son entre los Misterios del Señor, aquellos cuya entrada nos abre mas particularmente José, responderemos que él no conduce *principalmente* á los misterios dolorosos que se cumplen en el Pretorio de Pilato y sobre la montaña del Calvario; ni tampoco á los misterios gloriosos del Tabor, de la Resurrección y de la Ascensión triunfante: sino mas bien á los misterios gozosos del Nacimiento en Belén, de la Presentación en el Templo, de la huida á Egipto y de la mansión en Nazaret. Señor San José no vió al Señor crucificado por nuestros crímenes: ni lo ha contemplado resucitado y vencedor de la muerte y del sepulcro: pero durante muchos años, vivió al lado de Jesús Niño, de Jesús adolescente y joven, de Jesús silencioso y oculto en humilde retiro: José nos enseña lo que ha practicado más, y nos enseña á venerar dignamente la infancia y el largo silencio de Jesús.

Dignáos, pues, oh venerable Patriarca, abrírnos en fin, la entrada de esos Misterios amables entre los cuales ha trascurrido toda vuestra vida. No somos dignos todavía de contemplar las glorias insostenibles que bri-

llan en torno de Jesús resucitado y próximo á subir al cielo á la diestra de Dios su Padre: estas meditaciones sublimes convienen á aquellos que por medio de largos combates han destruido el pecado en sus almas; á aquellos que, *muertos ya, no viven mas que para Dios solo.* (1) Tampoco tenemos el grande valor que necesitamos para asistir dignamente á los misterios dolorosos del Calvario, y para cumplir generosamente en nosotros lo que *falta á la Pasión de Jesucristo:* (2) aun no sabemos amar efectivamente la amarga dulzura del sufrimiento, y la cruz parece pesada á nuestras cobardes espaldas. Venid pues, en nuestra ayuda, ¡oh bondadoso José! abrid á nuestras miradas esos tesoros de la infancia y de la vida oculta del Señor en Nazaret. Introducidnos en esas regiones privilegiadas que no tienen el esplendor de la vida resucitada, ni la amargura de la vida crucificada, pero que se presentan ante nosotros como una tierra bendita en la cual podremos descansar y progresar sin cansancio, hasta que estemos afirmados en la virtud.

(1) Quod enim mortuus est peccato, mortus est semel: quod autem vivit, vivit Deo. (Rom., VI).

(2) Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi. (Col., I).

Jesucristo no ha comenzado, como sabemos, por las glorias de su Resurrección ó de esa Ascensión que la Iglesia llama *admirable*. (1) No ha comenzado tampoco por los sufrimientos que marcaron cada uno de los instantes de su Pasión. Sino que quiso comenzar por las vías menos brillantes y menos crueles por las cuales trascurrieron su infancia y su juventud hasta la edad de treinta años. Nosotros deseamos, ¡oh José! seguir un camino semejante; porque nunca se ha extraviado ninguno en la Iglesia caminando sobre las huellas del Señor. Nosotros deseamos ser admitidos en primer lugar, en los misterios gozosos de esta vida oculta, de la cual solo los ángeles fueron testigos, con vos y la Virgen sagrada. Escuchad pues, nuestra súplica, con la gran bondad que Jesús os ha dado, y conducidnos en esos países bienaventurados cuyos caminos os son tan conocidos.

Con vos contemplaremos al Divino Niño en el establo abandonado que escogió para el lugar de su nacimiento. ¡Cuánta gracia está derramada en sus labios! ¡Qué majestad en

(1) Per admirabilem Ascensionem tuam. (In *Litanias Sanctorum*.)

su sonrisa! ¡Qué tierna gravedad en su mirada y en su apostura! ¡Oh prodigio divino! ¡El Verbo de Dios parece no saber hablar aún, y se encierra humildemente en el secreto de un largo silencio! Aquel que lleva al mundo por la virtud de su poder, es llevado por una Virgen, como incapaz de formar sus primeros pasos! ¡Aquel que alimenta á toda criatura tiene necesidad de una poca de leche para sostener su existencia! ¡Aquel que reconoce por Padre á Jehová, el Dios Altísimo, se escoge una Madre entre las hijas de nuestra humanidad decaída! ¡Quién podrá reverendarlos en esos misterios, quién podrá reverenciarlos como conviene, si vos, ¡oh José! no estuviéseis con nosotros para guiarnos ó instruirnos?

Con vos, ¡oh Protector nuestro! contemplaremos al Niño Jesús, en esa edad tan amable en que la primera inmovilidad de la infancia acaba de dar lugar á las claridades que hace lucir la razón. Los hijos de nuestras hermanas y de nuestras madres parecen ya tan llenos de encantos en esa época graciosa que comienza á aclararse bajo las iluminaciones del pensamiento, y que no obstante, todavía no conoce las tristes heridas del pecado. Si los hijos de una madre pecadora, y concebi-

dos ellos mismos en la lepra de la culpa original, nos parecen tan puros en la edad de esta primera inocencia; si sus ojos son tan lípidos, su andar tan encantador, su sonrisa tan cándida, ¿cuál no debía ser en esta época bendita la amabilidad del Santo Niño cuando sonreía á José y á su Madre, cuando se dignaba instruirlos por las comunicaciones de su ciencia precoz, y cuando, arrodillándose modestamente, y levantando sus hermosos ojos al cielo, preludiaba la oración que un poco mas tarde debía enseñar á sus discípulos: «Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga á nos tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo?»

Y sin embargo, la infancia no es ciertamente la edad mas hermosa de esta vida que Dios nos dá. La infancia es como un botón en el cual la flor entera con todas sus riquezas se encuentra misteriosamente contenida, pero cuyas hojas replegadas no manifiestan sino vagamente su belleza y sus esplendores futuros. La adolescencia por el contrario, es el velo arrancado, es la flor abierta, adornada con los colores mas brillantes y enriquecida con los mas suaves perfumes. ¡Feliz el que pudiera por un favor singular, contemplar á

Jesús adolescente, en esa edad en que las gracias de la infancia comienzan á mezclarse al fuego ardiente que el amor nuevamente despertado hace surgir en el fondo del alma! Dignaos obtenernos este favor, ¡oh glorioso Patriarca! Y que por vuestra amable asistencia, séamos admitidos á conocer á Jesús el Hijo divino de vuestra Esposa, en los días en que la juventud recientemente comenzada le adorna con un esplendor tan hechicero.

Finalmente, dignaos también llevarnos á sus piés adorables, cuando la adolescencia ha pasado, y que la juventud plenamente desarrollada, se prepara á dar lugar á la madurez que conviene al hombre formado. Vos habeis contemplado á Jesucristo en el pleno vigor de la edad, pocos años antes de esos días en que el celo de la causa del Señor iba á obligarle á aparecer en medio de los hombres para anunciar y predicar su Evangelio. Dignaos manifestarnos la majestuosa gravedad de su voz, el poder de su mirada, la autoridad de su semblante, la serenidad de su persona, en una palabra, la *Divinidad*, que se descubría al través de todos sus movimientos y de todos sus actos. Dignaos introducirnos á su presencia, para que podamos recoger de sus labios las primicias de esa doctrina que va á

conducirle al Calvario, y las primeras iluminaciones de su divina enseñanza!

¡Oh José! ¡feliz discípulo, dichoso amigo y dichoso padre! Vos sabéis las suavidades que están ocultas en la contemplación silenciosa de esos misterios adorables! Sabéis cómo la presencia del dulce Jesús en su primera infancia, en su adolescencia, en su juventud y en su virilidad, arroja poderosamente lejos de nosotros toda la pompa y todo el orgullo del siglo! Sabéis que en esa sociedad silenciosa, se cicatrizan y curan las terribles llagas de nuestros pecados; y que nuestra alma herida, vuelve á encontrar allí el vigor de la salud. Sabéis que Jesús derrama largamente en su derredor esos perfumes que arrebatan á la Esposa de los sagrados Cánticos; y que en nuestros días, lo mismo que en otro tiempo, *una sola mirada de sus ojos divinos basta para hacer volar el alma* (1) sobre la cual comienza á fijarlos! Introducidnos, pues, por piedad, en la mansión bendita en donde por tanto tiempo fué Jesús vuestro consuelo, vuestra fuerza y vuestra vida, á fin de que podamos

(1) *Averte oculos tuos a me, quia ipse me avolare fecerunt.* (Cant., VI).

decir como vos y con vos: *Hæc requies mea in sæculum sæculi. Hic habitabo quoniam elegeri eam.* (1)

Muchas veces hemos oído decir que la hermosura de un adolescente ó de un hombre, arrebatara los corazones mas egoístas y los sujeta duramente por la gran fuerza del amor. ¿Qué será pues, si pudiésemos contemplar, con los ojos del alma ilustrada por la fé, la hermosura de Jesucristo?

CAPITULO XIII.

De cómo el glorioso Señor San José es Patrón de todos los cristianos.

CUÁN innumerables son los clientes que hemos puesto hasta ahora bajo la protección de nuestro venerable Patriarca! Ya lo hemos dicho, y no tenemos de ninguna manera intención de retractar nuestras palabras: José es Patrón de los esposos, de los padres, de las vírgenes y de los sacerdotes, de los artesanos, de las almas de oración, de las almas humildes, de los moribundos, de los siervos de María y de los amigos de Jesucristo. Cuán con-

(1) Psalm., CXXXI.

conducirle al Calvario, y las primeras iluminaciones de su divina enseñanza!

¡Oh José! ¡feliz discípulo, dichoso amigo y dichoso padre! Vos sabéis las suavidades que están ocultas en la contemplación silenciosa de esos misterios adorables! Sabéis cómo la presencia del dulce Jesús en su primera infancia, en su adolescencia, en su juventud y en su virilidad, arroja poderosamente lejos de nosotros toda la pompa y todo el orgullo del siglo! Sabéis que en esa sociedad silenciosa, se cicatrizan y curan las terribles llagas de nuestros pecados; y que nuestra alma herida, vuelve á encontrar allí el vigor de la salud. Sabéis que Jesús derrama largamente en su derredor esos perfumes que arrebatan á la Esposa de los sagrados Cánticos; y que en nuestros días, lo mismo que en otro tiempo, *una sola mirada de sus ojos divinos basta para hacer volar el alma* (1) sobre la cual comienza á fijarlos! Introducidnos, pues, por piedad, en la mansión bendita en donde por tanto tiempo fué Jesús vuestro consuelo, vuestra fuerza y vuestra vida, á fin de que podamos

(1) *Averte oculos tuos a me, quia ipse me avolare fecerunt.* (Cant., VI).

decir como vos y con vos: *Hæc requies mea in sæculum sæculi. Hic habitabo quoniam elegeri eam.* (1)

Muchas veces hemos oído decir que la hermosura de un adolescente ó de un hombre, arrebatara los corazones mas egoístas y los sujeta duramente por la gran fuerza del amor. ¿Qué será pues, si pudiésemos contemplar, con los ojos del alma ilustrada por la fé, la hermosura de Jesucristo?

CAPITULO XIII.

De cómo el glorioso Señor San José es Patrón de todos los cristianos.

CUÁN innumerables son los clientes que hemos puesto hasta ahora bajo la protección de nuestro venerable Patriarca! Ya lo hemos dicho, y no tenemos de ninguna manera intención de retractar nuestras palabras: José es Patrón de los esposos, de los padres, de las vírgenes y de los sacerdotes, de los artesanos, de las almas de oración, de las almas humildes, de los moribundos, de los siervos de María y de los amigos de Jesucristo. Cuán con-

(1) Psalm., CXXXI.

tinuas solitudes deben dar á nuestro Santo tantos clientes derramados por toda la cristiandad! Sin embargo, tenemos intención de pasar aun mas adelante; y puesto que nuestro pequeño libro comienza á tender hácia su fin, vamos ahora á considerar al glorioso Señor San José como el Patrón de *todos los cristianos, sin excepción.*

No hay duda que este es uno de los mas bellos privilegios del Esposo de María. Unos santos, á lo que parece, han recibido el poder de elegir entre la multitud de fieles, un cierto número de almas á las cuales emprenden mas particularmente vigilar y conducir. Otros tienen una *familia* distinta de la cual son Padres según el espíritu, y por la que trabajan para con Dios, si es que puede aun llamarse *trabajo* las gloriosas ocupaciones que conocen los bienaventurados en la Patria. Mas Señor San José no limita la protección y los auxilios que nos concede, á tal cual profesión, ni á tal ó cual pais: pues todos los cristianos sin excepción, están confiados á su custodia; y podemos decir de él, aunque no tan perfectamente, lo que la Escritura nos enseña hablando de Jesucristo: «Del Señor es la tierra y todo lo que encierra: de Él el orden del mundo y todos los que habitan en su recinto:

Domini est terra et plenitudo ejus; orbis terrarum et universi qui habitant in eo.» (1)

Mas como no basta sentar una afirmación sin argumentos ni pruebas, tratemos de *establecer*. por medio de buenas y sólidas razones, esta universalidad del poder de Señor San José.

Sabemos que María ha recibido de Jesucristo un poder universal sobre las gracias conferidas á la Santa Iglesia, de tal suerte, que todas, hasta la última, y para todos los hombres, pasan por sus manos benditas. Es verdad que esta opinión no es uno de los dogmas de nuestra fé: y se puede contradecirla y negarla sin incurrir en *heregia*. Mas hay tantos Doctores piadosos que tienen á gran dicha el proponerla en sus escritos, el probarla y defenderla! Y el Espíritu Santo la enseña tan perfectamente por sus luces interiores á las almas piadosas que se abandonan enteramente á su imperio! ¡Y este universal dominio de María está tan perfectamente acorde con las nuevas coronas que cada día se complace la Iglesia en colocar sobre la frente de la Madre del Señor! En cuanto á nosotros, consideremos aquí esta verdad como establecida, y

(1) Psalm., XXIII.

contentémonos con repetir con un devoto predicador de María: «Ninguna criatura obtiene de Dios ninguna gracia, si ésta no es según la disposición de la piadosa Madre: y por esto, todos los dones, todas las virtudes, y todas las gracias, son dispensadas por sus manos, á quien Ella quiere, cuando quiere y como quiere.» (1)

Ahora bien: ¿cuál es pues, la ley que rige el matrimonio, aun desde los tiempos antiguos en que la unidad del lazo conyugal no estaba todavía tan manifiestamente declarada? El mismo Dios es quien nos lo enseña. Dice, después de haber hecho al primer hombre: «No es bueno que el hombre esté solo. Hagámosle una ayuda que le sea semejante: *Faciamus ei adiutorium simile sibi.*» (2) Eva debe ser semejante á su esposo, para ser dignamente su esposa y su ayuda. No debe pertenecer á alguna naturaleza mas sublime, porque entonces encontraria Adán en ella *un superior* y no una compañera: Tampoco debe ser de alguna especie inferior y menos perfecta; porque en este caso ella seria *su sierva* y su es-

(1) San Bernardino de Sena.—En otra parte hemos establecido esta gloriosa prerrogativa de María.

(2) Gen., II.

clava y no su esposa, la fiel depositaria de sus secretos, la mitad de su corazón y de su vida. Es preciso que Eva le sea semejante para formar con él esa pareja conyugal, reunida por los lazos mas íntimos, y cuya inseparable é inviolable intimidad, nuestro Señor mismo debe promulgar un día.

Saquemos ahora la conclusión muy natural de estas dos verdades que acabamos de recordar para la necesidad de nuestra causa. ¿José, no es verdaderamente el virginal Esposo de María? Sin duda ninguna: allí están los santos Doctores para afirmarlo con voz unánime: la casta intimidad de José y de María posee todo lo que se necesita para legitimar el nombre sagrado del *Matrimonio*; es un matrimonio verdadero, en el cual son observadas todas las condiciones del lazo conyugal en medio de la mas perfecta pureza. (1) José no es solamente el servidor, el compañero, ó el protector de María: es todo esto, pero es más todavía; porque debemos darle el nombre de *Esposo*. Vió Dios que *no era bueno* que María, Virgen inocente y tímida *estuviese sola* en la tierra, sin un apoyo, sin una

(1) Ita S. Augustinus, lib. I. de Nuptiis et concupiscentiæ. Cap. II, et fusius lib. V, contra Julianum pelagianum, cap. IX. Ita etiam multi alii.

ayuda que pudiese defenderla contra las calumnias y contra las persecuciones del mundo: y pronunció por segunda vez estas memorables palabras: *Faciamus ei adiutorium simile sibi*: Hagamos á esta universal Dispensadora de las gracias, una ayuda, un Esposo que le sea *semejante*: y José fué el fruto de este consejo.

José debe ser pues, necesariamente *semejante* á María; no solo por las grandes virtudes interiores que adornan su alma, por su castidad, su fé, su caridad y su valor: sino también por las ilustres prerrogativas, análogas á las que el Señor ha concedido á la Reina del universo. La Santísima Virgen ha recibido el magnífico poder de obrar sobre todos los cristianos sin excepción, para alejarlos del pecado, atraerlos al bien y consumarlos en la virtud. Preciso es que José, su Santo Esposo, le sea *semejante*; que participe con María del Sacerdocio de esta misericordia sin límites, y su operación benéfica se extienda sobre cada uno de los fieles en todos tiempos y en todos los lugares.

Mas no es solamente á María á quien José debe *asemejarse*; porque es Padre de Jesús, y sabemos que una común *semejanza* reúne de hábito á los padres y á sus hijos.

quellos que
nabable fango
San José es
de Jesucris-
tantas veces su
aborre-
dos se te-
a
se o-
nial
Muchos han pretendido que el redentor persona de José debian tener en su al Dispen- exterior alguna cosa de parecido á la persona y al semblante de Jesucristo nudo señor. Han dicho que habiendo José tenido por misión encubrir bajo el velo de la unión conyugal una Concepción demasiado pura para ser manifestada á la ignorancia del pueblo judío, este gran santo no habria podido desempeñar completamente estas altas funciones sin tener una *semejanza* que le designase y le hiciese conocer por todos sus conciudadanos, por el Padre del Hijo de María. Ciertamente, esta opinión no tiene nada que no sea muy verosímil y piadoso; y es un su- blime honor para nuestro Patriarca el haber tenido algo de esas facciones augustas y de ese aire suave y majestuoso que debian concurrir al Redentor. Sin embargo, no queremos hablar aquí de la *semejanza exterior y material* de José con Jesús, sino mas bien de esa *semejanza interior* que se funda en la correspondencia de las almas, en los dones que han recibido.

Debemos creer que nuestro Señor, como Hijo piadosísimo, debió cumplir para con José todos los deberes sagrados que el amor y la gratitud no podian dejar de dictarle. Jesús

ayuda que la recibia de él todo el alimento
 lumnias y necesario para sostener su existen-
 do: y prolarle en cambio una santa abun-
 morables gracia. y de todos los bienes divi-
simile sit mplir, siguiendo un orden *inverso*,
 sadora obra la naturaleza entre los padres y
 que estajos, quiso trasmitirle una gracia interior
 fuese la semejanza tan perfecta como es
 posible, de su propia gracia y de sus poderes
 sobrenaturales. Puesto que Jesús era verda-
 deramente *de la Familia* de José, quiso con-
 ceder al alma del gran Patriarca como un
aire de familia, que mostrase los lazos sagra-
 dos que unían al Esposo de María con su Hijo.

Jesucristo no se limita á tomar en conside-
 ración las necesidades de cierto número de
 hombres, en tal ó cual época aislada en la
 historia: sino que por el contrario, extiende
 su solicitud á todos los pueblos, á todos los
 tiempos y á todos los lugares. Del mismo mo-
 do Señor San José, como Padre *semejante* á
 su Hijo, en cuanto á la miseria de nuestra na-
 turaleza lo permite, Señor San José tendrá el
 cuidado de la *universalidad* de las Iglesias
 cristianas, con todas las ciudades y todos los
 cristianos que las componen; y si su mirada
 no es tan penetrante como la mirada del Sal-
 vador, por lo menos ninguno de nosotros po-

drá sustraerse á la ternura paternal, aquellos que
 sabrá protogernos. ^{de}able fango

Por lo demás, ¿cómo podría ser de San José es
 nera cuando se trata de Aquel á qui de Jesucris-
 no ha temido llamar su Padre? ¿de Aquil veces su
 como Padre ha conducido y dirigido todos aborre-
 actos del Hijo de Dios? te

Si siguiendo una comparación de la cual se ^a
 sirven muchas veces las Escrituras, Jesucris-
 to es la *Cabeza* de todo el Cuerpo místico que
 llamamos la Santa Iglesia: y nada puede cum-
 plirse en toda la cristiandad, sin su partici-
 pación y sin su orden; y si algún miembro
 llega á separarse, inmediatamente la muerte
 se apodera de él para no dejarle ya nunca, á
 menos que no vuelva á unirse de nuevo con
 la *Cabeza*, con Jesús.

Si tal es la dependencia tan íntima de toda
 la Iglesia para con Jesucristo, su Cabeza úni-
 ca, ¿cómo pues, Aquel que mandaba á Jesu-
 cristo sobre la tierra, no había de tener el
 poder de mandar á todos los que son *sus*
miembros? ¿Cómo el que dirigía en cumpli-
 miento de las voluntades divinas al que es [®]
 Cabeza de toda la Iglesia, no había de ejer-
 cer sobre el cuerpo uvas fuuciones del todo
 semejantes? ¿Cómo el que alimentaba al mis-
 mo Cristo, no había de tener poder de alimen-

ayuda
lumnias
do: y pr

278

almente, y de enriquecer con sus
simile s^a á todos los cristianos, que no son
sados sino por su unión con Cristo?

No hay duda que la segunda prerrogativa
arece menor que la primera; pues es solo
una derivación secundaria que dimana muy
naturalmente de esas funciones de *Padre del
Señor* concedidas á Señor San José. Jesucris-
to, ¿no vale á los ojos de Dios, infinitamente
más que toda la Iglesia? ¿Es pues una gracia
menos grande el gobernar á todos los fieles,
que el gobernar ó Jesucristo, verdadero Hijo
de Dios? ¿Es un favor menos precioso enrique-
cer por sus beneficios á todos los hombres,
que el conducir á Jesucristo, Redentor y Sal-
vador de todos los hombres? Y pues no vaci-
lamos en dar á Señor San José esta prerro-
gativa, mucho mas grandiosa, que toca á la
Persona adorable de Jesús, ¿cómo podríamos
vacilar aun en concederle también esta gra-
cia menos sublime, que le hace Padre de to-
dos los cristianos, Protector de todos los hom-
bres y Patrón del mundo entero?

Mas por lo menos, se nos preguntará quizá,
no se deben exceptuar los *pecadores*, de esta
benévola paternidad que Señor San José ex-
tiende sobre la Iglesia universal? Señor San
José es una alma sumamente casta y pura:

279

¿cómo podría ayudar también á aquellos que
no temen sumergirse en el abominable fango
de los pecados de lujuria? Señor San José es
un fiel servidor, un grande amigo de Jesucris-
to, por el cual está pronto á dar mil veces su
propia vida: ¿cómo podría dejar de aborre-
cer á esos pecadores criminales que no te-
men hollar con los piés la sangre derramada
en el Calvario, crucificar de nuevo en sus co-
razones al Hijo de Dios? (1) La Escritura nos
enseña que no puede haber alianza entre Je-
sucristo y Belial, entre la luz y las tinieblas:
(2) ¿cómo pues, podría existir alguna relación
de amor y de misericordia entre Señor San
José y los pecadores?

De seguro responderemos, que si esta ob-
jeción parece probar alguna cosa, es sola-
mente á los ojos de los hombres que no po-
seen bastante el *sentido cristiano*. ¿Qué, no
vemos á la Virgen Inmaculada, Aquella, úni-
ca entre todas las criaturas terrenas que
no conocen absolutamente ninguna mancha,
Aquella á quien la Iglesia se complace en
nombrar sin cesar la Santa Virgen, la Santí-
sima Virgen, la Reina de las vírgenes, á Ma-

(1) Rursum crucifigentes sibimetipsis Filium Dei
et ostentui habentes. (Hebr., VI).

(2) Corn., VI.

ría, en una palabra, inclinarse muchas veces con amor hacia á los pecadores mas malos y mas endurecidos en el vicio? ¿No acostumbramos saludarla con este hermoso nombre: *Salud de los enfermos*, y las enfermedades que cura no son sobre todo, las del alma, más peligrosas que las enfermedades de nuestro cuerpo? Y todavía más claramente, ¿no acostumbramos llamarla *Refugio de los pecadores*, porque no hay ninguna alma por enferma que esté, que no encuentre un asilo protector cerca de su pureza perfectísima? ¿Por qué pues, el glorioso Patriarca José no participaría de sus piadosas inclinaciones en favor de los desgraciados á quienes el demonio retiene cautivos bajo su funesta tiranía?

Decíamos poco ha, que José debe haber sido formado por el Señor en una admirable *correspondencia* con María, á fin de que los lazos que los aproximaban el uno al otro, pudiesen formar entre los dos la unión mas íntima. José ha recibido pues, desde su cuna, el don sagrado de un corazón compasivo, que se inclina sin esfuerzo hacia aquellos cuyas desgracias son tan grandes y cuyo porvenir es tan terrible. Estas primeras disposiciones de clemencia se han aumentado mucho más, en la sociedad tan largamente prolongada de

la *Virgen clementísima*; porque José, el fiel imitador de las virtudes de su Esposa, ha aprovechado maravillosamente en su escuela. Es pues muy natural que vigile con un amor mas paternal, á esos desgraciados pecadores, tanto mas dignos de compasión, cuanto que ellos mismos son los artifices de sus desgracias y las causas de sus suplicios. Es muy natural, que á ejemplo de María, les ayude, y los espere con una suma paciencia, para ilustrarlos, y si ellos quieren, para arrancarlos del vicio y salvarlos.

Por lo demás, esto es lo que manifiesta ya de una manera brillante la historia del José del Génesis. ¿Hay un pecado mas criminal que el de los hijos de Jacob, cuando por una baja envidia, no temen encerrar á José su hermano, en una profunda cisterna, y venderlo en seguida por veinte monedas de plata á los mercaderes ismaelitas? ¿cuando no temen herir del mismo golpe la vejez de su padre, causándole con la pérdida de su hijo muy amado, el dolor mas cruel, y añadir todavía á su falta una odiosa mentira, presentando á Jacob la túnica ensangrentada de José, para persuadirle que una bestia feroz ha devorado á este hijo de su ternura? (1)

(1) Gen., XXXVII.

Y no obstante, ¡qué bondad en toda la conducta de este hombre ofendido de una manera tan cruel! ¿No podía aun sin injusticia, rehusar el vender á sus hermanos ese trigo, conservado por su previsión, y que tiene el derecho de reservar para los súbditos de su amo, sin dar nada á los extranjeros? ¿No podía también tomar en su mano la causa de la justicia ultrajada, hacer prender á los culpables, juzgarlos conforme á todas las leyes humanas, y castigarlos haciéndolos esclavos á su vez, según las legislaciones antiguas que prescribían: *Ojo por ojo y diente por diente?*

¿No podía por lo menos, hacerles comprar el perdón por alguna larga penitencia, y conservar durante largo tiempo para con ellos esa grave frialdad que su alta dignidad le hace tan natural y tan fácil, y por lo cual comprenderán mejor todavía toda la enormidad de su pecado?

Mas en lugar de una conducta tan conforme á todas las máximas humanas, ó aun si se quiere, á todos los derechos de la justicia, ¿qué hace José, este hermano lleno de compasión y de bondad? Conténtase con imponer á los culpables algunas pruebas insignificantes, pasadas muy rápidamente, y mezcladas aun con mil señales de ternura. Y bien pron-

to, incapaz de contener más todos los grandes movimientos de su alma tan amante, y no pudiendo ya retener las lágrimas que se escapan en abundancia de sus ojos, hace salir á los asistentes y dice á sus hermanos espantados: *Yo soy José, vuestro hermano á quien habeis vendido para ser conducido á Egipto. No tengais temor, ni mireis como una desgracia el haberme vendido en estos países, porque para vuestra salvación me ha hecho Dios venir antes de vosotros á Egipto Yo estoy aquí, no por disposición vuestra, sino por la voluntad de Dios, que me ha hecho como padre de Faraón, señor de toda su casa y príncipe de toda la tierra de Egipto.* (1)

¡Cuán tiernamente les consuela, excusando en cuanto puede, la malicia y la gravedad de la falta de sus hermanos! ¡Con cuanto afecto llora, no solamente en el cuello de Benjamín, inocente de todo pecado, sino también con cada uno de sus hermanos, cubriéndolos con sus besos y dándoles así por estas señales de amor, ánimo para atravesarse al fin á pronunciar algunas palabras! (2)

Y José, el Esposo de Maria, la *Madre de mi-*

(1) Gen., XLV.

(2) Cumque amplexatus recidisset in collum Ben-

sericordia, (1) el Padre de Jesucristo que nos ha dado la ley de amor, José, ¿no tendría para con los pecadores y los malos una ternura semejante? ¿No los acogería con palabras igualmente compasivas y con un amor tan generoso y tan tierno? ¿No lloraría, por decirlo así, sobre cada uno de esos desgraciados que van á morir sin alimento si no acuden á su socorro? ¡Ah! guardémonos de creerlo así. La historia de los antiguos tiempos no son sino una pálida *figura* de la plena verdad que conviene á los tiempos nuevos. Mejor que el ministro de Faraón, dirá José: *Ponite panes*: (2) «Traed el alimento;» traed el precioso alimento de la gracia, para sostener las fuerzas agotadas de estos desgraciados, extraviados por tanto tiempo en las regiones donde reina el hambre mas cruel, puesto que no se encuentra allí á Jesucristo, que es el pan vivo. Mejor que el ministro de Faraón, dirá José: *Nolite timere; ego pascam vos et fi-*

jamin fratris sui, flevit: illo quoque similiter fiente cuper collum ejus. Osculatusque est Joseph omnes fratres suos, et ploravit super singulos; post quæ ausi sunt loqui ad eum. (Gen., XLV.)

(1) Ant., *Salve Regina*.

(2) Gen., XLIII.

lios vestros: (1) «No temais; yo sabré alimentaros á vosotros y á vuestros hijos;» porque su misericordiosa bondad no se limitará solo á nosotros: sino que se extenderá como un río de paz y de bendición, sobre nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros amigos y nuestros hijos.

Debemos pues, abandonarnos incesantemente, y sin desconfianza, entre las manos de este poderoso Protector, de este Padre compasivo que Dios nos da. Muchas almas caen en la falta de una solicitud exagerada, que las lleva á considerar sin cesar, con inquietud, todos los males que les amenazan, y á buscar con angustia demasiada, los medios que la prudencia humana acostumbra sugerir para evitar todos los peligros. No imitemos esta conducta tan contraria á la santa confianza que conviene al verdadero cristiano. Dios nos da, en Señor San José, un Padre lleno de vigilancia para velar en nuestros peligros; lleno de luz para guiarnos, y lleno de fuerza para defendernos: no seamos incrédulos para con la liberalidad divina; tengamos un continuo cuidado de abandonarnos todos los días de nuestra vida, como niños pe-

(1) Gen., L.

queños llenos de paz, en los brazos de Señor San José.

¿Veis á los niños inquietarse sin cesar, con punzantes cuidados, por lo que necesitarán para mañana, para de aquí á un mes, ó un año? Se pregunta á cada instante: «¿Cómo haremos para proporcionarnos el alimento? ¿cómo proporcionarnos el vestido? ¿cómo, para evitar tantos peligros que amenazan nuestra debilidad?» Nada de esto: los niños cuentan con el amor de su padre, y viven tranquilamente, abandonados entre sus brazos. Puesto que Dios nos da en Señor San José, un padre mucho mejor y mas poderoso que todos los padres terrenos, no le hagamos injuria por nuestras inquietudes exageradas; dejémonos guiar por su prudencia: y sin caer en una culpable indolencia, ni descuidar una solicitud razonable y moderada, estemos seguros que él sabrá preservarnos de todo mal y de todo peligro.

Ved al Niño Jesús en medio de las persecuciones de Herodes: duerme con un sueño tranquilo, como si ignorase enteramente que el enemigo del Rey de los judíos ha resuelto dar la muerte á todos los niños que se encuentren en Belén. Mas si Jesús está dormido, Señor San José es despertado por un án-

gel. José es el Jefe de la Santa Familia; y á él es á quien conviene ser informado de los peligros que amenazan á las prendas confiadas á su ternura; á él es á quien pertenece conocer los medios mas á propósito para preservar al divino Niño de todo peligro. Y según los mandatos del Señor, que lo ilustra á este fin, con luz particular y ciertísima, levántase inmediatamente y prepara los objetos del viaje; despierta al Niño y á su Madre, y los hace partir á la media noche, sin que Jesús, lleno de confianza en los cuidados de su Padre tenga necesidad de romper el silencio de su infancia, para preguntar á Señor San José hacia qué país debe ir.

Todas estas cosas se realizarán *espiritualmente* en nosotros si queremos tan solo abandonarnos á la paternal dirección de Señor San José. Somos como niños pequeños, incapaces todavía de conducirnos por nosotros mismos, y poseyendo en *realidad* toda la ignorancia y toda la incapacidad de obrar, que el Hijo de María tenía solamente en apariencia. El demonio que es otro Herodes tan cruel como el perverso príncipe que mandaba dar la muerte á todos los niños de Belén, engañador y mentiroso como el rey criminal que se daba á los Magos por un sincero adorador del

Niño misterioso: el demonio tiende continuas emboscadas á nuestra debilidad, tan incapaz de escapar á sus violencias. Quiere matar cruelmente á cada uno de nosotros antes que haya crecido en la gracia, para llegar á ser el verdadero cristiano, que debe por sus virtudes arrojarlo de su trono. ¿Cómo pues, en medio de la ignorancia de nuestros primeros principios, cómo podemos hacer vanas la astucia y la violencia que nuestro enemigo está siempre pronto á poner en obra para engañarnos, para vencernos, y precipitarnos así en el pecado?

Tengamos solamente confianza en Señor San José, nuestro Protector y nuestro Padre. A él es á quien nuestro Señor manifestará todos los peligros que nos rodean. Y si nos abandonamos como el Niño Jesús, á su dirección, Dios no dejará de revelarle los medios de escapar á las emboscadas del enemigo de nuestras almas. Nos tomará paternalmente entre sus brazos, tal vez aun sin despertarnos del sueño en que reposa nuestra ignorancia: proveerá todos los auxilios de nuestra fuga; nos llevará á una tierra de refugio, sin que el demonio pueda encontrar las huellas de nuestros pasos para perseguirnos. Nos alimentará, nos vestirá, y nos ayudará en cuan-

to lo reclame nuestra debilidad; y cuando hayan pasado los días malos, cuando los que procuran matar nuestra alma estén muertos, nos volverá á nuestra antigua patria, para continuar protegiéndonos, amándonos y sirviéndonos.

Digamos pues, con la Iglesia: *R. Si consistant adversum me castra, non timebit cor meum: * Si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo. V. In te cantatio mea semper, quoniam tu adjuntor fortis. Si exurgat adversum me praelium, in hoc ego sperabo. Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto. (1)*

¡Oh José! «Si yo veo establecerse contra mí los ejércitos del enemigo, mi corazón no conocerá el temor: si veo prepararse la batalla, estaré lleno de esperanza. No cesaré de cantar vuestras alabanzas, porque vos sois un Protector poderoso. Si veo prepararse la batalla estaré lleno de esperanza. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como ha sido en el principio, sea ahora y siempre y por los todos los siglos y de los siglos. Así sea.»

(1) R. In festo Patrocín. S. Joseph; Dom. III post. Pasch.

CAPITULO XIV.

De la oscuridad de Señor San José, en los primeros siglos de la Iglesia.

CUÁNTAS coronas ilustres hemos visto reunidas, sobre la frente del glorioso Patriarca Señor San José!

Si le consideramos en sí mismo, es una alma pura y santa, adornada de la virginidad mas perfecta, de la humildad mas profunda, de los dones mas eminentes de la oración, y de todas las otras gracias que Dios da solamente á sus más íntimos amigos. Si le consideramos con respecto á los fieles, es el Protector de muchas profesiones diversas; y aun más: el Patrón de toda la Iglesia, y de toda la innumerable multitud de los cristianos que encierra. Si le consideramos con respecto á los santos mas elevados en la gracia, les excede á todos por la grandeza de sus méritos. Es el virginal Esposo de María; y por consiguiente, tiene derecho de acercarse familiarmente á Aquella de quien una sola mirada es un favor inestimable. Sirve de conductor y

de Padre á Jesucristo, y por consiguiente, tiene derecho de mandar á Aquel á quien los ángeles no miran sino temblando.

Al ver tantos títulos, y títulos tan gloriosos, ¿no parecería á primera vista, que Señor San José debía necesariamente recibir desde los primeros años que siguieron á su muerte, el homenaje de una veneración universal? ¿No parecería que su augusta Persona debía atraerse todas las miradas, tan luego como la manifestación de Jesucristo hubo venido á sacar á los hombres y á los pueblos de las tinieblas en que dormían sepultados?

José había pasado tantos años en la intimidad de este Monarca Supremo: ¿no parece muy natural que el respeto y los homenajes de los fieles, hubiesen, desde el primer instante, abrazado á la vez á Jesucristo y al inseparable compañero de sus fatigas? José había ejercido cerca del Salvador de los hombres el sacerdocio de una dirección tan sagrada. José había mandado durante tanto tiempo á toda la Santa Familia, en la casa feliz en donde el Arcángel había saludado á la Virgen Madre: ¿no era una cosa muy natural que los fieles se dirigiesen á él de todas partes, para tener acceso cerca de María, y de Jesús, Fruto bendito de sus entrañas?

Y sin embargo, cuando consultamos la historia, encontramos que el culto de Señor San José parece casi enteramente ignorado en los primeros siglos de la Iglesia.

En efecto, abramos el libro augusto que sirve mas inmediatamente á la celebración de los santos Misterios. Abramos el *Misal*, en esas páginas tremendas, impresas en mas gruesos caracteres, en las cuales se encuentran contenidas las palabras destinadas á la consagración de la Santísima Eucaristía. Estamos en el *Canon* de la Misa, en esa fórmula sagrada en la cual ni el sacerdote ni aun el mismo Obispo, tienen derecho de cambiar ni una sola frase ni una sola palabra.

Antes de pronunciar las palabras que deben obrar la *transubstanciación* del pan y del vino en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo, el sacerdote, á fin de cumplir mas dignamente una acción tan solemne, invoca la asistencia de los santos del cielo, y se apoya en sus méritos: *Communicantes, et memoriam venerantes, imprimis gloriosæ semper Virginis Mariae, Genitricis Dei et Domini nostri Jesu Christi*..... Sin duda que inmediatamente después de la Santísima Virgen Maria, que debe pasar la primera, el sacerdote va á colocar á su inseparable compañero, á su glo-

rioso Esposo, el Patriarca José, Padre de Jesucristo nuestro Señor? Pero ¡no! el sacerdote nombra á los bienaventurados Apóstoles: *Sed et beatorum Apostolorum..... Petri et Pauli, Andreae, Jacobi, Joannis, Thomae, Jacobi, Philippi, Bartholomaei, Matthaei, Simonis et Thadæi*: luego pasa á los mártires: *Lini, Cleti, Clementis, Xysti, Cornelii, Cypriani, Laurentii, Crysgoni, Joannis et Pauli, Cosmae et Damiani*,..... Después de San Cosme y San Damian, se detiene en sus invocaciones y continúa su oración sin parecer acordarse del Patriarca Señor San José.

Del mismo modo, después de la consagración de la Sagrada Eucaristía, é inmediatamente antes del *Pater noster*, el sacerdote pide para la Iglesia y para sí, la gracia de ser introducidos en la sociedad de los apóstoles, de los mártires y de todos los Santos de los cuales, indica en particular un cierto número: Hé aqui los nombres de aquellos que cita. *Nobis quoque peccatoribus..... partem à te quam et societatem donare digneris cum tuis Sanctis Apostolis et Martyribus, cum Joanne, Stephano, Matthea, Barnaba, Ignatio, Alexandro, Marcellino, Petro, Filicitate, Perpetua, Agatha, Lucia, Agnete, Caecilia, Anastasia et omnibus Sanctis tuis*..... pero en cuanto al

glorioso Señor San José, el sacerdote parece olvidarle enteramente.

Ahora bien: ¿en qué época debe colocarse la redacción última, la *conclusión* en cierto modo de esta lista de santos que figuran así por dos veces al derredor de Jesucristo inmolado sobre nuestros altares? Aunque el Canon mismo sea atribuido comunmente á San Pedro, fundador de la Iglesia Romana; es imposible cerrar antes del siglo IV la nomenclatura de los nombres sagrados que los Obispos y los Papas han insertado en el texto de estas áugustas oraciones. Muchos de los nombres que hemos citado pertenecen al fin del siglo III ó al principio del IV; (1) y probablemente han transcurrido muchos años todavía, antes que la piedad de los fieles haya honrado por este culto público á los gloriosos mártires que acaban de derramar toda su sangre por la confesión de Jesucristo. Así pues, aun en el siglo IV era Señor San José tan poco conocido y tan poco venerado de los fieles, que no se pensaba en recitar su nombre después del de María su Esposa, en la celebración del divino Sacrificio del Altar. (2)

(1) Por ejemplo, Santa Inés, martirizada en 304.

(2) Sin duda podría decirse, que los Mártires que se han sacrificado por Jesucristo, eran los que debían

Nuestra admiración no hará mas que aumentarse, si consideramos cuáles son los santos de quienes hace *Commemoración* el sacerdote al celebrar los santos Misterios. Si se limitase á nombrar, después de la Santísima Virgen, á San Pedro, San Pablo y los demás Apóstoles, comprenderíamos menos difícilmente que José fuese excluido de una lista en la que figurarían solamente estos gloriosos Principes de la Iglesia, investidos del poder *director* que conviene primeramente á Jesucristo. Mas el sacerdote parece extender mucho el círculo de su piadosa devoción; porque comprende en él á muchos santos que no parecen recomendarse á la atención de los fieles por gracias enteramente excepcionales; muchos santos de quienes los fieles, aun los piadosos, no conocen ya sus historias; y cuyas fiestas no celebra la Iglesia Romana mas que por una simple *Memoria*, reducida á una *antifona*, un *Verso* y una *Oración*. (1) No es figurar en el Canon del *Sacrificio* incremento de nuestros altares. Mas esta razón no parece muy terminante; porque antes de todos los Mártires vemos á la gloriosa Virgen María, Madre de Jesucristo nuestro Señor y nuestro Dios. ¿Por qué pues, no podría Señor San José ocupar un lugar al lado de su Esposa, aunque no haya terminado sus días por el martirio?

(1) San Sixto, San Alejandro, Santa Felicitas, etc.

que queremos, ¡Dios nos libre!) tratar de disminuir ni de rebajar los méritos de ningún santo; porque todos aquellos á quienes la Iglesia honra, son siempre *muy grandes* á los ojos de Dios. Mas sin embargo, ¿cómo es que Señor San José sea pasado, y por dos veces, en silencio, en estas mismas oraciones en las que no obstante, son nombrados San Alejandro, San Damián, San Crisógono y San Sixto?

Finalmente, lo que parece mas admirable quizá, y mas contrario á todas las conjeturas humanas, ¿cómo es que la fiesta de Señor San José haya sido establecida tan tarde, de una manera solemne, en la Iglesia latina, y particularmente en esta Iglesia Romana, en la cual todos los pueblos acostumbran buscar la verdad y la luz? ¿No parecería á primera vista, que su institución debia remontarse á los primeros siglos? ¿Y no parecería que esta Iglesia, apenas libertada de las persecuciones paganas, habria debido apresurarse á festejar gloriosamente en medio de sus primeros arranques de júbilo, al Esposo de la santísima Virgen Maria, su soberana y su Madre; al guía, el protector y el padre de Jesús, por el cual únicamente esperamos ser salvados? Mas no es esto lo que encontramos escrito en los testimonios de la historia.

Hay monumentos fuera de toda discusión que establecen que el culto de los santos, cuyos primeros vestigios se remontan á los tiempos apostólicos, estaban en su pleno vigor desde el siglo IV de nuestra era; aunque no sin duda, con la pompa y la maravillosa armonia que nos encantan en estos tiempos. (1) ¿No podría fijarse, por lo menos en esta época, el establecimiento de la fiesta de Señor San José en la Iglesia latina, y sobre todo, en esta Iglesia Romana, que siendo madre y maestra de todas las demas, ha recibido en la persona de su Jefe, el privilegio de afirmarse y de *confirmar* á todos los cristianos? Sin embargo, no es así: porque la fiesta de Señor San José no parece haber sido celebrada, por un officio particular, en ninguna de

(1) Vide inter alios P. Perrone, *de Cultu Sanctorum*, cap. II—Las constituciones Apostólicas, redactadas en el siglo III, hacen ya mención de las fiestas de santos que se observaban por la abstención del trabajo servil: «In diebus vacent (famuli) Apostolorum... in die S. Stephani Protomartyris ferientur atque in diebus ceterorum Sanctorum Martyrum, qui Christum vitæ suæ anteposuerunt.»—Vide etiam, si lubet, Billarminum, I. *lib. de Beatif. et Canoniz. Sanctorum*, et Petavium, lib. XIV de *Incarnatione*, cap. X. et seq., etc. . . .

las Iglesias latinas antes del siglo XI ó el XII; y el primer vestigio que se encuentra de ella en la Iglesia Romana, no parece remontarse mas allá del fin del siglo XV. (1) Cuatrocientos años solamente de antigüedad para el culto del mas grande de los Santos, ¿no es una cosa sorprendente?

¿No parece también que la Iglesia habria podido desde muchos años ha, no solo venerar la augusta Persona de José, sino también ponerse bajo su poderosa protección, bajo su *Patrocinio*, por la institución de una fiesta destinada, como la que celebramos ahora durante el tiempo pascual, á recordar los grandes

(1) Esta es á lo menos la fecha mas antigua que asignan los Bolandistas, en su sabia disertación sobre la fiesta de Señor San José, en el día 19 de Marzo.— Sin embargo, es justo añadir que esta fiesta es mucho mas antigua en las Iglesias griegas, de las cuales los Carmelitas parecen haberla traído al Occidente á donde vinieron en el siglo XI ó XII. Es justo también decir que los Martirologios latinos muy antiguos, traen ya el nombre de Señor San José. No pretendemos por tanto, que el culto de Señor San José haya sido por decirlo así, *totalmente desconocido* de los primeros siglos cristianos: esto sería una exageración. Decimos solamente que su esplendor no parece en proporción con las grandes prerrogativas concedidas por el Señor, á nuestro Santo.

beneficios que concede á toda la Iglesia, y principalmente á sus mas fieles servidores? Y sin embargo, si buscamos á qué época se remonta esta amable fiesta del *Patrocinio de Señor San José*, esta fiesta cuyo oficio nos inspira tanta confianza y amor para con el gran Patriarca, encontraremos que es de una institución muy reciente, y que su primer origen pertenece á estos tiempos que llamamos *contemporáneos*. (1)

Diremos pues ahora, reasumiendo en una palabra todas las dificultades que acabamos de exponer: «¿Por qué el culto del glorioso «Patriarca Señor San José, resplandece tan «poco durante los primeros siglos de la Iglesia?»

Podemos presentar desde luego, á fin de resolver el problema, una respuesta *universal*, que conviene á Señor San José lo mismo que á todos los santos. No era razonable que los santos obtuviesen desde los tiempos apostólicos, un culto y unos honores grandes y completos como los que les concede hoy día la piedad de los fieles. Era menester sin duda, que la devoción á los santos presentase desde el principio esos primeros *gérmenes* sin

(1) 10 de Diciembre de 1847.

los cuales esta devoción sería una *innovación* perjudicial y una *mutación* en la doctrina cristiana. Pero no debía tener tan amplias proporciones en esos tiempos menos ilustrados, en que los paganos, viendo las estatuas erigidas para honrar á los santos, y los diversos homenajes concedidos á su memoria, no habrían dejado de acusarnos de idolatría; en esos tiempos en que los mismos fieles eran aún la mayor parte demasiado imperfectos para honrar como conviene á la criatura, sin perjuicio de los homenajes que solo son debidos al Creador. Señor San José debió necesariamente ser comprendido en esta prohibición tácita, dictada secretamente por el Espíritu Santo, y de la cual, aun la Santísima Virgen debió soportar al menos en parte, las dilaciones y los rigores.

No obstante, si esta razón puede servir para explicarnos la oscuridad de Señor San José durante los dos ó tres primeros siglos de la Iglesia, viene á ser del todo insuficiente cuando se trata del siglo IV y de los que le siguen inmediatamente en la historia, puesto que desde esta época, los santos recibían públicamente el culto de una veneración muy solemne ya y muy grande. Sobre todo, viene á ser absolutamente insuficiente, cuando consi-

deramos la fecha tan reciente de las dos fiestas principales establecidas en la Iglesia latina en honor de Señor San José. Debemos pues, recurrir á alguna explicación mas eficaz y mas completa. Y esto es lo que vamos á hacer, reduciendo á dos puntos principales las observaciones que nos parecen aclarar la dificultad que se nos propone. En primer lugar, podemos considerar que señor San José, á causa de su santidad y de sus ilustres privilegios, debe ser elevado en el culto de la Iglesia á una alta dignidad. Y por esto decimos, que era muy conveniente el ver al gran Patriarca sepultado por largo tiempo bajo los velos de una profunda oscuridad.

¿No nos ha enseñado el gran Apostól de los gentiles, que Dios, en su impenetrable sabiduría, ha escogido las cosas débiles para confundir á las fuertes? ¿qué ha, escogido lo que no es, á fin de destruir lo que es? (1) Esta palabra encierra toda la economía de la Religión cristiana, fundada sobre los abatimientos y la muerte de Dios hecho hombre. Dios quería conceder á Señor San José una gloria admirable durante los últimos siglos de la Iglesia, y por toda la eternidad: era pues necesari-

(1) Cor., I.

rio que tuviese cuidado de humillarlo largamente: del mismo modo que cuando quiso establecer á Jesucristo su Hijo único, Rey Soberano del universo, resolvió abatirlo y humillarlo de una manera incomprensible, haciéndole morir despojado de todo en una cruz.

Nada hay mas doloroso ni mas injusto según las preocupaciones del hombre no cristiano, que esta oscuridad que velaba á nuestro José en la pobre casa de Nazaret. Sin duda él sabía bien que era el Esposo de la Virgen anunciada setecientos años antes por Isaías. Sabía que era el Padre de Jesucristo, prometido desde el principio del mundo. Pero José estaba muy lejos de los sentimientos de los hijos del siglo; y todas estas dignidades sublimes, en lugar de llenarlo del deseo de mostrarse y figurar, le dejaban por el contrario, en las disposiciones mas humildes y en un total y perfecto abatimiento.

Muy lejos de ofenderse por su oscuridad, Señor San José, olvidando todos los títulos que le daban derecho á la estimación de los hombres, no pensaba sino en sumergirse enteramente en ese retiro absoluto que servía para condenar y al mismo tiempo para *expiar* el orgullo y la vanidad de los pecadores de todos los tiempos. Inflamado por los ejemplos

que contemplaba en Jesucristo y en Maria, ponía con anticipación en práctica una de las principales enseñanzas que el Señor debía promulgar en el Evangelio. Invitado, mejor que nadie, al festín sobrenatural de la gracia, tenía cuidado de escoger, en sus deseos, no *el primer lugar, sino en todo el último*: y en las fervientes oraciones que dirigía incesantemente al Señor, pedía sin duda el ser separado, más todavía, y por mas largo tiempo, de toda gloria humana, y de todo esplendor prematuro, á fin de seguir mas cerca las huellas de su Hijo y su Maestro, á fin de *revelar su causa á Dios solo*, (1) y de *ocultarse, lejos del tumulto de los hombres, en el secreto de la faz de su Señor*. (2)

Podemos sin temeridad suponer que Dios no rechazaba estas súplicas de su fiel siervo: sino que se dignaba complacerse en recibir el perfume de un sacrificio tan perfecto, y en respirar la dulzura de una humildad tan semejante á la de Jesús su Hijo único. *La oración perseverante del justo, es muy poderosa* (3)

(1) Tibi enim revelavi causam meam. (Jer., XX.)

(2) Abscondes eos in abscondito faciei tue, á conturbatione hominum. (Ps. XXX.)

(3) Maltum enim valet deprecatio justí assidua. (Joc., V.)

para con Dios: y así en su bondad paternal, viendo los sinceros deseos y las largas peticiones de José, concedía á sus súplicas el don de una grande oscuridad, prolongada no solo durante los cortos años de una vida que siempre pasa muy rapidamente, sino también después de la muerte durante siglos y siglos.

Y sin embargo, las virtudes y los méritos de José no debían permanecer sin su justa recompensa: y mientras mas se humillaba en sus peticiones, mas conveniente era que fuese exaltado en la Iglesia por ilustres homenajes, esperando la exaltación mas cumplida de que el cielo será testigo. Muchos santos hay que piden á Dios persecuciones y sufrimientos: y Dios los escucha, pero á condición de colmarlos de esas inmensas delicias sobrenaturales, de que el *siervo fiel* se encuentra como inundado, *cuando entra en el gozo de su Señor.* (1) Señor San José pide la oscuridad: y Dios le escucha, pero con la condición de darle, cuando sean llegados los tiempos, una gloria incomparable. No hay duda que otros santos serán menos humillados, y durante un

(1) *Serve bone et fidelis, intra in gaudium Domini tui. (Ultima antiphona ad Laudes, in Comm. unius Confessoris Pontificis)*

periodo menos largo; pero serán menos glorificados; porque el abatimiento voluntario aceptado, sirve de medida á la gloria: *Qui se humiliat exaltabitur.* (1)

Digamos pues, en primer lugar, que la oscuridad de Señor San José, puede explicarse por los grandes honores que Dios le reservaba un poco mas tarde.

Consideremos en segundo lugar, que el papel y las funciones de Señor San José con respecto de Jesucristo, se cumplen, no con respecto á los misterios gloriosos de la resurrección triunfante, ni tampoco de los misterios dolorosos del Calvario, sino respecto á los misterios mucho mas ocultos y mas intimos, de la infancia, de la adolescencia y de la juventud del Señor. Los apóstoles acompañando á Jesucristo en los trabajos del ministerio evangélico; y San Juan Bautista bautizándole solemnemente en medio de un gran concurso de pueblo, venido de todos los puntos de la Judea, debieron participar del esplendor que Jesús derramaba en torno suyo durante estos días destinados á manifestarle en Israel. Señor San José, su fiel compañero durante esos tiempos en que la voluntad de Dios

(1) Luc., XVIII.

le ocultaba á los ojos de todos los hombres, debió participar igualmente de esas sombras misteriosas y permanecer desconocido como los misterios secretos que se obraban en su presencia, y de los cuales era dichoso testigo.

No es fácilmente, ó por decirlo así, del primer paso como los fieles han penetrado en esos años ocultos del Señor, en la intimidad de esa vida de familia, demasiado espiritual y demasiado pura para ser manifestada á unas almas, ignorantes aún, y tan manchadas por los pecados. Era menester que los primeros cristianos conociesen claramente los misterios de la pasión y de la muerte del Redentor, puesto que este era el fundamento y el centro de su fé. Mas no era necesario que fuesen admitidos en la familiaridad de Jesús, de María y de José; ni que tuviesen entrada en esas conversaciones celestiales, que solo los Angeles habian conocido.

Unas comunicaciones tan divinas exigian corazones mas puros, y pedían ser compradas por suplicas mas perseverantes y trabajos mas prolongados.

Que se piense por un instante lo que debían ser esos abominables ciudadanos de Roma, habituados á embriagarse, en sus diversiones, de sangre humana, y devorados hasta los hue-

sos por la lujuria! ¡Que se piense lo que debían ser esos bárbaros indomables, cuyos *hermanos* viven aun á nuestra vista en las llanuras de la Tartaria y sobre las vertientes del Cáucaso! Y á semejantes hombres, nuevamente convertidos, y por consiguiente, llenos aún de las señales de su conversacion primera, prolongada por tan largo tiempo entre tantos pecados y tantos vicios; ¿á semejantes hombres habria manifestado Jesucristo, á un tiempo, los Misterios llenos de una paz maravillosa y de una pureza mas que angélica? ¿Cómo pues, podriamos creerlo, puesto que sabemos que pertenece á la divina Sabiduría el disponer todas las cosas con suave armonía, por insensibles graduaciones; y puesto que sabemos que Jesús, en el Evangelio, prohíbe el *dar á los perros las cosas santas, y arrojar las perlas á los animales inmundos, de miedo que no las huelen con los piés, y se vuelcan contra nosotros para despedazarnos?* (1)

La Santa Iglesia debía cumplir poco á poco, y por grados, esta milagrosa transformación, que nunca habia aparecido aun en la historia. Debía tomar entre sus poderosas manos esas razas degradadas, y formar, con esos elemen-

(1) Math, VII.

tos empobrecidos, naciones enteramente nuevas, reparadas y rejuvenecidas en la Sangre de Jesucristo. Era este un gran trabajo, de gigantesca dificultad, que solo el Hijo de Dios podía obrar, tomando á unos hombres frágiles por instrumentos de su poder. Cumpliósse el milagro, Mas como se trataba de convertir y de renovar las provincias y los imperios, fué preciso esperar con paciencia, y gastar muchos siglos de trabajos para terminar una empresa tan grande. Las naciones, purificadas y espiritualizadas por grados, salieron de sus pecados y de sus vicios, para ser admitidas mas de cerca en la mística sociedad de Jesucristo y de su Madre admirable: cesaron de limitarse al exterior de los misterios, para tener entrada en la vida oculta del Señor, y acercarse mas íntimamente á su Persona. Pero era menester que estos tiempos mas felices fuesen precedidos por una sucesión prolongada de días menos ilustrados, menos espirituales y menos perfectos.

Supuestas estas observaciones, comprendemos luego por qué el culto de Señor San José es menos antiguo en la Iglesia, que el culto de los mártires y de los apóstoles. Estos santos *brillantes*, representan para los fieles, la muerte y la victoria de Jesucristo, que se han

cumplido públicamente. Señor San José, por el contrario, representa su vida oculta, é impenetrable á los fieles durante largo tiempo. Solamente cuando la pureza de los cristianos llegando á ser mas perfecta, les enseñó á desgarrar el velo que el evangelio había arrojado sobre las escenas mas íntimas; y cuando la devoción de las almas piadosas procuró sondear los misterios que los Evangelistas habían referido tan brevemente en sus relaciones; solamente entonces aparece Señor San José á las miradas encantadas de la Iglesia, muy cerca de la casta María á quien protege como Esposo lleno de tierna vigilancia; y muy cerca del Divino Niño á quien tiene la felicidad de estrechar contra su pecho, y de llevar amorosamente entre sus brazos.

¡Ojalá y que la devoción al glorioso Patriarca José llegue á crecer y multiplicarse todos los días en la Iglesia! Es una señal favorable y llena de consuelo, cuando vemos á Señor San José subir en el horizonte del culto católico; puesto que su esplendor creciente nos enseña que gracias á las penitencias, á los trabajos y á las meditaciones de las almas santas, la Iglesia despojándose mas y mas de la rudeza del elemento humano, se reviste mas de esa espiritualidad divina que le da un

acceso fácil hasta la intimidad dichosa del Señor. Es una señal favorable cuando escuchamos á todos los fieles multiplicar sus oraciones en honor del virginal Esposo de Maria: porque este gran Santo no puede permanecer insensible á nuestras súplicas: y á medida que lo invoquemos mas asiduamente, y con mayor confianza, nos conducirá mas pronto á Maria, y nos hará penetrar mas íntimamente hasta en los abismos de poesía, de ciencia y de virtud que están ocultos en Jesucristo.

Podemos pues, hoy dia, tributar al Señor fervientes acciones de gracias: y á pesar de la frialdad y de los vicios de los hijos del siglo, debemos augurar bien de los progresos de aquellos que han permanecido fieles, cuando consideramos el crecimiento de la devoción á Señor San José. No estamos ya ahora en los tiempos en que el Santo Patriarca era pasado en silencio en la redacción del *Cánon* de los santos Misterios. Esta época menos feliz ha terminado: y apoyados en los trabajos de nuestros padres, podemos nosotros lo que á ellos les era imposible; y conocemos claramente lo que ellos no veían aun al descubierto. Hoy dia la Iglesia Romana celebra por todas las iglesias particulares, dos fiestas solemnes en honor de Señor San José; la del

19 de Marzo, mas particularmente consagrada á ensalzar las virtudes y las glorias del ilustre Patriarca, y la del *Patrocinio*, (1) mas especialmente destinada á recordar la poderosa protección y los continuos orros que debemos á Señor San José. A estas dos fiestas podemos añadir todavía la de los *Desposorios de Maria*, (2) en la que mezclamos juntos los elogios que convienen á la Esposa y los que se aplican al Esposo.

Pero las almas verdaderamente piadosas, no limitan á estas tres fiestas los homenajes que tributan á este Guía celestial que nos conduce á Jesucristo y á Maria: sino que siguiendo las huellas de los Bernardos, de los Gersón, de las Teresas, de los Bernardinos de Sena, de los Suarez, de los Franciscos de Sales y de otros muchos, profesan la mas tierna y ferviente devoción para con el gran Patriarca de la nueva alianza. Tienen continuo cuidado de recomendarle todos los negocios de su cuerpo y de su alma, todas sus necesidades particulares, todas las necesidades públicas, y todo lo que mira á la salvación del prójimo y á la gloria del Señor. Publican con todas sus fuerzas los grandes beneficios que han reci-

(1) Dom. III pos Pascha.

(2) 23 de Enero.

bido de sus manos liberales y se consagran á multiplicar el número de sus fieles siervos. Siempre en sus oraciones, en sus escritos y en sus palabras, colocan el nombre de José, aun antes del de los santos á quienes consideran como á sus padres, y como á los padres de las familias religiosas cuyas hijas tienen quizá la felicidad de ser: de tal suerte, que todo en torno suyo está marcado con estos tres nombres: *Jesús, María y José*, que alegran á los ángeles y triunfan de los infiernos.

¿Y por esto debemos creer que el culto de Señor San José haya llegado á su apogeo, y que no deba ya en el porvenir recibir nuevos crecimientos? No podemos pensarlo; y decimos llenos de seguridad que José debe *crecer* todavía, según la significación de su nombre, y según la antigua profecía contenida en el Génesis. (1) Esta convicción nos hace interpretar en este sentido las palabras llenas de esperanza que encontramos en el Oficio del 19 de Marzo. Es verdad que estas interpretaciones no son argumentos sin réplica; porque no sería difícil encontrar otras explicaciones y otros sentidos. Mas por lo menos,

(1) *Filius accrescens Joseph, filius accrescens et de orus aspectu.* (Gen., XLIX.)

nada nos impide buscar, en la graciosa liturgia de la Iglesia, las palabras significativas que recuerdan á nuestro corazón sus esperanzas y sus amadas convicciones.

Léamos pues, la historia futura de José, en estas palabras: *«Vir fidelis, multum laudabitur, et qui custos est Domini sui glorificabitur:»* (1) El hombre fiel será colmado de alabanzas. El Custodio de su Señor será glorificado. ¿Y no es José en efecto, este *hombre fiel* por excelencia, que guardó siempre intacta la fé prometida á María su casta esposa? ¿que cumplió constantemente con una fidelidad sin ejemplo, todos los deberes que tenía para consigo mismo, para con el prójimo y para con Dios? Y mas explícitamente todavía, no es José, único entre todos los otros santos, el Protector de Jesucristo, ó en otros términos, el *Custodio de su Señor*? Ahora bien: la Iglesia al hablar de él, no dice: *multum laudatur*: «Es colmado de alabanzas;» sino que dice: *Multum laudabitur*: «Será colmado de alabanzas.» No dice *glorificatur*; sino *glorificabitur*: «Será colmado de gloria;» porque los esplendores y los elogios que le rodean, están muy léjos de llegar todavía á lo que le reserva el porvenir.

(1) *Cap. ad Laudes.*

Podemos encontrar por segunda vez la misma idea, en un *Responsorio*, en que la Iglesia parece comparar al admirable Patriarca con la flor del lirio: *Justus germinabit sicut lilium, et florebit in æternum ante Dominum.* (1) «El crecimiento del justo será semejante al lirio; florecerá eternamente en la presencia del Señor.» Ahora bien: el lirio, después de algunas hojas extendidas, brotadas á flor de tierra, eleva á lo alto un vástago casi desnudo y despojado; este es un símbolo de la pequeñez y de la oscuridad en que durante tanto tiempo está encerrado Señor San José. Mas á cierto tiempo, en este vástago tan pobre vemos florecer con magnificencia las anchas y blancas corolas, que encantan nuestras miradas, y que derraman á su derredor la suavidad de sus perfumes. Así José, después de largos años de su humildad primera, verá plenamente lo que ya comenzamos á contemplar; verá su culto y su gloria brillar con esplendor maravilloso, y llenar á toda la Iglesia con la suavidad de sus perfumes.

Repitamos pues, con la Iglesia: *Magna et gloria ejus in salutari tuo.* ¡Oh Dios! la gloria de José es grande en Jesucristo, el Salvador

(1) R. Breve ad Nonam.

que nos habeis dado: porque Jesús es quien por su gracia produce todas las numerosas glorificaciones de los fieles en honor de Señor San José. Mas no queremos limitar allí nuestros deseos y nuestra esperanza; porque añadimos con la Iglesia: *Gloriam et magnum decorem impones super eum.* (1) Cuando sean llegados los tiempos marcados por vuestra Providencia, vos pondreis sobre su persona una gloria mas grande y mas brillante. *Impones super eum:* y esta será como un fardo dichoso que colocareis sobre sus espaldas; el cual será tan grande, que sin las fuerzas que le conferirá vuestro poder, se vería como abrumado por el peso de su felicidad.

Creced pues, ¡Oh José! en el alma de cada uno de nosotros: ocupad en el fondo de nuestro corazón el lugar que os es debido por tantos títulos, y que deseais solamente para hacernos mas felices, haciéndonos mas devotos para con María, y mas fieles para con Jesús. Creced en la Santa Iglesia, á fin de hacerla adelantar en los caminos de la vida contemplativa, de la cual sois introductor y maestro, y de conducirla siempre mas profundamente en la intimidad de María y de Jesús: Creced

(1) R. Breve ad Sextam.

no solamente para vuestra gloria; sino mas bien para gloria de María, para gloria de Jesús, y para gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

CAPITULO XV.

De la gloria de Señor San José, en el cielo.

EL verdadero cristiano, desterrado en este valle de lágrimas, y lejos del cielo su patria, no cesa nunca de dirigir los dardos encendidos de sus deseos hácia la mansión en donde le esperan los ángeles y los bienaventurados. A veces parece que encuentra placer como el resto de los hombres, en mirar al pasar los objetos terrenos y groseros que le rodean; y al verlo usar, aunque moderadamente de las riquezas y de los bienes de esta vida, imaginanse los impíos haberlo ganado por sus discursos, y obligádolo al fin á pensar como ellos. Mas sin embargo, aun cuando toque de paso alguno de los bienes de esta tierra, el verdadero cristiano se aplica asiduamente á no descansar allí por una culpable negligencia; sino que siempre mirá adelante, y siempre dirige

sus ojos hácia el cielo en donde ha colocado ya todo su tesoro.

Terminemos pues, todo este libro, ensayando el hacer anticipadamente, como un viaje á la bienaventurada Patria, en donde nos espera nuestro Padre Señor San José, para hacernos sentar á su lado, en el gozo de su Señor. Que en medio de las incertidumbres y de los peligros de esta vida, sea nuestro consuelo el considerar incesantemente los grandes bienes que nos están prometidos, y los esplendores inefables entre los cuales reina desde ahora el humilde Santo cuyas excelencias nos hemos esforzado en manifestar. Que la contemplación de la felicidad que goza al lado de Jesús y de María, sirva para hacernos olvidar todas las tristezas y los dolores que nos oprimen. Que la vista de su dicha nos siga por todas partes, en todas las acciones de nuestra vida, obligándonos á levantar incesantemente nuestro pensamiento y nuestro corazón hácia el cielo.

La primera y la principal felicidad de los bienaventurados, consiste en la visión clara y sin velos de la Esencia divina, en la cual están encerrados todos los bienes. Poned junta toda la hermosura que han poseído y que poseerán todas las diversas criaturas; todo el

no solamente para vuestra gloria; sino mas bien para gloria de María, para gloria de Jesús, y para gloria de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

CAPITULO XV.

De la gloria de Señor San José, en el cielo.

EL verdadero cristiano, desterrado en este valle de lágrimas, y lejos del cielo su patria, no cesa nunca de dirigir los dardos encendidos de sus deseos hácia la mansión en donde le esperan los ángeles y los bienaventurados. A veces parece que encuentra placer como el resto de los hombres, en mirar al pasar los objetos terrenos y groseros que le rodean; y al verlo usar, aunque moderadamente de las riquezas y de los bienes de esta vida, imaginanse los impíos haberlo ganado por sus discursos, y obligádolo al fin á pensar como ellos. Mas sin embargo, aun cuando toque de paso alguno de los bienes de esta tierra, el verdadero cristiano se aplica asiduamente á no descansar allí por una culpable negligencia; sino que siempre mirá adelante, y siempre dirige

sus ojos hácia el cielo en donde ha colocado ya todo su tesoro.

Terminemos pues, todo este libro, ensayando el hacer anticipadamente, como un viaje á la bienaventurada Patria, en donde nos espera nuestro Padre Señor San José, para hacernos sentar á su lado, en el gozo de su Señor. Que en medio de las incertidumbres y de los peligros de esta vida, sea nuestro consuelo el considerar incesantemente los grandes bienes que nos están prometidos, y los esplendores inefables entre los cuales reina desde ahora el humilde Santo cuyas excelencias nos hemos esforzado en manifestar. Que la contemplación de la felicidad que goza al lado de Jesús y de María, sirva para hacernos olvidar todas las tristezas y los dolores que nos oprimen. Que la vista de su dicha nos siga por todas partes, en todas las acciones de nuestra vida, obligándonos á levantar incesantemente nuestro pensamiento y nuestro corazón hácia el cielo.

La primera y la principal felicidad de los bienaventurados, consiste en la visión clara y sin velos de la Esencia divina, en la cual están encerrados todos los bienes. Poned junta toda la hermosura que han poseído y que poseerán todas las diversas criaturas; todo el

esplendor material de los campos que nos rodean, y toda la brillantez del sol y de todos los astros; añadid todas las puras luces que la presencia de Jesús hace levantar como una magnífica aurora en el fondo secreto de las almas, y todas los ardores que sabe encender el Espíritu Santo en los corazones que posee con imperio: juntad también á los innumerables ejércitos de los santos que han nacido en la tierra, todos esos Angeles que se agrupan por millones al pié del trono del Eterno; multiplicad cien veces, y mil, cada una de esas perfecciones creadas, ya tan bellas. . . . Pues bien, no habeis hecho nada todavía para representaros ni aun de léjos, la grandeza y la hermosura del Dios vivo.

Y sin embargo, (lo creemos así y lo confesamos como uno de los artículos de fé que la Iglesia nos impone,) los cristianos, si no pierden su corona, verán, sin intermediario y sin velos esta divina Esencia, en la cual están contenidos todos los bienes y todas las hermosuras. ¡Oh liberalidad sin igual del Señor, Creador de todas las cosas! ¡Oh magnificencia inagotable de este amor infinito que quiere hacernos sumamente dichosos, y que puede todo lo que quiere! Así como el sol cuando ha pasado el reino de la noche, se levanta

sobre la tierra y la inunda amorosamente con sus rayos, llevando por todas partes consigo el movimiento, el calor y la vida, así *Dios se levantará sobre nuestras almas*, (1) para vivificarlas por su santísima presencia, para llenarlas de su luz y para penetrarlas y traspasarlas con su amor.

Puede ser que hayamos conocido algo de lo que se llama: *alegrías humanas*. Habremos visto en nosotros mismos, ó cerca de nosotros, ó quizá en las relaciones de la historia, el entusiasmo del artista que contempla una de las obras maestras de su arte; ó la felicidad de la madre que vuelve á encontrar al hijo á quien creía arrancado para siempre á su ternura; el enagenamiento del filósofo que descubre una idea grande y fecunda; conocemos todas estas felicidades y otras mil semejantes: podemos abrazarlas y comprenderlas, y conocer lo que son y lo que valen. Mas ¿quién podrá, viviendo en medio de nosotros, entre las frías sombras en que está sumergida la tierra por los pecados, columbrar alguna cosa de la resplandeciente luz que encontraremos en la patria? ¿Quién podrá conjeturar ni aun

(1) Super te Jerusalem orietur Dominus. (R. Breve ad Nonam, in Adventum.)

remotamente, los impetus y los gritos de amor que se elevarán por una expansión repentina de esta alma á la cual descenderá el Dios de gloria, de esta alma á quien Dios querrá rejuvenecer y divinizar por su contacto? Sobre todo, ¿quién sabrá traducir en el lenguaje de los hombres, unas verdades tan sublimes, y encontrar entre las expresiones humanas, palabras que puedan referir y pintar los bienes que el Señor ha reservado á los que le aman?

Mas ¿quiénes serán entre todos los santos del cielo, los que fijarán con mas fuerza y amor, la mirada de su inteligencia en la hermosura de la divina Esencia? ¿Quiénes serán, entre la multitud de los escogidos, los que penetrarán mas en ese océano de las perfecciones divinas? ¡Ah! no hay duda que en el cielo recibirán una contemplación mas distinta, los que durante esta vida hayan estado mas estrechamente unidos por la luz de la fé, á los misterios, cuya vista clara hace la felicidad de los bienaventurados! Se unirán á Dios mas estrecha y mas íntimamente en la patria, aquellos que en la tierra hayan dirigido mas constantemente hácia á Dios, la mirada de su alma, para buscar en Él solo, el movimiento y la vida, y para encontrar en solo Él, el principio y el fin de cada acción.

Siendo así, ¿cuál deberá ser en el cielo la gloria de Señor San José, este contemplador siempre fiel de la divina Majestad? David, uno de los ilustres antepasados de José, exclamaba ya, lleno de religioso fervor: «He levantado mis ojos á Vos, ¡oh Vos que habitais en los cielos! Como los ojos del siervo están fijos en las manos, de su amo; y como los ojos de la sierva están fijos en las manos de su señora; así nuestros ojos están dirigidos hácia el Señor nuestro Dios.» (1) Mas José realizaba con mucha mayor perfección, la atención continua de que hablaba en sus cantos el rey profeta. José, desconfiando siempre de sí mismo, y lleno de la mas sincera humildad; José encargado por el Señor del cuidado de dirigir á Jesucristo en todas las cosas, no cesaba nunca ni un solo instante, de consultar á la divina Majestad, para ser instruido de todas las palabras que tenía que decir, de todos los actos y de todos los movimientos que tenía que cumplir. El amor mas tierno, y no el terror de un temor servil, era el que le impulsaba en este camino de una atención continua. José amaba al Señor su Dios con todas las fuerzas de su alma; temía sumamente desagradarle;

(1) Ps. CXXII.

y para asegurarse de sus voluntades adorables, ponía una vigilancia sin igual en mirarle á cada instante.

¿Cuál será pues en el cielo, ó mas bien, ¿cuál es desde ahora la recompensa de este servidor tan vigilante y tan fiel? y ¿con qué luces tan brillantes no pagará Dios todas esas miradas dirigidas hácia ÉL, con constancia tan firme, entre los velos de la fé? Todos los santos del cielo contemplan al descubierto la faz resplandeciente de Dios y se refrigeran en paz en este océano de luz, siempre igual y siempre lleno. Pero Señor San José, en medio de esas multitudes numerosas, debe brillar con prerrogativas singulares que no convienen á los otros habitantes de la patria, y que el Señor no comunica sino á él solo.

A la dicha inefable de la *visión beatífica*, juntan los santos también la felicidad que se encuentra en la vista de la Santa Humanidad de Jesucristo. El Evangelio nos lo enseña: «La vida eterna consiste en conocer al único Dios verdadero, y á Jesucristo su enviado.»

(1) Los bienaventurados se acercarán con amor, aunque con un gran respeto á este buen Jesús, que nos ha dado durante su vida mor-

(1) Ex. Joanne., XVII.

tal, tantos testimonios de su invencible ternura. Tocarán los vestidos que le rodean como un manto de gloria. Besarán esas luminosas cicatrices que brillan como rosas purpúreas y arrojan en torno suyo una claridad maravillosa. Se alimentarán con el maná de su doctrina, y se abrevarán con una paz soberana en esas fuentes de *agua viva*, que prometía el Señor sobre la tierra, á aquellos que consintieran en *creer en Él*. (1) Sentirán reposar sobre ellos la dulce claridad de su mirada llena de los fuegos de la luz eterna. Y encontrarán en Jesucristo mas hermosura y mas amor que todo lo que podían desear en otro tiempo sobre la tierra; porque todas las aspiraciones de las almas santas que están sumergidas todavía en las tinieblas de este mundo, son muy poca cosa sin duda, en comparación de las realidades inefables que reserva Dios en el cielo á sus escogidos.

Ahora bien: entre todos estos dichosos amigos de Jesucristo, nuestro José ocupará el primer lugar, como conviene á la *superioridad* maravillosa que el Eterno Padre ha querido confiarle, dándole sobre nuestro Señor los

(1) Qui credit in me, sicut dicit Scriptura, flumina de ventre ejus fluent aquae vivae. (Joan., VII.)

derechos de Padre. Los otros santos, comparados con José, son en cierto modo, como unos siervos fieles que se han fatigado durante largo tiempo, trabajando en el campo del padre de familia, para la vendimia ó la cosecha. Y siendo Jesucristo un amo lleno de justicia y de clemencia, no rehusará admitirlos intimamente y para siempre en su presencia, reconociendo así por una recompensa suprema, el amor y el valor de que han dado tantas pruebas, trabajando esforzadamente en su servicio. Mas entretanto, se acordará que Señor San José tenía derecho sobre la tierra, á su obediencia, á su ternura y á su respeto; recordará que este gran Santo ha recibido durante muchos años, el poder de acercársele á toda hora, íntimamente sin testigos. Así pues, recompensará con beneficios mas magníficos, unos méritos de un orden distinto, y se dignará manifestarse mas á aquel que ya, durante su vida mortal, peseña por la autoridad de su cargo, un acceso tan fácil cerca de Jesús.

Al lado de la Humanidad de Jesucristo, contemplarán los santos del cielo con un continuo júbilo á la Purísima María; porque ¿cómo sería posible que en el reino celestial, en donde todas las cosas llegarán á la *unidad*, estu-

viesen la Madre y el Hijo divididos y separados el uno de la otra? ¿Sería concebible, que Aquella que se mantuvo en pié con un valor indecible, junto á esa cruz en la que el Salvador lleva sobre sí el peso de nuestros crímenes, no fuese asociada á sus triunfos, ni se sentase á su lado en la alegría y la victoria? Así es que los santos fijan con amor sus miradas en esta amable soberana, á quien el Señor ha querido darnos por protectora y por Madre. Ya en la oscuridad de esta vida perecedera, los bienaventurados se esforzaban en conjeturar la maravillosa belleza y la gracia inmaculada que adornan á esta Reina de las celestiales falanges. ¿Mas qué son las imperfectas concepciones de nuestro destierro, en presencia de los esplendores de la patria? Los santos del cielo contemplarán á su Señora con un dulce arrobamiento, con un continuo éxtasis, y no cesarán de glorificar al Creador, cuya sabiduría ha concebido, y cuyo poder ha formado esta obra maestra inimitable.

Mas ¿qué diremos de Señor San José, cuando se trata del conocimiento y de la contemplación de María? ¿Qué diremos del compañero fiel, del Esposo de la Virgen siempre pura? Si las glorias del cielo están en relación con las gracias de la tierra, ¿cuál será pues,

ahora la felicidad de Señor San José, y quién podría comprender con qué plenitud le manifiesta su Esposa esta Alma sin igual que los querubines y los serafines no bastan á celebrar? Los otros santos son *como sus hijos*; y la Madre llena de misericordia y de bondad, no se desdefia de inclinarse hácia estos hijos de su ternura, á fin de murmurar al oído de su alma esas palabras divinas que causan una santa embriaguez; más José es *su Esposo*: el afecto de María para con él; debe presentar como otro *caracter* mas penetrante y mas íntimo; y debe, como á su Esposo muy amado, revelarle grandes secretos.

En fin, ¿qué más diremos? Con Dios, con Jesucristo y con María, ¿no poseen superabundantemente los santos del cielo, todos los bienes imaginables, y qué falta aun á su felicidad, para que sea cumplida y perfectísima? Es verdad que este beneficio inefable de una sociedad constante con María, con Jesucristo y con Dios, excede infinitamente á los méritos de nuestra pobre humanidad. Sin embargo, Dios, para colmar todavía mas esta medida mas llena y mas que llena, nos dará en el cielo por amigos y por hermanos á los ángeles y á los bienaventurados.

Los santos vivirán juntos en grande intimi-

dad, y en una amistad sin interrupción y sin reserva. Comunicanse mutuamente los unos con los otros, sin ningún encogimiento de egoismo, todos los dones que se han recibido de la liberalidad divina, á fin de que, lo que es de cada uno, venga á ser el tesoro y la riqueza de todos. ¡Qué festín tan variado no encontrará cada santo en la conversión de tantas almas tan perfectas y tan puras! Es una gran fortuna sobre la tierra, cuando podemos encontrar para regocijar nuestro corazón una alma santa que se digne descubrirse y manifestarse á nuestras miradas. Y sin embargo, ¡cuántas manchas hay aquí abajo, en las almas más puras! ¡Cuántos negocios vanos y vulgares se interponen sin cesar entre aquellos que desean conocerse, hablarse y amarse tiernamente en el Señor! ¿Qué será pues en el cielo, en donde nuestros amigos no tendrán imperfección ni mancha; en donde gozaremos sin interrupción de su presencia; en donde nunca les faltará tiempo para descubrirnos completamente todas las bellezas y todas las perfecciones con que el Señor [®] los ha adornado?

A esta sociedad ya tan dulce, debemos juntar la presencia de los santos ángeles que conversarán familiarmente con los santos.

Los ángeles nos amarán y nos acariciarán con ternura; porque si la naturaleza de estos bienaventurados espíritus es más perfecta que la nuestra, un mismo Dios, un mismo Jesucristo, una misma Emperatriz y soberana, y también, la larga sociedad de sus auxilios y nuestras alabanzas, confundirán en una sola ciudad bienaventurada estos dos ejércitos llenos del deseo de alabar á Dios. Los ángeles serán como *los hermanos* de los santos, y se harán una alegría introducirlos en todas las maravillas de los reinos celestiales; porque si ellos son sus primeros poseedores, la divina misericordia nos establece allí después de ellos á fin de reinar para siempre.

Mas José, en medio de la multitud de los bienaventurados y de los ángeles, ¿no tendrá alguna prerrogativa de honor que le merezca doblemente el esplendor de la santidad que posee y las funciones tan augustas que ha recibido del Señor, para con Jesucristo y María? Los santos del cielo, ¿se limitarán á tributarle esos homenajes puramente de benevolencia, y esa fraternal amistad que conviene á *los iguales*? ¡Ah! guardémonos de creerlo. Es propio del infierno el no conocer ningún orden: *Ubi umbra mortis et nullus or-*

do; sed sempiternus horror inhabitat. (1) Y es propio de la Iglesia celestial el poner cada cosa en su lugar, y honrar muy dignamente á los que son dignos de respeto y de alabanza. Si ya la Iglesia de la tierra rodea á Señor San José de homenajes tan piadosos y de glorificaciones tan brillantes, ¿qué será cuando los primeros bosquejos de la Jerusalén eterna hayan llegado á su última perfección?

¿Y los ángeles? ¿Qué fiesta será para ellos el poseer, en medio de sus falanges, á este José cuya perfecta pureza imitaba su inocencia! Si ya, durante el tiempo de su destierro, y cuando el peso de una carne corruptible se oponía aun á la completa iluminación de su alma, los espíritus bienaventurados se complacen en ponerse á su servicio, y en hacerle por orden del Señor, las visitas que leemos consignadas en los Sagrados Evangelios, y otras muchas sin duda, cuyo recuerdo no nos han conservado los escritos inspirados. Si ya, durante la vida mortal de José, los ángeles, atraídos por sus virtudes, venían á instruirle en sus dudas, y á revelarle los misterios sobre los cuales tenía necesidad de ser ilustrado. ¿Qué no harán ahora que José está re-

(1) Job., X.

vestido como ellos de esplendor y de luz, ahora que sus pruebas han acabado, y que la gloria de la visión beatífica le colma superabundantemente de todos los bienes?

Es verdad que toda la felicidad de José no ha llegado todavía á su perfecta plenitud. Hasta los días del juicio final, que arreglará para siempre todas las cosas, la gloria y la felicidad de Señor San José deben *crecer*, y recibir sucesivamente todos los desarrollos que les faltan.

La protección del ilustre Patriarca no ha acabado de producir todavía entre nosotros sus benditos frutos: muchas almas que viven actualmente no recibirán sino más tarde los socorros que les destina; otras muchas que deben ser colocadas bajo su custodia paternal, están sepultadas aun en la nada. Estos son otros tantos servidores, otros tantos clientes que faltan todavía al cortejo magnífico cuyas filas rodean ya en el cielo, al casto Esposo de María.

Y además, todos esos santos que se agrupan en torno de nuestro Patriarca para manifestarle su amoroso agradecimiento; todos esos bienaventurados habitantes de los reinos celestiales, no han visto resucitar para la gloria, esta carne con la cual han vencido en

el combate de esta vida. Son *almas* solamente, son *almas separadas*; y no todavía *hombres* resucitados con la plena posesión de todos los dones que Dios quiere conceder á sus escogidos. Así es que todos estos amigos, todos estos clientes de Señor San José, no pueden honrarle todavía plenamente por sus alabanzas. La ausencia de este cuerpo que forma una de las mitades de nuestro ser, no les permite hasta ahora, cumplir para con el Santo Patriarca todos los deberes de que se consideran deudores, cuando consideran su santidad y sus beneficios.

Mas sin embargo, Señor San José ha recibido ya, y posee aun desde ahora, gran parte de esta felicidad que el Señor ha reservado á sus méritos. Nada le falta respecto á la visión de Dios que contempla sin velos; nada le falta respecto de Jesucristo y de María, que resucitados uno y otro para la vida que no tiene fin, se le dejan ver en sus almas y en sus cuerpos. Y si los santos á quienes José ha salvado por su intercesión y su auxilio, si todos aquellos que se han enriquecido con sus beneficios no poseen todavía en su carne, la recompensa de las buenas obras que han hecho con el auxilio de la gracia; por lo menos nuestro gran Patriarca ha recibido ya,

podemos piadosamente conjeturarlo y decirlo, la gracia de una resurrección gloriosa, que le configura con los cuerpos glorificados de María y de Jesucristo.

¿No leemos en el Evangelio, que cuando Jesucristo exhaló su espíritu, se abrieron los sepulcros en muchos lugares, y los cuerpos de muchos santos que habían muerto, resucitaron? (1) ¿Qué sucedió pues, con estos muertos privilegiados, á quienes el Señor Jesús quiso así resucitar anticipadamente, antes de los tiempos en que todas las almas deben volver á tomar esa carne en la cual vivieran y combatieron sobre la tierra? Podemos creer que este beneficio prematuro de Jesucristo fué como los otros *dones de Dios, sin arrepentimiento*; (2) y que estas primicias de la humildad regenerada por la muerte del Salvador, subieron con Él al cielo en el día de su Ascensión triunfante, para servirle cerca de Dios de guardias de honor y de cortejo.

Mas ¿cuáles son pues, los nombres de aquellos que recibieron de Jesucristo el beneficio anticipado de la bienaventurada Resurrec-

(1) Math., XXVII.

(2) *Sine paenitentia enim sunt dona Dei et vocatio*, (Rom., XI).

ción? La relación del Evangelio no ha querido manifestarnos este misterio, cuyo conocimiento no era necesario al establecimiento y á la manifestación de la fé. No obstante, podemos decir con seguridad, que Señor San José tenía derecho á encontrarse antes que ningún otro, entre las filas de este bienaventurado ejército, destinado á *poseer* antes del tiempo, los dones que los otros santos están obligados todavía á *desear* y á *esperar*. Ningún santo había pasado su vida en una inocencia más perfecta; ninguno había recibido de Dios favores más insignes; ninguno se había aproximado más de cerca á Jesucristo, ni estaba unido á Él con lazos más multiplicados y más íntimos. Por otra parte, era de justicia á lo que parece, que este gran Patriarca, que no había contemplado con sus ojos la gloria de Jesús resucitado, saliese de su sepulcro casi inmediatamente después de su muerte para asociarse al cortejo del Señor, y tomar un lugar cerca de Jesucristo, en cuerpo y alma, á la diestra del Altísimo.

Mas ¿quién podrá describirnos la hermosura resplandeciente de José, en medio de la luz celestial que le rodea y le penetra? ¿Quién podrá pintarnos la dulzura que respiran sus labios, la suavidad de su sonrisa, y

la apacibilidad de su mirada? ¿Quién nos dirá las maravillosas perfecciones por las cuales se manifiesta en esa carne bienaventurada, la presencia del alma augusta en la cual la bondad divina ha reunido tantos beneficios? ¿Quién nos revelará las inundaciones de gloria que manifiestan la santidad de esta alma, en la que el mismo Dios ha colocado la sede y el trono de su poder, y en la cual habita y vive tan íntima y plenamente?

Defengámonos más bien en la investigación de estos misterios, que sobrepujan toda inteligencia humana: y cambiando nuestro discurso, recurramos á la oración. Supliquémos tiernamente á Señor San José, que nos ayude en nuestras necesidades, y que nos mire con piedad desde lo alto del trono en donde reina pacíficamente al lado de María y de Jesús. Y para estar más seguros de ser escuchados, empleemos las palabras de que se sirve la Santa Iglesia, y digámosle de todo nuestro corazón y con entera confianza:

Respice de Cælo, et vide, et visita vineam istam et perfice eam! (1) ¡Oh José! bajad hasta nosotros vuestras miradas, desde lo alto

(1) V. et B. ad 2. Nocturnum, in Off. Patros. S. Joseph.

del cielo en donde habitais en medio del gozo y de la luz. Ved cuán grandes son nuestras debilidades; *visita esta viña* de la Santa Iglesia católica extendida abundantemente por todo el mundo, y hacedla que lleve por todas partes los frutos más dulces y abundantes.

Respice de coelo, et vide. Mirad desde lo alto del cielo, y ved: porque la distancia inmensa que separa á los bienaventurados de la fría mansión de nuestra tierra, no es ciertamente un obstáculo al claro conocimiento que pueden tener de todo lo que pasa entre nosotros. En el Verbo de Dios es donde los santos conocen y contemplan todas las cosas: y en este espejo siempre fiel, es donde perciben los objetos que el Señor ha resuelto mostrarles. ¡Ah! no hay duda que en el abismo de esta luz admirable, y en medio de esos esplendores infinitos que son el pensamiento del Dios vivo; no hay duda que nuestras fragilidades y nuestras culpas, nuestra malicia y nuestro endurecimiento, presentan muchas cosas más tristes y más sensibles para el corazón compasivo que las contempla. Miradlas pues, os lo suplicamos, ¡oh bondadoso José! miradlas con ojos de padre; miradlas como un amigo, como un hermano; porque todos

estos nombres tan dulces y tan sagrados os convienen; vos sois *nuestro*, y nos perteneceis por los títulos más grandes y más santos.

Mas no os limitéis á *conocer*, en la luz de Dios, la multitud de las debilidades y de los dolores que llevamos sin cesar en nuestros cuerpos y en nuestras almas: *Vide et visita vineam istam: visitad* por vuestro auxilio *esta viña* de la Iglesia, á la que María, vuestra casta Esposa, ha fecundado con sus penas y sus oraciones; y á la que Jesucristo vuestro Hijo ha adquirido por la efusión de toda su Sangre. La Iglesia, como una viña escogida, está llamada á producir abundantemente los racimos de las buenas obras. Y ninguna bestia enemiga, ningún hereje, ningún perseguidor ni ningún demonio, debe tener poder para traspasar los límites que la rodean y la protegen. Esta viña debe ser como un *jardín cerrado*, (1) defendida contra todo ataque, y á cubierto de toda desgracia. Debe dar en todo tiempo al celestial Viñador, el suave perfume de sus flores recién abiertas; y también el jugo generoso de sus frutos, madurados dichosamente bajo los rayos del verdadero Sol de justicia. En todo tiempo debe producir el

(1) Cant., IV.

vino generoso de la gracia, este licor precioso que no puede imitar ninguna industria humana, este santo licor que alegra el corazón del hombre, que le fortifica en las penas y que sabe llenarle de un valeroso entusiasmo y de una dulce embriaguez.

Mas ¡ay! ¡cuántas miserias y desgracias asedian hoy día por todas partes á esta viña muy amada! ¡Cuántas tristezas, cuántas inutilidades, y cuántos vicios! ¡Cuántas cepas atacadas por las más graves enfermedades! ¡Cuántas ramas estériles y ya todas desecadas! ¡Cuántas hojas manchadas y desgarradas, medio devoradas por el enemigo! ¡Cuántas flores detenidas antes de abrir sus corolas y heridas de muerte en su gérmen! ¡Cuántos racimos secos y vacíos, sin grosor y sin sabor!

Por tanto, levantaos, ¡oh José! levantaos y venid en vuestra bondad, en vuestra fuerza y vuestra gloria. Visitad esta viña: *Visita vineam istam, et perfice eam*: y hacedla perfecta. *Perfice eam*: hacedla *toda perfecta*, sin defectos y sin manchas! Hacedla toda fecunda y toda bella, toda rica y feliz; á fin de que, después de haber germinado, florecido y fructificado por vuestros cuidados en esta tierra, podamos ser al fin trasladados al reino celestial, en donde reináis desde ahora cerca de

Maria, cerca de Jesús, cerca de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, á fin de que podamos cantar con vos, llenos de santa alegría, las melodías del eterno *Alleluia*.

Alleluia! Alabado seais Señor Dios, Creador de todas las cosas! Padre lleno de misericordia y de poder! Alabado seais en el cielo y en la tierra por los ángeles y por los hombres; alabado seais por todos los dones que habeis concedido á Señor San José, y por todos los dones que Señor San José nos concede. Sobre todo, seais alabado por Vos mismo, que solo y sin rival, vivís, domináis, y reináis, ahora y para siempre.



DIA DIEZ Y NUEVE

EN HONOR

DE SEÑOR SAN JOSE,

ESPOSO DE MARIA SANTISIMA.

ESCRITO POR

Gabino Chavez, Pbro.

Por la señal de la Santa Cruz, etc.

V. Señor, abrirás mis labios. R. Y mi boca anunciará tu alabanza.

V. Oh Dios atiende en mi ayuda.

R. Apresúrate Señor, á socorrerme. *Gloria.*

ACTO DE CONTRICIÓN.

Amable Jesús, dulce Salvador mío: ¡cuán gran desdicha es para un corazón que arde en deseos de amarte, el ver el negro cuadro de su pasada vida, con las continuas culpas que aumenta cada día su flaqueza! ¡Cuánto quisiera el alma tener un dolor vivo, ardiente y profundo para sentir tus ofensas, y un corazón tierno y sensible para dolerse de

Maria, cerca de Jesús, cerca de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, á fin de que podamos cantar con vos, llenos de santa alegría, las melodías del eterno *Alleluia*.

Alleluia! Alabado seais Señor Dios, Creador de todas las cosas! Padre lleno de misericordia y de poder! Alabado seais en el cielo y en la tierra por los ángeles y por los hombres; alabado seais por todos los dones que habeis concedido á Señor San José, y por todos los dones que Señor San José nos concede. Sobre todo, seais alabado por Vos mismo, que solo y sin rival, vivís, domináis, y reináis, ahora y para siempre.

DIA DIEZ Y NUEVE

EN HONOR

DE SEÑOR SAN JOSE,

ESPOSO DE MARIA SANTISIMA.

ESCRITO POR

Gabino Chavez, Pbro.

Por la señal de la Santa Cruz, etc.

V. Señor, abrirás mis labios. R. Y mi boca anunciará tu alabanza.

V. Oh Dios atiende en mi ayuda.

R. Apresúrate Señor, á socorrerme. *Gloria.*

ACTO DE CONTRICIÓN.

Amable Jesús, dulce Salvador mío: ¡cuán gran desdicha es para un corazón que arde en deseos de amarte, el ver el negro cuadro de su pasada vida, con las continuas culpas que aumenta cada día su flaqueza! ¡Cuánto quisiera el alma tener un dolor vivo, ardiente y profundo para sentir tus ofensas, y un corazón tierno y sensible para dolerse de

ellas! ¡Ah Señor! bien ves que á mí todo me falta, y que siendo tantos y tan grandes mis pecados, nunca he sabido sentirlos ni llorarlos. Apiádate, pues, de mí, Jesús mío, según tu gran misericordia: lávame más y más de mis iniquidades. rocíame con el hisopo de tu Sangre divina, y quedaré purificado y limpio. Perdóname, Salvador mío: lávame con tu Sangre: suple con tu dolor en el huerto, lo mucho que al mío le falta para ser perfecto; y por los méritos del dulcísimo varón á quien quisiste respetar en el mundo como á padre, dáme la gracia de una contrición verdadera que me merezca volar al cielo perdido por mis pecados. Amén.

A SEÑOR SAN JOSÉ,

¡Oh dichoso varón, escogido para las obras mas altas de la Divinidad, y asociado á los planes de la eterna Sabiduría para la redención del mundo! ¡Oh José! varón justo, Esposo de María, de la cual nació Jesús: representante del

Padre Eterno acá en la tierra; depositario de los secretos celestiales, guardador de los tesoros mas preciosos que Dios tiene, ayo de Jesús, testigo y custodio de la virginidad de María, cabeza de la Sagrada Familia, el último y más fervoroso de los patriarcas que esperaron al Redentor del mundo y que lo tuvieron largo tiempo á tu lado, ángel de inaudita pureza, escogido entre todos los hombres para ser colocado en compañía de la Reina de las vírgenes: modelo de prudencia y de justicia en tus determinaciones, de templanza en las prosperidades, y en los trabajos de fortaleza; mansísimo y obedientísimo, recto y sencillo como Jób, fiel como Abraham, laborioso como Jacob, benigno y favorecido como el otro José, el cual llevó tu nombre y en tantas maneras prefijó tus excelencias: ¡oh grande santo! yo no encuentro qué diga en tu alabanza, y sólo puedo enmudecer ante tu grandeza, que me asombra y me confunde! ¡Bendito sea el Señor que te hizo

tan grande, y que así como pudo y quiso enriquecer á su divina Madre con tan altas prerrogativas, así también quiso y pudo adornar de virtudes excelentes y de preciosos dones al corazón del mortal afortunado que debería servirle de padre sobre la tierra! ¡Cuánto me gozo, padre mío, de que tu nombre se ensalce ahora por todo el universo, y de que se propaguen con numeroso escritos tu culto y devoción! ¡Cuánto me regocijo de los continuos prodigios que el Señor está obrando por tu intercesión, y que muestran el aprecio grande con que escucha las súplicas de aquel á quien quiso obedecer y sujetarse como Hijo fiel en el mundo! ¡Cuánto admiro y glorifico la economía de la Providencia divina, que parece haber reservado para estos últimos tiempos el conocimiento mas claro, y el culto mas vivo de su representante en la Santa Familia, después de haber estendido en los primeros siglos el conocimiento de Jesucristo, y en los siguientes las glo-

as de su augusta Madre! Gózate, pues, casto y dulce Patriarca, gózate en la grandeza y sublimidad á que Dios ha querido elevarte, y suple con tus acciones de gracias, lo que nosotros, pobres mortales, no podemos hacer, dignándote aceptar ahora el recuerdo de tus dolores y de tus gozos que vamos á venerar. Amén.

Siete Padre nuestros y Ave Marias, á los dolores y gozos del Santo. Petición.

ORACION.

¡Oh poderoso y justo Patriarca, dignísimo Esposo de María y adoptivo padre del Salvador, aquí vengo á pedirte favores y gracias, con la firme confianza de no ser desechado. Mira, pues, á la Iglesia católica, á esta Iglesia de Jesús á quien tanto amaste, y que por ser cosa tan suya no puede dejar de interesarte, á esta Iglesia que es hoy víctima de la mas tenaz de las persecuciones, y que después de aclamar á

María por su remedio, te elige Patrón suyo, y ennoblece tu culto, y predica tus grandezas: favorécela, ¡oh grande Santo! hazle conocer que su confianza no ha sido vana, y que desde el cielo esforzadamente la defiendes; haz que se estienda más y más tu devoción por todo el mundo, que todos te tomen por abogado y protector; que los gefes de familia te entreguen la dirección de su casa y negocios; las almas devotas el cuidado de su espíritu, los casados el gobierno y la tranquilidad de su estado; los sacerdotes sus deseos de saber tratar con Jesucristo íntimamente, y los moribundos su tutela y defensa en el último combate. Y yo también, ¡oh padre mío benignísimo! te invoco para mi hora postrera. No me dejes allí solo; no me abandones en esa crisis tremenda; líbrame entonces de la tentación de presunción, y más aun de la de desconfianza, con que tanto urge el demonio en aquellos momentos angustiosos. Tú que entregaste plácidamente tu espíritu entre las manos de María y de Jesús, por la inefable dicha de tu muerte, al-

cánzame una muerte santa que me abra las puertas de la gloria y me haga ver y alabar á Dios en tu grata compañía y en la de la Inmaculada María, mi Madre.

Amén.

Puede terminarse con un Padre nuestro para la hora de la muerte, con la jaculatoria. En mi postrera agonía, etc.

Bendito y alabado, etc.

ORACION

A Señor San José.

A tí recurrimos en nuestra tribulación ¡oh dichosísimo José! y después de implorar el socorro de tu santísima Esposa, á tí también te pedimos con encarecimiento y muy confiadamente tu patrocinio. Te lo suplicamos por aquella caridad que te unió con la Inmaculada Virgen Madre de Dios; y por el amor paternal con que abrazabas al Niño Jesús, humildes te rogamos que mires benigno la herencia de Jesucristo, adquirida con su sangre, y socorras nuestras necesidades con tu poder y amparo.

Proteje, ¡oh providentísimo custodio de la divina familia; la estirpe escogida de Jesucristo: aparta de nosotros, amantísimo Padre, toda mancha de errores y corrupción: asístenos propicio desde el cielo, salvador fortísimo, en la lucha que sostenemos con el poder de las tinieblas: y así como libráste en otro tiempo al Niño Jesús del inminente peligro de la vida, así ahora defiende á su santa Iglesia de toda adversidad, cúbrenos perpetuamente con tu patrocinio, para que animados con tu ejemplo y auxilio, podamos vivir en santidad, morir piadosamente y alcanzar en el cielo la eterna bienaventuranza. Así sea.

El Sr. León XIII mandó rezar esta oración después del Rosario, y le concedió 300 días de indulgencia, como consta por su Encíclica de 15 de Agosto de 1889.

INDICE.

	PÁGS.
UNA PALABRA del traductor.....	I
PROLOGO.....	VII
Capítulo I.—Necesidad de la devoción para con los santos.....	1
Capítulo II.—De la grande utilidad de la devoción al glorioso San José.....	16
Capítulo III.—De la gran santidad del glorioso Señor San José.....	37
Capítulo IV.—Del gran poder del glorioso Señor San José.....	62
Capítulo V.—Cómo el glorioso Señor San José es patrón de los esposos y de los padres.....	91
Capítulo VI.—De cómo el glorioso Señor San José es patrón de las vírgenes y de los sacerdotes.....	114
Capítulo VII.—De cómo el glorioso Señor San José es patrón de los artesanos.....	138
Capítulo VIII.—De cómo el glorioso Señor San José es patrón de las almas entregadas á la oración.....	161

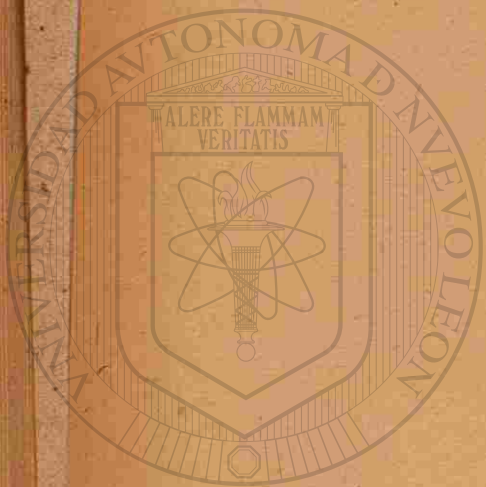
Proteje, ¡oh providentísimo custodio de la divina familia; la estirpe escogida de Jesucristo: aparta de nosotros, amantísimo Padre, toda mancha de errores y corrupción: asístenos propicio desde el cielo, salvador fortísimo, en la lucha que sostenemos con el poder de las tinieblas: y así como libráste en otro tiempo al Niño Jesús del inminente peligro de la vida, así ahora defiende á su santa Iglesia de toda adversidad, cúbrenos perpetuamente con tu patrocinio, para que animados con tu ejemplo y auxilio, podamos vivir en santidad, morir piadosamente y alcanzar en el cielo la eterna bienaventuranza. Así sea.

El Sr. León XIII mandó rezar esta oración después del Rosario, y le concedió 300 días de indulgencia, como consta por su Encíclica de 15 de Agosto de 1889.

INDICE.

	PÁGS.
UNA PALABRA del traductor	I
PROLOGO	VII
Capítulo I.—Necesidad de la devoción para con los santos	1
Capítulo II.—De la grande utilidad de la devoción al glorioso San José	16
Capítulo III.—De la gran santidad del glorioso Señor San José	37
Capítulo IV.—Del gran poder del glorioso Señor San José	62
Capítulo V.—Cómo el glorioso Señor San José es patrón de los esposos y de los padres	91
Capítulo VI.—De cómo el glorioso Señor San José es patrón de las vírgenes y de los sacerdotes	114
Capítulo VII.—De cómo el glorioso Señor San José es patrón de los artesanos	138
Capítulo VIII.—De cómo el glorioso Señor San José es patrón de las almas entregadas á la oración	161

Capítulo IX.—De cómo el glorioso Señor San José es patrón de las almas humildes	183
Capítulo X.—De cómo el glorioso Señor San José es patrón de moribundos ...	206
Capítulo XI.—De cómo el glorioso Señor San José es patrón de la devoción de María	227
Capítulo XII.—De cómo el glorioso Señor San José es patrón de la devoción á Jesucristo	249
Capítulo XIII.—De cómo el glorioso Señor San José es patrón de todos los cristianos	269
Capítulo XIV.—De la oscuridad de Señor San José, en los primeros siglos de la Iglesia	290
Capítulo XV.—De la gloria de Señor San José en el cielo	316
Día diez y nueve en honor de Señor San José	339



OBRAS

DEL

ILMO. Y RMO. SR. OBISPO DE AGUASCALIENTES

D. JOSÉ MARÍA DE J. PORTUGAL

XXI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tomado de la historia
EL GRAN PATRIARCA
SEÑOR SAN JOSÉ

POR EL ILMO. Y RMO.

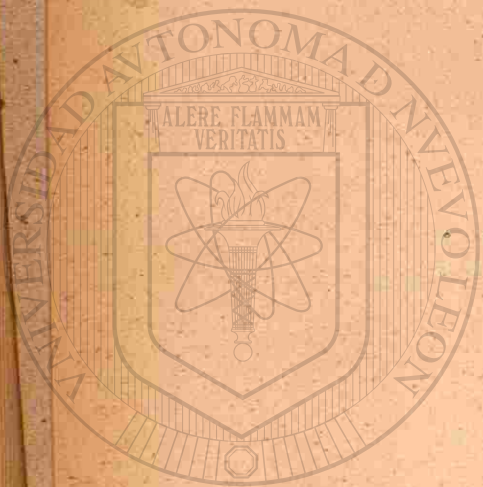
SR. OBISPO DE AGUASCALIENTES

D. FR. JOSÉ M.^a DE J. PORTUGAL

O. M.

Con aprobación del Ordinario.

U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

IMPRENTA DE EUGENIO SUBIRANA

CALLE DE LA PUERTA FERRISA, 12

1909

VICARIATO CAPITULAR
DE LA
DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nós toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse la obra titulada: «El Patriarca San José», por el Excmo. y Rmo. Sr. Dr. D. José María de Portugal, Obispo de Aguascalientes, mediante que de Nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprimase esta licencia al principio ó final de la obra y entréguense dos ejemplares de la misma, rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato.

Barcelona 5 de Enero de 1909.

EL VICARIO CAPITULAR

† **Ricardo**, Obispo de Eudóxia.

Por mandado de Su Señoría,
Lic. José M.^a DE ROS, Pbro., Scio. Canc.

DIRECCIÓN GENERAL DE



ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.	7
CAPÍTULO PRIMERO.—Predestinación de Señor san José.	11
CAP. II.—Los designios de Dios.	29
CAP. III.—Los grandes destinos de José.	42
CAP. IV.—Las pruebas del justo.	55
CAP. V.—De Nazareth á Belén.	70
CAP. VI.—De Belén al Egipto.	86
CAP. VII.—El Egipto y el regreso á Nazareth.	99
CAP. VIII.—La santa Casa de Nazareth.	116
CAP. IX.—El taller de Señor san José.	131
CAP. X.—El tránsito del santísimo Patriarca Señor san José.—Su santa expectación en el Seno de Abraham.	147
CAP. XI.—José en el cielo.	162
CAP. XII.—El Patrocinio de Señor san José.	178
CAP. XIII.—Los amantes de Jesús y de su Madre santísima bajo el patrocinio de Señor san José.	193
CAP. XIV.—Culto y devoción á Señor san José.	204
CAP. XV.—El Padre de los cristianos.	221



PRÓLOGO

DESDE hace algún tiempo el culto y devoción á Señor san José, se desarrollan de una manera sorprendente en la Iglesia de Dios, y los años que han transcurrido desde entonces, lejos de disminuir el fervor de la piedad cristiana en este punto, le han prestado nuevo aliento, con el cual el culto y la devoción del castísimo Patriarca progresan casi sin intermisión entre los fieles.

El nombre de Señor san José es pronunciado en todas partes con profunda veneración; los cristianos le invocan en sus grandes necesidades, se acogen á su

santo patrocinio, y tienen una confianza filial en tan tierno y amoroso padre.

En honor de José se edifican magníficos santuarios, se erigen cofradías y hermandades, se recuerdan sus privilegios, se admira la excelencia de sus santísimas virtudes, se cantan sus glorias, y la Iglesia de Dios se pone bajo su santo patrocinio.

No sabemos que en los primeros siglos del cristianismo, el culto y la devoción á Señor san José, hayan tenido el esplendor y la piedad con que actualmente brillan. Entonces esa devoción y ese culto eran como el riachuelo de muy escasas aguas, de que se nos habla en el libro de Ester. Estas aguas cuanto más se alejaban de su origen, aumentaban su caudal, hasta formar un gran río que salía de madre, é inundaba toda la campiña que iba recorriendo (1).

¿Por qué ha pasado esto con el culto y la devoción á Señor san José? Dios abre los tesoros de sus gracias, y los comunica á su santa Iglesia en el tiempo más oportuno para remediar las necesidades de la misma Iglesia. En los tiempos actuales,

(1) XI, 10.

en que los hombres casi enteramente han olvidado sus deberes religiosos, en que parece que no buscan otra dicha que la miserable y transitoria de este mundo, posponen los bienes del cielo á los de la tierra, Dios nuestro Señor, con paternal y amorosa providencia, nos presenta á José, á ese Santo, verdaderamente admirable y gloriosísimo, como un modelo de toda virtud; fidelísimo en el cumplimiento de todos sus deberes; que no buscaba la dicha de este mundo, sino la eterna, por la cual trabajaba sin descanso; que estimaba sobre todos los bienes el servicio de Dios, y se alejaba de todo aquello que podía impedirselo.— José fué designado por la Divina Providencia, para recordar á los hombres sus deberes y enseñarles el camino del cielo.

Su culto y devoción nos granjearán su patrocinio, y la memoria de su santa vida, será un impulso que, inspirado y sostenido por la gracia, nos lleve por las huellas que dejaron en la tierra sus santísimas virtudes.

Tiene por objeto nuestro libro, según puede conocerse en lo que acabamos de decir, sostener y aumentar, cuanto esté de nuestra parte, el amor y la piedad de los fieles á Señor san José.

Ofrecemos nuestro humilde trabajo á la Purísima Virgen, nuestra Reina y Señora. Ella se dignará presentarlo á su muy amado Esposo; y María y José, como lo pedimos, rogarán por nosotros al Señor, á quien sea la honra y la gloria por siempre jamás.



EL GRAN PATRIARCA SEÑOR SAN JOSÉ

CAPÍTULO PRIMERO

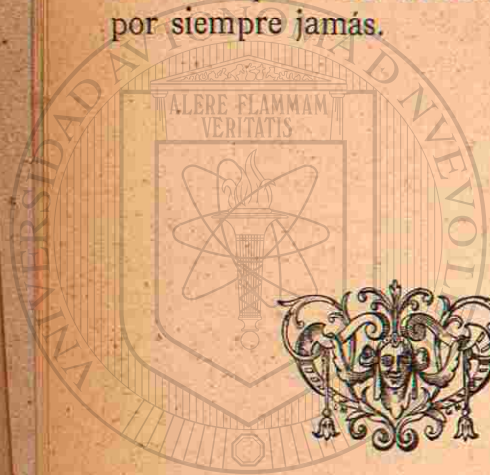
Predestinación de Señor san José.

I

Es la predestinación la presciencia y la preparación de los beneficios de Dios por las cuales certísimamente se libran los que consiguen la vida eterna. Es la razón del orden que existe en la mente divina con respecto á los mismos. Es el eterno decreto por el cual Dios provee el dar á algunos, la gracia en esta vida, y el conseguir la gloria en la vida futura.

Nadie puede negar la predestinación; porque todas las cosas están sujetas á la divina Providencia, á quien corresponde dirigirlas al fin. Este fin puede exceder la proporción y la virtud de la criatura racional, y consiste en la vida eterna, en la clara visión de Dios. Hay otro fin proporcionado

Ofrecemos nuestro humilde trabajo á la Purísima Virgen, nuestra Reina y Señora. Ella se dignará presentarlo á su muy amado Esposo; y María y José, como lo pedimos, rogarán por nosotros al Señor, á quien sea la honra y la gloria por siempre jamás.



EL GRAN PATRIARCA SEÑOR SAN JOSÉ

CAPÍTULO PRIMERO

Predestinación de Señor san José.

I

Es la predestinación la presciencia y la preparación de los beneficios de Dios por las cuales certísimamente se libran los que consiguen la vida eterna. Es la razón del orden que existe en la mente divina con respecto á los mismos. Es el eterno decreto por el cual Dios provee el dar á algunos, la gracia en esta vida, y el conseguir la gloria en la vida futura.

Nadie puede negar la predestinación; porque todas las cosas están sujetas á la divina Providencia, á quien corresponde dirigirlas al fin. Este fin puede exceder la proporción y la virtud de la criatura racional, y consiste en la vida eterna, en la clara visión de Dios. Hay otro fin proporcionado

al hombre; y éste lo puede alcanzar por las fuerzas de su naturaleza; mas para alcanzar el primero, necesita que Dios le conduzca á él; y la razón de esto preexiste en Dios, así como en El existe la razón del orden de todas las cosas que se encaminan al fin. Ahora bien: la razón de lo que ha de hacerse, existe en la mente del actor, y es cierta preexistencia de lo que se ha de ejecutar; y de aquí que la razón de ser conducida la criatura racional á la vida eterna, se llama predestinación.

Todo lo que Dios hace en el tiempo, lo preordenó y decretó desde la eternidad; mas tenemos que á muchos hombres les da la gloria en el tiempo; por lo mismo *ab aeterno* decretó dársela; y en esto consiste la predestinación.

La predestinación es certísima, é infaliblemente consigue su efecto; mas no por esto impone necesidad, lo que quiere decir que sus efectos no provienen de necesidad; porque, aunque la predestinación es parte de la providencia, no todas las cosas que á esta providencia se sujetan, son necesarias; algunas hay que suceden contingentemente, según la condición de sus próximas causas, ordenadas por aquella providencia á sus respectivos efectos; y sin embargo, el orden de la providencia es infalible, y subsiste la libertad de la cual proviene contingentemente el efecto de la predestinación.

Si parece algún predestinado, dice san Agustín, Dios se engaña; mas no perece, porque Dios no se engaña. Si perece por la culpa, Dios es vencido; mas no perece, ya que por ninguna cosa puede ser vencido Dios.

La predestinación es acto del entendimiento y de la voluntad, y así como el entendimiento divino no puede engañarse en su presciencia, así su voluntad no puede ser vencida en lo que quiere absoluta y eficazmente, como es la salud eterna de los predestinados.

La predestinación supone la elección, y ésta el amor; porque la predestinación es una parte de la Providencia Divina, y ésta es el designio que existe en el entendimiento y que dispone la ordenación de algunos á su fin; mas nada se ordena al fin, si previamente no se quiere este mismo fin; por esto se presupone en Dios la voluntad de salvar á los que El mismo predestina; y esta voluntad implica elección y amor. Implica este último porque se quiere la vida eterna para los elegidos; y supone también la elección en cuanto el bien de la salud eterna se quiere para ellos con preferencia á otros.

En esto tenemos que notar lo siguiente: nuestra voluntad al amar no produce el bien, sino que éste, preexistente, nos induce á amar: escogemos á alguno para amarle; precede, pues, en nosotros la elección al amor. En Dios pasa lo contrario; porque su voluntad que quiere el bien del ser que ama, es causa de este bien en el amado; y así el amor es anterior á la elección según la razón, y la elección precede á la predestinación. Por esto todos los predestinados son elegidos y amados (1).

(1) l. p. q. XXIII, aa. I, IV, VI.

Dios predestina; la predestinación es infalible; Dios predestina por amor... El imperio de Dios es soberano y absoluto, su poder infinito, y su amor es benignísimo y es la fuente viva de la misericordia y de la gracia. Ahí están para probar todo esto la existencia y la certidumbre de la predestinación; y ahí está el amor que con tanta dulzura y abundancia derrama sobre sus escogidos.

¿Porqué no cantar con las más dulces y tiernas alabanzas, el imperio soberano de nuestro Dios amabilísimo, que todo lo dispone según el consejo de su santa voluntad? Y su virtud que es la omnipotencia, y su amor que es una bondad incomprendible, también nos piden bendición y gloria, y acción de gracias y, en una palabra, todos los afectos de nuestra alma. Y le bendecimos, y le glorificamos, y le damos gracias, y consagramos todo nuestro ser á su divina gloria.

Inmensa es nuestra dicha al ocuparnos en tan dulces pensamientos; mas ¡ay dolor! que repentinamente se deja ver en el cielo de nuestra alma una oscura y pavorosa nube que nos llena de inquietud y de tristeza: El número de los escogidos no puede aumentar ni disminuir: ¿seremos de ese número? no sabe el hombre si es digno de amor ó de odio; y esta ignorancia hacía temblar á los mismos santos; ¿qué efecto tendrá que producir en nosotros, miserables pecadores? si no acudimos á Dios, esos pensamientos podrán llevarnos de abismo en abismo; mas acordémonos que la predestinación es parte de la Providencia amorosísima de Dios; y esa Providencia está llena de bondad.

Acordémonos que Dios quiere que todos los hombres se salven; que murió por nosotros; que nos llamó á la admirable luz de su Evangelio y que nos tiene en el seno de su santa Iglesia, fuera de la cual no hay salvación. Reflexionemos que su benignidad nos llama á penitencia; que disimula nuestros pecados á fin de darnos lugar al arrepentimiento; y después de esto, arrojémonos en los brazos de nuestro Dios querido y pongamos nuestra suerte en sus divinas manos.

Semejantes temores serán para nosotros en gran manera saludables, si de ellos usamos como conviene, aplicándolos á la vigilancia cristiana, al horror al pecado, y á robustecer en nuestras almas el temor de Dios; temor, que, en vez de alejarnos de nuestro Padre querido, nos lleve á sus pies, nos haga pedirle que nunca permita en nosotros el pecado y nos dé la entrada en su divino reino.

Contemplemos ahora la predestinación desde otro punto de vista: ¿La presciencia de los méritos es la causa de la predestinación; ésta es anterior ó posterior á la previsión de los méritos? Es preciso inquirir la razón de la predestinación, como se inquiriere la razón de la voluntad divina. A esta voluntad no puede asignarse causa por parte del acto de querer; pero sí por la de los objetos que quiere, es decir, en cuanto Dios quiere que algo exista por razón de otra cosa. Nadie ha habido tan insensato, que haya dicho que los méritos son causa de la predestinación por parte del acto del que predestina; pero es cuestionable si la predestinación por parte del efecto tiene una causa, esto es,

si Dios ha preordenado otorgar el efecto de la predestinación á alguno por causa de sus méritos.

Podemos considerar el efecto de la predestinación bajo dos conceptos: 1.º En particular, y así nada impide que algún efecto de la predestinación sea la causa y razón de otro: el posterior del anterior en concepto de causa final; el anterior del posterior en el de causa meritoria, que se reduce á la disposición de la materia. Lo cual equivale á decir que Dios ha decretado con anterioridad, que El daría la gloria á alguno por sus méritos; y que le concedería la gracia para que mereciese la gloria. 2.º Puede considerarse el efecto de la predestinación en conjunto; y en este concepto es imposible que el efecto total de la predestinación en común tenga causa alguna de nuestra parte; porque cuanto hay en el hombre que lo dirija á su salvación eterna se halla totalmente comprendido en el efecto de la predestinación, inclusa la misma preparación á la gracia; pues ni aun esta preparación tiene lugar sino mediante el auxilio de Dios (1).

No entraremos en el examen de la grave cuestión agitada entre los teólogos, sobre si la predestinación es antes ó después de los méritos previstos; es suficiente para nuestro objeto la anterior doctrina de santo Tomás; pero si añadiremos que de cualquiera de las dos sentencias que libremente se sostienen en las Escuelas, podemos sacar gran provecho para nuestras almas: hagamos la prueba.

(1) A. V.

En la sentencia de los tomistas la predestinación es anterior á la previsión de los méritos: ¿Tendrá por esto que turbarse nuestro corazón? De ninguna manera, sino todo lo contrario. *Sentite de Domino in bonitate*, se nos dice en la Escritura divina (1). ¡Qué palabras tan llenas de esperanza, de consuelo y de amor! ¿No derramarán en nuestras almas la abundancia de la paz y la dulzura de la misericordia divina?

La bondad de nuestro Dios amorosísimo se nos presenta amable y bienhechora sobre toda expresión, llena de encantos y de gracia; nos olvidamos de nosotros mismos al pensar en ella; y esos encantos, y su inefable dulzura, y las miradas tan llenas de benignidad y de clemencia con que se ha dignado contemplarnos desde la misma eternidad; todo esto, en una palabra, ¿sería excitado, causado por nuestros méritos, que no son, delante del Eterno, sino como asqueroso y corrompido lienzo?

El nos ha amado por su propia bondad; nada ha visto en nosotros; esto nos descubre nuevos horizontes en la grandeza infinita de la bondad de Dios nuestro Señor; y avanzando de claridad en claridad, á cada instante, nuestros cánticos de amor y de alabanza serían más armoniosos, más llenos de amor y de dulzura; y veríamos, cómo al llegar á los pies de nuestro Dios querido, que no hay refugio más seguro, ni más amoroso descanso, que su voluntad divina que dispone soberanamente de nuestra eterna dicha. En esta voluntad,

(1) Sap., I, 1.

como en océano infinito de misericordia y de gracias, nos sumergimos y nos olvidamos de nosotros mismos para que ella reine en todas partes y sobre todas las cosas.

La sentencia en que se asegura que la predestinación es después de los méritos previstos, nos inspira también elevadísimos y utilísimos sentimientos. Al presentárenos la predestinación como pendiente de nuestras buenas obras, nos dice con acento de inefable bondad: Si quieres alcanzar la vida eterna, guarda los mandamientos; pues los que obran bien entran en ella; y los que obran mal son arrojados al fuego eterno (1).

¿Quién no descubre en tales expresiones, el vivo interés, si así pudiéramos llamarle, que tiene la bondad divina de salvarnos? Lo quiere, y esto con sincera y tierna voluntad; mas esa voluntad no tendrá su efecto si la resistimos. Al criarnos lo hizo sin nosotros; al salvarnos lo hará con nosotros.

Estas consideraciones despiertan en el alma un ardiente deseo de conseguir la vida eterna; deseo que la gracia divina inspira, alienta y vigoriza.— Es preciso dejar el pecado y cumplir la santa ley de Dios, nos decimos á nosotros mismos; y la senda que conduce al cielo, se nos descubre llena de encanto; y oímos una voz secreta que nos convida diciendo: Seguidla, que son muy dichosos los que por ella caminan. La sentencia que examinamos, no sólo nos anima á practicar las obras de

(1) Matth., XIX, 17.

virtud; también nos inspira el santo temor de Dios. ¿Cuáles son las buenas obras que podemos presentar á Dios nuestro Señor para obtener el cielo? ¿quién, por el contrario, en vez de las obras de virtud no registra en su conciencia innumerables faltas, que también serán presentadas á los ojos del Eterno? Obremos, pues, nuestra eterna salud con temor y temblor; y tengamos presente que no sabemos si somos dignos de amor ó de odio.

El santo temor de Dios, y el ignorar si nos hallamos en estado de gracia, despertarán en nuestras almas la solicitud cristiana, y oiremos que el Señor nos dice: Esforzaos más y más, y haced cuanto podáis para asegurar vuestra vocación y elección por medio de las buenas obras; porque haciendo esto no pecaréis jamás; pues de este modo se os abrirá de par en par la entrada en el reino eterno de nuestro Señor Jesucristo (1).

Al pensar en la corona de justicia con que el Eterno ceñirá la frente de sus escogidos, éstos dejarán de bendecir la magnificencia de su gloria, su bondad divina; dejarán de amarle con todo el corazón, viendo que las tribulaciones y amarguras, y sus buenas obras, les habían ganado un peso eterno de gloria; tribulaciones y amarguras momentáneas y ligeras, y obras de virtud en las que la santidad de Dios hallaba imperfecciones?

La solicitud y el empeño por acumular tesoros de virtud, deben aumentar reflexionando que la Providencia Divina, de la cual es parte la predes-

(1) II Petr., I, 10, 11.

tinación, no suprime la acción de las causas segundas, sino que provee á los efectos de tal suerte, que aun el orden de esas causas está subordinado á la Providencia; y como ésta, en el orden natural, atiende á los efectos naturales, ordenando á estos mismos las causas naturales, sin las que no tendrían lugar tales efectos; de la misma manera predetermina Dios la salvación de alguno, subordinando á la predestinación todo cuanto á ésta le conduce, como las propias oraciones, las de los otros, todas las buenas obras, y en una palabra, todo aquello sin lo cual no se consigue. Por esto los predestinados deben ejercitarse en la oración y en las buenas obras, que son los medios por los cuales el efecto de la predestinación se cumple, *certitudinaliter*, dice el Angel de las escuelas (1).

De esta manera, sea cual fuese la sentencia que sigamos, en nada llegará á perjudicarnos; y veremos que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman á Dios, de aquellos que El ha llamado según su decreto para ser santos (2).

II

Era indispensable decir una palabra acerca de la predestinación, para poder contemplar en seguida la bellísima figura de José, no sólo según

(1) Cit. a. VIII.

(2) Rom., VIII, 28.

se nos presenta en el Evangelio, sino también según existía en la mente divina, enriquecido con los valiosísimos tesoros de la gracia que Dios le destinaba para el cabal desempeño de la misión que tendría que cumplir en el tiempo.

¿Cuáles son los tesoros de la gracia á que nos referimos? No le alcanzó, ciertamente, el privilegio reservado á su sagrada esposa. José contrajo la culpa original; pero ¿cuánto tiempo duró en su alma esa culpa? Lo ignoramos; mas la piedad nos inclina á creer que fué santificado antes de su nacimiento. Jeremías y el Bautista obtuvieron esa gracia; ¿dejaría Dios nuestro Señor de concederla al gran José, á quien desde la eternidad había designado para padre putativo de su Hijo unigénito y esposo de la divina Madre de Jesús?

Dios le contemplaba embellecido con la luz de esa gracia santificante que le hacía objeto de la ternura del Eterno; gracia sublime, que, cual rico manantial, iría derramando sin cesar, en el alma de José, nuevas misericordias y favores, hasta elevarlo á una santidad eminentísima; hasta poder decir, en cuanto que esto corresponda á una criatura, que era el digno representante del Padre celestial, el digno esposo de María, Reina de los ángeles, y la más excelsa y perfecta de todas las criaturas.

¿Quién ha contado las arenas del mar y las gotas de la lluvia, y los días de los siglos? ¿Quién ha medido la altura del cielo, y la extensión de la tierra, y la profundidad del abismo? (1). Con la

(1) Eccli., I, 2.

debida proporción, podemos también preguntar: ¿quién ha contado las gracias que Dios señaló desde la misma eternidad para el alma de José, y que recibió en el tiempo para el digno desempeño de su incomparable y singular misión? Dios le contemplaba allá en su eternidad, con un amor muy grande, con amable y dulcísima ternura. Si queremos conocer la grandeza de ese amor, recordemos sus nobles y altísimos destinos; porque el amor de Dios no es como el del hombre, amor débil y que muchísimas veces es incapaz de realizar sus deseos. Nada de esto pasa en Dios nuestro Señor, cuya voluntad santísima nunca puede faltar, porque es omnipotente su virtud.

Contemplemos ahora á nuestro Santo en su predestinación, según las diversas sentencias de las escuelas teológicas.

José fué escogido y amado; y esta elección y este amor, precedieron su predestinación, que es parte de la divina Providencia. La Providencia lo designaba, y todo lo ordenaba al eterno fin de José; mas no se manda cosa alguna en orden al fin si este mismo fin no se quiere previamente. Dios, pues, eligió, amó, predestinó á José. No hay en él méritos ningunos; porque el efecto total de la predestinación en común, nos ha dicho el angélico Maestro, no tiene causa alguna de nuestra parte; por esto la elección, el amor y la predestinación, cual rayos de encantadora y vivísima luz, iluminan el alma de José, que aparece á los ojos del Eterno, hermosísima y engalanada con los dones de la gracia. Mas ¿de dónde le han venido

tanta dicha, y esa hermosura, y esas gracias, que nos encantan y arroban al pensar en ellas? Del amor generosísimo de Dios, que, sin ningunos méritos por parte de José, quiso derramar en él los tesoros de su gran bondad.

José pudo decir como san Pablo: Hemos recibido el espíritu de Dios para conocer las cosas que Dios nos ha dado (1). No ignoraba nuestro Santo el amor singularísimo que Dios le tenía; y si á otros muchos Santos, Dios les ha revelado su elección á la vida eterna ¿tendremos dificultad en admitir que también á José concedió el Señor un favor semejante? Sabía, pues, que su nombre estaba escrito en el cielo, y que brillaba con caracteres de oro en el libro de la vida. ¡Qué amor tan ardiente excitarían en su alma la elección y el amor de Dios para con él, su predestinación para la vida eterna! Una y otra vez se abrirían sus labios para bendecir al Padre de las luces, de quien descenden toda dádiva excelente y todo don perfecto.

A la vista de las maravillas de la gracia divina que Dios desde la eternidad había determinado realizar en el alma de José, él se humilla, se anonada en la presencia divina, y se entrega sin reserva á la voluntad de Dios. No pone límites ningunos á su noble y generosa gratitud; y la acción de gracias, cual suave y delicado aroma, se eleva sin cesar desde su corazón hasta el trono del Eterno.

(1) I Cor., II, 12.

Admira nuestro Santo la magnificencia de los divinos dones enteramente gratuitos, anteriores á todos sus merecimientos. Y esos dones, y todas las gracias que recibió en el tiempo, fueron previstos desde la eternidad, y desde entonces designados, determinados para enriquecerle y engalanarle en el tiempo con todos los encantos de una hermosura verdaderamente admirable.

¡Oh si nosotros, á imitación de nuestro amado Santo, pensásemos frecuentemente en el amor que Dios nos ha tenido desde la misma eternidad! Entonces también nuestros labios se abrirían para bendecir la bondad y la misericordia que el Altísimo ha usado con nosotros; ardería en nuestras almas la llama del amor divino, y sería nuestra dicha cumplir en todo la voluntad del Eterno.

Los que amáis á José, imitad sus santísimas virtudes, y traed á la memoria estas palabras del Apóstol: Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha colmado en Cristo de toda suerte de bendiciones espirituales del cielo, así como por Él mismo nos escogió antes de la creación del mundo, para ser santos y sin mancha en su presencia, por la caridad; habiéndonos predestinado al ser de hijos suyos adoptivos por Jesucristo á gloria suya, por un puro efecto de su buena voluntad, á fin de que se celebre la gloria de su gracia, mediante la cual nos hizo gratos á sus ojos en su querido Hijo. En quien por su sangre logramos la redención, y el perdón de los pecados, por las riquezas de su gracia, que con abundancia ha derramado sobre nosotros,

colmándonos de toda sabiduría y prudencia; para hacernos conocer el misterio de su voluntad, fundado en su beneplácito, por el cual se propuso restaurar en Cristo, todas las cosas de los cielos y las de la tierra. Por El fuimos llamados como por suerte, habiendo sido predestinados según el decreto de Aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad, para que seamos la gloria y el objeto de las alabanzas de Jesucristo (1).

Estas hermosísimas palabras del Apóstol nos llenan de esperanza y de consuelo, y al pensar en ellas descansamos deliciosamente en el seno del más amoroso de todos los padres, y adoramos, con la más profunda sumisión, su santa voluntad.

Contemplemos, ahora, la bellísima figura de José á la luz de la sentencia teológica que nos dice que la predestinación se hace después de los méritos previstos.

Fueron grandes, verdaderamente admirables, los méritos de ese Santo á quien llamamos el castísimo Patriarca; mas entre esos méritos y la dignidad infinita de Dios nuestro Señor, hay un inmenso abismo que jamás criatura alguna podrá llenar.

Fueron excelentísimas las virtudes de José, y su correspondencia á la divina gracia también fué verdaderamente sublime y perfecta, cuanto lo permite la condición de la presente vida. Pongamos ahora el mérito de esas virtudes y la fidelidad de

(1) Ephes., 1, 3-12.

José á la gracia divina delante de su dignidad de padre putativo del Hijo de Dios, de representante del Padre celestial; y preguntemos: ¿habrá pagado enteramente nuestro Santo, lo que debe al Señor por esos singularísimos favores, por esa dignidad incomparable exceptuando, solamente, la dignidad de María?

José, el humildísimo José, ¿podría tener sus méritos como pago suficiente de las grandes misericordias de que Dios le había colmado? ¿Esos méritos, los tenía como si nada hubiesen sido; y las divinas gracias á que nos referimos se presentaban á sus ojos una en pos de otra, con una grandeza incomprensible y con una belleza encantadora? ¿Dejarían de llenar de amor y de ternura el corazón de José, ese corazón enriquecido con todos los dones de la gracia, con la suavidad y la dulzura del amor de Dios?

Dios contemplaba desde su eternidad los altísimos méritos de nuestro amado Santo, y, lleno de bondad y de misericordia, se inclinaba á él con un cariño verdaderamente paternal..... ¡Ah! todo esto causaba en él una humildad muy profunda y un reconocimiento que él mismo no podía comprender. Dios le tenía encadenado, y muy presente para colmarle de gracias y favores. Las virtudes de José inclinaban hacia él las miradas del Eterno, que las contemplaba con una benignidad llena de amor y de ternura; y José, al pensar en todo esto, no tenía, por decirlo así, palabras que pudiesen revelar la nobleza de sus sentimientos. ¿Con qué alabanzas ensalzaria el amor de Dios para con él;

y quién podrá decirnos hasta dónde penetró en su alma, tan delicada y tan pura, el fuego del amor de Dios? Tal es la enseñanza que nos da el gran Patriarca, y que podemos practicar cuando pensemos en el amor que desde la eternidad se ha dignado tenernos nuestro bondadoso Padre, y en las innumerables gracias y favores con que desde entonces quiso enriquecernos.

No somos santos como lo fué el castísimo Patriarca, ni nuestras virtudes pueden compararse con las suyas; ¿porqué, pues, no humillarnos hasta el fondo del abismo de nuestra miseria; porqué no agradecer con todo el corazón el amor que Dios nos ha tenido, y todas las gracias y los favores, y esa benignidad inexplicable, incomprensible, con que se ha dignado ver nuestros pequeños méritos, para remunerarlos con su paternal y amorosa bendición?

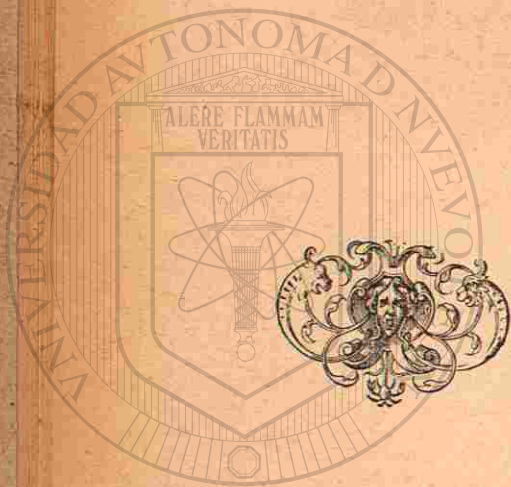
Al pensar en la predestinación no queramos escudriñar con demasiada solicitud, si no queremos exponernos á mil turbaciones é inquietudes. Ese trabajo sería enteramente inútil y perjudicial; lo primero, porque está escrito: ¿Quién ha conocido los designios del Señor, ó quién fué su consejero? (1). Lo segundo, porque Salomón nos dijo: Como la miel daña á los que comen de ella en demasía, así el que se mete á escudriñar la majestad de Dios será oprimido del peso de su gloria (2). Pongamos nuestra suerte en manos de

(1) Rom., XI, 34.

(2) Prov., XXV, 27.

nuestro amantísimo y benignísimo Padre, y descansemos tranquilamente en su seno, diciendo con David: Dormiré en la paz, y descansaré, porque Tú, oh Señor, has asegurado mi esperanza (1).

(1) Psalm. IV, 9, 10.



CAPÍTULO II

Los designios de Dios.

I

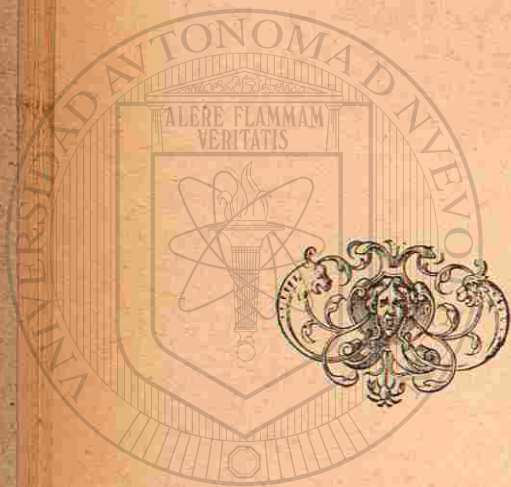
LA Creación, la Encarnación, esas obras admirables del Eterno nos están diciendo cuáles son los designios de Dios y las obras que realiza *ad extra*, según el lenguaje de la teología.

Crió Dios el mundo por la gloria de su santo nombre; é hizo resplandecer en él la perfección y la belleza de sus divinos atributos. Bien sabemos que los cielos publican la gloria del Criador, y que anuncia el firmamento, la grandeza de sus obras. David cantó esa gloria en sus hermosos salmos, con los más delicados acentos de una armonía celestial; oigamos cómo bendice á Dios en uno de ellos:

Oh Señor Dios mío, Tú te has engrandecido y te has revestido de gloria y majestad. Estás cubierto de luz como de un ropaje; extendiste los cielos como un pabellón.—Haces de las nubes tu

nuestro amantísimo y benignísimo Padre, y descansemos tranquilamente en su seno, diciendo con David: Dormiré en la paz, y descansaré, porque Tú, oh Señor, has asegurado mi esperanza (1).

(1) Psalm. IV, 9, 10.



CAPÍTULO II

Los designios de Dios.

I

LA Creación, la Encarnación, esas obras admirables del Eterno nos están diciendo cuáles son los designios de Dios y las obras que realiza *ad extra*, según el lenguaje de la teología.

Crió Dios el mundo por la gloria de su santo nombre; é hizo resplandecer en él la perfección y la belleza de sus divinos atributos. Bien sabemos que los cielos publican la gloria del Criador, y que anuncia el firmamento, la grandeza de sus obras. David cantó esa gloria en sus hermosos salmos, con los más delicados acentos de una armonía celestial; oigamos cómo bendice á Dios en uno de ellos:

Oh Señor Dios mío, Tú te has engrandecido y te has revestido de gloria y majestad. Estás cubierto de luz como de un ropaje; extendiste los cielos como un pabellón.—Haces de las nubes tu

carroza, y vuelas sobre las alas de los vientos. Haces que tus ángeles sean veloces como el viento, y tus ministros activos como fuego abrasador. Cimentaste la tierra sobre sus propias bases; jamás perderá su nivel. Brotan las fuentes en los valles; y se filtran sus aguas por en medio de los montes... Crió el Señor la luna para arreglo de los tiempos, el sol se dirige á su ocaso. Tú ordenaste las tinieblas y quedó hecha la noche; en ella transitarán las fieras del bosque; mas al despuntar el sol se dirigen en tropel á sus guaridas. Sale el hombre á su trabajo, y en él permanece hasta la tarde. ¡Oh Señor, y cuán grandiosas son todas tus obras! Todo lo has hecho con sabiduría, y de tus riquezas está llena toda la tierra. Tuyo es el mar, tan grande y de anchurosos senos; viven en él innumerables peces... (1). Mas ¿á dónde vamos? Al contemplar la innumerable multitud de las criaturas, y la arrobadora y perfecta belleza con que brillan las obras del Eterno, tenemos que elevar hasta su trono cánticos de amor, de admiración y de alabanza: ¡Oh Señor, cuán admirable es tu nombre en toda la redondez de la tierra!; tu magnificencia resplandece más allá de los cielos; y sin embargo recibes con agrado las alabanzas de los niños, de los humildes de corazón,

Ha sido la creación, para los Santos, un libro abierto donde leían, con santa complacencia, los divinos atributos del Criador. El poder de Dios ostentaba una magnificencia incomprensible; y su

(1) Psalm. CIII.

sabiduría infinita iluminaba sus almas con una luz purísima y hermosa; y el amor divino los encendía en su sagrado fuego.

Contemplemos ahora á nuestro gran Patriarca, á ese hombre de oración: ¿qué sería para él la virtud omnipotente del Eterno, y la purísima luz de su ciencia, y las llamas de la caridad divina? Serían, sin duda, objetos de su adoración y su alabanza, de acción de gracias, y del ejercicio de las más sublimes virtudes.

Pensando en las obras de Dios, el corazón de José rebosaría de inmensa dicha; en ese corazón moraban, como en su propio domicilio, la justicia, la paz y el gozo en el Espíritu santo; porque todo lo hallaba en las obras de Dios, que están dispuestas con medida, número y peso, porque sólo El tiene siempre á la mano el sumo poder; ni hay quien pueda resistir á la fuerza de su brazo; porque todo el mundo es, en su presencia, como un granito en la balanza, y como una gota de rocío que por la mañana desciende sobre la tierra; y El tiene misericordia de todos, por lo mismo que todo lo puede; y disimula los pecados de los hombres á fin de que hagan penitencia; y ama todo cuanto tiene ser; y nada aborrece de cuanto ha hecho; y nada se conserva sin su orden; y suyas son todas las cosas; y El es el amador de las almas (1).

El poder, la bondad, la misericordia y el amor de Dios formaban en torno de José, como una at-

(1) Sap., XI, 21-27.

mósfera en la cual respiraba, pensando en Dios, amando á Dios, y elevando hasta su trono los más dulces y armoniosos cantos de amor y bendición. ¡Qué vida la suya tan hermosa y tan llena de virtudes, tan agradable á Dios nuestro Señor! Si de nuevo contemplaba la creación, José llamaba á todas las criaturas á bendecir con él la magnificencia y la gloria del Criador. Llamaba á su propia alma, y le dirigía estas palabras de David: Bendice al Señor, alma mía, y bendigan todas mis entrañas su nombre santo. Bendice al Señor alma mía, y guárdate de olvidar ninguno de sus beneficios... El es quien te corona de misericordia y de gracias; quien colma con sus bienes tus deseos; para que se renueve tu juventud como la del águila. El Señor hace mercedes y hace justicia á los que sufren agravios... Como un padre se compadece de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de los que le temen... Su misericordia permanece *ab aeterno*, y estará para siempre sobre aquellos que le temen.. Bendiced al Señor todos vosotros, oh ángeles suyos, vosotros de gran poder y virtud, ejecutores de sus órdenes, y que estáis prontos á obedecer la voz de sus mandatos. Bendiced al Señor todos vosotros, los que componéis su celestial milicia, sois sus ministros y cumplís su voluntad. Bendiced al Señor todas sus criaturas dondequiera que os halléis; y tú, alma mía, bendice al Señor (1).

¿Era terrena ó celestial la vida de José? No vivía para sí mismo, sino para Dios, á quien se acer-

(1) Psalm. CII.

caba diariamente, meditando en las grandezas de sus obras: las criaturas le llevaban al Criador; le hablaban siempre de Dios, si así podemos decir, y le atraían á El con una dulzura inexplicable. Si en las criaturas descubría José las maravillas del poder divino, y la sabiduría y el amor del Eterno, esas criaturas le decían entonces: *Ipse fecit nos et non ipsi nos*. Contempla en nosotras la huella luminosa del Criador, y en ti mismo su imagen soberana.

La imagen de Dios en el alma de José es una maravilla encantadora; esa imagen se nos presenta llena de majestad y de grandeza, llena de dulzura y de misericordia; lo primero, porque tendrá que representar en la tierra la persona del Padre Celestial, y lo segundo, porque habría que dispensar á los miserables y necesitados, el socorro de su santo patrocinio.

Preguntemos ahora, refiriendo á nuestro aprovechamiento la materia de este capítulo: ¿es para nosotros la Creación el libro en que leemos diariamente las maravillas del poder divino, y la sabiduría y la bondad de Dios, como lo hacía José? Y ¿bendecimos como él, y glorificamos á nuestro Dios querido, por su infinita grandeza, y por ser El quien es, el único Dios verdadero, Criador del cielo y de la tierra, y de todas las cosas visibles é invisibles? ¡Ay de nosotros! Podrá decírsenos tal vez, que tenemos ojos y no vemos, que tenemos oídos y no oímos...

Eleveamos nuestras miradas á José, y pidámosle que nos alcance gracia y luz para descubrir en

todas las obras del Señor sus divinos atributos, y para bendecirle y darle gracias por su infinita gloria.

II

¿Qué podremos decir acerca de la Encarnación del Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, que no sea demasiado humilde y sencillo, y en verdad indigno de un misterio tan profundo y en el cual resplandecen la misericordia y el amor de Dios, y su sabiduría infinita, y su virtud omnipotente, con una majestad incomprensible y con una luz que ofusca á toda inteligencia? No diremos sino lo que la Iglesia nuestra Madre nos enseña y que será suficiente para nuestro objeto.

Dios ha venido al mundo y se ha hecho hombre para redimir á los hombres del pecado, para salvar al mundo y remediar los males que le trajo la culpa primitiva. Es, por tanto, la Encarnación, una prueba magnífica y brillante del amor que Dios nos tiene. Así amó Dios al mundo que le dió á su Hijo Unigénito, para que todo aquel que cree en El no perezca sino que tenga la vida eterna (1).

No puede medir la inteligencia, la grandeza del amor divino que resplandece en el misterio de la Encarnación; porque Dios es el ser de los seres, cuya dignidad es infinita, y no tiene necesidad de sus criaturas, y éstas son como si nada fuesen de-

(1) Joann., III, 16.

lante del Eterno. Aún hay más, la santidad de Dios es inmutable, es perfectísima; y al encarnarse el Verbo se hacía hermano de los hombres pecadores; y el Padre celestial tendría que poner sobre su Hijo Unigénito todas nuestras maldades; y este Hijo Unigénito sería la víctima de propiciación por nosotros.

No puede haber insuperable obstáculo á los decretos del Eterno, á los designios eficaces de su amor divino; por esto ni la distancia infinita que media entre el Criador y la criatura, ni la majestad soberana del Eterno, ni la pequeñez y la nada de nuestro ser, ni las ignominias del pecado pudieron detener en su camino al Hijo de Dios que vino á redimirnos.

El Hijo de Dios trajo al mundo el fuego del amor divino, y fué su voluntad encender en ese fuego á todos los hombres; mas no todos habrían de participar en igual medida de los dones de Dios; ni corresponderían con la misma fidelidad á la divina gracia. Uno es el Señor, dice san Pablo, una la fe, uno el bautismo, uno el Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y gobierna todas las cosas, y habita en todos nosotros, si bien á cada uno se le ha dado la gracia según la medida de la donación de Jesucristo (1).

Pongamos ahora los ojos en José, y preguntemos: ¿cuál es la medida de la gracia divina que el Señor derramó en el alma de este Santo, y hasta dónde llegó á penetrar en su corazón el fuego del

(1) Ephes., IV, 5-7.

amor sagrado?—La abundancia de esta gracia y las sagradas llamas de aquel fuego, estaban sin duda en relación con los designios de Dios sobre José; porque aquellos á quienes Dios elige para alguna cosa, los prepara y dispone de modo que se hallen idóneos para lo que son elegidos, según estas palabras del Apóstol: Nos ha hecho ministros idóneos del Nuevo Testamento (1).

Esta doctrina del Doctor angélico, la hallamos también en san Bernardino de Sena, que dice lo siguiente: En la dispensación de las gracias singulares, es regla general que á las personas elegidas para recibir las, ó para constituir las en algún estado sublime, se den todas las prerrogativas y excelencias que les correspondan, que son necesarias para desempeñar su cometido, y que las engalanan y hermocean con profusión. Esto se verificó singularmente en Señor san José, elegido por el Padre celestial como fiel nutricio y custodio de sus más ricos tesoros, Jesucristo nuestro Señor y la Inmaculada Virgen María (2).

El cargo de nutricio pedía en Señor san José una vigilancia infatigable y continua, y una solicitud que no le dejase descansar. Dios, pues, le enriqueció con las gracias necesarias para que fuese vigilante y solícito en la custodia de los riquísimos tesoros que había puesto en sus manos.

Mas la vigilancia y la solicitud del gran Patriarca, no eran las de un mercenario; servía á

(1) II Cor., III, 6.—P. 3, q. XXVII, a. IV.

(2) De S. Joseph.

Dios por amor, porque esa era la voluntad del Padre celestial; y ese amor era también un don excelentísimo que había recibido, porque Aquel de quien era nutricio, era el Hijo de Dios.

Desde este punto de vista, el cargo de Señor san José como nutricio del Hijo de Dios nos descubre una belleza encantadora, y ésta es la que le dan las gracias y virtudes con que Dios nuestro Señor quiso engalanar el sublime y honrosísimo cargo á que nos referimos.

Si queremos contemplar un instante la hermosura de esas gracias, pongamos en José nuestras miradas. No duerme ni descansa, por decirlo así. En el día no piensa en otra cosa que en el Niño divino y en su santa Madre; y durante la noche ni en su sueño apacible y delicioso, los llega á olvidar su corazón: Yo duermo, pero mi corazón está velando, podemos decir también de nuestro Santo; porque nunca olvida el verdadero amor, el amor de un santo, que sin cesar le está pidiendo que ame á su Dios, que le consagre sin interrupción sus caricias y ternuras. Y cuando el sueño ha pasado, continúa José pensando en Jesús y en María.

José no se ocupa solamente en pensar en el precioso depósito que el Padre le ha confiado: ocúpase asimismo, y con una solicitud muy amorosa, en procurar el bienestar del Niño y de su Madre; trabaja por ellos sin descanso: ¿sin descanso hemos dicho? ¡Ah! que ese trabajo que inspira, sostiene y corona un amor delicadísimo y sublime como era el de José, casi no parece com-

patible con el cansancio que agobia y nos deja sin aliento. El amor es una fuerza que no sólo vigoriza el alma, sino también el cuerpo; bálsamo sagrado que unge nuestro cuerpo y le presta un vigor desconocido y siempre nuevo.

Si hubiésemos visto alguna vez á nuestro Santo, ó bien durante las horas del trabajo, ó cuando estaba conversando, santa y deliciosamente con Jesús y María, sin duda habríamos conocido algunas maravillas que realizaba el amor en su alma. ¡Qué miradas las suyas tan llenas de ternura! En ellas les dice cuánto es el amor que les tiene. Parece que está esperando una palabra para cumplir al instante lo que se le diga. Quisiera adivinar, por expresarnos de este modo, los deseos de esos seres que le son tan queridos; y aun quisiera prevenir esos deseos: que á todo esto nos lleva el verdadero amor.

Jesucristo, nos dice el Príncipe de la teología, en cuanto hombre era dirigido inmediatamente por el Verbo de Dios; y por lo mismo no necesitaba de la guarda de los ángeles. Además en cuanto al alma era comprensor, aunque viador por razón de la pasibili-

hizo en efecto el gran Patriarca, que no vivió sino para cuidar y atender al Hijo de Dios y á su divina Madre.

La vigilancia y la solicitud de José, y su amor, y las otras virtudes de que hemos hablado, fueron gracias singulares que directamente se relacionaban con el cargo que Dios le había confiado respecto de Jesús y de María. Ese cargo, ese ministerio de sublime grandeza y de una confianza incomparable por parte de Dios nuestro Señor, si puede dársele ese nombre, derramaba en el alma de José nuevas gracias, en verdad preciosas y de una excelencia admirable; porque cuanto más nos acercamos al principio en un género cualquiera, participamos con mayor abundancia del efecto de ese principio. Ahora bien: Jesucristo es el principio de la gracia por su propia potencia como Dios, é instrumentalmente como hombre (1); por lo mismo el que más se acerque á Jesucristo, recibirá con mayor abundancia las comunicaciones de la gracia. Nadie se acercó á su Majestad como su inmaculada y santa Madre, que recibió la gracia con toda plenitud; mas, después de Ella, se pre-

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El presente libro es propiedad de la Universidad de Salamanca y no puede ser vendido, prestado o reproducido sin el consentimiento expreso de la Dirección General de Bibliotecas.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Este libro es propiedad de la Universidad de Salamanca y no puede ser vendido, prestado o reproducido sin el consentimiento expreso de la Dirección General de Bibliotecas.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

mo, á quien amaba con el más santo y generoso amor?

Recibía pues el gran Patriarca las divinas gracias, no sólo en su misma fuente, que es el Hijo de Dios, sino además éstas le llegaban por medio de María, de cuya plenitud, dice san Bernardo, todos recibimos.

La vigilancia y la solicitud son las grandes virtudes que tenemos que aprender en la conducta de José. Somos siervos, somos hijos de Dios, El es nuestro Señor y Padre; tenemos que servirle y amarle; mas ¿cumplimos nuestras obligaciones como cumplía las suyas el gran Patriarca con una solicitud tan llena de amor y de ternura y con una vigilancia que no llegaba á descansar? El Apóstol decía á los Romanos: No seáis desidiosos en cumplir vuestro deber: sed fervorosos en el espíritu, acordándoos que el Señor es á quien servís (1). Y á los fieles de Efeso: Haced en todo tiempo con espíritu y fervor continuas oraciones y plegarias; y velad con todo empeño, y orad por todos los Santos (2).

Al recordar estas sublimes enseñanzas nos llenamos de confusión y de vergüenza; pues la conciencia no nos da un testimonio que nos deje satisfechos; ni la solicitud ha desterrado de nosotros la pereza, ni la vigilancia nos ha acompañado en todo tiempo. ¿Por qué no acudimos al patrocinio de nuestro glorioso Santo; por qué no le pedimos

(1) XII, 11.

(2) VI, 18.

que nos obtenga del Señor esas santísimas virtudes que tan admirable le hacen entre todos los Santos?

Acordémonos de estas palabras de la Escritura divina: Dichoso el que vela y guarda bien sus vestidos (1); y tengamos entendido que cada uno recibirá el premio según su trabajo, teniendo presentes estas palabras de san Pablo: Trabajad más y más en la obra del Señor, pues sabéis que delante de El vuestro trabajo no quedará sin recompensa (2); y al fin de la jornada de la vida podremos decir: Ved lo poco que hemos trabajado y hemos adquirido un gran descanso (3).

Por lo demás, el trabajo que consigo trae la solicitud será para nosotros como nada, y casi no sentiremos su peso si nos alienta el amor. Y en la vigilancia hallaremos consuelo y delicia; porque Aquel á quien servimos es el objeto de todo nuestro amor. Allí está, para probar lo que decimos, nuestro amado José; si caminamos sobre sus huellas, una dichosa experiencia nos hará recordar que: Servir á Dios es reinar; y el reino de Dios no está en el manjar y en la bebida sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu santo (4).

(1) Apoc., XVI, 15.

(2) I Cor., XV, 58.

(3) Eccli., LI, 35.

(4) Rom., XIV, 17.



CAPÍTULO III

Los grandes destinos de José.

I

EN la genealogía de nuestro Señor Jesucristo hallamos lo siguiente: Jacob engendró á José, esposo de María, de la cual nació Jesús que se llama Cristo (1). Con esta admirable sencillez aparece en el Evangelio el gran José, no como progenitor del Mesías, sino como esposo de la Inmaculada y santísima Virgen María, Madre de Jesús. Esto nos revela el destino que Dios ha señalado á José en el gran misterio del amor de Dios. Es el esposo de María, y tendrá que extender sobre su esposa un manto de pureza que la libre de toda sospecha cuando venga al mundo el divino Redentor. Su Madre santa se presentará delante de los hombres como la casta esposa de José. El mundo no tenía que recibir una luz de la cual no era digno, ni estaba en con-

(1) Matth., I, 16.

diciones de poder aprovecharla, y era necesario substraer á su maledicencia, á la Virgen más pura que los ángeles de Dios, la inocentísima é incomparable Esposa del Espíritu divino.

El manto de José la cubre con su sombra... ¡Oh Santo mil veces dichoso! antes que Vos la cubrierais con vuestra dulce y amorosa sombra, el Espíritu de Dios la había cubierto con sus blancas alas, y la tenía guardada en su mismo seno; porque era la Esposa preferida de su amor; y entre todas sus esposas, es la más santa y perfecta, la más hermosa y amable.

El destino de José, destino sublime y en verdad admirable, tiene en sí mismo una grandeza que no podemos medir, ya que se refiere á la honra de la Madre de Dios, y á la honra también de Jesucristo. ¡Qué destino tan glorioso y sagrado!

Dios destinó á nuestro Santo para verdadero esposo de la Inmaculada y santísima Virgen María, cuyo matrimonio fué conveniente para que Jesucristo nuestro Señor no fuese despreciado de los infieles, como nacido ilegítimamente. Además, de esta manera la genealogía del Salvador podía formarse, como era costumbre, por la línea masculina. El que vino al mundo, dice san Ambrosio, debió ser descrito según la costumbre del mundo. Si se trata de la persona de un hombre que reivindicaba la dignidad de su linaje en el Senado y en los demás cargos de las ciudades, la costumbre de las Escrituras nos instruye sobre el particular, indagando el origen del varón (1). Convino tam-

(1) In Luc. C. 3.

bién el matrimonio de la Virgen Santísima con Señor san José, por la tutela del Niño, con el fin de evitar que el diablo no tuviese gran empeño en perjudicarlo. A esto se refiere san Ignacio cuando dice que María fué desposada para que su divino y virginal alumbramiento quedase oculto al demonio.

Añadamos que el Niño tendría que ser alimentado por el santo Patriarca; y por esta razón fué llamado Padre de Jesús como nutricio.

Respecto de María, el matrimonio la libraba de la infamia y del castigo; y en Señor san José tendría quien la ayudase en todas las necesidades de la vida.

En cuanto á nosotros, ese matrimonio nos certificaba por medio de José que Jesucristo había nacido de una virgen; y la conducta de nuestro Santo sería sin duda un testimonio elocuentísimo de la incomparable pureza de María; pues si él no hubiese sabido el misterio de la concepción inmaculada del Hijo de Dios, no sólo hubiera sentido el agravio, sino que habría podido vengar la injuria. Por otra parte, las palabras de la inocentísima y purísima Virgen Madre con las que aseguraba su virginidad, se harían más creíbles, y alejarían toda sospecha; pues siendo casada no había motivo para mentir; porque el premio y la gracia del matrimonio es la fecundidad (1); y verificándose en María que fuese desposada y virgen, la virgi-

(1) D. Ambros. cit.

nidad y el matrimonio quedaban honrados en la Madre purísima de Dios (1).

Las razones que acaban de exponerse, hablan á nuestra piedad cristiana con una elocuencia encantadora y nos llenan de celestial dulzura. En efecto, el honor del Hijo de Dios y de su Madre santísima se nos presentan como uno mismo: lo que infamase á la Madre deshonoraría también al Hijo; mas el vínculo sagrado que ha unido los destinos temporales de María y José, impide la infamia y aleja la deshonra. Cubre José al Hijo y á la Madre, con un manto de gloria: es el Esposo de María...

José protege al Hijo de Dios y á su divina Madre, según lo que acabamos de decir. Ese amparo, esa protección, si así queremos llamarla, revelan una dignidad y una grandeza verdaderamente admirables; y son en realidad una maravilla que no podemos comprender.—*Obediente Domino voci hominis*. Tal es el gran prodigio que se nos refiere en la Escritura cuando Josué pronunció estas palabras: Sol, detente sobre Gabaón: Luna no te muevas sobre el valle de Ayalón (2).—Dios obedece á sus criaturas; condescendencia adorable de su grandeza infinita; mas ahora tenemos que una criatura protege y ampara á su Dios, y salva su honra delante de los hombres. Esta condescendencia, esta manifestación del amor de Dios, con respecto á José, nos le presentan cual instrumento

(1) 3, p. q. XXIX, a. I.

(2) X, 12, 14.

precioso de las maravillas del Eterno; divinas maravillas que abren nuestros labios para cantar la gloria y la grandeza del castísimo Esposo de María; y una y mil veces bendicimos y ensalzamos la unión inviolable y sagrada de José y María.

Mucho es, en verdad, lo que la Madre de Dios debió á su Esposo, que no permitió que el brillo de la pureza inmaculada de esa Niña se llegase á empañar con el impuro aliento de la calumnia y la maledicencia. ¿Cómo queremos que María haya pagado semejante deuda? Sus ojos de paloma, se fijarían con indecible ternura en los virginales ojos de su Esposo, expresándole su gratitud inmensa y su incomparable cariño.—A su vez Jesús pagaría á José llenando su alma de divinas gracias.

En verdad que todo el ministerio de José era una gracia que le obligaba enteramente para con Dios nuestro Señor; mas esto no quita que Dios, en su bondad inmensa, quisiera tenerse como obligado para con su siervo, y pagase con espléndida munificencia cuanto por El y por su santa Madre hacía José.

Nosotros que amamos al Hijo y á la Madre, á quienes pertenecen nuestros más dulces afectos, y en quienes tenemos nuestras delicias ¿no estaremos enteramente obligados para con José, que cubrió con su sagrado manto, y libró de toda infamia á Jesús y á María, y que empleó tantos cuidados y desvelos á fin de atender á sus necesidades? Si no tuviesemos más que este motivo para amar á José y manifestarle toda la gratitud de nuestras almas, tal motivo sería sin duda más que

suficiente para ello: nos sentiríamos ligados con cadenas de amor; y le diríamos, al desahogar nuestra ternura: bendito seáis mil veces, oh Esposo de María, oh Padre putativo de Jesús, que con una solicitud amorosísima habéis cuidado de esos seres que nos son tan queridos, y para los cuales fué tan benéfico vuestro santo matrimonio.

El espíritu de las tinieblas podía conocer, por virtud de su naturaleza, que la Madre de Dios conservaba su purísima virginidad; mas Dios no dejó que conociese el modo del divino alumbramiento de María; esto sin embargo, no era un obstáculo para que después conociese de alguna manera el demonio, que Jesús era el Hijo de Dios; mas era preciso impedir durante la infancia del Señor, que le persiguiera el diablo con todo su furor; porque en ese tiempo Jesucristo no estaba dispuesto ni á sufrir, ni á desplegar su poder (1); sino que en todo se mostraba semejante á los otros niños.

Nada, nada conseguirá el domonio contra Jesús Niño, y ¿por qué? porque le cubre con su manto el Esposo de María; porque ese Niño aparece á los ojos de los hombres como los demás descendientes de Adán. ¡Admirable sabiduría de la Providencia del Señor! Sólo el Espíritu divino puede penetrar en los consejos de Dios; y Dios escoge para instrumento de sus altísimos designios á José; le da por esposa á la futura Madre de su Verbo divino; y de esta manera la sabiduría de Dios ilumina con los más suaves y hermosos resplandores de su luz

(1) Ad 3.

la cuna del Hijo de Dios, por otra parte, humildísima, y que no podía llamar la atención de los mortales. El príncipe de los soberbios, el demonio, quedó sin luz, y no llegó á conocer la pureza virginal de la divina Madre; pues entre esta santísima Señora y el abominable enemigo de los hombres, Dios había puesto el manto sagrado de José.

Entre María y José hubo verdadero matrimonio; y se llama verdadero cuando llega á su perfección. Ahora bien: la perfección es de dos clases, primera y segunda. Consiste la primera en la forma, de donde se toma la especie; la segunda consiste en la operación, que se dirige á su término.

Refiriéndonos al matrimonio, su forma está puesta en la unión indivisible de los ánimos, por la cual los cónyuges están obligados á ser fieles el uno al otro. Esta primera perfección que constituye verdadero en absoluto el matrimonio, la hallamos en el de la Virgen Santísima con Señor san José.

No te extrañe, dice san Ambrosio, que la Escritura, dé frecuentemente el nombre de esposa á la Virgen Santísima, porque la celebración de las bodas no trae consigo la corrupción de la virginidad; testifica únicamente el matrimonio (1).

El matrimonio de que hablamos no tuvo la segunda perfección, que no podía corresponderle por su santísima pureza y por los designios que sobre

(1) In Luc., Cap. I.

él tenía la providencia del Señor; y sin embargo, todo el bien de las bodas, dijo san Agustín, se cumplió en los padres de Jesucristo: la prole, la fidelidad y el sacramento: conocemos por la prole á Jesucristo, la fidelidad en que no hubo adulterio, y el sacramento porque no hubo divorcio (1). Así eleva y santifica, así llena de encantos y bellezas, el matrimonio de María y José, cuantos bienes hay en los otros matrimonios. Aquel matrimonio santísimo, exhala la más suave fragancia de la pureza virginal; es un lazo precioso de oro que une, no los cuerpos, sino las almas de María y José, llenas de gracia y de toda virtud y santidad. En fin, la incomparable y celestial unión de María y José, por medio de Jesús, concebido en el purísimo seno de María por obra del Espíritu santo, tiene un bien inmenso en Jesucristo, fruto de vida eterna que vino al mundo para derramar en él un olor de santidad más suave que el aroma del incienso, que hace florecer las azucenas, que exhala celestial fragancia, que produce graciosas ramas, y pone en nuestros labios cánticos de bendición y de alabanza (2).

II

José, esposo de María y padre putativo de Jesús. Semejantes títulos nos revelan una dignidad altísi-

(1) De nup. et concupis. L. 1, c. 2.

(2) Eccli., XXXIX, 18, 19.

ma, y atesoran las más preciosas gracias de los cielos. El gran Gersón, al contemplar aquella dignidad y estas gracias, exclamaba: ¡Oh sublimidad incomparable, oh dignidad altísima la de José: la Madre de Dios, la Reina del cielo, la Señora del mundo, le llama Señor! (1). Y con toda verdad así debe ser llamado, porque Dios quiso constituirle jefe de la Sagrada Familia, que sin duda alguna preside á todas las familias cristianas. Por esto el Hijo de Dios pudo decirle lo que dijo Faraón al antiguo José: Tú tendrás el gobierno de mi casa; y al imperio de tu voz todo el pueblo tendrá que obedecer: yo no tendré sobre ti más preeminencia que la del trono real... y sin tu orden, ninguno moverá pie ni mano en toda la tierra de Egipto (2). Nosotros diremos: en todo el imperio de Jesús.

No es José el soberano Señor de los que mandan; porque esto sólo á Dios corresponde; mas le llamamos Señor, no solamente por su dignidad sublime y que exige la veneración de los mortales, sino, además, por los cuidados y desvelos con que atiende al pueblo que Dios le ha encomendado, la Iglesia de Jesucristo nuestro Señor.

Señor san José: así se le llama; y en verdad que ese nombre despierta en nosotros sentimientos de respeto y de veneración. Al pensar en El, nos parece descubrir en su semblante una majestad y una grandeza que se imponen por sí mismas y nos

(1) Serm. de Nativ., B. V.

(2) Gon., XLI, 40, 44.

contienen y humillan; y sin embargo, saben inspirarnos una confianza filial. Nos acordamos de Jesús, nuestro hermano primogénito: José le lleva en sus brazos, y le estrecha contra su seno, y le acaricia con inefable y dulcísima ternura; y preguntamos: ¿no se acordará de los hermanos de Jesús, de nosotros, ni nos verá con ojos paternos? La santa protección que nos dispensa y que jamás se ha interrumpido, responde á nuestras preguntas: Señor san José es grande y sublime, mas siempre amable y bondadoso, siempre benigno para todos los cristianos.

El ministerio de José fué nobilísimo, por referirse al orden de la unión hipostática del Verbo con la naturaleza humana; por esto ordenaba sus trabajos y acciones á la persona de nuestro Señor Jesucristo: le guarda, le alimenta y le ejercita en el oficio de carpintero. Y Aquel con quien desempeña esos ministerios, es el Hijo de Dios...

Hay algunos ministerios, dice Suárez, que pertenecen al orden de la gracia que se llama *gratum facientem*; y en éstos tienen los apóstoles el primer lugar; y para su desempeño necesitaron mayores auxilios de la gracia. Existen otros ministerios más elevados y perfectos que los que acabamos de nombrar, y son los que tocan al orden de la unión hipostática, y en éstos se halla el ministerio de José.

La unión hipostática es un misterio de amor y de misericordia que nos ha revelado la bondad infinita de Dios para con los hombres; todo en ese misterio es piedad y dulzura, benignidad y gracia;

y al recordarlo, no sólo pensamos en el Hijo de Dios y en su Madre divina, sino también en José, que se nos presenta abriendo su corazón para recibir en él los más ricos tesoros de la gracia; tesoros tan abundantes, que no podrá encerrarlos en su seno y tendrá que derramarlos sobre nosotros.

José protegiendo al mundo, y haciéndole participante de los espléndidos tesoros de la gracia con que Dios le ha enriquecido.

¿De dónde á José esa opulencia admirable de celestiales dones, y tantos privilegios con que se presenta á nuestros ojos? El Hijo de Dios le ha acercado al gran sacramento de piedad, al misterio de su santa Encarnación; y aquel Hijo es luz, es amor; y los que á El se acercan son iluminados, y Dios los abraza en el fuego de su santa caridad. Mas José no guarda ocultos en el pecho ni la luz, ni el amor que ha recibido. Basta para convencernos de lo que decimos reflexionar en la enseñanza que acerca de la Encarnación nos da este santísimo Patriarca. Con su conducta nos asegura la virginidad de su inmaculada Esposa; y volviéndose á nosotros, y designando á María, nos dice: *Ecce virgo concipiet...* mi Esposa inmaculada y santa, es la Virgen que anunció Isaías; Ella ha concebido y dará á luz un Hijo que tendrá por nombre Emanuel, Dios con nosotros.

El testimonio de José que guardaba la inocencia y la pureza de María su esposa, es irrecusable; y derramando una luz celestial, cuanto es posible en el profundo misterio de la Encarnación, nos lleva por la senda hermosa y florida de la fecunda

virginidad de nuestra Señora hasta la Persona del Hijo de Dios, Jesucristo nuestro Señor, que se hizo hombre por salvarnos.

José nos comunica el fuego del amor divino al mostrarnos en su elección tan maravillosa como singular, la fuente viva de la misericordia de Dios para con los hombres. Esa misericordia se ha derramado sobre José con toda abundancia, y llega hasta nosotros revelándonos que la pureza y la humildad nos acercan á Dios y le inclinan á comunicarnos sus más preciosos dones.

Nuevas enseñanzas de ciencia y amor nos comunica la vida de José en sus relaciones con el Hijo de Dios, de quien salía continuamente el manantial de la divina gracia. Esta gracia no hallaba el más ligero impedimento en el alma de José, sino todo lo contrario, una disposición excellentísima. Siendo esto así, ¿podremos comprender cuántos fueron los dones celestiales con que el Hijo de Dios enriquecía, casi sin interrupción, á este su siervo fidelísimo, su padre putativo?

En la abundancia de las divinas gracias no puede olvidarse el amor de Dios para con aquel á quien se digna dispensarlas; y Jesús amaba á José con singularísimo cariño, con amor verdaderamente filial, porque era su padre putativo, y cumplía respecto de Jesús los oficios de padre.

José no vivió en compañía de Jesús solamente por algunos meses, sino por muchos años, durante los cuales las palabras del Hijo de Dios, y sus acciones, y en fin, toda su conducta, eran para José una enseñanza verdaderamente divina; un

ejemplo de la más elevada santidad que le inspiraba aliento, y le daba esfuerzo, y le hacía caminar sobre las huellas del Hijo de Dios que descendió al mundo para enseñar á los hombres el camino del cielo; y José imitaba con tanta perfección los santísimos ejemplos de Jesús, que el Niño divino puede decirnos: Trabajad en mi servicio y amadme, como lo hizo José.

Este admirable y gloriosísimo Santo, trabajaba sin descanso por Jesús, vivía para su gloria, y adelantaba diariamente en perfección y gracia. Ni el cansancio, ni el fastidio, ni el descuido se apoderaban de su espíritu; su gozo en el Señor y su amor ardentísimo á Jesús eran las alas que elevándole sobre todo lo terreno, lo llevaban hacia Dios, para bendecirle y glorificarle con todos sus afectos.

¡Quién nos diera seguir con todo esfuerzo y constancia las huellas luminosas de José! Imitadme, nos dice, como imité á Jesucristo. Al oír esta voz de esfuerzo y consuelo, le dirigimos esta humilde plegaria: Alcanzadnos la divina gracia, tomadnos de la mano y conducidnos por las sendas que recorristeis en la vida. Vuestro glorioso y santo patrocinio, allanará las dificultades, sostendrá nuestros pasos vacilantes, y adelantaremos en los caminos del Señor, cantando la gloria de su gracia y bendiciendo las misericordias que, por vuestros ruegos, hemos recibido de la Bondad Divina, á quien damos todo honor y gloria.



CAPÍTULO IV

Las pruebas del justo.

I

GRANDE es el amor de Dios para con sus fieles servidores; mas ¿cuál es la prueba de ese amor, y de qué manera les revela Dios que son aceptos á sus divinos ojos? La prueba del amor es el sufrimiento, y este mismo revela que aquellos á quienes el Señor hace participantes del cáliz de su pasión, á quienes lleva por el camino de las penas, son aceptos en su divina presencia.

¿En dónde están los santos á quienes Dios haya prodigado en este mundo, no adversidades y contradicciones, no dolores y padecimientos, sino consuelos y delicias?

Caminan los santos hacia el cielo, y el camino del cielo no es la vía espaciosa de que habla el Evangelio sino la otra estrecha y difícil que tiene por término la vida eterna.

Tobías fué probado por Dios que le quitó la

ejemplo de la más elevada santidad que le inspiraba aliento, y le daba esfuerzo, y le hacía caminar sobre las huellas del Hijo de Dios que descendió al mundo para enseñar á los hombres el camino del cielo; y José imitaba con tanta perfección los santísimos ejemplos de Jesús, que el Niño divino puede decirnos: Trabajad en mi servicio y amadme, como lo hizo José.

Este admirable y gloriosísimo Santo, trabajaba sin descanso por Jesús, vivía para su gloria, y adelantaba diariamente en perfección y gracia. Ni el cansancio, ni el fastidio, ni el descuido se apoderaban de su espíritu; su gozo en el Señor y su amor ardentísimo á Jesús eran las alas que elevándole sobre todo lo terreno, lo llevaban hacia Dios, para bendecirle y glorificarle con todos sus afectos.

¡Quién nos diera seguir con todo esfuerzo y constancia las huellas luminosas de José! Imitadme, nos dice, como imité á Jesucristo. Al oír esta voz de esfuerzo y consuelo, le dirigimos esta humilde plegaria: Alcanzadnos la divina gracia, tomadnos de la mano y conducidnos por las sendas que recorristeis en la vida. Vuestro glorioso y santo patrocinio, allanará las dificultades, sostendrá nuestros pasos vacilantes, y adelantaremos en los caminos del Señor, cantando la gloria de su gracia y bendiciendo las misericordias que, por vuestros ruegos, hemos recibido de la Bondad Divina, á quien damos todo honor y gloria.



CAPÍTULO IV

Las pruebas del justo.

I

GRANDE es el amor de Dios para con sus fieles servidores; mas ¿cuál es la prueba de ese amor, y de qué manera les revela Dios que son aceptos á sus divinos ojos? La prueba del amor es el sufrimiento, y este mismo revela que aquellos á quienes el Señor hace participantes del cáliz de su pasión, á quienes lleva por el camino de las penas, son aceptos en su divina presencia.

¿En dónde están los santos á quienes Dios haya prodigado en este mundo, no adversidades y contradicciones, no dolores y padecimientos, sino consuelos y delicias?

Caminan los santos hacia el cielo, y el camino del cielo no es la vía espaciosa de que habla el Evangelio sino la otra estrecha y difícil que tiene por término la vida eterna.

Tobías fué probado por Dios que le quitó la

vista, y esta privación le manifestó el amor que Dios le tenía: Porque eras acepto á Dios, le dijo el ángel san Rafael, fué necesario que la tentación te probase (1).

El amor de los padres á sus hijos, es en verdad grande y sincero, mas no por esto excluye la prueba del sufrimiento. No rehuses, hijo mío, la corrección del Señor, ni desmayes cuando El te castigue; porque el Señor castiga á los que ama, y en los cuales tiene puesto su afecto, como un padre le tiene en sus hijos (2). El Señor al que ama lo castiga, dice también el Espíritu santo, por san Pablo; y á cualquiera que recibe por hijo, le azota y le prueba con adversidades (3). *Los padres deben imitar esta conducta.*

El sufrimiento nos es indispensable para desprender el corazón de los afectos de la tierra. ¿Quién reprimiría esos afectos, si siempre les sonrieran en el mundo la fortuna, la salud, el bienestar, y todos los goces y delicias de la vida? La enfermedad y la pobreza, las mortificaciones, las amarguras y tristezas, se acercan á nosotros y nos dicen: Si queréis gozar de verdadera dicha, buscadla en otra parte y no en el mundo; buscadla sólo en Dios. Y los desengaños, y el abandono en que nos dejan los seres más queridos, y tal vez la traición y otras innumerables desventuras, nos repiten lo mismo. Buscad vuestra dicha en el Señor,

(1) XII, 13.

(2) Prov., III, 11, 12.

(3) Hebr., XII, 6.

que á nadie engaña, que jamás abandona, ni puede traicionar á los que le sirven; porque es fidelísimo para con todos, y en su santo servicio se hallan la paz, el consuelo y la verdadera dicha.

La semejanza con Jesucristo es un indicio de predestinación; mas el divino Salvador padeció por nosotros, dice san Pedro, dándonos ejemplo para que sigamos sus huellas. El cual no cometió pecado alguno, ni se halló dolo en su boca... Llevó la pena de nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz (1).

Ser parecidos á Jesucristo, es para nosotros una doble gloria, porque contiene, como acabamos de decirlo, una señal de predestinación, y satisface el más dulce y ardiente deseo de nuestras almas: llevar en nosotros la imagen de nuestro hermano primogénito que hizo tanto por salvarnos y á quien amamos con todo el corazón. Todos estos bienes los traen consigo los padecimientos. Por esto decía san Bernardo: La cruz puede amarse, y sus consuelos nos llenan de alegría. El árbol de la cruz germina la vida, produce el gozo espiritual, destila el bálsamo de los divinos consuelos y de toda gracia espiritual. No es árbol silvestre, sino de vida para aquellos que lo llevan con amor sobre sus hombros (2).

Hay, pues, en los padecimientos riquísimos tesoros de divinas gracias. ¿El Hijo de Dios los negaría á sus siervos? Es nuestro Maestro, y

(1) I. Epist. II, 21, 22, 24.

(2) In Vig. S. Andreae Apost.

con su ejemplo vino á enseñarnos, según lo hemos visto, el camino de la vida eterna, y lo hizo también con sus palabras. Dijo, en efecto, á los discípulos que se encaminaban á Emmaus, y que trataban de los padecimientos del Señor: ¿Porventura no era conveniente que el Cristo padeciese todas esas cosas y así entrase en su gloria? (1). Y el Hijo de Dios, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz sin hacer caso de la ignominia, y está sentado á la diestra del trono de Dios. San Pablo añadía á estas palabras, las siguientes: Considerad atentamente á este Señor que sufrió tal contradicción de los pecadores contra su misma persona; á fin de no desmayar perdiendo el ánimo; porque aun no habéis resistido hasta derramar la sangre, combatiendo contra el pecado (2).

Este es el camino que conduce al cielo: ¿habrá otro que nos lleve al mismo término que el que nos abrió Jesucristo, camino nuevo y de vida, en el cual se entra por el velo, esto es, por la carne del Hijo de Dios, que derramó su sangre por salvarnos? (3).

Consideremos ahora los padecimientos en su práctica, esto es, de qué manera debemos sobre llevarlos para que puedan servir á los designios de amor y de misericordia que tiene sobre nosotros la Providencia de Dios.

(1) Luc. XXIV, 26.

(2) Hebr., XII, 3, 4.

(3) Id. X, 19, 20.

Podemos llevar las cruces que el Señor nos mande con repugnancias y contradicciones; y sólo las llevamos porque no es posible arrojarlas lejos de nosotros. Semejante conducta no es cristiana; y aún más, es verdaderamente insensata. Tenemos, por una parte, culpa en no rendirnos á la voluntad de Dios; y por otra, las cruces y contradicciones que así resistimos, se hacen más pesadas y enojosas, nos atormenta el fastidio, y un malestar inquieto y turbulento se apodera de nosotros. ¿En dónde está la dulce paz de que gozaban los santos, en sus más terribles penas? No es otra mi gloria que la cruz de Jesucristo; me glorío en las tribulaciones. Quien quiera decir con verdad estas palabras, abraze con amor la cruz de Jesucristo.

Recíbense á veces los padecimientos con una resignación meramente pasiva. No queremos contradecir la voluntad de Dios, y nos sometemos á sus santas disposiciones; mas esto no impide que la tristeza nos oprima el alma. Esto, en verdad, no es lo más perfecto. Dicen los santos que los que así se portan se parecen á las vacas que llevaban sobre un carro el Arca de Dios: Estas iban vía recta por el camino que conduce á Betsámes, y seguían la misma ruta, tirando adelante y mugiendo, sin desviarse ni á la derecha ni á la izquierda (1): *Pergentes et mugientes*.

Si ésta ha sido hasta ahora nuestra conducta, ¿no tendremos de qué avergonzarnos?

(1) I. Reg., VI, 12.

Podemos, finalmente, recibir las cruces con que el Señor se digne agraciarnos, con alabanzas y acción de gracias, y rebotando nuestras almas en gozo espiritual. El Señor, decimos, nos franquea sus más ricos tesoros, reservados para las almas que le son más queridas. ¿Con qué podré pagarle esa prueba de tan tierno y distinguido amor para conmigo? Y abrazamos la cruz, y la ponemos sobre el corazón, y le prodigamos mil caricias, y exclamamos penetrados de un grande entusiasmo: Padecer ó morir.—Padecer y no morir.—Padecer y ser despreciado por Jesús.

Podemos todavía señalar una conformidad, si cabe decirlo, aún más perfecta que la que acabamos de indicar: *adhuc excellentiorem viam vobis demonstro* (1). Ha habido santos en la Iglesia de Dios, que no se han contentado con recibir los padecimientos cuando éstos se presentan, sino además, los van buscando á todas partes, aun por las plazas y las calles; tienen hambre de ellos, y no quedan satisfechos sino al sentirse bajo el peso de los más terribles dolores y de toda suerte de penas.

A las delicias y á la gloria que han hallado los santos en la cruz de Jesucristo, han añadido algunos de ellos el más ardiente deseo de los padecimientos, y han exclamado: Vengan sobre nosotros el fuego, la cruz, las bestias, la fracción de los huesos, la división de los miembros, el quebrantamiento de todo el cuerpo, en una palabra, todos los tormentos del diablo, con tal de gozar

(1) I. Cor., XII, 31.

de Jesucristo.—Esos ardentísimos deseos, esas llamas purísimas y santas del amor divino, llevaban á los amadores de la cruz, en busca de padecimientos. Veían á su amado entre dolores, y querían padecer juntamente con su Majestad.

Somos unos miserables, y temblamos al oír el nombre de cruz; mas ¿por qué no pensar que no estaremos solos en las tribulaciones y en los padecimientos, y que el Señor nos dará su gracia para sobrellevarlos provechosamente? Confiemos en Dios y besemos con amor las cruces que se digne enviarnos.

Los auxilios de la divina gracia con que Dios nos socorre en los padecimientos, y su dulce y amorosa compañía cuando caminamos por las amargas sendas del dolor, son para nosotros motivo de indecible consuelo, y de una dicha que nos es desconocida si no la descubre el sufrimiento; mas llega éste, y entonces el Señor nos dice: *Cum ipso sum in tribulatione*. Al escucharlo, una indecible alegría llena nuestras almas y nos hace exclamar: ¡Bendita sea mil veces la cruz de Jesucristo! Oh buena cruz, santa y bellísima con la santidad y la hermosura que recibiste al contacto del purísimo cuerpo del Señor. Siempre has sido el objeto de todos mis deseos; te he amado con ternura, te he buscado por doquiera; y ahora veo que estás preparada para recibirme; sí, recíbeme en tus brazos y ponme á los pies de mi Maestro; y por ti me recibas, quien por ti se dignó redimirme.

II

Para los que aman verdaderamente la cruz del Señor, esa cruz se convierte en palma de triunfo y en corona de gloria. Y Jesús, que tanto amó á su padre putativo, ¿le negaría esa palma, y no ceñiría su frente con esa corona de gloria?

Oigamos ahora lo que nos dice el Evangelio sobre el particular: que estando María desposada con José, éste conoció que su esposa había concebido; y siendo justo, y no queriendo infamarla, quiso dejarla secretamente (1).—Esta fué la terrible y pesadísima cruz que Dios puso sobre los hombros de José. ¿Cuál fué la conducta de nuestro Santo en tales circunstancias? Lo que sus ojos le testificaban era para él un misterio lleno de obscuridad y cuyas tinieblas sólo Dios podía disipar. Mas entre tanto, ¿quién podrá decirnos hasta dónde llegaron la angustia y la amargura del corazón de José? Trátase del ser más querido, del que formaba todo el encanto y las delicias del castísimo Patriarca.—No ignoraba quién era su esposa: Virgen inocentísima y espejo sin mancha de toda santidad, era la gloria de su esposo... mas ¿ay dolor! ¿en dónde están ahora su encanto, sus delicias y su gloria? la santidad de María trata de contener aquellos pensamientos, que á pesar de todo producen en el alma de José una pena indecible. El amor con todas sus ternuras, llora inconsolable, y

(1) Matth., I, 18, 19.

la justicia, la perfecta y elevada virtud de José le imponen un deber ineludible, dejar á su esposa.

José pone de nuevo sus ojos en María, y la luz de su virtud incomparable le llena de respeto y de una veneración muy profunda, y se cree indigno de estar en compañía de aquella Virgen inmaculada y sacrosanta, que era su esposa, y quiere dejarla, dice san Basilio (1).

¿Cuál es, preguntamos de nuevo, la conducta de José en este tiempo de tan amarga prueba? guarda el más profundo silencio; no se deja llevar de ningún arrebato á que pudiera impulsarle el corazón; se resigna enteramente en las manos de Dios, á quien pide luz y consejo, fortaleza y acierto.

El Evangelio presenta á nuestro glorioso Santo con una serenidad imperturbable y con la paz de la justicia. *Haec autem eo cogitante*; piensa muy despacio y medita, sin que nada le perturbe, en un negocio que pudiéramos llamar de vida ó de muerte. Si esto nos parece inexplicable, tengamos presente que en medio de las obscurísimas tinieblas que envuelven el alma de José, en lo más profundo del corazón de nuestro Santo, Dios está presente para sostenerle y dirigirle, para impedir que la turbación y la inquietud puedan estrellarle contra algún escollo. Dios le hará sufrir, y hará también, si se quiere, que lleguen sus padecimientos hasta el último extremo. José, el humildísimo José, en tales circunstancias buscará su consuelo en el Señor, y le dirá como David: *Sálvame, oh Dios,*

(1) Apud. Alapide.

porque las aguas de la tribulación han penetrado hasta mi alma. Estoy sumergido sin hallar donde afirmar el pie.—Llegué á alta mar y me sumergió la tempestad (1).

Marcha el Señor entre tempestades y grandes torbellinos, y debajo de sus pies se levantan nubes de polvo, decía un Profeta; y añadía: amenaza al mar, y el mar queda seco, y á los ríos los convierte en árida tierra. Hace estériles las fértiles montañas de Basán y del Carmelo y que se marchiten las flores del Líbano. Hace estremecer los montes y deja asolados los collados: tiembla la tierra en su presencia, y el orbe entero y cuantos en él habitan. ¿Quién podrá sostenerse cuando deje ver su indignación; ó quién será capaz de resistirle en sus terribles iras?; porque su cólera se derrama como el fuego, y en un instante derrite los peñascos (2).

Nada de esto puede referirse á nuestro Santo, sino las siguientes palabras del mismo Profeta: El Señor es bueno, es el consolador de sus hijos en el tiempo de la tribulación; y conoce y protege á los que ponen en El su esperanza (3).—La bondad de Dios no abandona á José: el Señor es bueno, y es el consolador de aquel su fidelísimo siervo, su hijo muy amado, que en El ha puesto toda su confianza.

Admiran sobremanera la prudencia y la humildad de José; la primera no le deja obrar precipita-

(1) LXVIII, 2, 3.

(2) Nahum., 1, 3-6.

(3) Ibid., 7.

damente; le ilumina y conserva en él la serenidad del corazón. La humildad, por su parte, hace que José levante sus miradas al Señor, y pone en los labios del afligido esposo esta flébil y ardiente plegaria: Oh Dios nuestro... No sabiendo lo que debo hacer, no me queda otro recurso que volver á ti mis miradas (1).—Dios nuestro Señor que escucha con agrado la oración de los humildes, y que ha dicho que no pondrá sus ojos sino en el pobre y contrito de corazón, y en el que oye sus palabras con temor (2), ¿dejaría de escuchar los ruegos de José? Era, sin embargo, indispensable que José caminase por la senda de la tribulación, que fuese sumergido en las aguas más amargas del dolor, que anduviese por en medio del fuego; porque de esta manera prueba Dios á sus siervos, cuyas santísimas virtudes adquieren, con pruebas semejantes, una perfección incomparable.

No temamos que Dios le abandone: Cuando pasares por medio de las aguas, dice el Señor, Yo estaré contigo, y no te anegarán sus corrientes; cuando anduvieres por medio del fuego, no te quemarás, ni la llama tendrá sus ardores contra ti; porque Yo soy el Señor Dios tuyo, el Santo de Israel, tu Salvador... después que te hiciste estimable y glorioso á mis ojos, Yo te he llamado... no temas, porque Yo estoy contigo (3).

¡Qué palabras tan llenas de amor y de consue-

(1) II. Paralip., XX, 12.

(2) Isai., LXVI, 2.

(3) Ibid., XLIII, 2-5.

lo, tan llenas de ternura! Salieron de los labios del mejor de todos los padres que nunca se deleita en la perdición de sus hijos, sino que después de la tempestad les da bonanza; y en pos de las lágrimas y de los suspiros les infunde una dulce alegría (1).

Yo estoy contigo, yo te amo. José, al oír en el fondo de su alma estas palabras, se sentía revestido de una fortaleza inquebrantable, inclinaba su frente, llamaba en su auxilio la paciencia, se entregaba en manos de la voluntad divina, bendecía las disposiciones de la Providencia del Señor, y lleno de consuelo descansaba sin temor ninguno en el seno amoroso del Eterno.

De san Juan Evangelista se refiere que salió más puro y hermoso de la caldera de aceite hirviendo á la que le habían arrojado por el testimonio de Jesucristo; lo mismo, sin duda alguna, pasó con el castísimo Patriarca: antes de su amarguísima tribulación era justo, era santo delante del Señor; después de ella, la justicia y la santidad de José resplandecieron con nuevos encantos y bellezas; y la perfección de todas sus virtudes se elevó hasta el trono del Señor, y José cantó con nuevo y esforzado aliento, la gloria y la virtud de la divina gracia.

Dejemos que el Señor le aflija y que le colme de desolación y de amargura, ya que aquellas penas, sobrellevadas con tanta perfección, serán á Dios tan agradables, y granjearán á nuestro Santo un peso inmenso de divina gloria.

(1) Tob., III, 22.

Pasó por fin para José la terrible tempestad, y vino la bonanza; también pasaron las tristes lágrimas y la aflicción profunda; y vinieron las bendiciones y los consuelos de Dios. Pensando José en el asunto de que hemos tratado, se le apareció en sueños, dice el Evangelio, un ángel del Señor, y le dijo: José, Hijo de David, no temas recibir á María tu esposa; porque lo que ha nacido en ella es obra del Espíritu santo. Dará á luz un hijo á quien pondrás el nombre de Jesús; pues El es el que ha de salvar á su pueblo de sus pecados. Y todo esto fué hecho para que se cumpliese lo que pronunció el Señor por el Profeta, en estos términos: Hé aquí que una Virgen concebirá y dará á luz un Hijo á quien pondrán por nombre Emanuel, que significa Dios con nosotros. José al despertarse hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado, y recibió á su Esposa (1). Los sentimientos que produjeron en el alma del santísimo Patriarca las palabras del ángel, nos revelan la gran virtud de nuestro Santo: el rendimiento más cumplido y la más perfecta obediencia; todo se olvida enteramente, y la paz del Señor corona los triunfos de José.—Su gratitud para con Dios nuestro Señor fué muy grande. Ser enriquecido con el tesoro del cielo y de la tierra, con la divina Madre que Dios le dió por esposa... ¿Con qué pagaría tan preciosa y excelente dádiva? Podría decir estas palabras, pensando en María: La preferí á los reinos y á los tronos; y en su comparación tuve por nada las riquezas, ni

(1) Matth., I, 20-24.

comparé con ella las piedras preciosas, porque todo el oro, respecto de ella, no es más que menuda arena, y á su vista la plata será tenida por lodo. La amé sobre la salud y la hermosura; y propuse tenerla por luz, porque su resplandor es inextinguible. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y he recibido por su medio innumerables riquezas... Es un tesoro infinito para los hombres, y á cuantos se han valido de él, los ha hecho participantes de la amistad de Dios (1).

El mérito de la Virgen Santísima, muy grande había sido, hasta entonces, á los ojos de José, pero después de la revelación del ángel, María fué para su esposo, como una maravilla celestial, resplandeciente de santidad y de pureza y la más perfecta de todas las criaturas. ¿Pondría sus miradas el santísimo Patriarca, en aquel espejo sin mancha ninguna, en la esposa inmaculada y sacratísima del Espíritu divino? Sí, las pondría; porque Dios se la había dado por esposa; y si al mirarla quedaba como absorto por la celestial belleza de María, José, lleno de reconocimiento y gratitud, daba gracias al Señor, que le había enriquecido con una esposa tan santa.

Al sentimiento de la gratitud, añadía el santísimo Patriarca el de la humildad más sincera y profunda.—Cuando la Virgen Santísima entró en casa de Isabel, ésta exclamó: ¿De dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme?—A su vez nuestro Santo exclamaría también: ¿De dónde á

(1) Sap., VII, 8-11, 14.

mí el tener por esposa á la Madre purísima de Dios? Y la dignidad infinita de la Virgen Santísima se presentaría á los ojos de José resplandeciente de luz y con la majestad inconcebible de una grandeza perfectísima y sagrada. ¿Diría que no era digno de poseer aquel riquísimo tesoro; de ser el esposo de la que era el Santuario de Dios y la maravilla de los cielos y de la tierra? Así lo aconsejaba á nuestro Santo su profunda humildad; y sin embargo, Dios le había colmado de gracias y virtudes, le había preferido á todos los mortales para aquella dignidad singularísima de esposo de María; y José, en verdad, era muy digno de serlo.

¿Cuánto tenemos que aprender en la conducta de José! La fidelidad en las cruces que el Señor se digne mandarnos, recibíendolas con una perfecta sumisión, bendiciendo á Dios por esas pruebas y por el amor que nos tiene, y dándole gracias porque no se olvida de nosotros, sino que nos lleva por la senda de los padecimientos, que es el verdadero camino que conduce al cielo; y en fin recibiendo cuanto Dios se digne mandarnos, con una santa alegría, y gloriándonos en los dolores, en las amarguras, en las contradicciones, y en todas las penas, que constituyen, aquí en la tierra, la preciosa herencia de sus escogidos.





CAPÍTULO V

De Nazaret á Belén.

I

SE promulgó, dice el Evangelio, un edicto de César Augusto, mandando empadronar á todo el mundo. Este fué el primer empadronamiento hecho por Cirino, gobernador de la Siria; y todos iban á empadronarse, cada cual á la ciudad de su estirpe. José, como era de la casa y familia de David, vino desde Nazaret, ciudad de Galilea, á la ciudad de David llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María su esposa, la cual estaba en cinta (1).

El ministerio de José comienza á desarrollarse entre las grandezas de la Encarnación. ¿Grandezas hemos dicho? Sí, lo son á los ojos del Señor y según la enseñanza de la fe cristiana.

La obediencia es un obsequio verdaderamente agradable á Dios; porque le ofrecemos lo más

(1) Luc., II, 1-5.

noble de nuestro ser y lo que más amamos, la inteligencia y la voluntad.

Dios lo manda, y quien le obedece perfectamente, cautiva su entendimiento, según la expresión del Apóstol.

Tal cautiverio consiste en impedir que, altanera y soberbia, se levante nuestra inteligencia oponiéndose á las disposiciones divinas, prefiriendo nuestro juicio á la ciencia infinita de Dios.

Por ese cautiverio tenemos que decir: Dios es la verdad, es la suma inteligencia; y quien le sigue no anda en las tinieblas, sino en la luz. Y esto no sólo en aquello que nos es agradable, sino también en lo más repugnante á la naturaleza humana. ¡Quién me diera, decía Job, que fuese otorgada mi petición y me concediese Dios lo que tanto deseo! y el que ha comenzado á herirme acabe conmigo, deje caer su mano y corte mi vida. Sería mi consuelo que, sin perdonarme, me afligiese con dolores, y que yo no me oponga á los decretos del Santo (1).

Ese cautiverio abarca todos los sucesos de la vida y todas las disposiciones del Eterno, porque su verdad y su esencia son infinitas, y á todos extiende su providencia paternal y amorosísima.

¿Cómo oponer á la luz de la ciencia divina, la debilidad y las tinieblas de nuestra limitada y pobre razón? ésta misma, si así lo hiciésemos, reprobearía nuestra conducta.

Por la obediencia rendimos á Dios nuestra vo-

(1) VI, 8-10.

luntad. Crió Dios desde el principio al hombre, y le dejó en manos de su consejo; le dió sus mandamientos y preceptos.—Si guardando constantemente la fidelidad que le agrada, quisieres cumplir los mandamientos, éstos serán tu salvación. Ha puesto delante de ti el agua y el fuego: extiende tu mano á lo que más te agrade. Delante del hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal: lo que escogiere le será dado (1).

El obediente renuncia á su propia voluntad por seguir la de Dios nuestro Señor; no sigue su propio consejo, sino el de Dios; escoge el bien y no el mal, la vida y no la muerte; pero todo lo hace libremente, por sujetarse al dominio soberano que Dios tiene sobre sus criaturas, por honrar la majestad del Eterno, por hacerse agradable á sus divinos ojos, en una palabra, porque le ama y quiere pertenecer enteramente á Dios.

El que obedece, no es á sus propios ojos sino un instrumento en manos del Señor, instrumento que, movido por la divina gracia, ejecuta con toda libertad cuanto Dios quiere, y lo encamina y ofrece á la mayor gloria de Dios; y de esta manera puede decir las siguientes palabras del Apóstol: Gracias á Dios que siempre nos hace triunfar en Jesucristo (2).

Ríndese á Dios el obediente, no sólo cuando el Señor le intima por sí mismo sus preceptos, sino también cuando lo hace por medio de aquellos

(1) Eccli., XV, 14-18.

(2) II. Cor., II, 14.

que le representan; porque la obediencia nos descubre la autoridad en su mismo principio y nos eleva hasta Dios. No obedecemos al hombre por sí mismo, sino á Dios cuya autoridad no se desvirtúa al intimarnos sus mandatos por medio de los hombres.

Los preceptos que los hombres nos intiman en nombre de Dios, serán acaso difíciles de cumplir, ó inoportunos; ó presentarán inconvenientes que no haya evitado la prudencia humana; en tales casos quien obedece con perfección, no resiste con tenacidad, ni desprestigia á los superiores con murmuraciones; levanta una y otra vez sus ojos al Señor y se entrega en manos de su santa voluntad.

Cuando el santísimo Patriarca tuvo conocimiento del edicto del Emperador romano, emprendió sin tardanza su camino para Belén. Muchas, sin duda, fueron las dificultades que tendría que vencer, pero ninguna logró detenerle: era un pobre y tenía necesidad de recursos, indispensables para un penoso y dilatado camino. María, su tierna y delicada esposa, se hallaba próxima á su divino alumbramiento. Sin embargo de todo esto, Dios, por medio del Emperador romano, disponía que José y su sagrada Esposa pasasen á Belén; y Dios tiene que ser obedecido en todo lo que manda, y José le obedece con prontitud y rendimiento, con toda voluntad y lleno de indecible gozo.

La Santa Familia caminando de Nazaret á Belén... contemplémosla un instante. El Hijo de Dios hecho hombre que descendió del cielo no

para hacer su voluntad, sino la de Aquel que le había enviado, cumple también la voluntad de los hombres. La Reina de los cielos y la tierra, lleva, como en celestial carroza, en sus purísimas entrañas al Hijo de Dios: *Plena Deo*, según la hermosa expresión de san León y san Bernardo.—José, el ejecutor de los divinos mandamientos, es quien ordena aquella marcha, triunfal y gloriosa, no á los ojos de los hombres sino á los de Dios, que contempla con agrado la obediencia de su Hijo Unigénito, y la de María y José.

No hacen el viaje los santos esposos con las comodidades que prestan las riquezas, ni van acompañados de espléndido cortejo; porque el Hijo de Dios no venía á enseñar el amor á los bienes temporales; y su vida santísima no había de deslizarse entre el fausto y la opulencia. Había de enseñar que las raposas tienen madrigueras, y la aves del cielo nidos; pero que el Hijo del hombre no tenía sobre qué reclinar la cabeza (1).

La pobreza había de ser sobre la tierra su compañera inseparable, y la muy amada de su divino corazón; por esto quiso que aquellos seres que le eran tan queridos, María y José, fuesen pobres de bienes temporales, para que éstos no ocupasen el lugar que correspondía á los bienes con que se había dignado enriquecerlos. Caminaba el santo Patriarca como en una contemplación no interrumpida, y pensaba en el amor de Dios á los hombres, á quienes había dado su Hijo unigénito;

(1) Matth., VIII, 20.

y era José el escogido para desempeñar un ministerio elevadísimo en los grandes designios de Dios relativos á la salud de los hombres por medio de la Encarnación de Jesucristo; y José comienza á desempeñar su sagrada misión conduciendo á la Madre divina de Jesús, á la ciudad de David, donde tendría lugar el divino alumbramiento de María.

La meditación de tan grandes misterios no impedía á José la solicitud más delicada y toda especie de atenciones y cuidados para evitar los riesgos del camino, y remediar las necesidades que se presentasen.

Alegre y bendiciendo á Dios, iba José en todo aquel viaje; porque servía al Señor y le llevaba consigo. ¿Qué tenía que temer? Dios le sostenía con su virtud omnipotente, dirigía sus pasos y le llenaba de consuelo.

En Belén José no halló posada, y tuvo que albergarse juntamente con María en una gruta, en el extremo de la población; gruta que quedó convertida con la entrada de la Santa Familia, en mansión de paz, en templo de gloria, en morada del Hijo de Dios.

José ¿dejaría de sentir la falta de hospedaje en la ciudad? Mas estaba lleno del Espíritu de Dios, se conformaba con su santa voluntad, y en todo veía las disposiciones de la Divina Providencia, sapientísimas y llenas de amor y de bondad. Nada, pues, llegó á turbar la paz y la serenidad de su alma. Dios así lo había dispuesto, y José adoraba con el más profundo rendimiento las disposicio-

nes del Señor. En aquella dichosísima gruta, la Virgen Santísima dió á luz á su Hijo primogénito, y le envolvió en pañales y le recostó en el pesebre. ¡Cuánta elevación, y qué misterios tan sublimes atesoran esas palabras del Evangelio! La humildad y la pobreza reciben en brazos al que es el esplendor del Padre Celestial, al Unigénito que vive eternamente en el seno de Dios, á quien el Padre dice desde la eternidad: Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado; á quien bendicen y adoran sin cesar los ángeles del cielo.

¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: cuán incomprendibles son sus juicios, cuán investigables sus caminos! ¿Hubiera pensado el mundo que el amor de Dios á los hombres le habría de humillar á tal extremo? Sin embargo de esto, Dios nuestro Salvador manifestó su benignidad y su amor á los hombres, dice el Apóstol; y nos ha salvado no á causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia (1).

Benignitas et humanitas apparuit Salvatoris nostri Dei. Tales expresiones conmueven hasta lo más íntimo del corazón. No hay lengua que pueda expresar cuánta es la bondad que revelan, bondad que es enteramente incomprensible.

Un Niño que nace en la pobreza, y á quien su Madre santísima envuelve en pañales. Si la fe no nos revela quién es el Niño, en todo eso no vemos sino un acontecimiento que no puede llamar

(1) Tit., III, 4, 5.

la atención; pero ese Niño es el Hijo de Dios, es el Criador del cielo y de la tierra, es la admiración de los ángeles, es su gozo siempre nuevo, y es el objeto de sus adoraciones y alabanzas.

¿Podremos comprender la grandeza del amor que nos descubre, al aparecer entre nosotros tan lleno de benignidad y mansedumbre? ¿ó habrá corazón que no le ame si piensa en todo esto?

Así nos expresamos al referirnos á nosotros mismos; mas las palabras nos faltan si queremos decir lo que producían semejantes pensamientos en María y José. La pureza de sus almas, la abundancia de la luz del cielo y la presencia del Niño, eran para ellos espléndidos y ricos manantiales de conocimiento, de gracia y de amor; y la una y el otro, la Madre divina y su castísimo Esposo, bebían hasta saciarse en las caudalosísimas corrientes de esas aguas de vida y de salud eterna.

Creemos piadosamente que la Virgen Santísima después de adorar á su Hijo divino, le pondría en brazos de José, que le adora, y le ama, y le estrecha contra su seno.

Contempla José entre sus brazos al Hijo de Dios. La primera mirada del castísimo Patriarca lleva en sí misma una humildad profundísima, un amor abrasado y ardiente, cual ninguno ha sido después del amor de María á ese mismo Niño, y una gratitud llena de sinceridad y de dulzura.

Está José como fuera de sí mismo; está en el Niño que lleva en sus brazos. ¿Qué le dirá, ni qué podrá decirle, que no sea inferior á cuanto pasa en el fondo de su alma? Sus sentimientos para con

Jesús y el ardentísimo amor que le tiene, no pueden expresarse en el lenguaje de los hombres, porque se elevan sobre todo lo humano y terreno; y entre el Niño y José que le contempla lleno de amor y de ternura, no hay sino un hilo conductor de las palabras del uno y del otro, y éste es la gracia de un amor singularísimo: su ministerio de padre putativo que á ningún otro fué concedido. ¿Hasta dónde llegaba esa gracia, y cuál era el valor de tan asombrosa y singular prerrogativa? Esto es inefable; Dios lo conoce y lo ha revelado á José; pero recordemos lo que se dice en el Apocalipsis: Al que venciere le daré á comer un maná escondido, y una piedrecita blanca, que tendrá grabado un nombre nuevo, que nadie sabe sino el que lo recibe (1).

II

Todavía contemplemos un instante á José con el Niño Jesús entre sus brazos; en ellos le estrecha, hemos dicho, con inmenso amor; y este amor quiere desahogarse con nuevas expansiones: le dice mil ternuras, y quisiera introducirle en su mismo corazón; besa con humilde reverencia las manos y los pies del Niño, y una y otra vez le contempla enajenado.

Piensa luego en la majestad infinita de Jesús; y tiembla y quisiera retirarle y ponerle en manos

(1) II, 17.

de María; porque las miradas de ese Niño hacen temblar las columnas del Cielo, y los ángeles cubrense el rostro en su presencia por el brillo de su eterna majestad.—Sin embargo de esto, el Hijo del Eterno no ha venido al mundo para juzgarle, ni quiere emplear el terror de su justicia para convertirle, sino la benignidad de su misericordia y su apacible y celestial dulzura. Y vuelve José á las manifestaciones de su amor; y las miradas suavísimas del Niño le llenan de consuelos y delicias.

Si después le contempla envuelto en pañales y reclinado en el pesebre, las humillaciones del Hijo de Dios le descubren nuevos horizontes donde contempla otras maravillas del amor divino que le hacen prorrumpir en himnos de gloria, de alabanza y de dulces bendiciones. Así amó Dios al mundo, diría nuestro Santo, que le ha dado á su Hijo Unigénito, no en el esplendor de la grandeza, sino en las humillaciones de un pesebre. Está delante de mis ojos, envuelto en pañales, y es en todo semejante á los demás hijos de los hombres.

Tal era la vida de José en los dichosos días del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, en quien vivía y á quien estaba dedicado enteramente.

El Niño fué adorado por los pastores y los magos. Con respecto á los primeros, nos dice el Evangelio que el ángel del Señor se dejó ver junto á ellos, que la claridad de Dios los rodeó y que se llenaron de temor: No temáis, les dijo el ángel, porque os anuncio un gran gozo que lo será para todo el pueblo: Hoy ha nacido para vosotros el Salvador, que es el Cristo, el Señor, en la ciudad

de David. Os doy una señal: Hallaréis al Niño envuelto en pañales y puesto en un pesebre. Y de repente una multitud de la milicia celestial juntamente con el ángel alababan á Dios, diciendo: Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.—Los pastores vinieron apresuradamente, y encontraron á María, á José y al Niño en el pesebre (1).

En cuanto á los magos, sabemos que vinieron del Oriente para adorar á Jesús y ofrecerle sus presentes; que entrando en la casa donde estaba Jesús, le hallaron con María su madre, y postrándose le adoraron, y abriendo sus cofres le ofrecieron dones: oro, incienso y mirra (2).

José entretanto meditaba en su corazón las maravillas que Dios nuestro Señor iba realizando al aparecer sobre la tierra su Hijo Unigénito nuestro Señor Jesucristo. Los pastores y los magos le habían adorado en su cuna, y los ángeles habían cantado la gloria de Dios en las alturas. Comenzaba sobre la tierra el reinado de la justicia; recibían los judíos á su Libertador anunciado por Moisés y los Profetas, y pronto brillaría para el pueblo que moraba en las tinieblas una gran luz, luz que nacería para los que estaban sentados á la sombra de la muerte.

La gloria de Dios, el reinado de Jesucristo, y la salvación de los hombres, eran los objetos cuyo pensamiento llenaba continuamente el alma de

(1) Luc., II, 9-14, 16.

(2) Matth., II, 11.

José. Esas maravillas de la bondad de Dios, producían un verdadero incendio del más ardiente y abrasado amor, en nuestro querido Santo, que abría sus purísimos labios, y cantaba lleno de entusiasmo la gloria del Altísimo. ¡Oh, y cuántas veces, derramando lágrimas ardientes y rebosando en celestial dulzura, repetiría el canto de los ángeles: Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!

No diremos que los pastores y los magos le enseñaran á conocer y amar á Dios y á ofrecerle dones; porque antes que ellos José le conoció, y le amó, y le consagró todo su afecto; y sin embargo lo que aquéllos hicieron con Jesús, fué motivo para el santísimo Patriarca de un inmenso gozo; y José se sentía muy feliz por la gloria de Dios y por la futura dicha de los hombres. El santísimo Patriarca, que tanto amaba á Jesús que le había escogido por su padre putativo, ¿podiera tener otros deseos que la gloria de ese mismo Niño, y la eterna salud de los hombres que había venido á buscar mediante el misterio de su Encarnación?

Si de los pastores y los magos, José no tenía que aprender cosa alguna, poniendo sus ojos en la Madre divina de Jesús, descubriría, sin duda, los misterios más delicados y sublimes que en Ella realizaba la divina gracia, misterios de humildad y de pureza, de maternal solicitud, de amor y de ternura. ¡Oh, mil veces dichoso este santísimo Patriarca que sin cesar estaba contemplando ese amenísimo vergel de todas las virtudes, ese pa-

raíso de Dios cubierto de las más hermosas y lozanas flores de la santidad! Mil veces dichoso José, que también sin cesar aspiraba la delicada y celestial fragancia de esas flores.

José, como fuera de sí mismo, como suspendido en éxtasis divino, contemplaba aquellas maravillas, y en ellas la bondad de Dios que con tanta largueza y espléndida munificencia había derramado sus divinas gracias en el alma de María.

En la santidad y en las virtudes de su santa Esposa, hallaba una enseñanza de la más sublime y acabada perfección; enseñanza de que supo aprovecharse con una fidelidad incomparable. Por esto también José se nos presenta grande y sublime en la práctica de todas las virtudes, y modelo de toda santidad. ¿No conservaría en su corazón, el santo Patriarca, el recuerdo de los grandes misterios que había conocido, como lo hacía su Esposa inmaculada? Y esos recuerdos sacratísimos excitarían en El á cada instante los más elevados sentimientos del amor de Dios, pudiendo decir con David, que rebosaba de su seno el recuerdo exuberante y precioso de la suavidad de Dios (1); y que tenía que confesar que el Señor es suave para con todos, y que sus misericordias son sobre todas sus obras.

En Belén tuvo lugar la circuncisión de nuestro Señor Jesucristo, misterio en el que brillan juntamente la verdad de su humanidad santísima, y que El era del linaje de Abraham. Brilla también

(1) Psalm. CXLIV, 7-9.

su obediencia á la ley de Moisés, á la cual quiso sujetarse, á fin de enseñarnos con su ejemplo la obediencia á los preceptos del Señor. Asimismo en la Circuncisión se nos revela que el que había venido en la semejanza de la carne de pecado, no rehusaba el remedio instituido para purificar las manchas de la carne. Por último, en la Circuncisión el Hijo de Dios tomaba sobre sí la carga de la ley; porque Dios envió á su Hijo hecho bajo la ley para redimir á los que estaban bajo la misma ley (1), y realizar en nosotros la circuncisión espiritual, recibiendo la figura y cumpliendo la verdad.

No es dable comprender los sentimientos de María y José en el misterio de la Circuncisión; la obediencia, la humildad de Jesucristo, y su inmensa caridad hacia los hombres, les hablaban con la elocuencia del dolor, y con la efusión de la divina sangre.

Jesucristo se sujetaba á la ley de la Circuncisión, porque así lo quería su Padre celestial; porque no se perdonan los pecados sin efusión de sangre.

Estos misterios llenaban de nuevos esplendores las almas purísimas de María y José. Nada debe rehusarse á la obediencia; la humildad tiene que anonadarnos delante del Señor; y no debemos negar ni aun nuestra sangre por la eterna salud de los hombres. Siendo esto así, María y José ¿dejarán de interesarse vivamente por nosotros; de-

(1) Gal., IV, 4, 5.

jarán de amarnos; y no elevarán sus ardientes plegarias en favor de los hombres, hasta el trono de Dios?

Respecto de nosotros allí están la obediencia y la humildad; esta última para darnos el conocimiento de nosotros mismos, que no somos sino miserables pecadores á quienes corresponden el abatimiento, la confusión y los últimos desprecios de los hombres. Allí está la obediencia que nos exige el cumplimiento de todos los preceptos del Señor.

El Angel de Dios había dicho al santísimo Patriarca: No temas recibir á María tu esposa; porque lo que ha nacido en Ella es por obra del Espíritu santo. Dará á luz un Hijo á quien pondrás por nombre Jesús. Y José cumplió lo que el ángel del Señor le había ordenado. ¡Con qué veneración tan profunda, y con cuánta dulzura espiritual, saldría la vez primera el nombre de Jesús de los labios de nuestro Santo! Parécenos que meditando, en los grandes misterios de ese nombre, diría José: ¿Me atreveré á pronunciar ese nombre tan santo; nombre sobre todo nombre, y al cual se arrodillan el cielo, la tierra y los abismos? Si la humildad le inspiraba tales sentimientos, la obediencia se acercaba y le decía: No ocultes la luz que ha de iluminar los cielos y la tierra, ni encierres en tu corazón el bálsamo sagrado que derramará en el mundo el buen olor de Jesucristo; y José pronuncia ese nombre, más puro y hermoso que la luz, más dulce que la miel. Nombre lleno de virtud y de misericordia, de piedad y gracia; y

fuera del cual no hay otro alguno debajo del cielo, en que podamos ser salvos.

¡Oh santísimo Patriarca! Acordaos de vuestras grandes virtudes que tan agradable os hicieron á los ojos del Señor, y rogad por nosotros. Fuisteis modelo perfectísimo de obediencia, de humildad y pobreza; os ocupabais sin descanso en el servicio de Jesús y de María, y vuestro corazón los amaba con indecible ternura. No deseabais sino la gloria de Dios y la salvación de los hombres. ¡Oh, quién pudiera imitaros con toda perfección! Para poder conseguirlo, alcanzadnos los auxilios de la divina gracia. Dios atenderá vuestros ruegos, que siempre le son muy agradables. Hacednos obedientes á la divina ley y dóciles á las inspiraciones del Señor. Comunicadnos vuestro espíritu de pobreza, de oración y de celo por la divina gloria; y haced, en fin, que no vivamos sino para Jesús, para honrar á su divina Madre, y á Vos su esposo fidelísimo.





CAPÍTULO VI

De Belén al Egipto.

I

MARÍA y José llevaron al Templo de Jerusalén al niño Jesús para presentarlo al Señor según estaba dispuesto en la ley de Moisés, y para dar la hostia según lo prescrito en la ley del Señor: un par de tórtolas ó dos pichones.

Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, justo y timorato; esperaba el consuelo de Israel, y el Espíritu santo moraba en su corazón; y ese Espíritu divino le había dicho que no moriría antes de haber visto al Cristo del Señor. Simeón, pues, vino al Templo en espíritu, y al llevar al Niño sus padres, para cumplir lo mandado en la ley, Simeón le tomó en brazos, y dando gracias exclamó diciendo: oh Señor, deja ya en paz á tu siervo; porque ya han visto mis ojos á tu Salvador que nos has dado, y que preparaste para presentarle delante de todas las naciones, y que será la

luz que ilumine á los gentiles y la gloria del pueblo de Israel.

El Padre y la Madre estaban admirados de las cosas que se decían del Niño. Les bendijo Simeón, y dijo á María, la Madre de Jesús: Este Niño está puesto para ruina y resurrección de muchos en Israel, y para señal de contradicción; y tu alma será traspasada con una espada, para que se revelen los pensamientos de muchos corazones.

En esa hora llegó al Templo Ana profetisa, y alababa al Señor, y hablaba de El á todos los que esperaban la redención de Israel (1).

Prescribía la ley un doble precepto relativo á la prole recién nacida; uno de estos preceptos era general, y disponía que concluidos los días de la purificación de la madre, se ofreciese un sacrificio por el hijo ó por la hija en expiación del pecado en que la prole había sido concebida y había nacido, y para consagrarla al Señor. Por el otro precepto, que era especial, correspondían al Señor todos los primogénitos de los hijos de los israelitas.

Acerca de la presentación del Niño Dios en el Templo, observaremos con el Doctor angélico, que así como el Hijo de Dios no se hizo hombre, ni fué circuncidado por sí mismo, sino para hacernos dioses por gracia, y para que seamos circuncidados espiritualmente; así por nosotros es presentado al Señor, á fin de enseñarnos á presentarnos á Dios por nosotros mismos; y esto tiene

(1) Luc., II, 22-38.

lugar después de la Circuncisión, que simboliza la de los vicios y pecados, sin la cual ninguno es digno de ser presentado al Señor.

No debe llamar la atención lo que se dice en el Evangelio, que el Niño Jesús fué llevado al Templo, después que concluyeron los días de la purificación de María, según la ley de Moisés; porque, así como la plenitud de la gracia se deriva del Hijo á la Madre, así fué también conveniente que la Madre imitase la humildad del Hijo. Y como Jesucristo, aunque no estaba obligado á la ley, recibió la circuncisión, y llevó sobre sí todas las cargas de la ley para dar ejemplos de humildad y de obediencia, para probar la ley y quitar á los judíos la ocasión de calumniarle; así también quiso, y por las mismas razones, que su Madre santísima cumpliera todas las observancias legales. La Virgen sagrada no tenía ninguna mancha, ni necesitaba de alguna purificación; y por lo mismo, si cumplió las observancias legales, no fué por necesidad, sino por el precepto de la ley, siguiendo el ejemplo de su Hijo santísimo, que no vino á quebrantar la ley sino á cumplirla (1).

¿Cuál es el papel que corresponde al gran Patriarca en los misterios que acabamos de recordar? Nos ha dicho el Evangelio que los padres de Jesús le llevaron para presentarle al Señor. Presentar al Niño Jesús á su Padre celestial, y consagrarle á su gloria divina; porque esto era, según lo hemos visto, lo que prescribía la ley de Moisés.

(1) 3. p. q. XXXVII, aa. III, IV.

A la vista de tanta grandeza podemos preguntar: ¿cabe esto en la condición de la criatura; elevarse, y elevarse hasta Dios, y llevar, para ofrecerla al Eterno, una ofrenda de valor infinito?

Es por lo mismo verdaderamente incomprendible la grandeza de José: su ofrenda es dignísima de Dios, y José es el escogido del Señor para presentarla; y sólo aquel cuya alma resplandece con la hermosura de la santidad, es digno de las miradas de Dios, nos ha dicho el Príncipe de la teología.

José oyó de los labios de Simeón el anuncio dolorosísimo de los padecimientos de Jesucristo, y las amarguras de su Madre; y ese anuncio fué también para nuestro Santo, como una espada de dos filos que atravesó su corazón. ¿Por qué la llamamos de dos filos? Porque dos eran los amantes de José: Jesús y María; y á los dos se refería el anuncio de Simeón. Aquel Niño tan amable y hermoso, tendría que padecer el tormento de la Cruz, y María, la inmaculada y amadísima esposa de José, padecería también angustias y dolores indecibles.

José, al recibir al Niño Jesús y al ponerlo en brazos de su santa Madre, ¿no suspiraría con profunda y amarga tristeza? ¿no brotarían de sus ojos lágrimas ardientes que le arrancara el dolor? Mas de sus labios no salió una queja; y humilde y resignado, abrazó la voluntad de Dios.

Lo que había oído en el templo de los labios de Simeón y de Ana, llenaba el alma de José de celestiales luces y de afectos purísimos y santos:

Dios no había de perdonar á su Hijo Unigénito, al que es objeto de sus eternas complacencias, mas le entregaría á la muerte por la salud de los hombres. La sabiduría divina, al iluminar con nuevos resplandores el alma de José, le iba descubriendo la profundidad de sus misterios: Convenía que Jesucristo padeciese, y entrase así en su gloria (1). Esos padecimientos obrarían la salud de los hombres y darían á Dios una gloria infinita. Jesucristo se humillaría á Sí mismo, obedeciendo hasta la muerte, y muerte de Cruz; pero Dios le ensalzaria sobre todas las cosas, y le daría un Nombre superior á todo nombre; á fin de que al Nombre de Jesús se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno; y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre (2).

En las humillaciones de Jesucristo, José descubre la grandeza del amor de Dios á los hombres, grandeza que no puede comprender; pero sí le encanta y arrebató, y le llena de una dulzura verdaderamente celestial. La bondad divina se le presenta benignísima, llena de misericordia, y derramando sobre los hombres, con una profusión incomparable, los tesoros de sus gracias.

El dolor de José de que hemos hablado, parecenos como perdido en el océano de la divina bondad, en el amor infinito de Dios á los hombres; mas José ponía de nuevo sus ojos en el di-

(1) Luc., XXIV, 26.

(2) Philip., II, 8-11.

vino Niño, y la espada del dolor se hundía más en su pecho. Ese Niño era la misma inocencia, y había descendido del cielo por su amor á los hombres, que en pago le darían la muerte.

José ¿no procuraría compensar con su fidelidad y su ternura las culpas de los hombres, que á Jesús pagarían su cariño con tanta ingratitud? Y José le bendice, le adora y le ama con todos sus afectos.

Nada hemos dicho de nuestra querida Madre, ni del Niño precioso que presentó en el Templo del Señor; mas los sentimientos de la Sagrada Familia son los mismos.

Jesús dice á su divino Padre: No te han agrada- do los holocaustos por el pecado; mas veme aquí; vengo para cumplir ¡oh Dios! tu voluntad (1).— Respecto de María su voluntad estaba estrechamente unida á la de su Hijo santísimo que la inspiraba y dirigía en todas sus acciones; y de esta manera el Padre celestial todo lo cumplía, y sin ningún obstáculo, según los eternos designios de su bondad infinita y de su amor á los hombres.

II

De Belén al Egipto hemos dicho, y en efecto, José tendrá que llevar al Egipto á Jesús y á su Madre santísima: un ángel del Señor se le aparece en sueños, y le dice: Levántate, toma al Niño y á

(1) Hebr., X, 6, 7.

su Madre, y huye al Egipto, y permanece allí hasta que yo te avise; porque Herodes ha de buscar al Niño para darle muerte. Levantándose José tomó al Niño y á su Madre de noche; y se retiró al Egipto donde se mantuvo hasta la muerte de Herodes (1).

¡Admirable obediencia de José! no dice una palabra; ni piensa que Jesús es el Rey de los reyes, cuyo imperio tenía que durar para siempre; ni recuerda que el Padre divino le dijo: Siéntate á mi diestra, mientras pongo á tus enemigos por tarima de tus pies. De Sión hará salir el Señor el cetro de tu poder: domina en medio de tus enemigos. Contigo está el principado en el día de tu poderío (2).

El ángel le comunica las órdenes de Dios, y las cumple sin tardanza. No espera que se disipen las tinieblas de la noche, que se disminuyan los peligros; ni le viene á la memoria las escasez de sus recursos para emprender tan largo viaje. Dios lo manda.

El Señor dirige las siguientes palabras al santo Job: ¿Mandarás á los rayos, y partirán al instante, y te dirán al volver: Aquí estamos? (3). Hemos cumplido tus órdenes, y aquí nos tienes para ejecutar lo que de nuevo te dignes mandarnos. Así se nos va descubriendo la obediencia de José: Dios le manda que venga de Nazaret á Belén, y así lo ejecuta sin tardanza ninguna. Dios dispone

(1) Matth., II, 13-15.

(2) Psalm. CIX, 1-3.

(3) XXXVIII, 35.

que sea circuncidado el Niño Jesús, y lo es. Manda el Señor que José y María lleven á Jesús al Templo de Jerusalén, y así se hace. Intima el ángel á José que lleve el niño al Egipto; y José, tomando al Hijo y á su Madre, pasa al Egipto, sin que nadie pueda impedirle el cumplimiento de lo que Dios ha dispuesto. Después de la obediencia de María, ¿hallaremos otra alguna tan perfecta y admirable como la de este santísimo Patriarca?

Es como el rayo de luz que en sólo un momento recorre distancias inmensas, y vuelve en seguida á los pies del Señor, y le dice: Aquí me tienes para cumplir tu santa voluntad.

La santísima obediencia de José, otra vez nos descubre su profunda humildad. Si él no hubiese sido tan humilde como fué, su obediencia no se presentara tan hermosa y perfecta, como la vemos al cumplir las órdenes del cielo.

Contemplemos á nuestro querido Santo caminando hacia el Egipto y llevando consigo á su Esposa divina y al Hijo de Dios. No ignoraba el gran José que Dios conservaría la vida del Hijo y de la Madre, y que nadie podría impedir los designios de la divina voluntad; mas Dios quería salvar á Jesús por medio de José en cuyas manos le había puesto, lo mismo que á María. Siendo esto así, es indudable que el santísimo Patriarca tenía que poner cuantos medios estuviesen á su alcance, para librar de todo riesgo el preciosísimo tesoro que le había confiado el Padre celestial.

Camina José por el desierto, lleno de solicitud y de una vigilancia jamás interrumpida; y lleno

también de sobresaltos y temores; no, en verdad, de aquellos que turban la inteligencia y ahuyentan la paz del corazón, sino de los que inspira el más tierno y delicado amor, y la conservación de los riquísimos tesoros que tenía que guardar aun á costa de su misma vida.

José no desconocía la grande obligación que el Padre le había impuesto con referencia á la vida de Jesús y de María; y su gran fidelidad no le dejaba un instante de reposo.

Amaba el gran Patriarca á Jesús y á María con una ternura incomparable; y por esto al pensar en las molestias y fatigas á que tendrían que sujetarse durante su viaje por el camino del desierto, el corazón de José se llenaba de indecible pena. No estaba en su mano, no era posible, ahorrar á los celestes peregrinos aquellos trabajos y fatigas. Bien quisiera ser él quien padeciese solamente; pero Dios no le concede semejante dicha; porque realmente lo es el padecer en lugar de los que amamos.

¿Cuántos fueron los días en que la Santa Familia terminó su viaje? y ¿cuántas las noches que durmió al cielo raso en el desierto? Durante el día, tal vez la sed, y los ardores de un sol abrasador, fatigaban al Niño y á la Madre; ¿qué haría entre tanto José que todo lo observaba, y que nada podía remediar? ¿qué haría con él su amor al Hijo y á la Madre? Tal vez exhalaba un suspiro lleno de amargura, porque ésta no cabía en su seno. Mas ni aun este consuelo quería concederse, por no afligir á su divina Esposa.

Estas aflicciones del castísimo Patriarca no le impedían, sin embargo, su gozo en el Señor. Nadie más feliz que José, á quien Dios nuestro Señor había designado para que llevase al Egipto á Jesucristo nuestro Señor. Era José el ejecutor de los grandes designios de gracia y de misericordia que Dios tenía sobre el Egipto, donde sin duda muchos conocieron al verdadero Dios, y le amaron. La gracia de Dios los visitaba en aquella sagrada Familia; y esta Familia, con su admirable santidad, con su dulce y agradable comunicación, fué el instrumento de que Dios quiso servirse para la conversión de muchos gentiles. Estos pondrían su vista en María y José, y en el Niño encantador de la divina Madre. Seres como éstos jamás habían nacido en el Egipto. La modestia más que angelical, y el purísimo recato de la sagrada Virgen, cautivarían sin duda el corazón de aquellos gentiles. El grave y majestuoso continente del santo Patriarca, unido á una bondad inalterable, sería para los mismos gentiles un motivo de respeto y de una gran veneración. Y los que tuvieron la dicha de ver al Niño Dios, á esa maravilla divina, encanto de los cielos y la tierra, ¿qué sentirían en sus corazones? un consuelo que nunca habían tenido, y una dulzura que jamás habían gustado.

Se acercaba á esa tierra idolátrica la salud de Dios: He aquí que el Señor, decía Isaías, caminará sobre una nube ligera, y entrará en Egipto, y á su presencia se conturbarán los idólos de Egipto (1).

(1) XIX, 1.

Esa nube ligera simbolizaba la Virgen Santísima, que llevaba en brazos al Hijo de Dios, que, cual rocío de los cielos, derramaría sobre el Egipto la fecundante lluvia de sus gracias. Nube ligera que nunca tuvo el peso del pecado, sino que concebida sin la mancha original, llena de toda gracia y virtud desde el primer instante de su ser, se elevaba en la presencia del Señor, como ligera nube, que, resplandeciente con la purísima luz de las divinas misericordias, anunciaba á los hombres su futura paz y redención por medio de nuestro Señor Jesucristo.

Al entrar en el Egipto, José volvería los ojos al desierto que acababa de pasar, y considerando los riesgos y peligros de que el Señor le había librado, y que en todos sus trabajos y fatigas, y en las aflicciones y amarguras de su espíritu, le había llenado de gracias y consuelos, de fortaleza, de paciencia y de gozo en el Espíritu santo, José, decimos, con el más vivo reconocimiento y la más sincera y tierna gratitud, bendeciría al Señor que había salvado la preciosa vida de Jesús y sostenido á la divina Madre, y á él lo había dirigido en todo su viaje.

¡Con qué ternura y dulce complacencia vería José que el Niño y la Madre estaban á salvo de todo peligro! María y Jesús pagarían á José todos sus servicios con una mirada de benignidad, con una sonrisa de amor.

Después de esto podemos preguntar al castísimo Patriarca: ¿en dónde están vuestros trabajos y fatigas, en dónde las angustias y temores de vuestra

alma? Todo ha pasado, y al presente gozáis de una dicha incomparable. Ved al Niño que el Padre celestial os ha confiado; á ese Niño no le alcanzará la espada del sanguinario rey. Ved á vuestra Esposa; á esa Esposa que amáis con todo el corazón; y recordad cómo la más profunda y dolorosa pena estaba pintada en su hermosísimo semblante; recordad cómo rodaban de sus ojos virginales las más amargas lágrimas; mas ahora estrecha en sus brazos, con un amor dulcísimo y sagrado, al Hijo de su seno, á su divino Jesús, su encanto, su dicha y su gloria.

Contempláis con una santa admiración al Hijo y á la Madre, riquísimos tesoros del Padre celestial, y luego pensáis en vos mismo; y la gratitud y la humildad se dan la mano en vuestro corazón. No podía ser de otra manera; porque después de María, nadie ha recibido tan excelentes y preciosos dones de Dios nuestro Señor, como este castísimo Patriarca; y sobre ninguno ha irradiado con tanta claridad la luz de la grandeza divina, como lo ha hecho sobre el padre putativo de Jesús. Esa claridad le descubría la nada de su propio ser; y los grandes beneficios que de Dios había recibido nuestro Santo, eran para él cadenas de oro que ligaban todo su amor, todos sus afectos, y cuanto él era, con Dios nuestro Señor.

¡Oh José santísimo! haced que recibamos los trabajos y padecimientos de la vida, las contradicciones y amarguras, en una palabra, todos los males que la Divina Providencia se digne enviar sobre nosotros, con la humildad y la resignación

con que Vos recibisteis las órdenes del ángel, de dejar vuestra tierra y encaminaros al Egipto, como lo hicisteis, sin decir una palabra, sin deteneros un instante, poniendo en Dios vuestra confianza, y lleno de alegría y consuelo; porque así lo disponía la voluntad del Eterno.

Sostenednos, oh Santo gloriosísimo, en todas las adversidades de la vida; animadnos con vuestro ejemplo; y no dejéis que el desaliento se apodere de nosotros, sino al contrario mantenednos siempre alegres, siempre esforzados y constantes, á fin de agradar al Señor en todas nuestras obras.



CAPÍTULO VII

El Egipto y el regreso á Nazaret.

I

No podemos dirigir á José las siguientes palabras de Jeremías: ¿Qué es lo que pretendes con caminar hacia el Egipto, y con ir á beber el agua turbia del Nilo? (1). Dios le ha llevado al Egipto; y antes que bebiera las aguas del Nilo, había bebido las muy amargas de la tribulación y de la angustia que Dios le había mandado, porque no era insensible á los trabajos de Jesús y de María, ni á los grandes peligros del penoso y dilatado viaje que había emprendido por orden del Señor.

¿Qué pretendes con caminar hacia el Egipto? José no desea ni anhela otra cosa que agradar á Dios en todas sus obras; y Dios le ha mandado que pase al Egipto. Puede, por tanto, decir el castísimo Patriarca: Este es mi descanso, mientras Dios no disponga otra cosa.

(1) II, 18.

con que Vos recibisteis las órdenes del ángel, de dejar vuestra tierra y encaminaros al Egipto, como lo hicisteis, sin decir una palabra, sin deteneros un instante, poniendo en Dios vuestra confianza, y lleno de alegría y consuelo; porque así lo disponía la voluntad del Eterno.

Sostenednos, oh Santo gloriosísimo, en todas las adversidades de la vida; animadnos con vuestro ejemplo; y no dejéis que el desaliento se apodere de nosotros, sino al contrario mantenednos siempre alegres, siempre esforzados y constantes, á fin de agradar al Señor en todas nuestras obras.



CAPÍTULO VII

El Egipto y el regreso á Nazaret.

I

No podemos dirigir á José las siguientes palabras de Jeremías: ¿Qué es lo que pretendes con caminar hacia el Egipto, y con ir á beber el agua turbia del Nilo? (1). Dios le ha llevado al Egipto; y antes que bebiera las aguas del Nilo, había bebido las muy amargas de la tribulación y de la angustia que Dios le había mandado, porque no era insensible á los trabajos de Jesús y de María, ni á los grandes peligros del penoso y dilatado viaje que había emprendido por orden del Señor.

¿Qué pretendes con caminar hacia el Egipto? José no desea ni anhela otra cosa que agradar á Dios en todas sus obras; y Dios le ha mandado que pase al Egipto. Puede, por tanto, decir el castísimo Patriarca: Este es mi descanso, mientras Dios no disponga otra cosa.

(1) II, 18.

Sublime y hermosísima se nos presenta la conducta del santo Patriarca durante su destierro en el Egipto. José, lleno de apacibilidad y mansedumbre, recibe de manos de Dios nuestro Señor, todo lo que su Majestad se digna darle, trabajos, pobreza, amarguras, ó bien consuelos y alegrías; porque en todo esto considera las disposiciones de la Divina Providencia, siempre llena de sabiduría, de amor y de misericordia; porque ama á su Dios y no vive para sí mismo, sino para obedecer y servir á Aquel á quien tiene consagrada su existencia. Pero oigamos lo que nos dice san Buenaventura sobre la vida de la Santa Familia, mientras permaneció desterrada en el Egipto.

Tomaron José y María una pequeña casa en una aldea junto á Heliópolis; no tenían muebles preciosos, sino solamente los indispensables, y éstos muy pobres. Sus vestidos eran también los más pobres y viles del país. La Virgen Santísima, á fin de tener trabajo para ganar la subsistencia, recorría varias casas pidiendo costuras: hilaba, cosía, y tejía, siendo fidelísima en cumplir con las leyes de la justicia y de la equidad, y teniendo siempre consigo á su divino Hijo. Cuando este Niño tenía ya cinco años, llevaba á las casas las costuras de su santa Madre y pedía otras, sin avergonzarse por estas ocupaciones tan humildes: su Madre santísima lo enviaba y El tenía que obedecerla. Sucedió tal vez que el Niño fuera á entregar las costuras de María á alguna vecina soberbia, discutidora, pendenciera y locuaz que tomase la ropa y despidiese al Niño sin el precio convenido y colmándole de injurias.

Volvía el Niño á su Madre, y si tenía hambre le pedía pan; mas la Madre algunas veces no tenía qué darle; y otras se privaba á sí misma del alimento necesario para dárselo á Jesús (1).

¿Qué haría la Madre en semejantes circunstancias sino llorar amargamente? ¿con qué palabras podría contestar á su amadísimo Niño que le pedía un pedazo de pan? Jesús era el pan que había descendido del cielo para dar á los hombres el alimento de la vida eterna, y El no tenía con qué alimentarse.

Nada de esto se ocultaba al santísimo Patriarca, quien sin embargo de su aplicación al trabajo, tenía que vivir con la Santa Familia en suma pobreza. Veía al Niño, veía á la Madre; rodaba de sus ojos una lágrima y de sus labios no salía sino esta palabra: *Fiat*. Esta es la voluntad de Dios, y admiraba más y más el amor infinito del Eterno á los hombres.

El Hijo de Dios sujeto á semejantes humillaciones; su Madre santísima, la Señora del mundo, la Reina del cielo y de la tierra, reducida á vivir en la más humilde condición, y ocupada también en los más humildes servicios; ¿no llenaría todo esto el alma de José de un asombro profundísimo? En medio de su asombro conocía cuánto amaba Dios nuestro Señor la humildad y la pobreza, y José pobre y humilde bendecía al Señor, que le había colocado en esas circunstancias. Sin embargo, era el jefe de la Santa Familia, y tenía que proveer á

(1) Medit., cap. 12-15.

todas sus necesidades; mas se hallaba en extranjera tierra, donde no era conocido, donde nadie tenía que se interesase por su suerte; y de aquí la falta del trabajo, ó el que éste no le produjese los recursos necesarios para subsistir. ¡Cuántos desconsuelos y amarguras para el corazón de nuestro Santo! su obligación por una parte, y por otra el amor que profesaba á Jesús y á María, le afligían sobremanera. ¡Qué no hubiese querido el gran Patriarca, para esos seres que amaba más que á su vida! Y tenía que disimular sus grandes penas á fin de no aumentar las aflicciones de Jesús y de su santa Madre.

¡Admirable fortaleza la de José! pasa largos años en el Egipto, nuestro Santo es siempre el mismo: no dice una palabra; no le agobia el trabajo; y siempre resignado, bendice á la Divina Providencia que se digna probarlo como el oro en crisol. Siempre benigno y lleno de dulzura para con María y Jesús; siempre lleno de veneración para con la Madre y el Hijo, cuyas necesidades procura remediar y prevenir en cuanto está de su parte.

¡Cuántas veces serviría de consuelo y de alivio á la Madre y al Hijo! Velando siempre por ellos conocería sin duda sus amargas penas; y entonces sus miradas tomarían una expresión de singular y suavísima dulzura; y sus palabras, más dulces que la miel, llenarían de gozo al Niño y á la Madre. El Niño podría decir: Mi Padre celestial, de quien todo lo he recibido, me ama con un amor infinito y eterno; y me ha dado aquí en la tierra

un padre putativo que lo represente; y este padre me ama, trabaja por mí, me sustenta, cuida de mí, atiende á todas las necesidades de mi vida; y siempre vigilante y lleno de solicitud, me tiene consagrada toda su existencia. Y el Niño ponía sus ojos bellísimos, una y otra vez, en el santo Patriarca.

María, por su parte, al pensar en el amor y en los desvelos de José por la Santa Familia, daría gracias al Señor por haberle dado un esposo tan digno, y de quien había recibido tantos cuidados y atenciones.

José vivía para Jesús y no para sí mismo, y vivía también para su santa esposa. Esa vida estaba llena de encantos y delicias verdaderamente celestiales.

El Niño, dice el Evangelio, crecía y se fortalecía lleno de sabiduría; y la gracia de Dios estaba en El. La sabiduría y la gracia del Hijo de Dios, brillaban á los ojos de José con una claridad, cada día más hermosa y apacible. La sabiduría le mostraba misterios de una profundidad incalculable; y José, como llevado del espíritu de Dios, adelantaba diariamente, de claridad en claridad. ®

La gracia salía del corazón del Niño como un río de cristalinas aguas, en las cuales el santo Patriarca apagaba su sed de amor divino; aguas que refrescaban su espíritu y le conferían aliento y vigor para sobrellevar todas las adversidades de la vida, y conservarlo en la más dulce alegría y en la paz que trae consigo una virtud perfecta.

Hasta aquí la vida del glorioso Santo se desli-

zaba con una variedad misteriosa y que le prestaba singular belleza: amarguras y consuelos; temores ó bien seguridades; grandes padecimientos y alegrías más grandes todavía. Así acostumbra Dios embellecer la corona de sus escogidos. No los deja un solo instante, para que ellos ni un momento le lleguen á olvidar; y respecto del castísimo Patriarca, Dios consiguió lo que quería: ni la tibieza, ni la indiferencia, ni el olvido mancharon el alma de José, ni amortiguaron el brillo purísimo de sus virtudes. No hay nube alguna que oscurezca la viva claridad del sol de gloria que José contempla sin interrupción: ese sol es su Hijo putativo, la Sabiduría del Padre celestial. José vive en compañía de Jesús: con El conversa, y cuantas palabras salen de los labios del Hijo de Dios, quedan profundamente grabadas en el corazón de José.

El sol que le ilumina, le abrasa también en las ardentísimas llamas de su amor; y unido á Dios y como transformado en El, la gracia, cual savia de vida, le comunica un esfuerzo sagrado, un vigor celestial que le eleva y perfecciona en el ejercicio de las más sublimes virtudes.

Así pasaban los meses y los años para la Santa Familia en el Egipto, cuando un ángel del Señor otra vez se apareció á José en sueños, y le dijo: Levántate y toma al Niño y á su Madre, y vuelve á la tierra de Israel; porque ya han muerto los que atentaban contra la vida del Niño. José levantándose tomó al Niño y á su Madre, y vino á la tierra de Israel; mas oyendo que Arquelao reinaba

en la Judea en lugar de Herodes su padre, temió ir allá; y avisado en sueños se retiró á la Galilea, y moró en una ciudad llamada Nazaret; cumpliéndose de este modo lo que habían dicho los profetas: Será llamado Nazareno (1).

El Evangelio no dice que la vuelta de la Santa Familia á su patria se hubiese emprendido de noche. Cuando esa Familia salía desterrada, dejaba á los judíos envueltos en las tinieblas: ausentábase de entre ellos el sol de la verdad, el Hijo de Dios hecho hombre; á su vuelta se disipan las tinieblas; y después de algunos años, ese Hijo divino tendrá que decir á los mismos judíos: Yo soy la luz del mundo.

Con Jesús volvían á Nazaret, María y José: la que tendría que ser Madre de misericordia y de todo consuelo, y el castísimo Patriarca que extendería su manto sobre todos los cristianos para cubrirlos con la sombra de su santo patrocinio.

¿Por qué la voz del Profeta no se oye en Jerusalén para decirle: Oh Jerusalén, deja el vestido de luto, y vístete del esplendor y de la magnificencia de aquella gloria perdurable que te viene de Dios? (2). No se oye la voz de Isaías que, dirigiéndose á la casa de Sión, le diga estas palabras: Salta de gozo y entona himnos de alabanza; porque está en medio de ti el Grande, el Santo de Israel (3). La Santa Familia regresa sin que nadie lo

(1) Matth., II, 19-23.

(2) Baruch., V, 1.

(3) XII, 6.

note; porque Jesús no vino al mundo á buscar alabanzas, sino á cumplir la voluntad de su Padre. Enseñanza sublime que tal vez no hemos practicado. En lugar de la voluntad de Dios, no hemos buscado sino nuestra propia gloria; y ¿qué es esta gloria sino miseria y nada, una sombra que se desvanece y que huye siempre de nosotros; ó nube ligera que arrebatan los vientos; ó, en fin, humo que se deshace y que para nada nos es de provecho? Y esa sombra, esa nube, ese humo, manchan mil veces, por desgracia, las obras más santas y destruyen la rectitud de nuestras intenciones. No á nosotros sino á Dios corresponde la gloria. Es, por lo mismo, para ser llorada esa funesta ceguedad; y no hay otro remedio que pedir á Dios nuestro Señor la luz del perfecto desengaño que nos descubra cuán vanos son los hombres que no tienen la ciencia de Dios; y que el trabajar por el mundo, por nosotros mismos y no por Dios, es perderlo todo.

II

Oyendo José que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su padre, temió ir allá. Un ángel había intimado al gran Patriarca que huyera de la Judea para evitar la muerte del Niño; después de algunos años también un ángel le dispone que vuelva á la tierra de que se había separado; porque ya habían muerto los perseguidores de Jesús. Sin embargo de esto, el temor se apodera

de nuestro Santo: ¿qué nos indica ese temor? El tierno y delicado afecto de José para con el Niño. Cuando amamos con todo el corazón, no hay riesgo, ni aun sombra de peligro, que no tratemos de alejar con todo empeño, del ser á quien tenemos consagrada toda nuestra vida. ¿No hemos visto mil veces, lo que hace la gallina cuando se hallan en peligro sus polluelos, cuando amenazador se cierne sobre ellos el halcón?

Teme pues José, porque es su corazón, después del de María, el más delicado, el más tierno y sensible de todos los corazones que han salido de las manos del Señor. Es Jesús el riquísimo tesoro que le ha confiado el Padre celestial: ¿no le cuidará más aún que las pupilas de sus ojos? Es su delicia y encanto, es todo su amor: ¿adónde iría José si llegase á perderle?—Debe tanto á ese Niño precioso, amable, divino: ¿pagaría sus favores con descuido, y el amor que el Niño le ha tenido, con triste indiferencia? Nada de esto tiene lugar en el corazón del santísimo Patriarca; así lo prueban las palabras del Evangelio: Temió volver á la tierra de Israel.

Si pudiera decirse, diríamos que el amor que tiene á Jesús, le hace olvidar aun las palabras del ángel; y diríamos también que José, como perdido en el amor de Jesucristo y transformado en El, lleva como una vida pasiva cuyo aliento sagrado es Jesús, que ilumina, que mueve y dirige la inteligencia y el corazón de su Padre putativo; y que fuera de Jesús nada entiende José ni ama cosa alguna que no sea el mismo Jesús. Mas no, que esa vida

es activa y no deja de correr hacia Jesús derramando á sus pies todas sus ternuras, sin descansar un solo instante, porque el descanso del amor no es la inacción, sino los afectos que produce con una fecundidad no interrumpida.

El amor de José á Jesucristo nuestro Señor, se nos presenta á veces como un torrente cuyas aguas se precipitan en las profundidades insondables del misterio de la Encarnación; ó bien esas aguas forman un inmenso lago, sereno y hermosísimo, donde se retratan los astros del cielo, y donde el Hijo de Dios contempla con agrado las purísimas virtudes de José.

Finalmente, el amor de que hablamos, cual ardiente y sacrosanta llama, se eleva del seno de José hasta el corazón de Jesucristo, para abrasarlo, si pudiéramos decirlo, en sus incendios; mas sucede lo contrario. José le dice: Yo te amo, y ese amor, tan puro y ardiente, es un tesoro de riquísima valía; y el oro y la plata, comparados con él, no son sino menuda arena.

El fuego se conserva y aumenta con el combustible; y el amor con la presencia y el trato del ser que amamos. Según esto: ¿podremos comprender la grandeza del amor de José para con el Hijo de Dios, su actividad inextinguible, y la fuerza siempre en aumento de su ardentísima llama? Digamos, pues, que el amor es la vida de José.

Preguntemos ahora: ¿qué vienen á ser en esa vida tan llena de delicias, vida santísima y perfecta, los trabajos, los padecimientos y las más pesadas cruces que mandó el Señor sobre José? Peque-

ñísima gota de ajeno que cae en un océano de dulzura. Buscadla, y no la encontraréis, y la dulzura del océano no ha disminuido. Y no es que los Santos no sientan el peso del dolor, ni la opresión que los hace gemir cuando Dios los aflige; es que el amor embalsama y penetra cuanto toca, y lo unge con una suavidad verdaderamente celestial. No quitemos á los Santos sus cruces, porque en ellas encuentran su gloria; ni los arranquemos al amargo padecer, que, llenos de tristeza, por él suspirarían. Para ellos lo más amargo se llena de dulzura por el amor de Jesucristo; y las más pesadas cruces que el Señor les manda, no son sino preciosas y ligeras alas que hasta Dios los elevan. ¡Oh, si así lo comprendiésemos, nuestra conducta sería muy diferente! En los padecimientos viviríamos resignados, y nuestra voluntad se conformaría con la de Dios; y adelantando en la virtud, la resignación y la conformidad se convertirían en ricos manantiales de inefable dicha, de perenne y sacrosanto gozo en el Espíritu de Dios.

Tal se nos presenta el gran José, nuestro amadísimo Santo, amando á su divino Jesús con una caridad sagrada y ardentísima; y que en vez de disminuir iba siempre en aumento.

¿Por qué no seguirle en las gloriosas sendas que recorrió durante su preciosa vida? seríamos mil veces dichosos, y sabríamos por propia experiencia que no hay felicidad que pueda compararse con aquella que gozamos en el amor de Dios. Ante esa dicha siempre nueva y verdadera, la del mundo es una miseria llena de ignominia, es

carga de un peso abrumador; y al pensar en ella el alma se llena de tristeza, el desaliento se apodera de nosotros, y siéntese oprimido el corazón y lleno de una pena inexplicable. Preciso es entonces volvernó al Señor y pedirle que no nos deje separar de su amor divino, única dicha que anhelamos en la vida.

José volvió á Nazaret trayendo consigo á la Santa Familia. Nuevos sufrimientos y trabajos, y aún mayores que los del viaje anterior; porque entonces el Niño era muy pequeño; mientras que al volver era ya, según algunos quieren, de siete años; y emprendieron el camino á pie, dice san Buenaventura (1). ¡Cuántas veces el precioso y delicado Niño, lleno de fatiga, descansaría sobre las arenas del desierto! Y el sol quemaría con sus ardientes rayos su frente divina. Así quiso mostrarnos el Hijo de Dios su ardiente caridad; porque todos sus padecimientos los ofrecía á su Padre por nuestra salud.

Mucho hemos costado al Hijo de Dios. Veámosle atravesando el desierto con grandes trabajos y fatigas; y recordemos que pensaba siempre en nosotros, y aceptaba con indecible gozo todos sus padecimientos, porque su amor se lo pedía, porque eran inmensas nuestras miserias y desgracias, y El había descendido de los cielos para remediarlas.

Volviendo los ojos á nuestro corazón, nos preguntamos: ¿dejaremos de amar al que tanto nos

(1) Medit., cap. 15.

ha amado? ¿quién ha hecho lo que El para nosotros? le vemos volver á su patria para llevar en ella una vida obscura, y continuar y coronar después con su muerte santísima nuestra redención.

Si le hubiésemos acompañado al volver á su patria, ¿cuáles hubieran sido nuestros sentimientos para con El? llenos de compasión y de ternura, le habríamos tomado sobre los hombros, y aún más que esto, hubiéramos deseado introducirle en nuestro corazón, sin pensar en otra cosa que en cuidarle, servirle y complacerle en todo. Entonces nada pudimos hacer; ni acompañamos á Jesús por el desierto, ni le procuramos algún alivio en su camino; mas ahora el recuerdo de su penosísimo viaje, recuerdo de amor y de ternura, y los afectos de santa caridad para con El, suplirán lo que entonces no pudimos hacer.

También nosotros caminamos por el desierto de la vida hacia nuestra verdadera patria: que la Santa Familia al volver á la tierra de Israel sea nuestro modelo. María y José caminaban siempre con Jesús; pensaban siempre en El y no se ocupaban sino en servirle y amarle. El verdadero cristiano debe hacer lo mismo. ¡Ay de nosotros si nos separamos de Jesús, si no pensamos en El, si no trabajamos por su gloria!

Preciso es quedar enteramente convencidos de la verdad de cuanto acabamos de decir; y para esto reflexionemos lo siguiente.

El caminar sin la compañía del buen Jesús es una inmensa desgracia; porque El y no otro es el camino de la vida. Nadie llega al Padre sino por

Jesús, que nos le da á conocer y nos sostiene con los auxilios de su gracia. Por Jesús hemos recibido la reconciliación y la vida. Si de El nos separamos, ¿quién podrá reconciliarnos con el Padre; y dónde hallaremos la vida que se nos da por los méritos del Hijo de Dios?

Si en Jesús no pensamos, nuestros pensamientos no podrán elevarnos al cielo; serán sobre los negocios de la tierra, sobre los bienes temporales, y sobre otras muchas cosas que no pueden relacionarse con los bienes eternos, si no pensamos en Jesús que nos descubra la necesidad que tenemos de su gracia, que nos haga implorarla con humildad y confianza.

Vivimos en una atmósfera malsana y pesada, y se oprime de tristeza el corazón si pasamos la existencia sin pensar en Jesús; porque sólo de El nos viene la verdad que ilumina nuestra inteligencia, y el gozo que alegra nuestro espíritu.

Cuando pensamos en el buen Jesús, desciende de los cielos el rocío de los divinos consuelos que fecundiza nuestras almas, las cuales producen ótimos frutos de virtud y gracia. La hermosura de Jesús, su bondad, sus ejemplos, nos enardecen y avivan más y más las llamas del amor que le tenemos, y llenos de entusiasmo exclamamos: Llévanos en pos de ti, oh amadísimo de nuestras almas, y correremos al olor de tus perfumes. Es tu nombre un bálsamo precioso que nos llena de santa alegría.

Al pensar en nuestro buen Jesús, la esperanza nos llena de vigor, y la paz de Dios nos inunda

en celestial delicia; porque El es bondad infinita; porque es fiel en todas sus promesas, porque El es amabilísimo y fuente inagotable de piedad y gracia.

Si no trabajamos para la gloria de Dios nuestro amado Señor, nuestros trabajos no serán de provecho para alcanzar la vida eterna.

Si trabajamos para el mundo, no será Dios, sino el mundo, quien tenga que pagarnos. Si trabajamos para nosotros mismos, nuestra personal satisfacción será la única paga que debemos esperar.

José y María caminaban por el desierto llevando consigo á Jesús, pensaban en El continuamente, y no se ocupaban sino en servirle; por esto eran dichosísimos aun en sus trabajos y fatigas; imitemos sus ejemplos, y seremos también muy felices, y nadie podrá arrebatarnos la paz del corazón y la gracia que consigo trae caminar con Jesús, pensar en El, y ocuparnos sin descanso en su divino servicio.

¡Oh María, oh José! rogad por nosotros á Jesús, y no permitáis que el pecado nos separe de su Majestad; no dejéis que le olvidemos, y haced que siempre vivamos ocupados en servirle y amarle.





CAPÍTULO VIII

La santa Casa de Nazaret.

I

AL pensar en la santa Casa de Nazaret, se nos escapa un suspiro de amor, y exclamamos con David: ¡Oh cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! Mi alma suspira y padece deliquios, ansiando entrar en los atrios del Señor. Mi corazón y mi cuerpo se transportan de gozo, contemplando al Dios vivo. El pajarillo halló un hueco donde guarecerse, y nido halló la tórtola donde poner sus polluelos.— Tus altares, oh Señor de los ejércitos, oh Rey mío y Dios mío. Dichosos los que moran en tu casa: te alabarán por los siglos de los siglos... Más vale pasar un solo día en los atrios de tu Templo, que millares fuera de ellos. He escogido ser el ínfimo en la Casa de Dios, antes que habitar en la morada de los pecadores (1).

(1) Psalm. LXXXIII, 2-5, 11.

En la santa Casa de Nazaret, no buscamos al Señor que es terrible á las potestades, sino al precioso y delicado Niño que ha vuelto del destierro en compañía de sus santos Padres. Buscamos al que descendió del cielo, y se hizo nuestro hermano á fin de hacernos hijos adoptivos del Padre celestial. Ese Niño es el encanto de Dios, y es todo el amor de nuestras almas.

En esa Casa sagrada buscamos á la más santa y hermosa de todas las criaturas, la que es nuestra Madre amorosísima, esperanza y consuelo de los hombres, por medio de la cual recibimos las gracias del Señor.

Buscamos, en fin, al castísimo Esposo de María y Padre putativo de Jesús.

¿Quién nos abrirá la puerta para entrar en esa mansión de gloria donde reinan la paz y la justicia, donde mora el Hijo del Eterno y su Madre divina? ¿quién sino José que es el jefe de esa santa Familia, escogido por Dios para ese honrosísimo cargo, que no alcanzó ningún otro mortal? Abranos, pues, el castísimo Patriarca la puerta de su santa Casa, y llévenos á los pies de Jesús y de María.

Estamos ya en la morada de Dios.

Entrando en mi casa, decía Salomón, hallaré en la sabiduría mi reposo; porque ni su conversación tiene rastro de amargura, ni causa tedio su trato, sino antes bien consuelo y alegría. Considerando estas cosas y revolviendo en mi corazón cómo en la unión con la sabiduría se halla la inmortalidad, y un santo placer en su amistad, é inagotables te-

soros en las obras de sus manos, y la prudencia en conversar con ella, y grande gloria en participar de sus razonamientos, andaba por doquiera buscando cómo apropiármela (1).—Entrando en la casa de José hallaremos la Sabiduría que con tanto empeño buscaba Salomón; Sabiduría que se hizo hombre por nosotros, y que es el Hijo verdadero de la más pura de todas las vírgenes. Está junto á esta dichosísima Señora, está junto á su Padre putativo... Contemplemos un instante ese grupo encantador.

El Niño, entre todos los hijos de los hombres es el más hermoso, ¡qué mirar es el suyo tan dulce y amable! Sus ojos derraman una luz más apacible y más pura que la luz del cielo; y la sonrisa de sus labios, purísima y santa, cautiva nuestras almas. Todo El respira amor, según la expresión de la Esposa; y es tanta la bondad de su corazón dulcísimo, que atrae con una suavidad incomparable, y rinde á sus pies aun á los más indignos de su afecto.

¿Y qué diremos de su Madre amabilísima que con mirada más pura que la de los ángeles, le contempla con celestial delicia, y con una dicha que no es de este mundo?

El castísimo Patriarca, siempre humilde, baja sus miradas, en el recogimiento más profundo de su espíritu, piensa en Jesús y en María. En Jesús que es el Criador del cielo y de la tierra, que es el Hijo Unigénito de Dios, que quiso hacerse Niño,

(1) VIII, 16-18.

y ser llamado hijo de José. Piensa en María que es la Esposa inmaculada del Espíritu divino. ¡Cuántas maravillas y grandezas brillan en la casa del santísimo Patriarca! En ella ha escondido Dios nuestro Señor sus más ricos y espléndidos tesoros; y entregó las llaves de esa casa al Esposo de María y Padre putativo de Jesús.

La casa de Nazaret. ¿Qué hace en ella el Hijo del Eterno, nuestro hermano querido, el divino Jesús? ¿Qué hacen en ella sus santísimos padres? Respondan á estas preguntas las altísimas virtudes practicadas por esa santa Familia. La atmósfera que reina en esa mansión de gloria, en esa casa bendita, está embalsamada con la fragancia de todas las gracias y de todos los dones del Espíritu santo. A la casa de Dios corresponde la santidad; mas ¡qué santidad la de esa morada de que hablamos! las obras de virtud practicadas en la misma, fueron siempre excelentísimas; y fueron practicadas por el Hijo de Dios y por las más perfectas de todas las criaturas. Esas virtudes convertían el Santuario de Nazaret en paraíso de delicias celestiales; y el Padre divino que tiene sus eternas complacencias en su Hijo Unigénito Nuestro Señor Jesucristo, al contemplar las bellísimas flores de ese paraíso y al sentir su delicada y suavísima fragancia, hablando nuestro humano y pobre lenguaje, pudo decir estas palabras: El olor de mi Hijo es como el de un campo florido á quien he colmado de bendiciones (1). Y con la suavísima

(1) Gen., XXVII, 27.

fragancia de las virtudes de Jesús, se elevaban juntamente hasta el trono del Eterno, las virtudes de María y José.

Registremos una por una las estancias de la casa sagrada de José; reina en todas ellas la santa pobreza que vino al mundo con el Hijo de Dios. No está cubierto el pavimento con alfombras de seda ni están las paredes ricamente tapizadas; sus muebles son escasos y humildes; y en una palabra todo el ajuar de la casa era muy pobre. Así tenía que ser, porque era la morada del que después tendría que decir: Las raposas tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza (1).

Oh vosotros los cristianos á quienes ha favorecido la fortuna, y que vivís en espléndidos palacios, resplandecientes de oro y de marfil, entrad en la casa en que vivió el Señor y comparadla con las vuestras. No habrá, por ventura, comodidad que no os procuréis, ni tal vez caprichos que no satisfagáis; y sin embargo, sois los hijos de un Dios que vivió en la pobreza. Por lo demás no olvidéis estas palabras del divino Maestro: ¡Ay de vosotros los ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo en este mundo (2).

¿Queréis recibir vuestro consuelo en la patria celestial? Pensad con frecuencia en la santa Casa de Nazaret, y disminuíd, siquiera un poco, el lujo que reina en vuestras casas, y emplead esos aho-

(1) Matth., VIII, 20.

(2) Luc., VI, 24.

rrros en socorrer á los pobres; y vuestras limosnas os recibirán en las moradas eternas.

La humildad, la obediencia y la oración, inseparables compañeras de la santa Familia, resplandecen con hermosura y celestial encanto en la casa de José. La adornan y engalanan con sus gracias; ¿por qué no decimos que en vez de prestar esos servicios, allí se encuentran á fin de recibir de la santa Familia las gracias y el encanto que á cada una corresponden? No vienen á enseñar sino á ser enseñadas, ni á repartir sus tesoros, sino á enriquecerse con los del Niño Jesús, de su santa Madre y de José.

Brilla la humildad en el Hijo de Dios con un carácter que podemos llamar distintivo, y que expresó san Pablo con estas palabras: *Exinanivit semetipsum*. En María la humildad se presenta llena de sumisión y de dulzura; y en José con la veneración más profunda y en un recogimiento que jamás le abandona. Esos tres caracteres de la santa humildad se entrelazan, se unen, y cual si fueran uno solo, se elevan hasta Dios, y son la ofrenda sacratísima y agradable á los ojos del Eterno que le presenta la más santa y perfecta de todas las familias, la Familia del santísimo Patriarca.

La humildad en el Hijo de Dios, llena de asombro y suspende á la más levantada inteligencia. Ese Hijo de Dios está sentado á la diestra del Padre en lo más elevado de los cielos. El Padre dice á sus ángeles: Adoradle; y los ángeles le adoran, y cantan sin cesar su gloria y su poder, su majestad soberana y su infinita grandeza. Y ese Hijo de

Dios, en todo semejante, fuera del pecado, á los demás hijos de los hombres, se ocupa en los más humildes quehaceres de su casa, y sirve, humilde y rendido, á sus santos padres.

¡Oh cuánto es el amor de Dios á sus criaturas! Le hace ocultar su infinita grandeza y el brillo de su majestad. Sólo el amor puede explicarnos los santos excesos de la humildad de Jesucristo. Está junto al Hijo de Dios su Madre divina, no únicamente porque el amor la tiene allí, sino además porque quiere aprender la humildad de Jesucristo; y ya que su Hijo santísimo quiere anonadarse, Ella se rinde á sus pies y se llama su esclava que tiene corazón de madre, corazón más dulce que la miel, suavísimo cual ninguno ha sido; por esto, al humillarse, rebosan del seno de María la sumisión y la dulzura, cual ricas manantiales de bondad y gracia. Se humilla, se rinde, mas siempre lo hace con los sentimientos de una esclava; y este nombre lo lleva siempre en el alma, y sale de sus labios virginales para alegrar el corazón de Dios, y á fin de llenar de confianza á los que somos hijos de la esclava del Señor.

Patriarca sacratísimo, ¿qué diremos de tu amable y preciosa humildad?—A la vista de Jesús y de María aparece José como mudo de asombro. No leemos en el Evangelio ni una sola de sus santísimas palabras. Absorto en Dios, atento siempre á sus divinas órdenes para cumplirlas, en él no había lugar para otra cosa. Es un instrumento de Dios que lo mueve á cada instante según su santa voluntad. No pidáis al instrumento la razón de lo

que hace; pedidla á quien le mueve. Ciertamente que José era libre y tenía que responder de todas sus acciones; pero su libertad se rendía gustosa á las órdenes del cielo; y Dios le dirigía en todas sus acciones, sin hallar en el santo Patriarca la menor resistencia. Mas el que no hablaba con los hombres, dirigía á Dios estas palabras: Señor, ¿qué queréis que haga? Enseñadme á cumplir vuestra voluntad, pues Vos sois mi Dios (1). Mas pronunciaba estas palabras lleno de veneración y de respeto y penetrado de un temor profundo. ¿Qué era él ante la majestad infinita del Señor? y ¿cómo no tenerse por polvo y ceniza ante el Ser de los seres, el único Dios verdadero, dignísimo de toda gloria, y de la bendición y la alabanza de todas las criaturas?

Contempla nuestro amado Santo la humildad del Hijo de Dios y de su Madre divina, y queda fuera de sí mismo; y busca una sima, la más profunda de todas para hundirse en ella á fin de conocer, en cuanto pueda, lo que es la criatura respecto del Criador; lo que es él mismo, colmado de tantas gracias y misericordias por la bondad infinita del Eterno; y su humildad entonces, tan grande y profunda, se desvanece ante sus ojos; y por esto quiere humillarse más y más, y humillarse sin medida alguna; porque sólo Dios es la vida, es la grandeza, el único ser que subsiste por Sí mismo; y en su presencia son como si no existiesen todas las criaturas. Tal se nos presenta la

(1) Act., IX, 6.—Psalm. CXLII, 10.

humildad de José, que sin cesar estaba oyendo la enseñanza de Jesús y de María sobre esta excelentísima virtud. ¿Quién hubiera podido aprovecharse de aquella divina enseñanza, con tan elevada perfección como lo hizo el santísimo Patriarca? Bendito sea el Señor que enriqueció el alma de José con todos los tesoros de la santa humildad.

II

El ángel de la oración, mejor, el Rey de los ángeles, moraba siempre en la casa de José.

En la oración reconocemos la grandeza infinita de Dios, y la bendicimos y adoramos, y le damos gracias por su gloria inmutable y eterna; reconocemos nuestra gran miseria, la nada que somos y la absoluta dependencia que tenemos del que es nuestro Criador; conversamos con El con humilde y amorosa confianza y le pedimos sus misericordias. Todo esto practicaba en Nazaret el santísimo Patriarca. Era su fe purísima y tan firme, que nada podía quebrantarla. Así lo demostró cuando el ángel le dijo: Lo que ha nacido del seno de María es obra del Espíritu santo; no tengas recelo en recibir á tu esposa. José no vaciló un momento y recibió á su esposa.

Creía en Dios, nuestro Santo, y ya hemos visto cuál era su humildad en la presencia del Señor, á quien adoraba como á Dios y honraba como á padre; y este padre le amaba tiernamente y le dirigió en todas sus acciones; y José buscaba en

ese padre la luz de la verdad, la fortaleza, el consuelo y el remedio en todas sus necesidades.

Siempre atento á la voz de su Dios, obedecía sus preceptos, y día y noche meditaba en ellos para cumplirlos con fidelidad. Esta fidelidad, esta obediencia, eran el resultado del trato íntimo y continuo que con Dios tenía, de su altísima oración que no se veía interrumpida en el ejercicio de su santo ministerio, ya que Dios le acompañaba á todas partes, y José jamás le llegaba á olvidar; por esto con toda verdad podemos aplicarle las siguientes palabras que de Noé dijo el Espíritu santo: Halló gracia delante del Señor... fué varón justo y perfecto en sus días, anduvo con Dios (1). ¿Quién como José anduvo con Dios y con su Madre divina? ¿quién sino él fué varón justo y perfecto en toda su vida? Y ciertamente no lo hubiera sido sin la oración que purifica el alma de todos los afectos de la tierra, que la eleva al Empíreo y la transforma en Dios, y atrae de los cielos las bendiciones más preciosas de las misericordias del Eterno.

A este dichosísimo Patriarca le hubiera sido muy difícil, casi imposible, el olvidarse de Dios; le tenía en su misma casa, trataba con El continuamente, y con una confianza tan llena de amor y de ternura, como la que tiene un padre con sus hijos; y no ha existido ni nunca existirá padre alguno tan tierno y amoroso con sus hijos, como lo fué el santísimo Patriarca con el Hijo de Dios. De

(1) Gen., VI, 8, 9.

corazón á corazón el de Jesús y el de José, ¿qué comunicaciones pasarían? Por parte del Hijo de Dios una bondad amabilísima que se derramaba en el corazón de José: Padre mío, así llamaría, una y mil veces, al que era su padre putativo; estoy contigo, mi Padre me ha confiado á tus cuidados: ¿qué haces conmigo, me amas como un padre ama á su hijo más querido? y el corazón de José ¿dejaría de estremecerse de ternura al escuchar las dulcísimas palabras de Jesús, al recibir sus caricias tan llenas de amor y de misericordia? faltarle palabras, y la humildad sellaría sus labios, y suspendido en la contemplación más sublime y deliciosa, se sentiría como transformado en el divino Niño, que hallaba sus delicias en conversar con su querido padre.

¡Oh dichosa vida la del gran Patriarca! toda en Dios, y ocupada enteramente en servirle y amarle.

De esta oración tan perfecta y agradable á los ojos divinos, nació la obediencia de José. En la oración había conocido nuestro Santo la grandeza infinita del Eterno y el soberano dominio que tiene sobre sus criaturas, y habían brillado ante sus ojos, con luz purísima y hermosa, las perfecciones del Señor: su sabiduría profunda, su virtud omnipotente, su bondad infinita y su providencia amabilísima que vela sin descanso sobre las criaturas. Contemplaba en la oración nuestro querido Santo, el amor singularísimo que Dios le había tenido desde la misma eternidad, el destino que le había señalado, y todas las gracias con que es-

taba enriquecido. Después de esto, ¿José dejaría de vivir para su Dios, ó dejaría de cumplir con la más elevada perfección cuanto Dios le mandase? Extraño sería en verdad y enteramente inexplicable, que José no fuese perfecto en la obediencia. Esta le tomaba de la mano y le llevaba siempre á donde Dios quería; y no sólo sin dificultad, sino al contrario, corriendo, volando por las sendas que el Señor le designaba, lleno de gozo y bendiciendo sin cesar la santa voluntad de Dios.

Iban los Padres de Jesús todos los años á Jerusalén por la fiesta solemne de la Pascua. Y siendo el Niño ya de doce años cumplidos, habiendo subido á Jerusalén, según solían en aquella solemnidad, acabados aquellos días, cuando ya se volvían, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén, sin que sus Padres lo advirtiesen. Antes bien persuadidos de que venía con alguno de su comitiva, anduvieron la jornada entera buscándole entre los parientes y conocidos. Mas como no le hallasen, retornaron á Jerusalén en busca suya. Y al cabo de tres días de haberle perdido, le hallaron en el Templo, sentado en medio de los doctores, á quienes ora escuchaba, ora les preguntaba. Y cuantos le oían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle, pues, sus Padres quedaron maravillados; y su Madre le dijo: Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros? Mira cómo tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando. Y El les respondió: ¿Cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?

Mas ellos por entonces no comprendieron el sentido de su respuesta. En seguida se fué con ellos, y vino á Nazaret; y les estaba sujeto. Y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazón. Jesús entre tanto crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres (1).

¡Profundos y admirables misterios! Nadie hubiera sospechado que el cumplimiento de un precepto religioso, sería el principio de las grandes maravillas que nos acaba de referir el Evangelio.

El Niño Jesús queda en Jerusalén, y sus Padres al regresar á Nazaret, no lo advierten sino al concluir la primera jornada; esto es humanamente inexplicable, no sólo con relación á la Virgen Santísima y á Señor san José, sino respecto de cualesquiera otros padres. Hay, pues, un designio particular de la divina Providencia en el misterio de que tratamos. Quería Dios nuestro Señor enriquecer de nuevas gracias y favores á María y á José, y acerca á sus labios un cáliz muy amargo. ¿Qué dolor podrá compararse con el de María y José, al no tener consigo á su amadísimo Jesús, su tesoro, su Dios, y todo su amor? Durante tres días le buscan sin descanso; y su aflicción y su amargura aumentan sin cesar á cada instante. Exhalarían gemidos de profundísimo dolor, y el llanto inundaría sus ojos. Una y otra vez llamarían á su querido Jesús con expresiones de tiernísimo cariño, del más ardiente y abrasado amor. Mas Jesús no responde..... ¿Qué harán entonces

(1) Luc., II, 41-52.

sus amantes Padres? Adorar la santa voluntad de Dios, y bendecir sus inescrutables y altísimos designios; y si el dolor les oprime, si la amargura ha llenado los santos corazones de María y José, nada de eso llega á turbar la íntima y profunda paz de la virtud de entrambos. Enseñanza, en verdad, muy provechosa para nosotros, que no siempre descubrimos en los padecimientos con que Dios nos aflige, ni la bondad amorosísima del mejor de los padres, ni el deber que tenemos de rendirnos, con la más perfecta sumisión, á las órdenes de su divina Providencia.

Al hallar al Niño Jesús en el Templo, María por sí misma y á nombre de su esposo, le dirige estas palabras: Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Ved que tu padre y yo te hemos buscado llenos de dolor (1).

Refiriendo á José estas palabras un sabio y castizo escritor de nuestros días, dice lo siguiente: Otra duda asalta aquella delicada conciencia, la de José, al recordar aquella vez que perdió al divino Niño, á la edad de doce años, regresando de Jerusalén á Nazaret. ¿No había habido de su parte negligencia en la guarda del precioso tesoro? ¿No traspasó después los límites de su autoridad paternal, al reconvenir al Niño Jesús por haberle abandonado, sumergiéndolo á él mismo y á su casta Esposa en un mar de angustias, *Fili quid fecisti nobis sic, ecce pater tuus et ego dolentes quaerebamus te?*

(1) Luc., II, 48.

Con el respeto debido al insigne literato á quien tales conceptos pertenecen, tenemos que decir que no los aceptamos.

Aun prescindiendo de la santidad sublime y perfecta de José, basta reflexionar que tales palabras salieron de los purísimos labios de María, para no ver en ellas sino perfección y gracia; y en las mismas no llega á descubrirse la reconvención que se nos dice; contienen una pregunta y nada más; y esta pregunta no es sino el humilde y amoroso reclamo del más sagrado y perfecto de todos los amores; y el recuerdo de semejante reclamo no puede suscitar duda ninguna, ni sumergir el alma en un mar de angustias, sino en otro de consuelos y delicias celestiales.

Si María y José hubiesen quedado sin decir una palabra al hallar al divino Jesús, habrían dado á sospechar que, ó no conocían el precioso tesoro que les había confiado el Padre celestial, ó no lo estimaban cuanto era debido.

Si no hubiesen hablado en tales circunstancias los Padres de Jesús, el Niño divino habría dicho á la una y al otro: *Sonet vox tua in auribus meis: vox enim tua dulcis* (1).

José había recibido el espíritu de Dios para conocer los dones que había recibido del Señor (2); y entre éstos se contaba la fidelidad en el cumplimiento de su santo ministerio. No hay, pues, lugar para la duda que pudiera angustiar la purísi-

(1) Cant., II, 14.

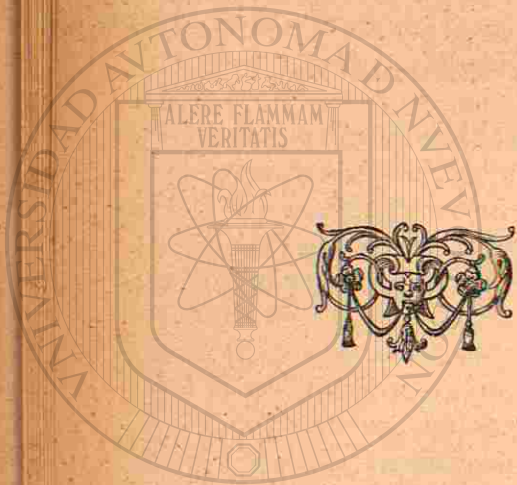
(2) I Cor., II, 12.

ma conciencia de José: ¿No había habido de su parte negligencia en la guarda del precioso tesoro? No la había habido, y José lo sabía perfectamente; y así también sabía que con las palabras que pronunció su inmaculada Esposa, no había traspasado los límites de su autoridad paternal; palabras que eran el desbordamiento del amor que tenían al Niño divino María y José; y ese desbordamiento, esas palabras, entraban en el santo corazón del Niño Dios, como un río de paz y de delicias. Era amado de sus santos Padres; así se lo decían las dulces expresiones que acababa de oír, y que lejos de ser para José motivos de inquietud, lo eran del más hermoso y celestial consuelo.

El Niño Jesús bajó á Nazaret y estaba sujeto á José y á María. Si nos es incomprensible la humildad del Hijo de Dios que vive sujeto á las órdenes de sus santos Padres, lo son igualmente los sentimientos que llenaban los corazones de María y José al tener á sus órdenes al Unigénito del Padre hecho hombre. ¿Dejarían de humillarse, hasta el abismo de su propia nada? Era, por lo mismo, la casa de Nazaret, la mansión donde reinaba en toda su grandeza, la humildad. El Hijo de Dios la enseñaba con su ejemplo, y sus santos Padres aprendían y practicaban con fidelidad y exactitud, aquella divina enseñanza.

¡Oh José santísimo que tanto aprendisteis de Jesús y de María! sed nuestro Maestro; enseñadnos las grandes virtudes que practicasteis siguiendo los ejemplos del Hijo de Dios y de su santa Ma-

dre: la humildad, la obediencia y la oración. Alejad de nosotros el espíritu de soberbia; haced que siempre cumplamos la voluntad de Dios, y obtenednos del Padre celestial los preciosos dones del recogimiento y de la oración.



CAPÍTULO IX

El taller de Señor san José.

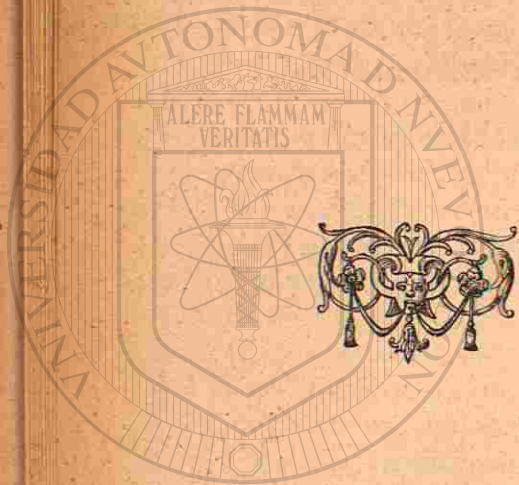
I

ENTREMOS en el taller de José, donde hallaremos á nuestro amadísimo Jesús trabajando en compañía de su Padre putativo. Mucho tendremos que aprender. Trataremos en este capítulo del trabajo al que todos tenemos que dedicarnos y que es preciso animar del espíritu cristiano, si queremos que nos sea de provecho no solamente para los intereses de la vida presente, sino también para los de la vida eterna.

Todo trabajo nos indica ó una molestia, ó un esfuerzo, ó una dificultad que tiene que superarse, ó todo esto á la vez; y el trabajo está impuesto á todos los hombres: Comerás el pan con el sudor de tu rostro.

En la necesidad del trabajo descubrimos el castigo de un crimen primitivo, de la prevaricación de nuestros primeros padres. Adán, después de ha-

dre: la humildad, la obediencia y la oración. Alejad de nosotros el espíritu de soberbia; haced que siempre cumplamos la voluntad de Dios, y obtenednos del Padre celestial los preciosos dones del recogimiento y de la oración.



CAPÍTULO IX

El taller de Señor san José.

I

ENTREMOS en el taller de José, donde hallaremos á nuestro amadísimo Jesús trabajando en compañía de su Padre putativo. Mucho tendremos que aprender. Trataremos en este capítulo del trabajo al que todos tenemos que dedicarnos y que es preciso animar del espíritu cristiano, si queremos que nos sea de provecho no solamente para los intereses de la vida presente, sino también para los de la vida eterna.

Todo trabajo nos indica ó una molestia, ó un esfuerzo, ó una dificultad que tiene que superarse, ó todo esto á la vez; y el trabajo está impuesto á todos los hombres: Comerás el pan con el sudor de tu rostro.

En la necesidad del trabajo descubrimos el castigo de un crimen primitivo, de la prevaricación de nuestros primeros padres. Adán, después de ha-

ber quebrantado el precepto del Señor, escuchó estas palabras: porque oíste la voz de tu esposa, y porque comiste del fruto del árbol que se te había prohibido, maldita sea la tierra por tu causa: con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el discurso de tu vida. Te producirá espinas y abrojos... y comerás el pan mediante el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas á la tierra de que fuiste formado.

A la mujer dijo Dios lo siguiente: Multiplicaré tus trabajos y miserias: con dolor darás á luz á tus hijos, y estarás bajo la potestad de tu marido, y él te dominará (1).

Tenemos, pues, que ver en la necesidad del trabajo una pena impuesta por Dios nuestro Señor por el pecado; pena que debe recibirse con humilde y amorosa sumisión, y dirigiéndolo á un fin verdaderamente digno del hombre.

Si el trabajo nos proporciona comodidad y descanso, si es un medio para vivir y aun para disfrutar de los bienes de la vida, con todo eso no puede aceptarse esta máxima: tenemos que trabajar para gozar.

Trabajar para gozar es reducir las necesidades del hombre á la vida animal, sin tener en cuenta para nada la conciencia y el deber. ¿En dónde hallaremos la nobleza en el sacrificio, ó en la privación de los placeres, si todo hay que consagrarlo á estos mismos? De esta manera el trabajo humilla y degrada; mas no cuando lo vemos como una ley

(1) Gen., III, 16-19.

que se encamina á perfeccionar nuestra existencia, que vigoriza el cuerpo en vez de consumirlo, y descubre á nuestra inteligencia nuevas verdades, útiles sobre manera á nuestra vida práctica.

Hemos de trabajar porque es nuestro deber; esto es digno del hombre; porque entonces no se sujeta á un yugo ominoso, como es el que impone aquella máxima: trabajemos para gozar, que lo hace esclavo del placer, que enerva todas sus energías.

Es un deber el trabajar; mas ¿qué provecho podremos sacar del trabajo que de esta manera emprendemos? Con él podemos reparar nuestras faltas al aceptarlo de la mano de Dios nuestro Señor, bendiciendo su adorable justicia, y pidiendo á su bondad que se digne perdonarnos.

La santidad del trabajo cristiano, vuelve á las existencias gastadas en el vicio, su perdida energía. Muchos, en efecto, después de sus desórdenes, instruidos por el trabajo, van descubriendo paulatinamente la degradación del vicio y sus tristes consecuencias, y movidos entonces por la gracia, dan lugar al arrepentimiento. Y el trabajo que ha podido conducirlos á este punto, enséñales á ofrecerlo á Dios como una expiación de sus culpas; y como nada acepta Dios sino mediante los méritos de Jesucristo, el trabajo les dice también: Unidme á la Pasión y méritos del divino Redentor, y seré aceptable á los ojos del Eterno.

El trabajo cristiano nos hace pensar en Jesús: El trabajó en el taller de José y en compañía de este su padre putativo. ¿No sería nuestra gloria trabajar en honor del castísimo Patriarca, y en

compañía de Jesús? Uno y otro se fatigan, sudan en el trabajo; y siempre llenos de alegría, bendicen la santa voluntad de Dios.

Si pensásemos en esto siquiera un instante, ¿veríamos en el trabajo como una carga insoportable? ¿se apoderaría de nosotros la impaciencia, ó saldrían de nuestros labios palabras llenas de furor, como pasa con frecuencia?

No era así como trabajaba el gran José: tenía su pensamiento en Dios, y trabajaba porque Dios así lo quería, y ofrecía sus trabajos á gloria del Eterno. ¡Cuán lejos estamos de imitar á este santísimo Patriarca!

Tenemos necesidad de trabajar; convirtamos en virtud la necesidad á que nos referimos; aceptando con bendición y acción de gracias, el castigo que Dios nos ha impuesto en el trabajo, y ofreciéndolo á Dios en unión de los méritos de Jesucristo, poniendo en El nuestras miradas é implorando el auxilio de su gracia.

Contemplemos asimismo la hermosa figura de José: trabaja en compañía de su hijo putativo; mas ¿cómo lo hace? no ignora que Jesús es el Criador de los cielos y la tierra, que su majestad es infinita, y que Él es quien decía: El Señor me tuvo al principio de sus obras... Cuando El extendía los cielos, estaba yo presente... Con El estaba yo disponiendo todas las cosas (1). Yo hice nacer la luz indeficiente... Yo solo hice todo el giro del cielo y penetré en las profundidades del abismo, me paseé

(1) Prov., VIII, 22, 27, 30.

por las olas del mar, y puse mis pies en todas las partes de la tierra, y en todos los pueblos, y en todas las naciones tuve supremo dominio (1).

José trabajaba delante de Jesús; así también debemos hacerlo nosotros.

La presencia de Jesús llenaba el corazón del santísimo Patriarca de luz y de amor. La majestad del Hijo de Dios le infundía un profundísimo respeto. Aquel Niño era ciertamente su hijo putativo; mas era el Unigénito de Dios. El asombro casi embarga á nuestro Santo; mas es indispensable cumplir la voluntad divina; y José trabaja sin olvidar que se halla en la presencia de Dios, con una humildad profundísima, y ejecutando lo que Dios le inspira.

El Hijo de Dios se sujeta voluntariamente á su padre putativo, y José le hace trabajar en su compañía. Así honra Dios á su amadísimo siervo. Esta dignación y este favor singularísimos, son para José motivos de un inmenso gozo, y le ligan con Jesús con nuevos vínculos de amor. ¡Qué compañía tan llena de encanto y de delicias, la de aquel precioso Niño que obligaba á tal extremo la gratitud de su padre putativo! ¿Por ventura sentiría José el peso del trabajo?

El Niño le inspiraba una dulce y amorosa confianza: cumple cuanto José le dispone, y le obedece con tanta prontitud y buena voluntad, cual si no pensase en otra cosa, y como si no fuese quien es, el Rey del cielo y de la tierra.

(1) Eccli., XXIV, 6-10.

José aprendía del Niño la más elevada perfección de la virtud; y si le indica, si le manda que haga alguna cosa, siempre lo hace sin olvidar la grandeza de Jesús, y teniendo presente que es nada delante de su Hijo putativo; así se lo dice la humildad, así lo siente en el fondo de su alma, y así lo descubre en todas sus acciones.

José trabaja en la presencia de Jesús, y así debemos hacerlo nosotros; y ¿cómo? Pensando en Él y conservando en la memoria su recuerdo. El Hijo de Dios tiene sobre nosotros sus miradas, y cerca está de nosotros cuando trabajamos, y está dispuesto á darnos el auxilio de su gracia. Si le pedimos luz, alumbrará nuestros ojos; si fortaleza, nos llenará de vigor; y si nos llega á faltar la paciencia, nos hará recordar lo que sufrió por nosotros.

Trabajemos en la presencia de Jesús; y entonces el trabajo que Dios nos ha impuesto como pena del pecado, será para nosotros un motivo de indecible gozo. Jesús trabajó, y sin embargo, ni comió ni pudo cometer el pecado; y si quiso trabajar, fué para darnos aliento y consuelo; lo hizo porque fué el Redentor de los hombres, y para dignificar nuestro trabajo y hacerlo agradable á los ojos del Padre celestial.

Trabajemos en la presencia de Jesús como lo hacía José; y nunca olvidemos la circunspección y la modestia cristianas, porque estamos delante del Señor, que ha de premiar lo bueno que hagamos, y que castigará, sin duda, los defectos que descubra en nuestras obras.

También gozaremos en el trabajo, como José gozaba, si procuramos imitarle en su conducta. Él meditaba en la humildad de Dios hecho hombre, que le inclinó á trabajar en el pobre taller de su padre putativo; y en esto descubría una condescendencia amorosísima y llena de dulzura, que le inspiraba la más tierna confianza, y le hacía amarle con mayor cariño. ¿Quién podrá decirnos cuántas fueron las palabras de amor y de ternura que, durante las horas del trabajo, dirigió á su Hijo, y los afectos purísimos y santos con que recreaba el corazón del Hijo del Eterno, que con él trabajaba con una benignidad amorosísima y que nadie puede comprender?

Si como José al trabajar nos ocupamos en santos pensamientos y amorosos afectos, también como él gozaremos de delicias verdaderamente celestiales; mas ¡ay dolor! que nada de esto hacemos; y muchas veces el pensamiento y el amor de Jesús están lejos nosotros cuando trabajamos; si queremos remediar este mal, pongamos los ojos en el santísimo Patriarca, y pidámosle que nos alcance de Dios nuestro Señor el espíritu que le animaba en su taller de Nazaret.

II

La sublime enseñanza que acerca de la práctica del trabajo nos da el santísimo Patriarca, no se limita á determinada clase de personas, sino que se extiende á todas. El pobre y el rico, el comer-

ciante y el labrador, el justo y el que no lo es, todos pueden aprender esa ciencia que acaso ignoraban, el trabajar en la presencia de Dios. A todos dice nuestro Santo: No olvidéis que estáis delante del Eterno, santificad vuestro trabajo para que Dios os recompense. Sois pobres, acordaos que Dios lo fué por vuestro amor y para enriqueceros con su santísima pobreza; trabajad, mas no envidiéis á los ricos.

A los opulentos, José les dice: No queráis atesorar sobre la tierra; huid de la avaricia; poned vuestros tesoros en el cielo; sed misericordiosos con los pobres; en el cielo vuestras riquezas durarán para siempre, lo que no tendrá lugar en este mundo.

A los justos enseña el gran Patriarca un camino más elevado y de mayor perfección en su propio ejemplo; y exhorta á los pecadores á santificar el trabajo aceptándolo como un castigo lleno de misericordia, que Dios les ha impuesto á fin de que se humillen y reconozcan la gravedad de sus culpas.

Habla José á los sabios y á los ignorantes: á estos últimos les enseña á practicar la sencillez cristiana; y descubre á los primeros la inutilidad de sus trabajos, de sus progresos en la ciencia, si el pensamiento de Dios no los dirige y los modera en todas sus aspiraciones.

Así es como enseña á todo el mundo, el humilde artesano de Nazaret, el castísimo Patriarca, que á su vez fué enseñado por su Hijo adoptivo Jesucristo nuestro Señor.

¿Ya no tendrá que decirnos otra cosa sobre el trabajo, nuestro querido Santo? El trabaja en la presencia de Dios; trabaja por Dios y para Dios. — Dios le ha confiado á su divino Hijo nuestro Señor Jesucristo, y José tiene que atender á todas las necesidades de Aquel que ha recibido por hijo adoptivo; y en esto emplea todas sus energías, sus pensamientos y amores.

El trabajo le inspira y le manda la obediencia, mas una obediencia llena de encantos y delicias, no sólo en razón de su origen, la voluntad de Dios á quien alaba toda lengua y á quien se dobla toda rodilla, sino además por su objeto divino: el Hijo del Eterno á quien ama José con todo su cariño.

José trabaja por Dios y para Dios; porque sustenta á Jesucristo que vino al mundo para dar gloria al Padre celestial. Por esto todos los trabajos de José tienen un fin elevadísimo: la gloria de Dios en el mundo, mediante el misterio de la Encarnación. José no lo ignora, y por esto su santidad en el trabajo se eleva cada día á una altura en verdad admirable, y que Dios mismo le ha señalado en razón del ministerio que le había confiado, el de padre nutricio de Jesús.

Preguntamos ahora: ¿cómo podemos aprovecharnos de la sublime enseñanza de José? trabajando, como él, por Dios y para Dios. Antes que nosotros y en todo y sobre todo, es Dios; por esto al trabajar, ha de ser nuestro primer objeto la divina gloria; y cuanto más adelantemos en esta preferencia, será mayor nuestro progreso en

la virtud. Siempre irá delante de nosotros y á gran distancia el castísimo Patriarca; mas, con todo, sigámosle con denodado esfuerzo, ya que con su ejemplo nos anima, y con su santo patrocinio nos alcanza la divina gracia.

José obedecía á Dios y cuidaba de Jesús; así tenemos que hacerlo nosotros. Dios nos ha impuesto el precepto del trabajo; tiene derecho para hacerlo, porque es nuestro Criador; mas, aun prescindiendo del supremo dominio que le corresponde sobre las criaturas, su bondad divina hará que cumplamos sus preceptos con un corazón lleno de alegría. Su bondad nos liga con El con los lazos de un amor sagrado; y ¿quién no se llena de contento al cumplir la voluntad de Aquel á quien adora, á quien ama con toda su ternura?

No es extraño que, poseídos de tales sentimientos, procuremos siempre con empeño saber cuál es la voluntad de Dios, qué es lo que nos manda, á fin de cumplirlo sin tardanza. Si no conocemos esa voluntad sagrada, la turbación se apodera de nosotros, nos cubren las tinieblas, y á fin de evitar una desgracia, tenemos que decir á Dios: Señor, ¿qué quieres que haga? Enséñame á cumplir tu voluntad. Y la obediencia entonces nos la muestra diciendo: trabajad; mas trabajad por Dios y para Dios; procurad en todo la divina gloria. Y bendecimos la obediencia, y le damos gracias, y la abrazamos con todo el corazón; porque es para nosotros luz purísima del cielo que ilumina nuestras sendas, vida y fortaleza, paz de nuestras almas y manantial inagotable de delicias.

¡Ay de nosotros, si la obediencia no nos dijese cuál es la voluntad de Dios! Caminaríamos por sendas extraviadas; y la ignorancia y el pecado formarían nuestro cortejo; caminaríamos sin consuelo; porque de nosotros mismos no hay que esperar sino miserias y extravíos, y toda desventura.

Trabajemos por Dios y para Dios, y consagremos nuestra vida al servicio de Jesús, ya que ésta es la enseñanza que hemos recibido del santísimo Patriarca. El cuidaba de Jesús y socorría en todas sus necesidades al divino Niño; José le alimentaba y le vestía, y le tenía consigo á fin de servirle en todas ocasiones.

Imitemos la conducta de José: alimentemos á Jesús en sus pobres, ya que el buen Jesús los ha dejado en su lugar; y lo que hiciéremos con ellos, lo haremos con el Hijo de Dios. No olvidemos estas palabras divinas: Parte tu pan con el hambriento, y acoge en tu casa á los pobres y á los que no tienen casa, viste al desnudo, y no desprecies tu propia carne. Si esto haces, amanecerá tu luz como la aurora, y llegará presto tu curación, y delante de ti irá tu justicia; y la gloria del Señor te acogerá en su seno... Cuando abrieres tus entrañas para socorrer al hambriento, y consolares al alma angustiada, brillará para ti la luz en las tinieblas, y las tinieblas se convertirán en claridad de mediodía (1).

¡Oh, siuviésemos una fe muy grande! halla-

(1) Isai., LVIII, 7, 8, 10.

ríamos en el socorro de los pobres, consuelos y delicias inefables; y al dar limosna, veríamos á Jesús delante de nosotros que extendía su mano sacrosanta para recibirla; y sin duda besaríamos esa mano regándola con lágrimas de amor; y entre tanto el castísimo Patriarca nos daría la gracia por el socorro ministrado á su Hijo putativo.

Otro tanto tenemos que decir de la sensible y amorosa Madre de Jesús, y sus miradas caerían sobre nosotros cual fecundante lluvia de gracias celestiales.

En el taller del castísimo Patriarca también se nos enseña á huir la ociosidad, y á ser diligentes en el trabajo.

José no está mano sobre mano, sino que se ocupa en los quehaceres propios de su oficio. No ignoraba el santo Patriarca que la ociosidad es maestra de muchos vicios, y que es sumamente necio quien se entrega al ocio, que tendrá por resultado la miseria (1).

Era José diligente en el trabajo, porque en él servía al Señor, y Dios maldice al que es negligente en su servicio. José le servía con amor y lleno de gozo, porque al trabajar cumplía la voluntad de Dios, y tenían sus trabajos por objeto sustentar al Hijo de Dios y á su divina Madre.

Si evitaba José la ociosidad, si trabajaba por altísimos fines, jamás le abandonaba la sobriedad en el trabajo; porque no trabajaba para atesorar

(1) Eccli., XXXIII, 29.—Prov., XII, 11.—XXVIII, 19.

riquezas, ni para vivir en la opulencia, sino para cubrir las necesidades de la santa Familia que el Señor le había confiado.

El avaro ocupa su inteligencia sin descanso en los negocios de la tierra, y hace cuanto puede por enriquecerse; y día y noche se consagra á su trabajo que le consume y destruye. No ha levantado sus ojos al cielo y nunca recuerda esta parábola del divino Maestro: Un hombre rico tuvo una extraordinaria cosecha de frutos en su heredad; y discurría consigo, diciendo: ¿Qué haré que no tengo sitio capaz para encerrar mis granos?

Al fin dijo: Haré esto: derribaré mis graneros, y construiré otros mayores, donde almacenaré todos mis productos y mis bienes, con lo que diré á mi alma: ¡Oh alma mía! ya tienes muchos bienes de repuesto para muchísimos años: descansa, come, bebe, y date buena vida.

Pero al punto le dijo Dios: ¡Insensato! esta misma noche han de exigir de ti la entrega de tu alma: ¿de quién será cuanto has almacenado?

Esto es lo que sucede, concluyó Jesús, al que atesora para sí y no es rico á los ojos de Dios (1). No queráis amontonar tesoros para vosotros en la tierra, dijo otra vez Jesucristo; en la tierra el orín y la polilla los consumen, y los ladrones los desentierren y roban. Atesorad más bien para vosotros tesoros en el cielo: donde no hay orín ni polilla que los consuma, ni tampoco ladrones que los desentierren y roben. Porque donde está tu

(1) Luc., XII, 16-21.

tesoro allí está también tu corazón (1). Tal es el secreto que impulsa al avaro á trabajar sin descanso: su tesoro son las riquezas y en éstas tiene el corazón. Sin embargo, las riquezas jamás le dejarán satisfecho; porque el avariento jamás se saciará de dinero, y quien ama las riquezas, ningún fruto sacará de ellas (2); al aumentar el dinero, con éste aumentará el amor que se le tiene. No olvidemos, pues, las siguientes palabras del Apóstol: Nada hemos traído á este mundo; y nada podremos llevarnos. Estemos satisfechos con tener que comer y con que cubrirnos; porque los que pretenden enriquecerse, caen en tentación y en el lazo del diablo, y en muchos deseos inútiles y perniciosos, que hunden á los hombres en el abismo de la muerte y de la perdición; porque la avaricia es la raíz de todos los males; y arrastrados de ella algunos se desviaron de la fe y se sujetaron á muchas penas (3).

Es por tanto, indispensable, si queremos que nuestro trabajo nos sirva para el cielo, huir la ociosidad, trabajar con diligencia, desechando la pereza que entorpece nuestras fuerzas, y guardar la sobriedad cristiana.

Por lo demás, no hay que envidiar á los ricos sus tesoros, ni la elevada posición de que disfrutaban en la sociedad, ni el descanso habitual en que muchos viven; ya que á pesar de su opulencia no

(1) Matth., VI, 19-21.

(2) Eccles., V, 9.

(3) I Tim., VI, 7-10.

tienen la paz de que gozan los pobres, de quienes dijo el apóstol Santiago: ¿No es verdad que Dios eligió á los pobres en este mundo, para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino que tiene prometido á quien le ama? (1). Tan hermosa y rica bendición no corresponde al opulento, sino al pobre que pone en Dios su esperanza y le bendice por la humilde condición en que le tiene.

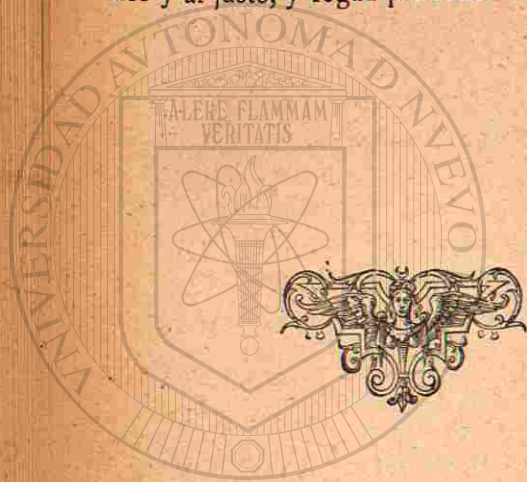
Si queremos ejemplos de lo que acabamos de decir, pongamos los ojos en el castísimo Patriarca. Dios le colmó de gracias y dones celestiales, le amó con singular cariño; y sin embargo fué José un humilde carpintero.

Si esto no nos basta, recordemos que el Hijo de Dios trabajó con José en el taller de Nazaret. Tendrán, pues, los ricos que confesar que, con preferencia á ellos mismos, Dios ha elegido á los pobres; y éstos en vez de avergonzarse de su condición tan despreciable á los ojos de los hombres, estarán muy contentos de que el Hijo de Dios y su padre putativo, tengan con ellos una semejanza que no fué concedida á los ricos, ni á los poderosos, ni á los grandes del mundo.

Oh José santísimo, enseñadnos á trabajar por Dios nuestro Señor, como vos lo hacíais, teniendo siempre delante de nosotros á Jesús y trabajando para ganar el cielo. Haced que imitemos el ejemplo que en esto nos disteis, y así lo haremos si nunca olvidamos á Jesús, si consagramos nuestros trabajos á su gloria, y si vos os dignáis ayudar-

(1) Jac., II, 5.

nos. Haced que bendigamos al Señor á la hora en que estemos trabajando; que elevemos á El nuestros afectos; y unid al trabajo de Jesús y al nuestro todo lo que hagamos en la vida. Enseñad al pobre y al rico, al ignorante y al sabio, al pecador y al justo, y rogad por todos vuestros hijos.



CAPÍTULO X

El Tránsito del santísimo Patriarca Señor san José.—Su santa expectación en el Seno de Abraham.

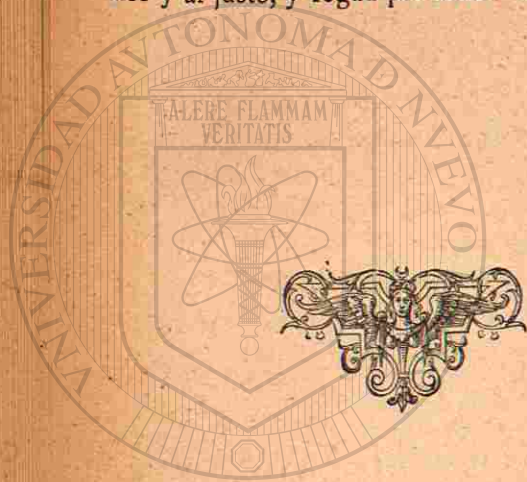
I

QUERÉIS saber cómo mueren los santos, y cuáles son las disposiciones con que esperan la muerte? Dirigíos á la Santa Casa de Nazaret y entrad en el aposento de José: ¿qué veis allí? Al padre putativo del Hijo de Dios y esposo de María. Ha llegado la última hora de su vida, y dentro de pocos instantes, su alma dichosísima será llevada por los ángeles al Seno de Abraham.

¿A quiénes veis en el aposento de José? A Jesús y á María. ¿Quién los ha llevado allí? El deber, la gratitud y el amor.

Un hijo debe honrar á sus padres y no puede abandonarlos en sus últimos momentos; por esto Jesús que vino á cumplir la ley y á darnos ejemplo de toda virtud, tenía que estar presente á la dichosa muerte de su padre putativo.

nos. Haced que bendigamos al Señor á la hora en que estemos trabajando; que elevemos á El nuestros afectos; y unid al trabajo de Jesús y al nuestro todo lo que hagamos en la vida. Enseñad al pobre y al rico, al ignorante y al sabio, al pecador y al justo, y rogad por todos vuestros hijos.



CAPÍTULO X

El Tránsito del santísimo Patriarca Señor san José.—Su santa expectación en el Seno de Abraham.

I

QUERÉIS saber cómo mueren los santos, y cuáles son las disposiciones con que esperan la muerte? Dirigios á la Santa Casa de Nazaret y entrad en el aposento de José: ¿qué veis allí? Al padre putativo del Hijo de Dios y esposo de María. Ha llegado la última hora de su vida, y dentro de pocos instantes, su alma dichosísima será llevada por los ángeles al Seno de Abraham.

¿A quiénes veis en el aposento de José? A Jesús y á María. ¿Quién los ha llevado allí? El deber, la gratitud y el amor.

Un hijo debe honrar á sus padres y no puede abandonarlos en sus últimos momentos; por esto Jesús que vino á cumplir la ley y á darnos ejemplo de toda virtud, tenía que estar presente á la dichosa muerte de su padre putativo.

Jesús le había amado con singularísimo cariño, había estado sujeto á sus órdenes, y José no había recibido de su Hijo putativo sino pruebas de un amor verdaderamente filial; y en todas sus acciones el Hijo de Dios había procurado agradarle. Coronaba, pues, todos sus servicios asistiendo á José en sus últimos momentos.

La Virgen Santísima tenía grandes obligaciones para con José, no solamente porque era su esposa, sino también por los beneficios que de él había recibido. Esta santísima Señora había siempre vivido y reinado en el corazón de su esposo. ¡Cuántas atenciones, cuidados y desvelos fueron los del santo Patriarca, por esta Niña, por esta Esposa tan amada de su corazón! La Virgen sagrada no podía olvidarlos, eran lazos preciosos de amor purísimo y sin mancha que la ligaban con José. Tenía por lo mismo que estar á su lado, á fin de prodigarle todos sus consuelos y recoger su último aliento.

Al separarse para siempre de nosotros los seres que amamos, se aviva para con ellos nuestro afecto; no queremos alejarnos de ellos un instante; nuestros servicios son entonces más sensibles y amorosos; queremos conocer cuanto pasa en su interior, recogemos sus palabras para grabarlas en el alma; y esos seres que también nos aman, oyen con agrado cuanto les decimos, y nosotros hacemos cuanto está de nuestra parte, á fin de consolarlos. Esto es lo que pide el amor; y María y Jesús que amaban tanto á José, cumplían con ese deber, permaneciendo junto al lecho de ese

ser que les era tan querido y que ya se encaminaba al Seno de Abraham.

Nada hay que decir en particular sobre la noble y generosa gratitud de Jesús y María para aquel que había sido padre putativo del primero y dignísimo esposo de María.

Hemos visto en la estancia de José, según ya hemos dicho, al Hijo de Dios y á su divina Madre: así mueren los santos, acompañados de Jesús y de María.

Respírase en la estancia de José un ambiente embalsamado de celestial fragancia; las santísimas virtudes que allí se practicaron, han dejado ese suave y delicado aroma: la humildad, y la pureza, y la paciencia, y el santo amor de Dios. Y estas virtudes, y todas las demás que adornaron á José, se hallan también junto al lecho del Patriarca moribundo; y millares de ángeles, con dulce complacencia, contemplan el tránsito dichoso de aquel varón tan santo y amado del Señor.

Hablando de los últimos momentos de Señor san José, un escritor moderno escribe lo siguiente: «Recordáis que san Luis Gonzaga derramó lágrimas de penitencia hasta el fin de su vida, por aquellas dos travesurillas infantiles que reputaba grandes pecados. No extrañaréis, por tanto, que al hacer José su examen de conciencia, también le asalte alguna duda sobre ciertos puntos de su vida pasada. El espíritu del mal, que ya estaba en acecho, preparándose á tentar á Jesús, había tentado también á José á raíz de sus desposorios, y le había tentado por los celos, y celos de María... y ce-

los tan grandes, que había resuelto abandonarla... Pensar en abandonar á María,... en renunciar á la tutela de Jesús y á la compañía del Verbo encarnado. El remordimiento se prepara á abrumarle.»

José no podía tener remordimiento á la hora de su muerte por haber querido separarse de la Virgen Santísima, cuando advirtió que era madre; porque, si deliberó dejarla secretamente, fué porque era justo; y la práctica de la virtud no puede causar remordimiento; consigo trae satisfacción y dulce paz en el Señor: *Cum esset justus voluit dimittere eam.*

No puede decirse que José renunciaba, al separarse de la Virgen Santísima, á la tutela de Jesús y á la compañía del Verbo Encarnado; porque estos misterios le eran desconocidos; y por lo mismo no había lugar al remordimiento.

Admiramos la excelentísima virtud del joven angélico, y bendecimos á Dios por ella; mas no la igualamos con la del castísimo Patriarca Señor san José, y por esto de lo que haya pasado en el amable Luis Gonzaga, no se infiere lo que pasara en el castísimo Patriarca, á quien no se acercó el espíritu del mal, mas por lo contrario, estaban junto á su lecho de muerte, el Hijo de Dios y su divina Madre.

De Luis Gonzaga sabemos en particular dos pequeñísimas faltas; del castísimo Patriarca no sabemos ninguna; y por tanto, si el remordimiento tiene en que fundarse en el primero, no podemos decir otro tanto del segundo, ya que el Evangelio no señala en particular alguna falta respecto de José á quien llama Justo.

¿Queréis saber cómo mueren los santos? Poned los ojos en nuestro Santo que está para morir: su frente serena, su apacible y dulce mirada nos revelan la paz de que goza, su perfecta conformidad á las órdenes del cielo, en una palabra, el fuego del amor divino que está consumiendo su existencia.

Dícese de algunos santos que han muerto por la violencia del amor de Dios: ¿no diremos lo mismo de nuestro amadísimo José, tan amado de Dios, tan perfecto en todos sus caminos; á quien Jesús se dignó escoger por padre putativo; á quien el Espíritu divino confió su Inmaculada Esposa; José que aventajó á los otros santos en la excelencia y perfección de las virtudes?

Contemplad, decimos de nuevo, á nuestro Santo querido en su lecho de muerte: se halla en el recogimiento más profundo y amoroso: piensa en Dios, suspira por Dios, y descansa dulcemente sobre el seno de su amadísimo Jesús. ¿Qué más pudiera desear al salir de esta vida?

También está presente su sagrada esposa; y tanto esta santísima Señora como el Hijo de Dios, prodigan á José innumerables consuelos. ¿Qué palabras tan llenas de esperanza y de dulzura, no diría Jesús á su padre putativo á quien tanto amaba? ¿Qué no haría entonces por su esposo la Madre de Dios, que es el consuelo de los afligidos?; mas el alma de José no estaba sumergida en la aflicción; y por esto los servicios de María proporcionaban á su santo esposo nuevas delicias y anticipadas alegrías del cielo.

Es preciosa á los ojos del Señor la muerte de sus santos; y pensando en ella tenemos que exclamar: Muera mi alma con la muerte de los justos. ¿Queremos morir como los justos? Imitemos á José. Murió tan santamente en el Señor, porque así lo pedía la perfección de sus virtudes.—Temió á Dios, como un hijo teme á su padre; y ese temor le alejó de todo pecado; temió á Dios, y ese temor le llevó por las sendas de toda justicia. Al que teme al Señor, dice la Escritura divina, le irá felizmente en sus postrimerias, y será bendito en el día de su muerte... El temor del Señor destierra el pecado (1). Los que temen al Señor no serán desobedientes á su palabra. Los que temen al Señor, guardan sus mandamientos y conservarán la paciencia hasta el día en que los visite (2).

José caminaba siempre en la presencia del Señor, que le dirigía en todos sus caminos. Sigamos el ejemplo de José. Dios está cerca de nosotros; en Él vivimos, nos movemos y existimos. Sus ojos son más luminosos que el sol, conoce nuestras intenciones, y nada puede ocultarse á sus miradas. Es nuestro Juez: ¿dejaremos de temerle? Es nuestro Padre, y está lleno de amor y de ternura para nosotros, y nunca llega á olvidarnos: ¿le olvidaremos nosotros? Y si Él nos colma á cada instante de gracias y favores, ¿no se abrirán nuestros labios para bendecirle y cantar sus divinas alabanzas?

(1) Eccli., I, 13, 27.

(2) Ibid., II, 18, 21.

El castísimo Patriarca Señor san José consagró á Dios todo su amor, y jamás dejó de bendecirle y darle gracias por su infinita gloria; y Dios le concedió la muerte más feliz que podemos pensar, si exceptuamos la muerte de María.

¿Queremos obtener la muerte de los justos? Seamos muy devotos de Señor san José: él es el patrón de los agonizantes, y se interesa vivamente por aquellos que durante su vida le honraron con sus obsequios y se acogieron á su santo patrocinio.

II

A la muerte de Señor san José su alma santísima fué llevada por los ángeles al Seno de Abraham, donde tenía que aguardar el descenso de nuestro Señor Jesucristo, que la sacaría gloriosamente de aquel lugar.

Acerca del Seno de Abraham, dice el Angel de las escuelas lo siguiente: Las almas de los hombres después de la muerte no pueden alcanzar el reposo sino por el mérito de la fe; puesto que el que se acerca á Dios es menester que crea. El primer ejemplo de creer fué dado á los hombres en Abraham que fué el primero que se separó de la sociedad de los infieles y recibió un signo especial de la fe; y por eso aquel descanso que se da á los hombres después de la muerte se llama Seno de Abraham, como consta por san Agustín (1). Mas

(1) Sup. Gen. ad litt. I, 12, c. 34.

las almas de los santos después de la muerte, no tuvieron en todo tiempo el mismo reposo, porque después de la venida de Cristo tienen plena quietud, gozando de la divina visión; mas antes de la venida de Cristo tenían en verdad reposo, por la inmunidad de la pena, pero no tenían la quietud del deseo, por la consecución del fin. Y por esto el estado de los santos antes de la venida de Cristo, puede ser considerado, ya según lo que tenían de reposo, y así se dice Seno de Abraham, ya en cuanto á lo que les faltaba de quietud, y en este sentido se dice limbo del infierno.

Los receptáculos de las almas después de la muerte pueden distinguirse de dos modos: ó según el sitio, ó según la cualidad de los lugares, esto es, según que las almas reciben en algunos lugares las penas ó los premios. Si, pues, se consideran el limbo de los Padres y el infierno, según la cualidad predicha de los lugares, entonces no hay duda que se distinguen, ya porque en el infierno hay pena sensible, que no había en el limbo de los Padres; ya también porque en el infierno hay pena eterna, y en el limbo de los Padres permanecían los santos sólo temporalmente. Si se considera el sitio de esos receptáculos, es probable en este caso, que el mismo lugar ó casi continuo sea el infierno, de tal manera, sin embargo, que el limbo de los Padres está en la parte superior (1).

En la parte tercera (2) de la Suma teológica, hablando santo Tomás del descenso de nuestro

(1) Supp. q. XIX, aa. IV, V.

(2) Q. LII, a. V.

Señor Jesucristo á los infiernos, pone la siguiente objeción: Al descender Jesucristo á los infiernos no libertó á los santos Padres; porque dice san Agustín: «No he encontrado aún el fruto que han reportado con el descenso de Jesucristo los justos que estaban en el Seno de Abraham; pues no veo que jamás se separase de ellos en cuanto á la presencia beatífica de su divinidad.» Mas les hubiera sido muy útil si los hubiese libertado de los infiernos. Por lo mismo, no los libertó.

El angélico Doctor contesta lo que sigue: Habla san Agustín, en el pasaje citado, contra los que pensaban que los antiguos justos antes de la venida de Jesucristo, estaban sujetos en el infierno á los dolores de las penas. Por esto había dicho antes: «No faltan quienes pretenden que fué concedido este beneficio á los justos, que quedasen libres de sus dolores al descender el Señor á los infiernos; mas yo no veo en verdad, cómo Abraham que recibió en su seno á Lázaro, sufría estos dolores. Por esto lo que antes había dicho de que no había encontrado el provecho del descenso de Jesucristo en los infiernos, debe entenderse en cuanto á la absolución de los dolores de las penas; mas tal descenso les fué provechoso respecto á la consecución de la gloria; y por consiguiente los libró del dolor que padecían por la dilación de esa misma gloria, cuya esperanza, sin embargo, les causaba una gran alegría, según estas palabras: Abraham vuestro padre deseó con ansia ver mi día: *Exultavit... vidit et gavisus est* (1). Así es que

(1) Joann., VIII, 56.

cuando añade san Agustín: «No creo que Jesucristo se alejase nunca de ellos según la presencia beatífica de su divinidad», debe entenderse que antes de la llegada de Jesucristo, eran bienaventurados en la esperanza, y después lo fueron en la realidad.

En un panegírico de Señor san José (1908) se llama al limbo de Abraham, prisión solitaria; y refiriéndose á Señor san José que estaba separado de Jesús y María, añade que no hay alma humana capaz de comprender la amargura que esto le causaba. «Apenas Lucifer caído del cielo podrá formarse una idea del dolor de José, privado de la compañía de quien constituye la alegría de la gloria. Es el último acto que le merecerá las altísimas honras con que le va á premiar el Redentor.»

En aquella prisión solitaria, estaban detenidas muchas almas. Entre otras, las de Abraham, Job, Lázaro, etc.

Después de la muerte no hay merecimiento.—

En cuanto á la amargura incomprensible de que se nos habla, consistía en los ardientes deseos que aquella alma tenía por llegar al eterno descanso; deseos que sin embargo no eran incompatibles con una grande alegría causada por la esperanza de la gloria, según nos ha dicho el angélico Maestro.

David suspiraba por la vista del Señor; y la ausencia del Bien sumo le causaba una inmensa tristeza: Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¿Cuándo será que yo llegue y me presente ante la casa de Dios? Mis lágrimas me han servido

de pan, día y noche, desde que me están diciendo: ¿Dónde está tu Dios?—Tales eran los recuerdos que venían á mi memoria; y ensanché dentro de mí mi espíritu; porque he de llegar al sitio del admirable tabernáculo, hasta la casa de Dios; entre voces de júbilo, y de acción de gracias, y de alegre festín (1).

Los suspiros que exhalaba el Rey Profeta pensando en la divina gloria, no le impedían cantar las divinas alabanzas lleno de indecible gozo.

El tormento del amor trae consigo una dulzura inefable; por esto si José suspiraba con dolor, allá en el Seno de Abraham, por la clara vista de Dios, la esperanza llenaba su alma benditísima, de un gozo inefable.

Aguardaba el descenso de su Hijo putativo á los infiernos en una santa y amorosa expectación. Dios así lo había dispuesto; y así lo exigían la gloria del Eterno y la salvación de los hombres. Descansaba, por tanto, en el Seno de Abraham el castísimo Patriarca, lleno de paz y de consuelo, y si aún no había llegado á la perfecta quietud, se acercaba á ella; no tendría que esperarla mucho tiempo.

Abraham, haciendo mención de los males que Lázaro había padecido en la tierra, decía: *Hic consolatur* (2). El santísimo Patriarca, que tanto había padecido por la divina gloria, y que había cumplido con tanta perfección la ley del Señor, ¿no

(1) Psalm. XLI, 3-5.

(2) Luc., XVI, 25.

recibiría en el Seno de Abraham, mayores consuelos que el dichoso Lázaro?

Jesucristo nuestro Señor, después de la muerte de José pensaría sin duda en este su siervo fidelísimo, su muy querido padre; y la Inmaculada Virgen recordaría con frecuencia á su santo esposo. Los ángeles de Dios dirían á José, que Jesús pensaba en él y le amaba con ternura; y que aquella santísima Señora que le diera Dios por esposa, le tenía presente en su memoria; y con tales pensamientos y tan dulces recuerdos rebosaría en delicias el alma de José.

Así pasaron para nuestro Santo, en el Seno de Abraham, los años que tuvo que aguardar la llegada de su Hijo putativo, hasta ser consumada la redención de los hombres.

Llegó por fin el suspirado momento, y el alma de Jesús, descendió al Seno de Abraham y libertó á los santos Padres que allí estaban detenidos. El Hijo de Dios los hace bienaventurados con la vista de su divinidad; mas no salieron de aquel sitio mientras en él estuvo Jesucristo; pues su presencia pertenecía al colmo de la gloria (1); y el alma del Señor permaneció en ese seno, tanto tiempo cuanto estuvo su cuerpo en el sepulcro (2).

El gozo del castísimo Patriarca al contemplar la luz de la gloria, al ver el alma de su Hijo muy querido, nadie puede comprenderlo.

¿Quién podrá decirnos su éxtasis de amor, y sus

(1) S. Thom., cit. a, V, ad 3.

(2) A. IV.

himnos de gloria y alabanza, y cuanto en él pasaba, al contemplar la gloria del Hijo de Dios, á quien tanto había amado en el mundo?

¡Oh José mil veces feliz! entrad en el gozo de vuestro Señor, ese gozo os inunda, os penetra y os transforma en sí mismo. Bendita sea vuestra gloria.

Pongamos ahora los ojos en nosotros mismos y recordemos estas palabras de la Escritura divina: Mientras habitamos en este cuerpo, estamos distantes del Señor y fuera de nuestra patria; porque caminamos por la fe y no lo vemos todavía claramente. En esta confianza preferimos ser separados del cuerpo, á fin de gozar de la vista del Señor. Por esta razón todo nuestro empeño consiste en hacernos agradables á sus ojos, ora habitemos en el cuerpo, ora salgamos de él.—A estas palabras preceden las que ponemos á continuación: Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene á destruirse, nos dará Dios en el cielo otra no hecha por mano de hombre, y que durará eternamente. Aun por eso suspiramos aquí, deseando revestirnos del ropaje de gloria, ó sea nuestra celestial habitación... Mientras nos hallamos en este cuerpo como en una tienda de campaña, gemimos agobiados; pues no queríamos vernos despojados de él, sino ser revestidos; de manera que la vida inmortal absorba lo que hay de mortal en nosotros (1).

Esperanzas, deseos y ardentísimos suspiros; tal

(1) II Cor., V, 1, 2, 4, 6-9.

debe ser nuestra vida sobre la tierra; porque aún no gozamos de la clara vista de Dios; estamos pues como en el Seno de Abraham; mas no con la seguridad que tenían allí los santos Padres; pero esto no impide que pongamos nuestra confianza en el Señor, confianza, que será tanto más firme, cuanto fuere mayor nuestro empeño en hacernos agradables á sus ojos.

Esperanzas, deseos y suspiros. Esperemos en las misericordias del Señor y en los méritos de su divino Hijo; deseemos contemplar en la gloria á nuestro Dios querido, y suspiremos por que llegue ese felicísimo día que tendrá que durar para siempre; y haremos algo de lo que hacía en el Seno de Abraham, nuestro amadísimo José.

Oh benignísimo protector de los agonizantes, asistidnos en la hora de la muerte. Bien conocéis cuán terribles son en ese momento las tentaciones del demonio, que hará los últimos esfuerzos á fin de lograr nuestra ruina; defendednos de sus asechanzas. Muy grandes serán las amargas de nuestro corazón: el recuerdo de nuestros pecados nos llenará de angustia; y temblaremos sobre cogidos de espanto, al pensar en la justicia del Señor. ¿Nos dejaréis sin consuelo y abandonados á nuestra propia debilidad?

Acordaos que Jesús y María no os abandonaron en vuestros últimos instantes. Por el amor que les tenéis, oh piadosísimo padre, venid cerca de nosotros al dejar esta vida, y ayudadnos con vuestros ruegos que todo lo alcanzan del Señor. Obtendednos una contrición perfecta de todas nuestras cul-

pas, y un amor de perfecta caridad. Haced que recibamos todos los auxilios de la santa Iglesia; que seamos fortalecidos con el precioso Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que da la vida eterna; y al morir, recibid nuestras almas en vuestras manos y entregadlas á María, vuestra querida Esposa, para que sean presentadas al Señor, y nos alcancéis la vida eterna. Haced que María ruegue por nosotros; añadid vuestros ruegos á los suyos, y Dios nos salvará por los méritos de Jesucristo, á quien sea dada toda gloria para siempre jamás. Amén.





CAPÍTULO XI

ALERE FLAMMAM
VERITATI José en el cielo.



I

Es la bienaventuranza un estado perfecto por la agregación ó conjunto de todos los bienes (1).

En esta definición se considera la bienaventuranza como un bien común y perfecto que asegura á quien la posee un absoluto bienestar (2).—Es el bien perfecto de la naturaleza intelectual, al que aspira esta misma naturaleza que tiende naturalmente á su felicidad; y como lo más perfecto en la naturaleza intelectual es su propia operación, que la hace comprender en cierta manera todas las cosas, síguese que consiste su bienaventuranza en el acto de entender. En Dios el ser y el entender no se distinguen sino racionalmente; por esto debe atribuírsele la felicidad según su entendimiento. Lo

(1) Boecio, De Consol. L. 3. pross. 2.

(2) I, 2, Q. III, A. II ad 2.

mismo sucede respecto de los demás bienaventurados que lo son por la semejanza de su beatitud con la de Dios (1).

Pregunta el angélico Maestro si la felicidad es alguna cosa increada, y contesta: El fin puede considerarse de dos maneras, ó con relación al mismo objeto que deseamos alcanzar, y en este sentido el dinero es el fin del avaro; ó refiriéndonos al uso ó sea el gozo del objeto que se desea, v. g., la posesión del dinero es el fin del avaro.

Considerado el último fin del hombre en el primer sentido, ese fin es un bien increado, es Dios; porque sólo El, por su bondad infinita, puede llenar perfectamente la voluntad del hombre; y sólo en El, esa voluntad puede descansar enteramente.

Considerado en el segundo sentido el último fin del hombre, es un bien creado, que existe en el mismo, y que no es otra cosa que la consecución ó la fruición del último fin.

El último fin se llama bienaventuranza, la cual es un bien increado en cuanto á su causa ú objeto; mas considerándola según su propia esencia, es un bien creado.

Dios es dichoso, no por participación de otro bien, sino por su esencia; y los hombres lo son por participar del sumo Bien; y esta participación que los hace bienaventurados, es un bien criado, mas se dice que es el sumo bien del hombre, porque es la consecución ó fruición del Bien sumo, y tal

(1) P. I, Q. XXVI, A. II.

ca
el
de
y
to
de
an

Sa
aún
ent
al
añ
Bu
deli
las
ardi
trar
que
dre
M
mos
jos y
en n
sus p
porq
cias,
medi
V
gunt

(1)

bienaventuranza se llama último fin, en el sentido en que se llama fin la consecución de este mismo (1).

Se nos ha dicho que la bienaventuranza es el estado perfecto en el cual están todos los bienes. Es eterna, total, inamisible, suprema y completa. —No la podemos comprender: ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón llegó á sentir lo que Dios ha preparado á los que le aman.

El objeto de la bienaventuranza de que gozarán los santos en el cielo, es el sumo Bien, es Dios, en quien únicamente pueden quedar satisfechos todos los deseos de la criatura racional. Dichoso es, Dios mío, decía san Agustín, quien te conoce, aunque ignore todo lo demás (2).

A este sumo Bien, á este único Dios verdadero, aspira la naturaleza racional, que siempre camina en busca de su dicha; mas ¡ay dolor, cuántas veces corren los hombres en pos de los placeres de esta vida, creyendo hallar en ellos lo que sólo en Dios existe! Y después de mil desengaños y desgracias, tienen que exclamar: ¡Oh Señor! nos hiciste para Ti, y nuestro corazón siempre tendrá que estar inquieto, mientras en Ti no descansa.

El desfallecimiento y la tristeza que los extraviados dejan en el alma, le dan á conocer que es indispensable recurrir á Dios en busca de remedio; que debe pedirle los auxilios de su gracia; ¿sin éstos qué pudiera hacer?

(1) 1, 2, Q. III, A. I.

(2) V, Confess. 4.

Llévanos en pos de Ti, y te seguiremos atraídos por la suavidad de tus aromas (1). Y Dios nos llevará por el camino de su amor; y gozaremos, y nos llenaremos de contento, acordándonos de las delicias de su santa caridad.

Fuera de Dios jamás descansaremos, ni gozaremos de una verdadera dicha. La naturaleza racional aspira siempre á lo más perfecto, y sólo en Dios existe la perfección infinita. Siempre se dirige esa naturaleza á un perfecto descanso; y sólo á Dios se pueden decir con verdad estas palabras: Quedaré satisfecho cuando aparezca tu gloria (2).

Si consideramos la bienaventuranza según que es alguna cosa criada que existe en el hombre, descubrimos en ella la operación. Esta es la perfección última; uno es perfecto en cuanto está en acto.

En Dios la bienaventuranza es por esencia, tanto porque su ser es su operación, como porque no goza de otro sino de Sí mismo. En los ángeles la bienaventuranza es la perfección última según la operación que los une al Bien increado, la cual es en ellos única y sempiterna, que nadie impide ni puede turbar, y que dirige sus acciones exteriores sin que éstas los priven de la visión beatífica.— En los hombres, durante la presente vida, la perfección última se relaciona con la operación que los une á Dios, la cual ni es sempiterna ni continua; ni es única, sino que se multiplica con mucha frecuencia; por esto la perfecta dicha no es

(1) Cantic. I, 3.

(2) Psalm. XVI, 15.

de la presente vida; mas Dios en su bondad nos ha prometido una perfecta bienaventuranza, en la que seremos como los ángeles en el cielo (1); bienaventuranza perfecta, porque entonces la operación con que se unan á Dios nuestras almas, será una, continua y sempiterna. En la vida presente, cuanto más nos falte la unidad y la continuidad, otro tanto tendrá que faltarnos de la perfecta dicha; mas sin embargo, de ella participamos en alguna manera; y esa participación está en razón directa de la continuidad y de la unidad. Por esto la vida activa que se distrae en diversas ocupaciones, no tiene tan perfecta dicha, como la vida contemplativa que se ocupa en un solo objeto, la contemplación de la verdad (2); mas si en esto consiste el ser de la bienaventuranza, tal contemplación produce en el alma las más santas y amorosas delicias. Es cierto que la esencia de la bienaventuranza no consiste en el acto de la voluntad, porque la eterna dicha es la consecución del último fin; si éste aún no se ha conseguido, la voluntad se dirige á él por medio del deseo; y si ya se ha alcanzado, descansa deliciosamente en el fin. En el primer caso, el deseo no es la consecución del fin, sino un movimiento hacia él. En el segundo, las delicias y el descanso se producen en la voluntad por la presencia del fin, mas no al contrario, esto es, que el fin se presente porque en él se deleite la voluntad; que si así fuese, el avaro

(1) Matth., XXII, 30.

(2) D. Thom. Cit. A. II.

conseguiría el dinero cuando quiere tenerlo; y esto no lo consigue sino cuando realmente ha llegado á sus manos, y entonces es cuando se deleita en su posesión. Otro tanto pasa en lo que vamos diciendo: primeramente queremos conseguir el fin; mas lo conseguimos cuando se nos hace presente por un acto del entendimiento, y entonces en él descansa y se deleita nuestra voluntad. Por lo mismo la bienaventuranza consiste en un acto del entendimiento, y las delicias de la voluntad le pertenecen consiguientemente, según estas palabras de san Agustín: La bienaventuranza es el gozo de la verdad, porque este gozo es la consumación de la misma bienaventuranza (1).

Consiste la bienaventuranza, ha dicho el Doctor angélico, en un acto del entendimiento; mas ¿cuál es el objeto de esa bienaventuranza que nos hace dichosos? Es la esencia divina contemplada claramente; pues entonces el hombre ya no tiene qué desear ni qué buscar; ha conseguido la perfecta consumación de su dicha, asimilándose á Dios del modo más perfecto que es posible á la criatura racional. Sus deseos han quedado totalmente satisfechos con la posesión del sumo Bien, con la plenitud de todos los bienes, y con la consecución del último fin; fin que en esta vida se conoce imperfectamente por la fe, y á él se dirigen la esperanza y el amor; á la esperanza corresponde la comprensión, y á la caridad el gozo perfecto que durará para siempre (2).

(1) X, Confess. 23.—D. Thom. Cit. A. IV.

(2) Q. IV, A. III.

La bienaventuranza no es igual en todos los santos, sino que unos gozan más que otros del sumo Bien, que es Dios nuestro Señor; mas á ninguno falta algún bien que pudiera desearse; pues tiene el bien infinito, el bien de todo bien; y la diferencia consiste en la diversa participación del eterno y soberano Bien, notándose que el agregado de otros bienes no aumenta la felicidad: Quien te conoce, oh Dios mío, y contigo conoce otros bienes, no por éstos es más dichoso; es dichoso por ti solamente (1).

La enseñanza del angélico Maestro que hasta aquí hemos presentado, nos hace pensar un instante en Dios nuestro Señor y en nosotros mismos.

En Dios la bienaventuranza es por su esencia; ésta es su operación; y no goza de otro, sino de Sí mismo.

Grandeza infinita de mi Dios, yo os adoro. Sois un acto perfectísimo, eterno y siempre el mismo; nada os falta, nada os puede faltar; sois vuestra misma dicha que no puede aumentar, porque es infinita; ni vuestras delicias podrán disminuir, porque no son distintas de Vos mismo, Ser de los seres, inmutable y perfecto, que sois vida que nunca desfallece. Vuestra dicha no os viene de fuera; no tenéis que gozar de otro, Vos sois vuestro gozo; y este gozo, y esa grandeza infinita que en Vos adoramos, háccennos felices; porque en nosotros no hay sino la nada y la miseria; y en Vos,

(1) 1

(1) Q. V, A. II. — Confes. 4.

caudalosa é inagotable fuente de delicias eternas, tenemos que beber las aguas de la gracia que nos da la vida eterna.

Sólo Vos sois dichoso por vuestra misma esencia; y para serlo no necesitáis de las criaturas. Canten vuestras almas vuestra dicha perfecta y eterna, y bendigan sin cesar vuestra divina gloria.

¿Qué son respecto de Vos todas las criaturas? Los mismos ángeles no serían dichosos si no se uniesen á Vos que sois el Bien increado; y nosotros jamás lo seremos, si no nos unimos á Vos, que sois el último fin y la única y eterna dicha que esperamos.

Sólo Vos sois dichoso por vuestro mismo ser; mas nosotros somos criaturas miserables que todo lo hemos de recibir de vuestras manos; esto, sin embargo, no nos confunde, sino al contrario, nos llena de esperanza y de consuelo; porque sois una bondad infinita que tiene sus delicias en hacernos participantes de su misma dicha. Así lo ha hecho con sus santos ángeles y con los bienaventurados que contemplan claramente su divina esencia.— Y así lo hará con nosotros si le amamos y servimos con fidelidad y hasta el último día de nuestra vida.

II

¿En dónde está José, nuestro padre querido, el Santo amadísimo de Dios y de los hombres? Está en el cielo, y muy cercano á Dios. La bondad divina allí le tiene, ha ceñido su frente con esplén-

dida y rica diadema de gloria; premia sus méritos altísimos y hace brillar con luz encantadora las gracias y prerrogativas con que quiso distinguirlo entre todos los santos. ¡Oh cuán grande y admirable se nos presenta el humildísimo José allá en el cielo! Después de la gloria de María, Madre del Hijo de Dios, la gloria de su santo esposo, es singularísima; y los mismos ángeles la contemplan con dulce y amorosa complacencia.

Dios dará la gracia y la gloria; ¿cuál fué la gracia de José, y cuál es la gloria correspondiente á esa gracia? La gracia corresponde á la grandeza de los ministerios que confía el Señor á sus criaturas. Preguntemos ahora: ¿quién puede medir la grandeza del santo ministerio de José, como padre nutricio de Jesús y santísimo esposo de María? El Hijo del Eterno, Dios verdadero de verdadero Dios, Criador del cielo y de la tierra, le tiene por su padre. ¿No habrá relacionado, en lo que es posible, su infinita grandeza con la dignidad excelentísima que El mismo tenía que conferir al que escogía como padre putativo?

José representaba acá en la tierra al Padre celestial, al Dios de la majestad y la grandeza; y José tenía que ser enriquecido con los más preciosos y sagrados dones de la diestra del Excelso para el cabal desempeño de su santo ministerio, representando la divina persona del Padre celestial. Si contemplamos al santísimo Patriarca como esposo de María, en él descubriremos las grandes y altísimas virtudes, indispensables para una dignidad tan excelente.—María es el tesoro del Eter-

no, es la más pura de todas las vírgenes; es la Esposa inmaculada y sacrosanta del Espíritu divino. ¿Dejaría de derramar toda la abundancia de sus gracias, este mismo Espíritu divino, en el corazón del dichoso mortal, en cuyas manos ponía á la que El llama su paloma, su hermana, su esposa, su inmaculada y santísima, y que es la preferida de su amor?

Preguntemos de nuevo: ¿quién puede decirnos cuál es la gloria que corresponde á tantas gracias y virtudes, y á tan singulares prerrogativas? El caudal de sus méritos acercan á José al trono del Señor, y allí contempla cara á cara la divina Esencia que le hace eternamente feliz. Entra en el gozo de tu Señor, así le habla quien es la eterna bienaventuranza de los escogidos; y José penetra y se sumerge en el abismo de la Luz increada; y se hace semejante á Dios, á quien contempla sin velo ninguno, como es en Sí mismo; y su dicha es perfecta, cumplida y eterna. Nuestro Santo reposa deliciosamente en el seno de su Dios. Le contempla y le ama; y la verdad se le descubre con todos sus encantos, con toda su hermosura; y le inunda en delicias divinas, siempre nuevas, y de una dulzura que nunca podrá fastidiarle, sino al contrario, le harán eternamente dichoso, con una felicidad siempre nueva, siempre amable, y que nada llegará á turbar.

José contempla la divina Esencia, el Ser de Dios y sus divinas perfecciones. Ve á Dios que de nadie ha recibido la existencia, y que es vida eterna y perfecta, y que ha dado la existencia á

las criaturas por un acto de su voluntad omnipotente. A esa voluntad nada resiste, y José descubre en ella todo lo santo, todo lo amable y perfecto. Esa voluntad es sapientísima, y jamás puede engañarse; y se inclinó á José con una benignidad amorosísima, y le amó desde la eternidad, y le predestinó para que fuese santo y sin mancha, á los ojos divinos; y todo esto en Jesucristo, de quien quiso aquella voluntad, que fuese padre putativo, prefiriéndole para este cargo, á todos los santos.

¿Hay lengua humana que pueda explicar las santísimas delicias de José que contempla su predestinación singularísima, y el amor que Dios le tuvo desde la misma eternidad?

José contempla la majestad infinita del Padre celestial; y su corazón rebosa de una felicidad incomparable; y ese Padre divino se dignó comunicarle su majestad y su grandeza, según correspondía al representante de su divina persona; y lo hizo con una benignidad amorosísima y con una benevolencia que sobrepasaba enteramente todos los méritos del gran José, que descubre con clarísima luz, en la esencia divina, los sagrados y profundos designios del amor de Dios para con él. Todo esto ¿no será riquísima fuente que derrame en el alma de nuestro Santo querido, las delicias de una dicha purísima y que al hombre no es dado conocer?

José contempla la hermosura divina del Padre: ese Padre es eterno principio que no viene de nadie; es innacible, y tiene en Sí mismo la vida,

eterna y fecundísima; es la fuente de la divinidad, y de El proceden el Hijo y el Espíritu divino.— En Ti está la fuente de la vida, oh eterno y soberano Dios, dijo David, y en tu luz veremos la luz (1).

Y José contempla al descubierto esa fuente hermosísima de vida, y en su luz ve la luz; y al contemplar al Padre celestial, contempla á su Hijo Unigénito y al Espíritu divino que de entrambos procede; y la vida, y la luz, y el amor le llenan de una inmensa dicha, y canta la gloria del Altísimo, y queda transformado en su misma imagen y unido á El eternamente con los vínculos de un amor siempre nuevo y que nunca podrá desfallecer.

El esplendor del Padre, su imagen substancial, su Hijo Unigénito, derrama en el alma de José torrentes de purísima luz de ciencia divina que le hace comprender todos los misterios de la bondad de Dios para con El. Ese Unigénito que vive en el seno del Eterno, es grandeza infinita, y soberana y eterna majestad. Todo lo gobierna con la palabra de su virtud omnipotente, y está sentado á la diestra del Eterno; tanto mejor que los ángeles, cuanto que ha heredado sobre ellos un nombre divino que sólo á El pertenece. En efecto, ¿á cuál de los ángeles dijo el Padre alguna vez: Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado; y también: Yo seré su Padre y El será mi Hijo? Y al introducirle en el mundo, dijo el Eterno: Adórenle todos

(1) Psalm. XXXV, 10.

ca
el
de
y l
ton
dej
an
J
San
aún
ente
al v
año
Bue
delic
las a
ardie
trarn
que t
dre p
Mu
mosle
jos y
en no
sus pa
porqu
cias, y
media
Vol
guntar

(1) M

los ángeles de Dios (1). Y sin embargo, esa grandeza infinita, ese Verbo divino, al hacerse hombre, escogió por su padre á José y le estuvo sujeto... ¡Qué recuerdos tan llenos de amor; y qué dicha tan grande, qué gloria tan pura y hermosa la de quien fué el escogido por el Hijo de Dios para tan santo y elevado cargo! ¡Y la dicha y la gloria de José durarán para siempre; y el que fué su Hijo putativo aquí en la tierra, tiene para con él en el cielo, los mismos sentimientos de amor y de ternura.

Acá en el mundo, José llevaba en brazos al Hijo de Dios; y lleno de dulzura le estrechaba contra su pecho, y le hacía mil caricias, y quedaba suspendido en éxtasis de amor al contemplar su hermosura; mas entonces veía José esa hermosura divina al través de los velos de la fe, como en un espejo, *in ænigmate*; y ahora la contempla en sí misma, sin velo ninguno, cara á cara, según la expresión de los libros santos.

La hermosura del Hijo de Dios es la dicha de todos los bienaventurados; mas ¿quién, después de María, la contempla con tan pura y espléndida luz, como José? ¿Quién como él queda arrobado, suspendido en ella?

En la patria un bienaventurado es más dichoso que otro por la diversa participación del sumo Bien, nos ha dicho el angélico Maestro. Siendo esto así, el Hijo de Dios comunica al que fué su padre putativo, las riquezas de su divina gloria,

(1) Hebr., I, 3-6.

por los honrosísimos títulos que no corresponden sino á José. En efecto, sólo nuestro Santo puede gloriarse con el de padre del Hijo de Dios; y él únicamente fué elegido por esposo de la inmaculada y santísima Virgen; y Jesús, al recordar que José fué su padre putativo y dignísimo esposo de María, le descubre en la luz de su divina esencia los riquísimos tesoros de la bondad divina, y la extensión de su amor para con él. Y José adora y bendice al Hijo de Dios que se dignó escogerle por su padre y le dió por esposa á su Madre divina.

El que es todo fuego, el Espíritu que procede como amor de la bondad primera, tiene con el castísimo Patriarca, relaciones íntimas, usando nuestro humano y pobre lenguaje, y que revelan cuánto es su amor para con El. Ese amor que abrasaba el corazón de José durante su vida mortal, al contemplarlo en la divina esencia, le revela misterios profundísimos que antes no había comprendido; porque estaba distante del Señor y fuera de su patria; caminaba hacia El por la fe, mas aún no le veía claramente (1). Ahora ese velo ha caído y José contempla en sí mismo la gloria del Señor. El Espíritu divino le tomó sobre sus alas, y le hizo avanzar de claridad en claridad, y le sumergió en el abismo infinito de la luz y del amor increados (2).

A la luz del Espíritu divino conoce las admirables perfecciones de María que le dió por esposa

(1) II Cor., V, 6, 7.

(2) Ibid., III, 18.

ese mismo Espíritu; y al fuego de la caridad de Dios, el corazón de nuestro Santo queda abrasado en las purísimas llamas del amor beatífico. Y José adora y bendice al Dios altísimo á quien llamamos benignidad y la eterna dulzura del Padre y del Hijo (1).

No se ocultan á las miradas del castísimo Patriarca, que sin cesar contempla la divina esencia, las necesidades de la santa Iglesia, que es el cuerpo de Jesús; y José no ignora cuánto hizo por ella su Hijo putativo, cuánto la amó sobre la tierra y la amará eternamente; y por esto el santísimo Patriarca, que todo lo alcanza del Señor, ruega por ella sin descanso; y cuanto hizo defendiendo y cuidando á Jesús, ahora lo hace con su santa Iglesia que le está encomendada, y vive segura á la sombra de su santo patrocinio, como vivió Jesús con la solicitud y los cuidados de este su padre tierno y amoroso cual ninguno ha sido.

Los que honran y veneran á este santísimo Patriarca, sin duda alguna recibirán singularísimas pruebas de su amor. Será para ellos como un ángel custodio que los lleve por todos los caminos de la vida sin ningún tropiezo, y los libre de todo peligro; y podrá dirigirles estas palabras: Haré que reine la paz en vuestros confines. Dormiréis y no habrá quien os espante. Ahuyentaré las bestias dañinas y no entrará espada en vuestros términos... Fijaré mi morada entre vosotros y no os desechará mi alma (2).

(1) Belarmin., Catechis.

(2) Levit., XXVI, 6, 11.

¿Qué bienes nos podrán faltar, si nuestra ardiente devoción al gran José atrae sobre nosotros sus miradas? Es la misericordia como la vida de su espíritu; y á todas partes le acompañan la compasión y la dulzura. Conoce nuestros males, los puede remediar, su clemencia le inclina hacia nosotros: ¿dejará de consolarnos? Los favores que de él recibimos y los auxilios que se digna dispensarnos, nos dan la respuesta. Bendigamos, pues, y demos gracias á Dios nuestro Señor que nos da en José un poderosísimo abogado que ruegue por nosotros en el cielo, y un padre lleno de bondad y de ternura que nunca se olvida de sus hijos.

¡Oh José santísimo! bendito sea mil veces el amor que Dios os tuvo; y benditas sean las gracias y prerrogativas con que quiso enriqueceros; y benditos sean vuestros trabajos y aflicciones, y vuestras santísimas virtudes que tan acepto os hicieron á los ojos del Señor; benditas sean las virtudes que os ganaron la preciosa corona de gloria con que Dios ciñó vuestra frente; corona preciosa y purísima gloria que os hacen admirable entre todos los santos.

No os olvidéis de vuestros hijos: rogad por nosotros á Jesús, rogad á María, y alcanzadnos la abundancia de los dones celestiales.





CAPÍTULO XII

El Patrocinio de Señor san José.

I

Es muy conocida la historia del antiguo José, en quien la Iglesia reconoce la figura del castísimo Esposo de María.

El antiguo José fué vendido por sus hermanos, y habiéndosele conducido al Egipto, le compró Putifar, general de las tropas de Faraón.

José fué asistido por Dios, y cuanto hacía tenía feliz resultado: moraba en la casa de su amo, quien conocía que el Señor estaba con José, y que le favorecía y bendecía en todas sus acciones. Así José halló gracia en los ojos de su amo, que le puso al frente de todos sus negocios; y José gobernaba la casa confiada á su cuidado y todos los bienes de su amo. Y el Señor derramó su bendición sobre la casa de Putifar por amor de José, y multiplicó todos los bienes tanto en la ciudad como en el campo; de suerte que Putifar no tenía

otro cuidado que el de ponerse á la mesa para comer (1).

José había ganado la confianza de su señor y administraba todos los bienes de éste. Lo mismo podemos descubrir en el siguiente pasaje del Génesis cuando José fué sacado de la cárcel por orden del rey. Este le refirió los sueños que había tenido y que José interpretó con acierto. Faraón, después de haberle escuchado, dijo á sus ministros: ¿Por ventura podremos hallar un varón como éste, tan lleno del espíritu de Dios? Y á José: Ya que Dios te ha manifestado todas las cosas que acabas de decir, ¿podré yo acaso encontrar otro más sabio ó igual á ti? Tú tendrás el gobierno de mi casa, y al imperio de tu voz obedecerá todo el pueblo: no tendré yo sobre ti más precedencia que la del solio real. Añadió Faraón á José: Mira que te hago virrey de toda la tierra de Egipto. Y luego se quitó el anillo del dedo, y se lo puso á José; y le vistió de una ropa talar de lino finísimo, y le puso al derredor del cuello un collar de oro. E hizole subir en su segunda carroza, gritando un heraldo ó rey de armas, que todos hincasen la rodilla delante de él, y supiesen que estaba constituido gobernador de toda la tierra de Egipto. Dijo aún más el rey á José: Yo soy Faraón: sin tu orden ninguno ha de mover pie ni mano en toda la tierra de Egipto (2).

Habiendo comenzado los siete años de carestía

(1) Gen., XXXIX, 1-6.

(2) Ibid., XLI, 14-44.

ca
el
de
y l
ton
dej
añ
J
San
aún
ento
al v
años
Bue
delic
las a
ardie
trarn
que t
dre p
Mu
mosle
jos y
en no
sus pa
porqu
cias, y
media
Vol
guntar

(1) M

que había profetizado José, el hambre afligió á todo el mundo, mas en toda la tierra de Egipto había pan; pero cuando los egipcios sintieron el hambre, clamó el pueblo á Faraón pidiendo viveres. Faraón contestó: Acudid á José y haced cuanto él os dijere.

Creciendo el hambre cada día en toda la tierra, abrió José todos los graneros y empezó á vender trigo á los egipcios; porque también á ellos les había alcanzado el hambre. Y venían á Egipto de todas las provincias vecinas para comprar viveres y librarse del hambre (1).

Se conoce, por lo que acabamos de decir, que el antiguo José fué elegido por Dios nuestro Señor como administrador general del Egipto; y reuniendo los principales rasgos característicos de su misión, tenemos lo siguientes: Estuvo lleno del espíritu de Dios; mereció toda la confianza de Faraón; fué el instrumento de la divina misericordia para atender á las necesidades de los egipcios, y de los demás pueblos que acudían á él para conseguir el pan de la vida. Pongamos ahora los ojos en el castísimo Patriarca Señor san José: El también estuvo lleno del Espíritu de Dios que se dignó comunicársele para que pudiese cumplidamente desempeñar los altos ministerios que se le habían confiado.

Fué elegido nuestro Santo para padre putativo del Hijo de Dios, y este Hijo le estaba sujeto. José le tiene en su casa, le da el alimento y el vestido,

(1) Gen., XLI, 54-57.

y le manda como un padre lo hace con sus hijos; en una palabra, Jesús pertenece á José. Recordemos ahora que Jesús es el Pan que bajó del cielo para dar la vida al mundo; y sin este pan los hombres no pueden alcanzar la vida eterna. ¿Qué haremos para conseguirlo? Levantar al Señor nuestras miradas y pedirlo humildemente, ya que del Padre celestial desciende toda dádiva excelente y todo don perfecto. Mas el Padre nos dice lo que Faraón dijo á los egipcios: Id á José y haced cuanto él os dijere.

Esto nos descubre la excelencia del Patrocinio de Señor san José. Dios quiere que mediante los ruegos de este santísimo Patriarca, se nos comuniquen los dones celestiales, se nos dé á Jesucristo, porque ha constituido á José administrador general de todos sus tesoros: ¿cuáles son éstos? Su Hijo divino nuestro Señor Jesucristo, á quien todo lo ha dado, y que es un solo Dios con el mismo Padre.

Después del Hijo de Dios, tesoro infinito de sabiduría y de ciencia, está María su Madre inmaculada y santa, á quien ha enriquecido con todos los dones y gracias del cielo, la más hermosa y amable, la más santa y perfecta de todas las criaturas, y á quien el Unigénito de Dios escogió por Madre, é hizo riquísima fuente de piedad y gracia.

Esos tesoros son de José; ¿quién, pues, dará á los hombres el amor de María, sino su santo Esposo? ¿quién obtendrá que la Madre divina vuelva á nosotros sus ojos de misericordia, sino José? ¿quién podrá obligarla, si así pudiéramos decirlo,

á que ruegue á Jesús por nosotros, sino aquel glorioso Santo de quien fué la misma Señora amante y humildísima Esposa? Por lo mismo José todo lo puede con María, que nunca llegará á negarse á sus plegarias.

Jesús es de José, y el Hijo de Dios que tanto amó á su padre putativo, tampoco desechará sus peticiones; y por esto, al rogar por nosotros el castísimo Patriarca, abre Jesús el abismo de su gran misericordia, y María saca de ese abismo los bienes que necesitamos para alcanzar la vida eterna y para remediar los males de la presente vida; y esos bienes los pone en manos de José, quien da vista á los ciegos, y fortalece á los débiles, y vuelve la salud á los enfermos, y nos alcanza el dolor de los pecados, y nos obtiene la divina gracia.

Es, por tanto, el patrocinio de Señor san José, de suma importancia para nosotros, de una utilidad incomparable; y la necesidad que tenemos de ese patrocinio, clama en el interior de nuestras almas, y nos dice: Id á José, y haced cuanto él os dijere.

El antiguo José, al llegar el hambre, abrió todos los graneros y empezó á vender el trigo á los egipcios.—Si tenemos hambre del trigo de los escogidos, del pan que da la vida al mundo, pidámosle á José; porque él es á quien Dios ha elegido como dispensador de todos sus bienes, al poner en sus manos á Jesús y á María.

Lleno está José del Espíritu de Dios, Espíritu que es más dulce que la miel y más suave que el panal de miel; por esto, al desempeñar su ministe-

ca
el
de
y l
ton
dej
an
J
San
aún
ente
al v
años
Bue
delic
las a
ardie
trarn
que t
dre p
Ma
mosle
jos y
en no
sus pe
porqu
cias, y
media
Vol
guntar

(1) M

rio, José lo hará con una misericordia abundantísima y llena de clemencia. ¿Rehusará escuchar nuestros gemidos, ó se alejará de nosotros porque somos miserables pecadores? Antes bien las miserias y desgracias que nos ha traído la culpa, le moverán á compasión; y al descubrirle las llagas que llevamos en el alma, derramará sobre ellas el bálsamo de sus consuelos. Todo lo alcanza de Jesús; y María la inmaculada y santa, rogará también por nosotros, pues tiene á gloria asociarse á las peticiones de su Esposo. Dispone la santísima Señora de todos los tesoros de Jesús, y á su vez José confía en el corazón de su divina Esposa.

Confidit in ea cor viri sui. Jamás el corazón de María dejará de inclinarse á José, y la confianza del santísimo Patriarca nunca quedará burlada.

La piedad y ternura de José que le inclinan á remediar nuestras miserias, no se descubren solamente en el espíritu de que está animado, sino además en el carácter de su ministerio; éste se refiere á la Encarnación del Hijo de Dios, en la cual, según el lenguaje de san Pablo, apareció la benignidad y la dulzura, el amor de Jesucristo á los hombres, á quienes salva, no á causa de las obras de justicia que hubiesen hecho, sino por su gran misericordia (1).

José no hubiera desempeñado su santo ministerio según los designios de Dios nuestro Señor, sin tener un corazón benignísimo y lleno de bondad y gracia; mas Dios se lo dió bellissimo y perfecto,

(1) Tit., III, 4, 5.

y enriquecido con todos esos dones, al constituirle dispensador de sus misericordias en el misterio de la Encarnación.—La Encarnación es el inagotable y rico manantial, bien lo sabemos, de todas las gracias del Señor. No hay mancha que las aguas de ese manantial no puedan lavar; ni hay alguna miseria que no pueda remediarse por los méritos del Salvador de los hombres. Ahora bien: es José quien tiene en su casa el rico manantial, la fuente viva de la gracia; es José el padre putativo del Salvador de los hombres. Tiene, por tanto, en sus manos el castísimo Patriarca, no la justicia de Dios que castiga al delincuente, sino los tesoros de la misericordia, para remediar nuestras miserias. Por esto no tenemos que hablarle de justicia, de rigor ni de castigo, sino de compasión y gracia, de indulgencia y de misericordia.

En vista de esas consideraciones podemos preguntar: ¿nos será provechoso acudir al santo patrocinio de José? acudir al gran Patriarca en todas nuestras necesidades y miserias, es no solamente provechoso en gran manera, sino, además, tal recurso se nos presenta de algún modo como necesario.—Toda nuestra suficiencia nos viene de Jesús; todas sus gracias y favores, María los alcanza con sus ruegos; mas con todo esto, Dios nuestro Señor por su bondad inmensa quiso que la intercesión del gran Patriarca fuese poderosísima, y siempre bienhechora para aquellos que acuden á su santo patrocinio.

Pensamos un instante en José, y el espíritu que le anima y el carácter de su ministerio, nos le

presentan amabilísimo y lleno de bondad; sus apacibles miradas y la dulce sonrisa de sus labios, nos están diciendo: Acercaos á él, alejad el temor, porque él es un padre muy bueno; tened confianza, y veréis cómo se inclina hacia vosotros para daros la mano; y cómo se vuelve á Jesús y á María, á fin de rogar por vosotros. Y así lo hará, porque ésta es la misión que el Señor le ha confiado, y José no dejará de cumplirla.

II

Se nos presenta el patrocinio de Señor san José con una grandeza admirable, y entre los bellos resplandores de una luz celestial, si lo contemplamos en su mismo principio, en su razón fundamental y primitiva: ese principio, esa razón, es Jesucristo, y desde ese principio, el patrocinio de que hablamos se extiende sobre todos los fieles como un manto de gloria que nos cubre y defiende de todos los peligros, y bajo del cual gozamos de las más abundantes bendiciones del Señor.

Por Jesucristo extiende José sobre nosotros el manto de su sagrada protección. El fué destinado por Dios nuestro Señor para cuidar y proteger á su Hijo unigénito hecho hombre por nosotros; mas ¿por qué decimos que estos sacratísimos oficios que José desempeñó para con el Hijo de Dios, tiene también que cumplirlos para con nosotros; y que no aparecen como distintos, sino antes bien como si fueran unos mismos? por la unión

ca
el
de
y l
tor
dej
anl
J
San
aún
ent
al v
año
Bue
delic
las a
ardie
tram
que t
dre p
Mu
mosle
jos y
en no
sus pa
porqu
cias, y
media
Vol
guntar

(1) M

que Jesucristo tiene con su santa Iglesia, de cuyo cuerpo somos miembros. Oigamos á san Pablo: Crezcamos en Cristo que es nuestra cabeza, de quien todo el cuerpo místico de los fieles trabado y conexo entre sí, recibe, por todos los vasos y conductos de comunicación, el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad (1).

Tenemos, pues, que los cuidados y desvelos que José tuvo por su hijo putativo nuestro Señor Jesucristo, se nos comunican por este mismo Señor; porque somos miembros de su cuerpo que es la Iglesia; y cuanto tenemos lo recibimos de Jesús.

Al cuidar de nosotros el santísimo Patriarca, ve en cada uno los miembros de Jesús, á éste mismo á quien se hace el bien que se dispensa á sus hermanos, á los miembros de su cuerpo que somos nosotros. Siendo esto así, ¿dejará de cuidarnos y de defendernos de todo peligro, el santísimo Patriarca? Jamás; y desempeñará su santo ministerio con la misma fidelidad y constancia, y con el mismo gozo con que lo hacía con su Hijo putativo: su gloria será el protegernos.

José protege aun á aquellos cristianos que no imploran su santo patrocinio; pues no por esto dejan de ser miembros del cuerpo del Señor. Si esto nos descubre la admirable excelencia del patrocinio de José, nos recuerda que él cuidaba de su Hijo putativo desde su más tierna infancia. Ese Hijo no pedía á su padre en esa edad que cuidase

(1) Ephes., IV, 15, 16.

de su vida y le alejara de todos los peligros; José lo hacía por sí mismo y para cumplir su santo ministerio. Amaba á Jesús, y el amor no le permitía que de El se olvidase un instante; amaba á Jesús, y tenía que cuidarle como á la pupila de sus ojos, y aun más todavía, ya que le amaba sobre su propia vida.

El Padre celestial le había constituido padre putativo de Jesús; y esta gracia de singular predilección, obligaba enteramente la fidelidad de José: tenía que amar al Niño Jesús con el más delicado y ardiente de todos los amores; tenía que ampararle, y defenderle, y vivir del todo consagrado á su servicio; y ni aun entonces quedaría pagado enteramente el favor singularísimo que había recibido del Eterno, al constituirle padre putativo de su Hijo. Siempre atento á las inspiraciones de Dios, y diligente y solícito en cumplirlas con toda perfección, vería, sin embargo, que la benevolencia de Dios para con él excedía todos sus méritos. Esto ¿infundiría desaliento ó tristeza en el corazón de José? ser vencido por Dios es una gloria.

Dios quiere prolongar el ministerio de José hasta la consumación de los siglos, y de esta manera la gratitud de nuestro Santo podrá manifestarse para con Dios nuestro Señor en toda su grandeza; y las gracias y favores que recibamos de manos de José, serán las pruebas de esa gratitud.

Años pasarán y más años, y pasarán también los siglos; y entrarán en el seno de la Iglesia nue-

vos pueblos y naciones; y hasta el fin de los tiempos, y sobre todos los hijos de la Iglesia, el padre putativo de Jesús hará sentir su benéfico y dulce patrocinio. ¿Le cansarán los siglos por su larga duración; ó nuestro Santo no derramará sus gracias sobre la multitud de los cristianos que habrán de aparecer sobre la tierra, en los siglos venideros? De ninguna manera; porque el Espíritu de Dios que le anima no puede fatigarse; porque en todos los cristianos ampara y defiende á su Jesús querido, que vive siempre en ellos, y de quien podemos decir: Jesucristo el mismo que ayer es hoy; y lo será por los siglos (1); y Jesucristo reclama para sus hijos, para los miembros de su cuerpo que es la Iglesia, el santo ministerio de José.

El castísimo Patriarca fué constituido por Dios mismo, jefe de la santa Familia de Nazaret; y por esto preservó de la degollación de los niños de Belén, al que Dios había puesto á su cuidado; y á fin de libertarle, huyó de su patria llevándole consigo al Egipto; y José trabajó por Jesús, y le socorrió en todas sus necesidades. ¿No hará lo mismo con nosotros?

No hay quien nos persiga de muerte como al Hijo de Dios; mas el enemigo de nuestra salud eterna, se ocupa sin descanso en nuestra ruina. ¿Cómo lo hace? Procurando que olvidemos el único y verdadero fin de nuestras almas, y atrayéndonos al amor de las criaturas. Nos brinda

(1) Hebr., XIII, 8.

placeres, honores y riquezas, y nos dice, como dijo en otro tiempo á Jesucristo: Todo esto os daré si postrándoos delante de mí me adoráis (1). En estas circunstancias, el gran Patriarca extiende sobre nosotros su santa protección, y nos enseña, con su ejemplo, á despreciar todos los bienes del mundo. Es José un humilde carpintero, conocido apenas en su patria; se mantiene con el trabajo de sus manos; y no piensa en adquirir riquezas; y en nada tiene los honores del mundo, aunque lleve en sus venas la sangre de cien reyes. Todo su afecto lo tiene en el Señor; y no se deleita sino en cumplir los preceptos del Altísimo.

José nos enseña en su conducta á despreciar todos los bienes del mundo, y añade á esta enseñanza, una secreta y amorosa inspiración. Cuando somos tentados, cuando el demonio nos ofrece sus miserables bienes con tal que le adoremos, José nos recuerda estas palabras del divino Maestro: Adorarás al Señor Dios tuyo y á El solo servirás; y aleja de nosotros al ángel tentador.

Ni las necesidades del alma, ni las del cuerpo están fuera del patrocinio de Señor san José; porque el socorro de las unas y las otras sirve á la edificación del cuerpo de la Iglesia; y el patrocinio de José, así como se extiende á todos los cristianos, así también corresponde al remedio de todas sus necesidades. No es extraño por lo mismo, que en todas éstas, sean las que fueren, clamemos á José, en busca de remedio.

(1) Matth., IV, 9.

La vida del santísimo Patriarca está compuesta de gozos y dolores; y no le fueron extraños el temor y la duda, la suficiencia y la pobreza. Vivió en su patria, y tuvo también que abandonarla; y pudo decir estas palabras: He aprendido á contentarme con lo que tengo. Sé vivir en pobreza y en abundancia: todo lo he probado y estoy hecho á todo, á tener hartura y á sufrir hambre, á tener abundancia y á padecer necesidad. Todo lo puedo en Aquel que me conforta (1). Dios quiso llevar á nuestro Santo por todos los caminos de la vida, y quiso que probara tantos dolores y amarguras, *ut misericors fieret* (2): para que su corazón, tan dulce y lleno de bondad, se hiciese todavía más y más compasivo, y se inclinase con mayor benevolencia, á socorrer las necesidades de los hombres.

Cuando la angustia aflige nuestras almas y nos oprime el dolor, pensando en José, podemos decir: Bien sabe de angustias y dolores; y por esto no verá nuestras penas sin tratar de remediarlas. — Si lloramos rendidos á sus pies, no podrá desconocer cuánta es nuestra amargura; y entre tanto, nosotros, al recordar que José caminó por esas mismas sendas, sentimos una gran confianza en su patrocinio. Quien tanto padeció en la vida, tendrá compasión de los que sufren; su misma experiencia se lo está pidiendo, y el recuerdo de todas sus penas no dejará de conmoverle.

(1) Philip., IV, 11-13.

(2) Hebr., II, 17.

Consolaos, pueblo mío, consolaos, decía el Señor á los hijos de Israel, á su antiguo pueblo que tanto había querido. Habladle al corazón á Jerusalén, alentadla, pues acabó su aflicción: ya está perdonada su maldad (1). — También podemos decir á los cristianos: Consolaos, consolaos; Dios os habla al corazón, alienta vuestra esperanza, y os señala al que debéis acudir en todas vuestras penas: el esposo sagrado de María, el padre nutricio de Jesús, el gran José, cuyo patrocinio contiene las iras del Señor, aleja de nosotros las desgracias, y atrae sobre el mundo las bendiciones de los cielos.

Conoce todos nuestros males, y sabe lo que es el padecer, tiene en sus manos el remedio, Dios le ha constituido administrador de sus tesoros, y le ha dado un corazón de padre, lleno de compasión y de ternura; todo lo alcanza con sus ruegos. ¿Despreciará nuestras plegarias, ó será indiferente á nuestros males? Su santo patrocinio nos está diciendo que nunca saldremos confundidos de los pies del santísimo Patriarca; que ruega sin descanso por nosotros, y que toma por suya nuestra causa.

Confíemos en su patrocinio; amémosle con todo el corazón; bendigamos la gloria de su nombre, y acudamos siempre á él en nuestras necesidades y aflicciones; y él será nuestro consuelo.

¡Oh gran José! acordaos que el Señor os ha confiado los tesoros de su bondad y de su gra-

(1) Isai., XL, 1, 2.

cia: sois padre putativo de Jesús y dignísimo esposo de María; rogad á vuestro Hijo, y rogad á vuestra Esposa por nosotros; ved que llenos de confianza acudimos á vos por el remedio de todos nuestros males; no permitáis que queden confundidos vuestros hijos.

Todo lo podéis con María, y todo lo alcanzáis de vuestro amadísimo Jesús; y vuestro corazón lleno está de misericordia y de ternura para con nosotros; bendecidnos una y otra vez, y rogad sin cesar por vuestros hijos.



CAPÍTULO XIII

Los amantes de Jesús y de su Madre santísima bajo el patrocinio de Señor san José.

I

EL santo patrocinio de José se extiende á todos los cristianos; siempre rico en beneficios, atiende y remedia todas las necesidades de los hombres con una misericordia llena de compasión y de ternura; y podemos decir de tal patrocinio, lo que dijo de sí misma la Sabiduría: Yo derramé ríos de agua viva; y como canal de agua inmensa derivada del río, y como acequia sacada del río, y como un acueducto salí del Paraíso. Y dije: Regaré los plantíos de mi huerto, y hartaré de agua los frutales de mi prado; y mi canal ha salido de madre, y mi río se iguala á un mar, porque la luz de mi doctrina con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y seguiré esparciéndola hasta los tiempos más remotos. Penetraré las partes más profundas de la tierra, y echaré una mirada sobre los que duermen, é ilu-

cia: sois padre putativo de Jesús y dignísimo esposo de María; rogad á vuestro Hijo, y rogad á vuestra Esposa por nosotros; ved que llenos de confianza acudimos á vos por el remedio de todos nuestros males; no permitáis que queden confundidos vuestros hijos.

Todo lo podéis con María, y todo lo alcanzáis de vuestro amadísimo Jesús; y vuestro corazón lleno está de misericordia y de ternura para con nosotros; bendecidnos una y otra vez, y rogad sin cesar por vuestros hijos.



CAPÍTULO XIII

Los amantes de Jesús y de su Madre santísima bajo el patrocinio de Señor san José.

I

EL santo patrocinio de José se extiende á todos los cristianos; siempre rico en beneficios, atiende y remedia todas las necesidades de los hombres con una misericordia llena de compasión y de ternura; y podemos decir de tal patrocinio, lo que dijo de sí misma la Sabiduría: Yo derramé ríos de agua viva; y como canal de agua inmensa derivada del río, y como acequia sacada del río, y como un acueducto salí del Paraíso. Y dije: Regaré los plantíos de mi huerto, y hartaré de agua los frutales de mi prado; y mi canal ha salido de madre, y mi río se iguala á un mar, porque la luz de mi doctrina con que ilumino á todos, es como la luz de la aurora, y seguiré esparciéndola hasta los tiempos más remotos. Penetraré las partes más profundas de la tierra, y echaré una mirada sobre los que duermen, é ilu-

minaré á todos los que esperan en el Señor (1).

Tal es la extensión del patrocinio de Señor san José; y así es exuberante y bienhechora la gracia de su santa protección. Sin embargo de esto, el santo patrocinio de José, brilla con singular belleza, y derrama sus más ricos y espléndidos tesoros sobre aquellos que aman con particular cariño á Jesucristo nuestro Señor y á su divina Madre. Examinemos la razón de todo esto, que está, sin duda alguna, en el amor del castísimo Patriarca á su Hijo putativo y á María.

Ama José, con todo su afecto, á Jesucristo nuestro Señor: ¿quién puede dudarle? Y si así sucediese, allí está la vida entera del gran Patriarca para disipar la más ligera duda.

Ama José á su Jesús divino, mas lo ama como á Dios verdadero, Criador del cielo y de la tierra; y el amor que le tiene, es purísimo, ardiente y perfecto. A la luz de la fe, contempla ese gran Patriarca, en el Hijo de Dios que tiene en sus brazos, una grandeza infinita, y una gloriosa y admirable majestad.—Contempla, asimismo, la hermosura, y la bondad, y todas las perfecciones de Jesús; y José se humilla y se anonada en su presencia; y le ama, y bendice la gloria de su Nombre, y canta sus divinas alabanzas, y quiere que todos le amen. Vuelve sus miradas hacia el mundo, y al descubrir entre los hombres, á los que están consagrados al amor de su Jesús querido, de su Dios verdadero, fija sobre ellos sus mi-

(1) Eccli., XXIV, 40-45.

radas, y los contempla con amor de Padre. ¿Cómo no hacerlo, cuando el celo del amor de Dios y de su santa gloria, abrasan y enardecen toda su alma; cuando el corazón de nuestro Santo arde en las purísimas llamas del amor de Dios?

Es muy amado por algunos cristianos el Hijo de Dios... Oh santa complacencia del corazón de José, ¿quién podrá medirte?

¿Cabe en el corazón del gran Patriarca el amor que le tiene al Hijo de Dios? y ese amor pide razones, pide alabanzas, y toda bendición y gloria para Aquel á quien así ama.

Si contemplamos un instante al gran José, todo en él nos revela su ardiente caridad para con el Hijo del Eterno; y esa caridad se difunde, se extiende como el fuego y quiere abrasarnos en sus llamas; y si lo alcanza, experimenta el corazón de nuestro Santo, un júbilo indecible; y siéntese como obligado por el amor que tenemos á Jesús, y paga este amor protegiéndonos con su afecto de padre, y teniendo para con nosotros, un cuidado y una providencia verdaderamente singulares.

Ama José al Hijo de Dios con afecto de padre; y ¿existe padre alguno que no sienta en el alma los desprecios que se hacen á sus hijos? Por otra parte, ¿hay algún padre que no vea con agrado el amor y el aprecio que tenemos á sus hijos? y se tiene en verdad por muy obligado para con aquellos que los aman y aprecian.

Al ver á nuestro Santo que lleva en brazos á su Hijo putativo, exclamamos: No toquéis á ese Niño divino, no le ofendáis en lo más mínimo; ya que

al hacerlo contristaríais el corazón del más amante padre, y alejaríais de vosotros su santa protección.

Amad á Jesús, y su padre putativo aceptará ese amor con más agrado que si amaseis á él mismo; pues ama á Jesús sobre todas las cosas; y el amor que se tiene á sí mismo nuestro Santo querido, es como nada si lo comparamos con el que tiene á Jesús.

No lo dudamos, José nos pagará, con singulares gracias y favores, nuestro amor á Jesús. Está obligado con nosotros, y tendrá que recibírnos por sus hijos muy queridos.

¿Qué favor podrá negarnos si le presentamos todo nuestro afecto para con Jesús? Con tal afecto le rendimos, si así podemos decirlo, y le tenemos como encadenado. Así es grande y poderoso el amor que tiene á su Hijo putativo.

¿Cuál es el término, el objeto de su paternal cariño? el Hijo unigénito del Eterno, á quien tanto debe; que se dignó sublimarle á la dignidad de padre putativo suyo; que le enriqueció de dones celestiales, que le hizo agradable á sus divinos ojos; y, en fin, que se llamó su Hijo. José ¿dejaría de amarle con el más ardiente y generoso amor, con un cariño inmenso, según la posibilidad de la criatura; en una palabra, con todo el corazón y sobre todas las cosas? No toquéis á ese Niño, decimos otra vez; no le ofendáis; porque el amor que le tiene José no lo permite. Amadle con todo el corazón, y siempre viviréis bajo el santo patrocinio de José, como sus hijos muy queridos que

han cautivado su amor, y dueños son de sus misericordias y sus gracias.

El gran Patriarca desea vivamente que su Hijo putativo sea conocido y amado de los hombres; y para esto nos le presenta, llevándole en brazos, lleno de amabilidad y de dulzura. Ese Niño no descubre en su semblante el más ligero rastro de indignación ó de dureza, ni rechaza á los que se le acercan; mas todo lo contrario: atraen y cautivan sus miradas, llenas siempre de amor; y sus labios parecen entreabrirse con una sonrisa encantadora, para decirnos: Venid á Mí los que trabajáis, los que gemís bajo el peso del dolor; que Yo os aliviaré. Y por todas partes camina el gran Patriarca sin dejar un instante á su Hijo, descubriendo todos sus encantos, é inclinando á los hombres á su amor; si lo consigue, pide á Jesús que los bendiga; y ese Niño jamás se niega á los ruegos de su padre.

¿Qué bienes no pedirá para nosotros, al ver que llevamos en el alma el amor á su querido Hijo? Y este Hijo abre los tesoros de su gran misericordia y nos enriquece con la abundancia de su gracia; porque así se lo pide el gran José, que se digna ampararnos con una protección singularísima por el amor que tenemos á Jesús.

Amemos á ese Hijo divino, amemos á su padre putativo; pongamos en Dios nuestra confianza, y recordemos estas palabras divinas: Dios robustece al débil, y da fuerza y vigor á los que nada tienen. Desfallecerá fatigada de cansancio la edad lozana, y se caerá de flaqueza la juventud; mas los

que tienen su esperanza en el Señor, adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no desfallecerán (1).

II

Después de Jesús, es María todo el amor de José. Y ¿por qué la ama? Porque es María dignísima de todo el amor de su esposo.

¿Qué veis en la Sulamite, se decía en otro tiempo, sino coros de música en medio de armados escuadrones? (2). Preguntemos á nuestro querido Santo: ¿Qué veis en vuestra Esposa, en esa inocente y sacrosanta Virgen, sino perfección y gracia? Es más bella que la misma belleza y más santa que la misma santidad; sola santa, purísima en el alma y en el cuerpo; ha sobrepasado toda integridad y virginidad; y ha sido hecha, toda Ella, el domicilio de todas las gracias del Espíritu divino; y exceptuando solamente á Dios, es superior á todas las criaturas, aun á los querubines y serafines, y á todo el ejército de los ángeles; ninguna lengua basta para cantar sus glorias (3).

Así se presenta María á los ojos de su amantísimo esposo, que como fuera de sí mismo pudiera también exclamar: ¡Oh cuán bella es la esposa que el Señor me ha dado, cuán bella es! Y suspendido

(1) Isai., XL, 29-31.

(2) Cant., VII, 1.

(3) Bulla Ineffabilis.

en éxtasis de amor, palabras no tendría con que alabarla.

La santidad y belleza de María exhalaban la más delicada fragancia de todas sus virtudes; y José no respiraba en otra atmósfera sino en la que estaba embalsamada con todas esas virtudes.

Era la divina Niña para su esposo, un preciosísimo tesoro que Dios le había confiado para enriquecerle, y que el mismo José tenía que guardar para gloria del Señor.—Era también esa Virgen sagrada, el paraíso de las delicias del Eterno; y José era el ángel custodio que tenía que defenderlo de todas las asechanzas del demonio.

¿Qué veis en María, preguntamos de nuevo al santísimo Patriarca? José descubre en su Esposa inmaculada, un santuario de gloria, un templo divinísimo donde moró el Eterno (1); y al contemplarla tiene que exclamar: ¡Oh Señor! yo he amado el decoro de vuestra casa y el lugar donde reside vuestra gloria (2). Y en efecto, el gran Patriarca amó la honra de María; fué custodio de su purísima virginidad, y la veneró como á Madre del Eterno.

¿Quién podrá decirnos cuántas fueron las atenciones, y cuán profundo el respeto de este esposo dichosísimo, con aquella santísima Señora á quien Dios había escogido por Madre, y que antes que de José, era la esposa del Espíritu divino?

Dichosísimo hemos llamado á nuestro Santo,

(1) Bulla ineffabilis.

(2) Ps., XXV, 8.

porque Dios le había concedido por esposa á la que es el tesoro del cielo y de la tierra, á la más sublime y perfecta de todas las criaturas, á la que entre todas éstas es la preferida del Eterno.

José la amaba con amor virginal y purísimo; y sus santos afectos se elevaban del corazón de María hasta el seno de Dios, convirtiéndose allí en cánticos de amor y de alabanza por ese don precioso que el santísimo Patriarca había recibido del Señor.

Los afectos de José para con su santa Esposa, eran vivos y fecundos manantiales de una dicha purísima, y eran asimismo un piélago insondable de delicias que inundaban sin cesar el corazón de nuestro Santo: la justicia, la paz de Dios y el gozo en el Espíritu divino, y todo noble y elevado sentimiento, y la hermosura de la pureza con todos sus encantos, y las suavidades y consuelos de la divina gracia; todo esto, decimos, salía espontánea y deliciosamente, del incomparable cariño de José á su divina Esposa.

¿Qué veis, oh José, en vuestra santa Esposa, á quién amáis con el más delicado y celestial afecto? —Ve el santo Patriarca, el amor que le tiene María, purísimo y santo; ve su fidelidad, sagrada y perfecta; y su pureza sin mancha ninguna, que atrajo al Hijo de Dios del seno de su Padre. Y ve que esa Virgen sagrada, esa Madre divina, está siempre á sus órdenes; que en todo le atiende y obedece; y la ve ocupada en los quehaceres de su casa. Y el humilde José queda como fuera de sí mismo: la Reina del cielo y de la tierra, la Madre de Dios le

sirve, le atiende y obedece. Esa humildad del gran Patriarca excita una y otra vez su amor y su ternura hacia María. Si María le ama, le obedece y le sirve, José ¿no pagará el amor de María con el suyo; y los servicios de aquella santísima Señora con todos los afectos de su corazón? Y así lo hace: después de Jesús es María todo su amor.

Pongamos ahora los ojos en el santo patrocinio de José: ¿dejará de proteger, nuestro querido Santo, con singularísimo cariño, con amor de verdadero padre, á los que aman á su santa Esposa, y la honran y sirven con fidelidad? José los tomará por suyos, y sabrá comunicarles el amor que tiene á su divina Esposa; y volviéndose á ellos les dirá: Amadla como yo la he amado, y servidla como yo la serví; y su amor y servicio serán para vosotros dulcísima esperanza, alivio y consuelo en todas las necesidades de la vida, y segura prenda de la gloria. Yo recibiré el amor que le tengáis; y por él, Dios os colmará de bendiciones.—No temáis acercaros á mi dulce Esposa, pues es Madre de piedad y gracia; no temáis, que yo mismo os llevaré á sus pies, le rogaré por vosotros, y María os tomará por sus hijos. ¿Qué más queréis? Con ello os vendrán todos los bienes; amadla, hijos míos, amadla y servidla y seréis muy dichosos.

Mucho es en verdad lo que debe el castísimo Patriarca á su sagrada Esposa: le ha entregado su corazón, le ha recibido por esposo, y José no ignora quién es María, y cuánto vale á los ojos del Eterno; siéntese, pues, enteramente obligado para con Ella.

Añádese á esto la solicitud de la Virgen santísima para con José, y las atenciones y cuidados con que procuraba complacerle. No era solamente su esposa, era también como su hija, siempre humilde y rendida á sus órdenes, y llena siempre de filial ternura.

¿Hubo siquiera un solo día en que el dichosísimo José no recibiese señaladas pruebas del amor de María, ó en que esta santísima Señora dejase de atenderle con agrado? José no solamente recuerda el amor y la fidelidad incomparables de su sagrada Esposa; los tiene presentes; y son para El motivos de una inmensa dicha; y lleno de gratitud para con Dios nuestro Señor, le bendice y adora por haberle enriquecido con ese don tan precioso, con el tesoro del cielo y de la tierra, la inmaculada y santísima Virgen María.

Mucho es, hemos dicho, lo que á María debe su sagrado esposo; mas él paga amor con amor; y la prefiere á todas las criaturas, y vive pensando siempre en Ella; y paga también su cariño atrayendo á los pies de María los corazones de los hombres, ó bien rogando al Señor que sea conocida y amada su divina Esposa, ó inspirando á los cristianos que la amen con todo su cariño. Y ese deseo vivísimo y ardiente no quedaría satisfecho, si hubiese alguno que no amase á la Virgen sagrada, á su Esposa querida, que tanto le ha obligado con su amor.

¡Oh José santísimo! encended nuestras almas en el dulce amor de María. Vos queréis que la amemos; tomad nuestros corazones é inflamadlos

en el fuego de la santa caridad con que la amáis; arrancadnos del amor al mundo y de todo aquello que pueda alejarnos del amor de María. ¡Oh quién la amase con todo el corazón! Es la más perfecta de todas las criaturas; es amabilísima, y llena está de piedad y gracia para con los miserables; y de su seno brotan sin cesar las fuentes de la misericordia y del perdón.

Después de Jesucristo todo lo debemos á vuestra Esposa inmaculada y santa. Es para nosotros luz que disipa las tinieblas, esperanza que alienta el corazón, y celestial consuelo que aleja la tristeza, vida y salud, paz y delicias celestiales; en una palabra, todo nuestro bien después de Dios nuestro Señor. Nos ha colmado de gracias y favores, y jamás se ha olvidado de nosotros. Tenemos, pues, que amarla con todo el corazón. Por esto acudimos á vos, José santísimo; alcanzadnos de Dios nuestro Señor el amor de María; haced que pensemos en Ella sin interrupción; que sea nuestro encanto y todo nuestro amor.

¡Oh quién la amara como vos la amáis! Ya que así lo queréis, santísimo Patriarca, dadnos vuestro corazón y reine siempre en nosotros el amor de María.





CAPÍTULO XIV

Culto y devoción á Señor san José.

I

El amor y la veneración que los católicos rendimos á los santos por la admirable excelencia de sus méritos, es realmente un tributo de justicia, que nos hacen confesar que los que obrán bien merecen el premio; que la superioridad tan dignamente adquirida, pide atención y respeto, en una palabra, el culto con que deben ser honrados; y que será tanto más excelente, cuanto más lo fuere el mérito de las personas.

Aun fuera del orden religioso, las naciones honran á sus héroes, á los hombres que se han distinguido ya por su noble y elevada inteligencia, ó bien por los servicios prestados á su patria; y nada más justo que el reconocimiento del mérito, y el pago de la honra que les corresponde.

La Iglesia honra á sus santos y les rinde el culto que les es debido; porque han admirado al

mundo con sus grandes virtudes; han edificado al pueblo cristiano con la santidad de sus ejemplos; y con la eficacia de sus ruegos han hecho y hacen descender sobre la Iglesia las misericordias del Señor.

Mas no es uno mismo el culto que se rinde á los santos; tiene que proporcionarse á los dones que de Dios han recibido, á la excelencia de sus méritos y á la perfección con que cada uno ha practicado las virtudes: Una es la claridad del sol, otra la de la luna y otra la claridad de las estrellas. Y aún hay diferencia en la claridad entre estrella y estrella (1).

A Dios nuestro Señor, al Ser de los seres, al que crió el cielo y la tierra, que da vida y que sostiene á todas las criaturas, corresponde el culto soberano, el más elevado de todos los cultos; y es diferente de los demás.

Después del Eterno á quien alaba toda lengua y ante quien se dobla toda rodilla, se nos presenta la primera y más excelente entre todas las criaturas, bellísima y perfecta; y que, exceptuando solamente á Dios, es superior á los querubines y serafines, y á todo el ejército de los ángeles; á esta hermosísima Niña, esplendor de toda pureza y Madre de su mismo Dios, le corresponde un culto muy superior al que damos á los otros santos, por lo cual se llama de hiperdulía.

A los otros santos corresponde el culto de dulía. Entre esos santos aparece el primero Señor

(1) I Cor., XV, 41.

san José, que ha excedido á los demás en la excelencia de los divinos dones con que el Señor se dignó distinguirle, y que á ningún otro fueron concedidos.

Acabamos de decirlo, y en efecto es así: los dones con que fué enriquecido el castísimo Patriarca, fueron enteramente personales é incommunicables, y le elevaron en gran manera sobre los otros santos.

San Juan en su Apocalipsi nos refiere lo siguiente: Vi en la mano derecha del que estaba sentado en el solio, un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos.

Al mismo tiempo vi á un ángel fuerte y poderoso pregonar á grandes voces: ¿Quién es el digno de abrir el libro y de levantar sus sellos?

Y ninguno podía, ni en el cielo ni en la tierra, ni debajo de la tierra, abrir el libro ni aun mirarlo. Y yo me deshacía en lágrimas porque nadie se halló que fuese digno de abrir el libro ni registrarlo.

Entonces uno de los ancianos me dijo: No llores, mira cómo ya el león de la tribu de Judá, la estirpe de David, ha ganado la victoria para abrir el libro y levantar sus siete sellos. Y vi que en medio del solio y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, estaba un cordero como inmolido. El cual vino, recibió el libro de la mano derecha de aquel que estaba sentado en el solio. Y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo todos cítaras é incensarios de

oro llenos de perfumes, que son las oraciones de los santos: Y cantaban un cántico nuevo, diciendo: Digno eres, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos; porque Tú has sido entregado á la muerte, y con tu sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, y lenguas, y pueblos y naciones (1). Refiriéndonos á nuestro asunto, preguntemos á los santos: ¿Quién es digno entre vosotros, no ya de abrir el libro de los siete sellos, sino de ser el esposo de la futura Madre del Eterno? ¿Quién es digno de ser el padre putativo del Hijo de Dios? Un profundo silencio nos llenaría de tristeza: la humildad sellaría los labios de todos los santos, y ninguno creeríase digno de tan elevados ministerios, de cargos tan sublimes; y nosotros, llenos de dolor, diríamos estas palabras á semejanza de las de san Juan: Lloraba yo mucho, porque nadie se halló que fuese digno de ser el esposo de María y el Padre putativo de Jesús; y entonces, no ya uno de los ancianos del Apocalipsi, sino el Hijo de Dios, designando á José, podría decirnos: No lloréis: he aquí á mi escogido; yo le he designado por mi padre putativo y por esposo de mi santa Madre. Al oír estas palabras, nos postraríamos también á los pies de José, no ya para adorarle con aquella sublime y singular adoración que pertenece al Hijo de Dios, como lo hicieron los cuatro animales misteriosos y los veinticuatro ancianos, mas si con aquella que corresponde á quien Dios hizo digno esposo

(1) V, 1-9.

de María y á quien honró como padre putativo.

Esos altísimos cargos, esa dignidad tan grande y sublime, exigían sin duda la posesión de las más excelsas virtudes y una perfección verdaderamente admirable, y todo esto lo tuvo el gran José. Allí están para probarlo su docilidad á las inspiraciones del Señor, y la pronta obediencia á sus mandatos, la humildad de su corazón, el cuidado y la solícitud con que guardaba los preciosísimos tesoros que Dios había puesto en sus manos, su confianza en Dios nuestro Señor y su fidelidad nunca desmentida. Por último, allí está su amor purísimo y ardiente, y siempre en aumento, á Jesús y á María.

¿Qué nos piden la dignidad de José y sus grandes virtudes, y sus esclarecidos méritos con que supo cautivar el corazón de su Dios? Nos piden honor, veneración, y un culto verdaderamente singular después del que debemos á María.

Al pensar en la grandeza y en las virtudes de José, recordamos estas palabras de los Libros santos: Brilla como el lucero de la mañana entre tinieblas, y como resplandece la luna en tiempo de su plenitud; como sol refulgente, así brillaba él. Como el iris, que resplandece en las transparentes nubes, y como la flor de la rosa en tiempo de primavera, y como las azucenas junto á la corriente de las aguas, y como el árbol del incienso, que despide fragancia en tiempo de estío, como luciente llama, y como incienso encendido en el fuego, como un vaso de oro macizo, guarnecido de toda suerte de piedras preciosas, como el olivo

que retoña y como el ciprés que descuella por su altura (1).

Entre las grandes virtudes de nuestro Santo querido, ¿cuál es la más brillante y hermosa, la que más nos admira? Si consideramos la exactitud con que las practicaba, difícil es la respuesta; porque en todas ellas altísima fué su perfección. Ni la tibieza ni el descuido amortiguaron nunca sus bellos resplandores. Andaba siempre delante del Señor y era perfecto en todas sus obras.

Consideradas en sí mismas las virtudes de José, no hay duda que á las demás se adelantaba su caridad para con Dios nuestro Señor. Era el corazón de nuestro Santo, como el altar en que ardía, según el precepto del Señor, un fuego inextinguible, que continuamente era alimentado por las inspiraciones y los auxilios de la divina gracia.

¡Oh, cuánto amó á Dios nuestro querido José! Acerquémonos á él para contemplar mejor esa maravilla encantadora: su corazón ardiendo en las sagradas llamas del amor de Dios.

Vió Moisés una llama de fuego que salía de enmedio de una zarza, que ésta estaba ardiendo y no se consumía, y dijo: Iré á ver esta gran maravilla, cómo es que no se consume la zarza (2). —¿Cómo es, decimos nosotros, que el corazón de José pueda vivir entre las más ardientes llamas de su amor á Dios? Dios es vida, y El es quien la conserva en el corazón del santísimo Patriarca;

(1) Eccli., 6-11.

(2) Exod., III, 2, 3.

Dios es vida, y su santa caridad en vez de consumir el corazón del santísimo Patriarca, le presta sagrado y vigoroso aliento y una fuerza verdaderamente celestial. ¿Podiera morir cuando lleva en sus brazos y reclina sobre su pecho al Autor de la vida?

Mas detengámonos en nuestras consideraciones recordando estas palabras divinas: Desde las extremidades del mundo hemos oído las alabanzas que se cantaban á la gloria del Justo, y dije: Mi secreto es para mí, mi secreto es para mí (1). Esos admirables misterios del amor de José y las santas efusiones de su indecible ternura y sus dulces coloquios con Dios nuestro Señor que le inspiraba la santa caridad, son el secreto del santísimo Patriarca; guárdelos él en su seno, mientras sus hijos bendecimos á Dios por los espléndidos tesoros de su amor con que quiso enriquecerlo; mientras nos gozamos en la felicidad de nuestro amado Santo. ¡Bendita sea su gloria, benditas sean las llamas de su santo amor!

A pesar de lo que acabamos de decir, y aunque quiera el santísimo Patriarca guardar su secreto, y ocultar en el fondo de su alma el amor de su Dios, ese amor se descubre en todas sus acciones y virtudes, y las adorna y engalana con su propia belleza.

José no puede ocultar el amor que arde en su pecho. ¿Por ventura puede un hombre esconder el fuego en su seno, decía Salomón, sin que ardan

(1) Isai., XXIV, 16.

sus vestidos? (1). Los vestidos del santísimo Patriarca son el ropaje de la salud y el manto de la justicia con que Dios le ha cubierto, sus santas acciones, sus nobles virtudes (2). Arderán, pues, los vestidos de José con el fuego del amor de Dios. En efecto, en todas sus acciones y virtudes descubriremos ese amor que las inspira y anima, y las dirige á la gloria del Señor. Si José se humilla, es el amor quien le inclina hasta el conocimiento de su propia nada; porque quiere ofrecer al que ama la confesión de su miseria; porque sólo Dios es amable por sí mismo; y cuanto más se humilla nuestro Santo, más y más le rinde y le encadena á su amor el que es grande, perfecto y amable por sí mismo.

En la obediencia de José, en su pureza angelical, en su paciencia, en su justicia y en todas sus virtudes, y en todas sus acciones, siempre hallaremos que el amor las vivifica y hermosea.

La caridad de Dios por el Espíritu santo se ha derramado en el corazón de José, y continuamente sale de ese corazón, y se difunde por toda la Iglesia, y atrae á todos los hombres al conocimiento de Jesús y de María; dejémonos llevar de esos dulces atractivos, y creceremos en Jesucristo que es nuestra cabeza; y María por su parte tendrá que conseguirnos el aumento de la gracia y la perfección en el amor de Dios.

(1) Prov., VI, 27.

(2) Isai., LXI, 10.

II

La dignidad admirable del castísimo Patriarca, y la excelencia de sus dones, y sus santísimas virtudes, nos manifiestan cuánta debe ser la devoción que le tengamos; y también nos descubren que siempre quedaremos muy distantes de venerarle cuanto él merece. ¿Qué son en efecto todas nuestras ofrendas y el afecto que le profesamos comparados con su mérito? Por esto, si él se digna aceptarlos, es por la benignidad y dulzura de su corazón; porque él es muy bueno y en gran manera indulgente con nosotros.

Debemos tenerle una devoción singularísima, sincera y constante; y ésta consiste, sobre todo, en la estimación y en el aprecio de nuestro querido Santo. Reconocer no solamente su dignidad altísima y sagrada, sino además todos los méritos con que supo embellecerla y adornarla, la rectitud y la pureza de sus intenciones, la sencillez y la inocencia de su proceder, y su firmeza y su constancia en todos sus designios, siempre encaminados á la gloria del Señor. Todo esto nos inspira un verdadero aprecio de nuestro Santo, un concepto elevadísimo de su verdadero mérito; y por todo ello tenemos que bendecir y glorificar á Dios en su siervo predilecto, y regocijarnos en la dicha incomparable de José.

José es grande, muy grande entre todos los Santos; por esto nuestra devoción para con él debe

estar animada del espíritu de la humildad más profunda, que tendrá que revelarse en altísimo respeto y en la veneración más sumisa y rendida.

La dignidad y el mérito del santísimo Patriarca, descubren su grandeza; y de aquí procede la veneración con que le honramos, y esto hace brillar á nuestros ojos su admirable y perfecta santidad. Si pensamos en él, ¿dejaremos de amarle? Y ese amor es la vida y la hermosura de la devoción que le tenemos; amor que se impone por sí mismo, y que encadena á los pies de José todo nuestro afecto.

Tenemos que amarle; mas ¿cuál es el carácter del amor que le debemos? Somos sus hijos, y este título responde á lo que hemos preguntado.

Jesucristo es nuestro hermano primogénito; y no se avergüenza de llamarnos sus hermanos; aun más todavía, antes de subir á los cielos dijo estas palabras: Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios (1). Somos, por lo mismo, hijos del Padre celestial.

El Hijo de Dios, al hacerse hombre y al vivir entre los hombres, eligió á José por padre putativo. ¿Dejará este Padre de reconocer como á hijos, á los que el Padre celestial adoptó en Jesucristo nuestro Señor? Es José como la sombra de aquel Padre divino y lo representa aquí en la tierra; seremos pues sus hijos muy queridos, y nos dará lugar al lado de su pabellón, eterna morada de todos los bienes; y como á hijos nos pondrá

(1) Joann., XX, 17.

bajo su protección; moraremos debajo de sus ramas; y su sombra nos defenderá de todos los peligros (1). Podemos por lo mismo decir llenos de filial confianza al santísimo Patriarca: Tus hijos, oh Padre querido, esperarán bajo las sombras de tu patrocinio, y los colmarás de la abundancia de tus bienes, comunicándoles tu misma dicha (2).

Siendo José, como es, nuestro padre querido, la devoción que le tengamos debe distinguirse y mantenerse por la honra que le tributemos, por el respeto y la obediencia y, sobre todo, por el amor á su santísima persona. Debe ser este amor invariable, generoso, y que llegue á sacrificarse por aquel á quien ama. Tal es el amor que los buenos hijos tienen á sus padres. Nuestras atenciones, nuestros obsequios serán para José; y su imagen bendita jamás se borrará de nuestras almas.

¿Hay algún hijo digno de este nombre que no trate de honrar á su padre? Y ese hijo tendrá su gloria en verle estimado y respetado de todos; y sentirá más que si fuesen contra su propia persona, las ofensas que se hicieren á su padre.

Para un buen hijo, no es la obediencia una carga pesada, sino todo lo contrario, ya que obedeciendo satisface las exigencias de su amor, honra á su padre, y de éste consigue una mirada de ternura.

Lo que acabamos de decir nos manifiesta que si la devoción tiene su principio en nuestro espíritu,

(1) Eccli., XIV, 25-27.

(2) Psalm. XXXV, 8, 9.

debe dar testimonio de sí misma exteriormente, por medio de prácticas piadosas y de frecuentes obsequios, tales como las visitas, los rosarios, las novenas etc.; prácticas y obsequios que, procediendo del corazón, serán más agradables á los ojos de José, y los cumpliremos con fervor y con filial cariño.

La devoción verdadera y perfecta de que hablamos, no se contenta con las obras exteriores de la piedad cristiana, pidenos la imitación de las santas virtudes de José.

José fué humilde, y con una humildad profundísima: ¿escuchará con agrado las alabanzas con que trate de honrarlo un hombre soberbio?—José fué purísimo y santo: ¿aceptará las ofrendas que le presente el que vive sumergido en los desórdenes de la impureza?

De esta manera podemos discurrir por todas las virtudes del castísimo Patriarca á fin de imitarlas y obtener la verdadera devoción que le debemos. Para esto es preciso el recuerdo frecuente de sus virtudes, y pedirle que nos alcance la gracia del Señor para imitarlas.

Entre los motivos que deben inspirarnos una gran devoción á Señor san José, contamos su poder y su bondad. Todo lo alcanza de Dios nuestro Señor con la eficacia de sus ruegos. Tiene José un corazón benignísimo y lleno de misericordia.

El gran Patriarca eleva sus ruegos á Jesús: ¿dejará de oírle el que fué su Hijo putativo el que siempre cumplió sus mandatos? El Hijo de Dios jamás olvidará cuánto debió á los cuidados y des-

velos de José; y su gratitud para con él, si así podemos decirlo, nunca será desmentida. José le ruega, y Jesús hará cuanto José le pida; y si fuese necesario, unirá José á sus peticiones la intercesión de María; y el que es Padre de misericordias y Dios de todo consuelo, pondrá en las manos de sus santos padres, todos los tesoros de su gracia.

¿Qué diremos del benignísimo corazón de José? Aprendió nuestro Santo la amabilidad y la dulzura en la escuela del Hijo de Dios que descendió del cielo por amor á los hombres. Vivió José en compañía de aquella santísima Señora que es Madre de misericordia, que es vida, dulzura y esperanza de todos. Tan poderosos ejemplos y los continuos auxilios de la gracia, hacían del corazón de José un piélagó de bondad y de clemencia, y un abismo de piedad y de misericordia, donde quedasen sumergidas todas las miserias de los hombres, y donde hallásemos atesoradas todas las riquezas de la bondad divina.

Somos unos miserables pecadores que no hallamos en nosotros mismos el remedio que necesitamos para salir de la culpa y volvernos á Dios nuestro Señor; y al tratar de convertirnos, tal vez nos detenemos al pensar en los rigores de la divina justicia. Aquellas palabras que dirigía David al Eterno: No morará junto á ti el maligno, ni los injustos podrán permanecer delante de tus ojos. Tú aborreces á todos los que obran la iniquidad; perderás á los que hablan mentira.—El Señor abominará al hombre sanguinario y fraudulento (1),

(1) Psalm. V, 6, 7.

nos llenan de espanto. Tenemos que buscar quien hable por nosotros, y que con el poder de sus ruegos y la bondad de su corazón, reanime nuestra esperanza, y alcance de Dios lo que pedimos.—Si en ese abogado no hay poder, en vano recurriremos á su patrocinio; y si no tiene corazón que le incline á nosotros, nada tendremos que esperar. Mas el gran José obtiene siempre de la misericordia de Jesús, cuanto le pide; y lleva en su pecho un corazón de padre, corazón dulcísimo y lleno de piedad y de ternura.

Todo lo puede el santísimo Patriarca con su Hijo nuestro Señor Jesucristo. Siempre alcanzo todo lo que pido, decía Teresa de Jesús, cuando lo pido por medio de José.

Jamás nuestro Santo querido es indiferente á nuestros males, y puede el castísimo Patriarca decir con verdad estas palabras: Desde la infancia creció conmigo la misericordia; salió juntamente conmigo del seno de mi madre. Y puede añadir: No negué á los pobres lo que pedían; ni dejé burlada jamás la esperanza de la viuda; no comí solo mi manjar, pues de él comió también el huérfano (1). Tenemos en José poder y bondad; y por otra parte no ignora nuestros males.

Al amor, á la constancia y á la sinceridad de la devoción á Señor san José, es necesario añadir una confianza muy grande; pues con ésta honramos su bondad que jamás quedará comprometida. Tiene que ser la devoción de que hablamos, en

(1) Job., XXXI, 16-18.

verdad, muy humilde; porque somos indignos del santo patrocinio de José; mas nunca deberá faltarle la confianza, porque él es muy bueno, y tiene sus delicias en rogar por nosotros al Señor.

Hasta aquí hemos hablado de los principales motivos que tenemos para consagrarnos á la devoción del castísimo Patriarca; y de la manera como debemos adquirirla y conservarla; digamos ahora una palabra sobre las causas que pueden disminuirla ó arrancarla de nosotros.

En cuanto á la devoción interior, teniendo ésta por principio el conocimiento de la dignidad, del mérito de Señor san José, y de las obligaciones que con él nos ligan; si no pensamos con frecuencia en todo esto, aquella devoción tendrá que disminuir; y la tibieza y el olvido la volverán muy defectuosa. ¿Cómo queremos que arda en nuestros corazones, y en ellos se conserve purísima y hermosa, la devoción á nuestro Santo, si no meditamos en sus prerrogativas y excelencias, y en el amor que nos tiene? El fuego se extingue si no le ponemos combustible.

Por lo contrario, si pensamos con frecuencia en Señor san José, su grandeza, su amabilidad y su hermosura nos dejarán contemplar cada día en nuestro Santo querido nuevos encantos y una perfección más sublime y cumplida que avivarán en nosotros los dulces atractivos del amor; y como sorprendidos, muchas veces tendremos que exclamar: ¡Oh cuántas riquezas de bondad y gracia, tiene depositadas el Señor en el corazón del castísimo Patriarca! Y aún no las conocemos todas;

trabajemos pues por descubrirlas con el empeño y la constancia que se emplean cuando se busca un tesoro.

En las prácticas exteriores de la devoción de que tratamos, es preciso conservar el espíritu que debe animarlas, esto es, el amor á Señor san José, y el deseo de obsequiarle con nuestras humildes alabanzas. Es necesario conservar el fervor, evitando cuidadosamente la tibieza y el descuido, que tantas veces manchan nuestras mejores acciones.

No hay que aumentar hasta el exceso los ejercicios exteriores de la devoción á que nos referimos; pues valen más á los ojos del Señor pocos ejercicios de piedad, practicados con recogimiento y con fervor, que un gran número de éstos sin tales condiciones.

Por último, conviene sobremanera examinar nuestra conducta acerca de la devoción á Señor san José á fin de corregir nuestros defectos y de emprender el camino que más conviniere á nuestro objeto, diciendo diariamente estas palabras de los Libros santos: Ahora comienzo: mi cambio de conducta es obra del Altísimo. *Nunc coepi; haec mutatio dexteræ Excelsi* (1).

Antes de terminar este capítulo, preguntamos: ¿A quién tendremos que acudir á fin de obtener una fervorosa y constante devoción al castísimo Patriarca Señor san José? A su Hijo putativo, nuestro Señor Jesucristo y á su immaculada y virginal Esposa.

(1) Psalm. LXXVI, 11.

Acordaos, oh Jesús, del amor que tenéis á José; acordaos de sus méritos santísimos; de los cuidados y desvelos que tuvo por Vos; por todo esto, y por Vos mismo, inspiradnos hacia él un amor muy ardiente, y una constante y perfecta devoción. Haced que le amemos con un amor semejante al que Vos le tuvisteis; y haced que le honremos como Vos le honrasteis. Si él nos manda; hacednos cumplir todos sus mandatos; inspiradnos la docilidad y el rendimiento á las inspiraciones que nos mande.

¡Oh María! Vos deseáis que el amor de vuestro esposo reine en nuestros corazones; queréis que le honremos y que seamos sus verdaderos devotos, dadnos todos estos bienes, por el amor que tenéis á José; por el afecto purísimo y santo que siempre os tuvo. Tomad nuestro corazón y ponadlo en sus manos para que él lo encienda en vuestro amor y en el suyo; y Vos y él nos ofrezcáis y consagréis para siempre al amor de vuestro Hijo, nuestro Señor Jesucristo, á quien se den bendición, y claridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y gloria por todos los siglos. Amén.



CAPÍTULO XV

El Padre de los cristianos.

I

José, el gran Patriarca, el muy amado de Dios, el custodio de nuestro Señor Jesucristo y esposo de María, es nuestro padre. Así es preciso reconocerlo y por tal debemos tenerle.

Jesús se ha dignado ser nuestro hermano, y El tiene á José por padre putativo: ¿no será nuestra gloria el tenerle por padre? De esta manera descubrimos entre Jesús y nosotros, como un nuevo lazo de amor que con El nos liga. Como hijos de José, siempre estaremos con él, y muy cerca de Jesús á quien tiene en sus brazos. Siempre estaremos á las órdenes de tan dulce padre; pondremos delante de sus ojos todas nuestras necesidades y miserias, le pediremos el remedio: ¿dejará de pedir por sus hijos al que es nuestro hermano, al que nunca desecha sus ruegos? Si no fuésemos sus hijos, ó si él no tuviese corazón de padre, acaso podríamos dudarlo; mas nada de esto sucede; porque lleno está su corazón de clemencia y

Acordaos, oh Jesús, del amor que tenéis á José; acordaos de sus méritos santísimos; de los cuidados y desvelos que tuvo por Vos; por todo esto, y por Vos mismo, inspiradnos hacia él un amor muy ardiente, y una constante y perfecta devoción. Haced que le amemos con un amor semejante al que Vos le tuvisteis; y haced que le honremos como Vos le honrasteis. Si él nos manda; hacednos cumplir todos sus mandatos; inspiradnos la docilidad y el rendimiento á las inspiraciones que nos mande.

¡Oh María! Vos deseáis que el amor de vuestro esposo reine en nuestros corazones; queréis que le honremos y que seamos sus verdaderos devotos, dadnos todos estos bienes, por el amor que tenéis á José; por el afecto purísimo y santo que siempre os tuvo. Tomad nuestro corazón y ponadlo en sus manos para que él lo encienda en vuestro amor y en el suyo; y Vos y él nos ofrezcáis y consagréis para siempre al amor de vuestro Hijo, nuestro Señor Jesucristo, á quien se den bendición, y claridad, y sabiduría, y acción de gracias, honor, virtud y gloria por todos los siglos. Amén.



CAPÍTULO XV

El Padre de los cristianos.

I

José, el gran Patriarca, el muy amado de Dios, el custodio de nuestro Señor Jesucristo y esposo de María, es nuestro padre. Así es preciso reconocerlo y por tal debemos tenerle.

Jesús se ha dignado ser nuestro hermano, y El tiene á José por padre putativo: ¿no será nuestra gloria el tenerle por padre? De esta manera descubrimos entre Jesús y nosotros, como un nuevo lazo de amor que con El nos liga. Como hijos de José, siempre estaremos con él, y muy cerca de Jesús á quien tiene en sus brazos. Siempre estaremos á las órdenes de tan dulce padre; pondremos delante de sus ojos todas nuestras necesidades y miserias, le pediremos el remedio: ¿dejará de pedir por sus hijos al que es nuestro hermano, al que nunca desecha sus ruegos? Si no fuésemos sus hijos, ó si él no tuviese corazón de padre, acaso podríamos dudarlo; mas nada de esto sucede; porque lleno está su corazón de clemencia y

dulzura; su caridad es perfectísima, y ve en cada uno de nosotros á un hijo muy querido, en Jesucristo, su Hijo putativo.

¿Qué dejó de hacer el buen José por su amadísimo Jesús? Tampoco dejará de hacer por nosotros cuanto pueda; porque sirve en nosotros á Jesús, y le cuida y le ampara, y jamás le llega á olvidar.

No se olvidará de sus hijos nuestro padre amantísimo, porque es el más amoroso y perfecto de todos los padres; mas supongámoslo por un instante: estamos cerca de él y le hablamos con humilde confianza, porque somos sus hijos. Tendrá que vernos, y verá también nuestras miserias; oirá nuestras plegarias, y descubrirá nuestra confianza en su santo patrocinio: ¿no rogará por nosotros, ó podrá olvidarnos?

El padre tiene que alimentar á sus hijos, y así lo hace con nosotros el castísimo Patriarca á quien tenemos como padre por Jesucristo nuestro Señor. Este Hijo del divino Padre, es el pan que descendió del cielo para salud de los hombres, á quienes alimenta con su cuerpo y con su sangre. A este Hijo unigénito de Dios, el Padre le puso en manos de José no para que le ocultase á los hombres, sino para que le cuidase y le librara de la muerte, para el bien de los mismos hombres; pues se había hecho nuestro hermano á fin de redimirnos del pecado con el sacrificio de su vida. José no lo ignoraba; y por lo mismo todos sus cuidados y solicitudes respecto de Jesús, redundaban en bien de todos nosotros.

Un padre debe dar á sus hijos el conocimiento

de Dios; y José, al mostrarnos en sus brazos á su Hijo putativo, nos dice: Si le veis en mis brazos, sabed que eternamente vive en el seno de Dios, que es el Unigénito del Padre, el Hijo del Altísimo, y que fué concebido por obra del Espíritu santo.—A admirable enseñanza que ha derramado en el mundo la luz de Jesucristo.

Es nuestro padre el gran José. Así nos lo testifican el amor y la confianza que se digna inspirarnos el Señor con relación á su padre putativo. El amor que le tiene Jesús se extiende hasta nosotros; y si El descansa en los brazos de este su padre amantísimo, también nosotros descansamos, rendidos á sus pies.

Jesús le da el nombre de padre; y esto lo hace con un amor dulcísimo y sagrado; y nosotros con filial ternura le llamamos también nuestro padre.

Jesús le pide cuanto ha menester, y lo hace con una confianza muy grande; á nuestra vez también nosotros le pedimos que remedie todos nuestros males. No nos detenemos por las culpas que hemos cometido; porque él es, bien lo sabemos, un padre indulgente y lleno de bondad. ¡Qué compasión la suya tan llena de benevolencia y de ternura! Nos contempla ese padre, postrados á sus pies; y escucha cuanto le decimos con una benignidad incomparable. No se cansa ni llega á fastidiarse de nosotros, porque es nuestro padre amorosísimo y tiene sus delicias en favorecernos.

La bondad del corazón de nuestro padre nos llena de esperanza y de consuelo. ¿Cómo no esperar que hará por nosotros cuanto puede, ya que el amor que nos tiene es generosísimo, y no ig-

nora nuestros grandes males? Por otra parte, no hay para su amor dificultad alguna, porque todo lo alcanzan del Señor sus poderosos ruegos.

La experiencia que tenemos de su santo patrocinio nos llena de consuelo; pues las gracias y favores que hemos recibido por sus manos, nos están diciendo que en pos de ellos vendrán otros nuevos, ya que nunca cambia el corazón de un padre, y mucho menos el de ese padre amabilísimo y perfecto sobre todos los padres, después de Dios nuestro Señor.

José es nuestro padre; y los que somos sus hijos, descansamos bajo la sombra de su protección amorosísima, llenos de esperanza y de consuelo.

Si la fraternidad que tenemos con el Hijo de Dios que tomó nuestra naturaleza, hace que reconocamos á José por padre, el ser él esposo de María, nos da de nuevo este mismo derecho, si así podemos llamarlo.

Todos reconocemos en la Virgen santísima, á nuestra tierna y cariñosa Madre. Ella fué la preciosa y celestial herencia que Jesucristo nos legó al morir.

Es María nuestra Madre... Y al decirlo, rebosan nuestras almas de paz y de contento, y gozamos de las delicias del cielo al pensar que tenemos por madre á la Niña purísima y santa que llevó en sus entrañas al Hijo de Dios.

Somos sus hijos, y por esto, llenos de confianza, nos acercamos á Ella, y sin parpadear contemplamos su encantadora belleza. ¡Oh, cuán hermosa es, decimos entonces, la madre que el Señor nos dió! Mas ¿dónde está nuestro padre? María nos

señala á su sagrado esposo. Sí, José es también nuestro padre, porque es el esposo de María, virginal y santísimo, y el único elegido por Dios para una dignidad tan sublime.

Tenemos, pues, que el santísimo Patriarca es nuestro padre por dos títulos en verdad muy sagrados y que estimamos sobre nuestro corazón; por el primero José nos recuerda nuestra fraternidad con Jesús, y por el segundo, que somos los hijos de María; y volviéndose á nosotros, José nos dice lleno de ternura: ¿Qué más queréis? Os doy por hermano al Hijo de Dios vivo, á Jesucristo, mi Hijo putativo. Os doy por madre á mi muy amada esposa; y en fin, os recibo por mis hijos muy queridos.

Tales son las riquezas que están atesoradas en José, y que se digna concedernos al tomarle por padre. Inúndese, por tanto, de gozo el corazón de los cristianos al llamarle padre; y llenos de amor y de ternura, bendigan su gran misericordia. El es nuestro padre, porque así lo ha querido; porque siendo como somos hermanos de Jesús é hijos de María, pertenecemos á la Santa Familia que tuvo por jefe al castísimo Patriarca.

La paternidad de Señor san José que se refiere á nosotros por parte de Jesús, nuestro hermano primogénito, tiene un carácter singular de solicitud, de dirección y de ejemplo.

Un padre debe estar solícito por la salud de sus hijos, y tiene que atenderlos en todas sus angustias; debe dirigirlos con el ejemplo y la doctrina; y todo esto lo cumple nuestro padre amantísimo, Señor san José.

Tiene para con nosotros una solicitud que no tuvo lugar con respecto á Jesucristo: esa solicitud nos pertenece enteramente. Somos miserables y estamos expuestos á caer en el pecado; mas el padre vigilante y amoroso á quien nos referimos, ruega por nosotros al Señor, á fin de que se alejen los peligros, y cesen los combates, ó bien que en todos nos asista la divina gracia, y triunfemos siempre en Jesucristo.

El santísimo Patriarca, siempre fiel á las pruebas de Dios, sumiso enteramente á la divina voluntad, y obediente á las órdenes del Cielo, nos dice con su ejemplo cuál es la conducta que sus hijos tienen que observar, al hallarse en circunstancias semejantes.

En sus ejemplos de virtud, José nos dió una enseñanza sublime, una doctrina que nos lleva por el camino de Dios. Por lo demás, no busquemos en el Evangelio las palabras que pronunciaran sus benditos labios; pues no las hallaremos. Tales fueron su modestia y su santa humildad, y la contemplación en que le tuviera absorto el misterio del Hijo de Dios, hecho hombre por nosotros; y esto era lo que le correspondía, atendida la intervención que Dios le había dado en la Encarnación de su Hijo divino, al hacerle su padre putativo y testigo fidelísimo de la virginidad de María.

Esa paternidad que tiene por causa el matrimonio del castísimo Patriarca con la Virgen santísima, la experimentamos amable y bondadosa en los grandes beneficios que José nos dispensa, por la compasión y la misericordia que le inspiran nuestras culpas y sus funestas consecuencias que

nos hacen verdaderamente desgraciados. La compasión y la misericordia á que nos referimos, no tuvieron lugar en el corazón del santísimo Patriarca con respecto á su Hijo putativo; porque Jesús no conoció el pecado. En cuanto á nosotros, nuestras faltas no inspiran á nuestro padre querido el deseo del castigo sino aquellos bienhechores sentimientos, la compasión y la misericordia; tales faltas no las contempla sino desde el punto de vista del mal de sus hijos y de las desgracias que pesan sobre ellos. ¿Y qué padre hay que no sienta en el alma lo que padecen sus hijos, y que no haga lo que puede por su bien? Trata de disculparlos, y si esto no es posible, pide y ruega una y otra vez hasta alcanzar el perdón. Y José, después de Jesucristo, es el padre amorosísimo que Dios mismo nos ha dado; y tendrá que cuidar de nosotros, y habrá de servirnos con una solicitud incomparable; y será tan dulce su compasión y tan señaladas serán también sus misericordias, que con la Iglesia tengamos que decir á Dios nuestro Señor: Me has dado la protección de tu salud y me ha tomado tu diestra.—Los hijos de José descansan bajo la sombra de su protección; moran bajo sus ramas, y su espeso follaje los defiende de los rayos del sol abrasador. Vosotros todos los que formáis la herencia de sus hijos, su querido pueblo, esperad en él, derramad el corazón en su presencia, y decidle: Tú serás para siempre mi canto de amor, porque en todo me ayudas, con la fuerza poderosa de tu brazo (1).

(1) Offic. Patrocin. S. Josephi.

II

Al terminar el párrafo anterior hemos cantado la gloria de José, que se ha dignado protegernos, cual padre amorosísimo y lleno de bondad, porque somos sus hijos; mas al decirlo, si por una parte nuestro corazón se llena de confianza, y gozamos de una felicidad desconocida, de paz dulcísima y profunda, y de un inmenso júbilo; por otra la vergüenza cubre nuestro rostro y nos sentimos confundidos. La confianza dilata nuestro corazón; porque ser hijos de un padre tan excelso, que todo lo alcanza de Dios y que tiene un corazón tan bueno, es una garantía que nos asegura el remedio de todos nuestros males cuando acudimos á su santo patrocinio, y le decimos: Somos vuestros hijos, ¿qué hacéis por nosotros? Sin duda alguna, lo que hace el mejor de los padres con aquellos que le invocan; porque son sus hijos; porque tienen en él su confianza. La confianza en los ruegos poderosos de José, jamás nos debe faltar. Bien sabemos lo que se dice en los sagrados Libros, hablando de nuestra confianza en el Señor: Los que confían en el Señor, semejantes al monte Sión, jamás serán conmovidos; no lo serán los que moran en Jerusalén. Los montes la rodean, y el Señor está en derredor de su pueblo desde ahora y para siempre (1).—La bondad de Dios nuestro Señor y los méritos de Jesucristo son los funda-

(1) Psalm. CXXIV, 1, 2.

mentos en que se apoya nuestra esperanza; mas no por esto Dios se ha ligado las manos; quiere también dispensarnos sus misericordias mediante las oraciones de los Santos; y así como entre éstos, es excelentísimo y muy amado de Dios, el gran Patriarca, así también sus oraciones son muy agradables á los divinos ojos, y José alcanza para nosotros cuanto pide por Jesucristo nuestro Señor. Ante la confianza de que hablamos, se presenta nuestra indignidad, y sentimos que el corazón se nos oprime. ¿Desechará las peticiones que le dirigimos, nuestro tierno y cariñoso padre? Y queremos separarnos del pie de sus altares; mas una fuerza misteriosa nos detiene allí; es la bondad de José, que á pesar de todo, quiere favorecernos rogando al Señor por nosotros.

Sin embargo de lo dicho, la confusión y la vergüenza no se alejan de nosotros. Nos tenemos por hijos de José; mas ¿en dónde está el honor que debemos tributarle? Somos sus siervos, ¿en dónde está nuestro temor filial para con él? Decía el Señor á los Israelitas las siguientes palabras que podemos aplicar á nuestro objeto: El hijo honra á su padre, y el siervo á su Señor. Si soy padre, ¿en dónde está mi honor? y si soy señor, ¿en dónde está mi temor? (1).

Debemos honrar á nuestro dulce padre con la veneración y los obsequios que corresponden á su dignidad altísima y á sus grandes méritos. Todo esto tiene que ser para nosotros poderoso motivo de un aprecio y de una estimación verdaderamen-

(1) Malach., 1, 6.

te singulares hacia la augusta persona del santísimo José, nuestro querido padre. Mas hasta ahora ¿le hemos venerado, le hemos apreciado de tal manera, que no tenga que remordernos la conciencia? Preciso es confesarlo con sincera humildad: en este punto hemos sido muy deficientes; y ni hemos correspondido á nuestro amado padre á quien tanto debemos por sus beneficios, ni la estimación y el aprecio han sido cual debieran ser para con el buen José.

Debemos amarle, porque los hijos han de amar á su padre. La dignidad del castísimo Patriarca, la excelencia y perfección de sus virtudes, la nobleza de su corazón, origen fecundo de los más elevados y generosos sentimientos, y las grandes misericordias que se ha dignado dispensarnos, todo esto se nos presenta como de improviso, al pensar en José, y nos dice con una voz llena de encanto y de dulzura: Amadle, y no despreciéis el precioso don con que Dios os enriquece al dáosle por padre.

Pensamos un momento en nuestro amado Santo, y no descubrimos en él sino perfección y gracia, bondad y clemencia: lo primero, porque Dios le quiso enriquecer con los espléndidos tesoros de la gracia, y con singulares privilegios que no concediera á los demás mortales. Lo segundo, halla en nosotros un glorioso testimonio. El nos ha favorecido en todas las necesidades y aficciones de la vida; y no ha desechado los humildes ruegos que le hemos dirigido, al implorar su santo patrocinio.

Amadle, nos dice el corazón, que se siente in-

clinado al amor de un padre tan bueno, y que se ocupa sin intermisión en despachar favorablemente todos nuestros ruegos.

Amadle, nos dice María, porque es mi esposo amable y fidelísimo, á quien yo tenía y amaba como padre, y que fué para mí como el ángel custodio á quien Dios confiara la guarda de mi pureza virginal; amadle, porque se ha dignado recibirnos por sus hijos; y ese padre os cuidará como la pupila de sus ojos; y siempre le hallaréis á vuestro lado para defenderos de todos los peligros.

Jesucristo, nuestro hermano primogénito, se vuelve á nosotros, y á su vez nos dice también: Amadle, porque Yo le amo y quiero verle amado de los hombres. Es mi padre putativo, y es también vuestro padre: honradle como Yo lo hice, y dadle el corazón, pues bien merece todo vuestro afecto. Al deber, á las inspiraciones de la gracia divina, á la gratitud, y á lo que nos pide el corazón, contestamos, rendidos á los pies de José: Es nuestro padre; y le amamos, cuanto es de nuestra parte, con todo nuestro afecto; tenemos nuestra gloria en ser sus hijos, y siempre le daremos, llenos de amor y gratitud, el dulce nombre de Padre.

Vano sería nuestro amor si no tuviese el testimonio de las obras; por esto debemos seguir los ejemplos de virtud y de santidad que José nos dió. Es nuestro padre, y tenemos que obedecerle; esto será nuestra gloria, ya que el Hijo de Dios también le obedeció; y ¡con cuánta fidelidad, con qué prontitud y alegría cumplió el divino Niño, en todas ocasiones, las órdenes de su padre putativo!

Y Jesús debe ser nuestro modelo.

Al darnos el Hijo de Dios por padre á Señor san José, su padre putativo, nos dispensó una misericordia excelentísima que es para nosotros de un valor inestimable, no sólo por las grandes gracias que nos proporciona, sino también porque en cierta manera nos eleva á una dignidad que no merecemos, y en la cual tal vez no habremos reflexionado lo bastante: al querer que fuese nuestro aquel que el mismo Jesús había escogido para tal cargo, descubrió que Dios quería la intimidad del amor con nosotros, sus indignos hermanos.

Otro tanto podemos decir con respecto á la Virgen santísima: José nos liga con Ella con preciosa cadena de oro: es como el hilo conductor que le trasmite y deposita en su seno todo nuestro afecto.

Estas grandes misericordias del Hijo y de la Madre, nos obligan por todo extremo con Ellos; por esto los bendecimos y les damos gracias, y cantamos su gloria con todo el corazón. ¡Bendito sea el Hijo de Dios que nos dió por padre á Señor san José, su padre putativo! ¡Bendita sea la Madre purísima de Dios que hizo otro tanto con nosotros, dándonos por padre á su muy amado esposo! Es José nuestro padre... Pronunciamos ese nombre llenos de alegría y de un gozo inexplicable; y volviendo hacia él nuestras miradas, le decimos: Somos vuestros hijos, jamás nos olvidéis; sois nuestro padre, bendecidnos, protegednos y rogad por nosotros al Señor.



